

Foto tapa / Fabián Muñoz
Foto 1 / Ricardo Echaniz La Arena
Foto 2 / Sergio Sarik La Reforma
Foto 3 / Rodrigo Pérez La Arena
Foto 4 / Milton Fernández La Arena
Foto 5 / Milton Fernández La Arena
Foto 6 / Fabián del Ruiz La Arena
Foto 7 / Milton Fernández La Arena
Foto 8 / Gustavo Suárez SDH
Fotos interior / Archivo Fotográfico La Arena

Historias para no olvidar. La voz de las víctimas de la Subzona 14

Secretaría de Derechos Humanos
de la Provincia de La Pampa

Gobierno de la Provincia de La Pampa



AUTORIDADES

PRESIDENTA DE LA NACIÓN
DRA. CRISTINA FERNÁNDEZ DE KIRCHNER

SECRETARIO DE DERECHOS HUMANOS DE NACIÓN
DR. MARTÍN FRESNEDA

-oOo-

GOBERNADOR DE LA PAMPA
CPN. OSCAR MARIO JORGE

VICEGOBERNADORA
PROF. NORMA HAIDEÉ DURANGO

SECRETARIO DE DERECHOS HUMANOS
PROF. HÉCTOR RUBÉN FUNES

DIRECTOR DE COORDINACIÓN INSTITUCIONAL
OSCAR ANTONIO GATICA

Indice

Presentación	11
Prólogo del secretario de DDHH de la Nación, Martín Fresneda.....	15
José Mendizábal	17
Carlos Enrique Ghezzi	27
Rosa Audisio.....	37
Nelson Nicoletti	45
Zulema Arizo.....	53
Oscar Bertón.....	59
Juan Bustos	65
Hugo Chumbita	69
Gustavo Brouwer de Koning	77
Santiago Covella.....	85
Alberto Oscar Larrañaga	97
Ana María Martínez Roca	103
Mireya Regazzoli.....	107
Guillermo Quartucci.....	119
Esteban Tancoff.....	141
Zelma Rivoira	149
Carlos Samprón	157
Francisco Tineo	167
Hermes Accáttoli	177
Luis Carlino	189
Hugo Ferrari.....	195
Víctor Pozo Grados	205

Stella Maris Barrios	211
Victorio Segundo Vlasich	217
Edgardo Villarreal.....	223
Nery Greta Sanders de Trucchi.....	227
Saúl Santesteban.....	233
Germán Zolecio	239
Estela Estevez.....	245
Julián Alvarez	249
Juan Carlos Scheck	257
Olga Edith Juárez	261
El Juicio y Castigo.....	267
Carta del Juez Federal José Mario Triputti.....	269

Presentación

No es tarea fácil realizar la presentación de un libro de estas características, en el cual los protagonistas narran en primera persona sus padecimientos en los centros clandestinos de detención que funcionaron en nuestra provincia, y donde también, algunos familiares recuerdan los sufrimientos de sus seres queridos y el impacto que provocaron estos terribles hechos en sus vidas.

Para poner en contexto, el juicio oral y público que sustanció el Tribunal Oral Federal de Santa Rosa en el año 2010, juzgó el accionar de los represores pampeanos en el marco de un plan sistemático que abarcó a todo el país. Me vienen a la memoria las palabras del ex Presidente de la Nación Dr. Néstor Kirchner cuando al asumir la presidencia, anunció que impulsaría la anulación de las leyes de la impunidad y, que los responsables de los crímenes más terribles en la historia nacional, cometidos durante la última dictadura cívico-militar, serían juzgados y pagarían por ello en cárceles comunes. A decir verdad, pensé entonces, que sólo era una expresión de buenos deseos, y que no sería posible hacer realidad tal afirmación. Veníamos de una larga historia de impunidad, de avances y retrocesos en la búsqueda de la verdad. El Juicio a las Juntas impulsado por el gobierno de Raúl Alfonsín -y en nuestra provincia- la investigación de las violaciones a los derechos humanos cometidas en La Pampa ordenadas por el entonces gobernador Rubén Marín, fueron sin dudas, un avance, pero las leyes de Obediencia Debida y Punto Final concedidas por Alfonsín y el indulto a los genocidas promovido por Carlos Menem, significaron un retroceso.

Sin embargo en el año 2003, nuevos vientos inaugurarían otro tiempo histórico en nuestra Patria y la impunidad otorgada a los re-

presores, concluyó cuando el Congreso Nacional dictó la nulidad de las leyes de la impunidad y los hechos cometidos en La Pampa comenzaron a ser investigados nuevamente. Debo afirmar, como quedó demostrado en el juicio de la Sub Zona 1.4, que los pampeanos, estuvimos inmersos en el plan criminal ideado desde el poder del Estado nacional que se ejecutó en toda la geografía nacional. El mito tantas veces repetido de que “La Pampa fue una isla”, se desmoronó estrepitosamente cuando se comenzaron a escuchar los testimonios de las víctimas. Sus voces siguen retumbando en nuestros oídos y en nuestras conciencias. En este libro podrán leer lo padecido por ciudadanos pampeanos que no habían cometido ningún delito pasible de sanción alguna; en todo caso podía imputárseles el hecho de ser personas solidarias o militantes políticos y sociales. Sin embargo ellos fueron secuestrados y torturados por la violencia irracional del terrorismo de Estado.

En julio de 2007 en ocasión de una entrevista con el Juez Federal Daniel Rafecas, a cargo de instrucción de la Causa 13/09, nos informó que se había tomado la decisión que el juicio de la Subzona 1.4 se realizaría en La Pampa, en el entendimiento que los delitos de lesa humanidad debían ser juzgados en el lugar donde ocurrieron los hechos. Esto nos pareció una medida trascendente, por cuanto nos daría a todos los pampeanos la posibilidad de conocer, en un Juicio Oral y Público desarrollado en nuestra provincia, la verdad de lo ocurrido, a través del testimonio directo de las víctimas.

Esa voz doliente fue escuchada de antemano por nosotros cuando, desde la Secretaría de Derechos Humanos, a solicitud del Tribunal Oral Federal de Santa Rosa, realizamos las notificaciones a cada una de las más de ciento cincuenta personas convocadas por el Tribunal, que se domiciliaban en toda la geografía de la provincia y otras ciudades del país. Esta fue una experiencia singular y un arduo trabajo que consistió en largos viajes y entrevistas personales durante varios meses, previo al 2 de agosto de 2010 en que se inició el juicio en la sede del Colegio de Abogados de la ciudad de Santa Rosa.

Además de citar a los testigos, les brindamos el acompañamiento institucional por parte del Estado provincial, el asesoramiento jurí-

dico, la protección y seguridad requeridas, la contención y el apoyo psicológico necesarios. Asimismo impulsamos la creación de la Multisectorial Memoria, Verdad y Justicia que estuvo integrada por una extensa lista de partidos políticos, centrales de trabajadores, gremios, organizaciones sociales, estudiantiles y de derechos humanos. La Multisectorial se transformó en una herramienta idónea para difundir de qué se trataba el Juicio y para motivar a la sociedad pampeana en el acompañamiento a las víctimas y testigos. La importante movilización de apoyo al juicio la fría mañana del 2 de agosto, la presencia constante en cada audiencia, las charlas de integrantes de la Multisectorial en colegios y donde fuera requerida su presencia para hablar de este juicio, la distribución de folletería en referencia a qué se juzgaba y las entrevistas con la prensa, formaron parte de las acciones desarrolladas. Todo este trabajo institucional y militante culminó el día 16 de noviembre de 2010 cuando el Tribunal Oral Federal de Santa Rosa leyó la sentencia condenando a los nueve imputados en la causa.

En aquella oportunidad expresé que había sido un día luminoso de justicia, porque ese día marcó un hito en la historia de la sociedad pampeana; ya nadie podrá decir: “Acá no pasó nada”. Y además será histórico porque el Estado de derecho juzgó al Estado terrorista, terminando con los rumores que circulaban en distinto sentido sobre los hechos sucedidos y los roles que cumplieron víctimas y victimarios.

“Historias para no olvidar... la voz de las víctimas de la Subzona 14” tiene la finalidad, no sólo de resistir el olvido, sino también de ilustrar lo ocurrido durante la vigencia del terrorismo de Estado en nuestra provincia. Para ejercitar la memoria y para que las actuales y futuras generaciones tomemos conciencia de lo ocurrido y digamos NUNCA MÁS. Nunca más permitiremos que el miedo obture nuestras conciencias y nos impida -a los argentinos y a los pampeanos- seguir trabajando para reparar, para nosotros y para las generaciones venideras, las heridas que nos dejó la dictadura. Heridas que cicatrizarán, cuando día a día construyamos una sociedad con mayor equidad, más libre, más justa y más solidaria.

Ese es el mejor homenaje que las víctimas del terrorismo de Estado -estoy seguro-, esperan de nosotros; porque ellos, así la soñaron.

Prof. Héctor Rubén Funes
Secretario de Derechos Humanos
Gobierno de La Pampa

Prólogo

Este es un momento que será parte de la historia de la Argentina. Han pasado más de 35 años desde que el 24 de marzo de 1976 se convirtiera en la fecha de inicio de la más terrible dictadura cívico-militar de nuestra historia. Ese fue el día en que los grupos de poder, como tantas otras veces, impusieron a sangre y fuego su paradigma basado en la dictadura del mercado, para lo cual en esa oportunidad debieron perpetrar un plan sistemático de persecución y exterminio, que segó las vidas de 30.000 personas.

Arrogándose la propiedad del Estado y convirtiéndolo en un Estado terrorista, los grupos de poder instauraron un feroz sistema represivo que laceró a todo el territorio nacional, atravesando las diferencias y particularidades que hacen de este un país con diversidad cultural, ideológica y política.

Luego del informe que hiciera la CONADEP en septiembre de 1984, tras la vuelta a la democracia en diciembre de 1983, y que arrojara el primer haz de luz sobre la oscuridad plantada por la dictadura, la aparición de nuevos informes, estudios e investigaciones en todas las provincias del territorio nacional abren el camino a la reconstrucción de la verdad histórica.

El largo camino de la reparación histórica que comenzó con el juicio a las tres primeras juntas militares en 1985 y que sufrió un claro retroceso con las ignominiosas leyes de “obediencia debida” y de “punto final” así como con los indultos a los genocidas, se retoma a partir del 25 de mayo de 2003, fecha que marca la decisión política de reiniciar el postergado proceso de memoria, verdad, justicia y reparación para

las víctimas de aquel Estado terrorista.

La reconstrucción del Estado iniciada aquel día por Néstor Kirchner, continuada y profundizada por Cristina Fernández de Kirchner, comprendió no sólo un proceso de recuperación de los valores de justicia social, independencia económica y soberanía política, sino también la adopción de los derechos humanos como matriz filosófica y política de sus acciones.

Aquel Estado terrorista dejó definitivamente de existir cuando Néstor Kirchner pidió perdón en nombre del Estado por los crímenes cometidos durante la dictadura y removió los obstáculos que impedían avanzar en la investigación, juicio y sanción de los crímenes de lesa humanidad perpetrados por los genocidas y por sus colaboradores civiles.

En este marco es que se llevó a cabo en La Pampa en el año 2010 el juicio que sirvió de génesis de este libro, “HISTORIAS PARA NO OLVIDAR...la voz de las víctimas de la Subzona 14”, que tiene la fundamental tarea de registrar y contar los testimonios de las víctimas del terrorismo de Estado que declararon ante la Justicia en Santa Rosa.

Fue en esta provincia donde durante muchos años los vestigios de quienes formaron parte de esa dictadura genocida intentaron callar la verdad al decir que La Pampa había sido una isla donde nada había sucedido.

Esta vasta tarea no pudo llevarse adelante sin el trabajo de la Secretaría de Derechos Humanos de La Pampa que antes y durante el juicio brindó asistencia jurídica, psicológica y acompañamiento a los más de 120 testigos de la causa.

Este libro es un aporte substancial para continuar el proceso de construcción de una Nación realmente unida y un país más justo y más humano para todos.

Dr. Martín Fresneda
Secretario de Derechos Humanos de la Nación

José Martiniano Mendizábal

“El desafío fue al otro día cómo nos sobreponíamos al miedo y al terror que todos teníamos”

Nació en Vicuña Mackenna, Córdoba, en 1949. En 1971 empezó a estudiar Ingeniero Agrónomo en la Universidad de La Pampa, por entonces provincial. En ese tiempo comenzó a identificarse ideológicamente con la “nueva izquierda” en la dictadura militar y fue militante del Partido Comunista Revolucionario y su brazo universitario, el FAUDI (Frente de Agrupaciones Universitarias de Izquierda). Presidente del Centro de Estudiantes de la Facultad de Agronomía, en 1973 fue uno de los que encabezó la lucha por la nacionalización de la UNLPam. El 24 de marzo de 1976 fue detenido por el Ejército en la pensión donde se alojaba. Falleció en 2011.

El 24 de marzo de 1976 José Mendizábal supo que era uno de los señalados por la represión ilegal. Estudiante de 26 años, estaba en el último tramo de la carrera que cursaba en la Facultad de Agronomía de la UNLPam. Militante del FAUDI y del Partido Comunista Revolucionario, había sido el primer secretario de la Federación Universitaria de La Pampa y se había movilizado en cuanto reclamo social y político hubo en los años 70. Imposible no identificarlo por su sobretodo azul.

Afirmó Mendizábal sobre su detención: “A mí me levantan de la calle Escalante, entre General Pico y Villegas, era una casa de estudiantes que nosotros llamábamos ‘la casa del pino’. Ahí, en un operativo a las

6, 6 y media de la mañana, del 24 de marzo. Entraron directamente al patio, porque era un patio que tenía como una galería, una casa muy vieja y cuando nos damos cuenta, estaban adentro. Salieron otros compañeros estudiantes que estaban ahí, pero me venían a buscar a mí, obviamente me venían a buscar específicamente a mí”.

El entonces estudiante resaltó que “era personal de civil, en una actitud obviamente intimidatoria. Sabíamos lo que pasaba, porque estábamos escuchando la radio que ya se había producido el golpe de Estado. Me fueron a buscar y me llevaron en un vehículo que recuerdo era un Valiant 3. Delante y detrás de la casa había un operativo con autos y camionetas y estaba cortada la calle a la altura de Pico. Me hicieron bajar la cabeza. Iban dos vestidos de civil adelante y dos de uniforme atrás, y me llevaron directamente a la Colonia Penal”.

Interrogatorios y torturados

Mendizábal recordó que una vez alojado en el sector de presos políticos “empezaron a llegar distintos compañeros, militantes de distintos sectores populares de Santa Rosa, que fueron llenando el pabellón. También llegaron compañeros de General Pico, compañeros de la UTN (Universidad Tecnológica Nacional) de Pico, y así se fue conformando, digamos, la población carcelaria del pabellón donde estábamos”.

“En los días subsiguientes continuaron llenando el pabellón con distintos compañeros que iban trayendo. A los pocos días empezó el proceso de interrogar a los que estábamos detenidos. Yo estaba en la penúltima celda, al lado mío estaba Nelson Nicoletti, enfrente estaba Juan de Dios Uncal, al lado estaba el fiscal Vega. Había un juez de General Acha también, los compañeros Roberto Gil, Hermes Accáttoli, Santiago ‘el Cholo’ Covella, Hugo Ferrari y otros más. Y un contingente numeroso de compañeros de la UTN de Pico. Comenzó así un mecanismo de interrogatorios, nos empiezan a sacar y, por lo que uno observó inmediatamente después, sufrimos distintos grados de tormentos, torturas y apremios ilegales”, dijo.

El ex estudiante rememoró: “A mí me llevaron a declarar después de los compañeros Accáttoli y Gil, que estaban tremendamente golpeados y torturados. Recuerdo que Roberto Gil tenía hematomas en todo el

cuerpo, Hermes Accáttoli tenía también hematomas en todo el cuerpo y tenía un derrame en un ojo, Santiago Covella había sido muy golpeado. Y en general todos los compañeros volvían con alguna secuela, en mayor o menor medida de violencia ejercida sobre su humanidad. A mí me sacaron de la Colonia Penal, vendado y esposado por la espalda, y estuve así entre un lapso de 26 y 28 horas. Me sacaron un día a la tarde y me devolvieron al otro día a la noche, vendado y esposado, y con las manos hinchadas, porque estaba esposado a la espalda”.

En Santa Rosa, el entonces estudiante y militante universitario fue interrogado en una oportunidad. “Atando cabos –resaltó–, me di cuenta que me habían llevado a la Seccional Primera. Y que me habían interrogado en el piso superior, subiendo unas escaleras. Me tuvieron vendado y esposado en lo que debía ser una oficina, cerrada. Ahí estuve un largo rato, quizás varias horas. Me subieron esposado y vendado, me sentaron en una silla y me comenzaron a preguntar. El interrogatorio fue con golpes, fue con insultos. Lo único que yo no tuve fue la sesión de picana eléctrica... No podría decir por qué razón yo no fui torturado más”.

Sobre el interrogatorio, destacó: “No me dieron ninguna explicación, eran insultos, apremios. Era ‘dale máquina’, ‘fulano, mengano, perengano, ¿quiénes son?’. Yo decía permanentemente ‘no sé’, ‘no conozco’, y cada tanto decían ‘ponelo en la parrilla’. Ese, el que decía eso, tenía la voz aflautada, extraña”.

“Me preguntaban –continuó– sobre toda mi actividad, por momentos eran preguntas que parecían pueriles, por ejemplo, el nombre de mi madre, el nombre de mi padre, qué hacía mi padre, qué hacía mi madre, a qué se dedicaban, dónde vivían, de dónde eran. Y por momentos eran preguntas sobre terceros, y preguntas sobre mi actividad”.

“Se puede entender así que existieron las listas de gente a detener en la provincia de La Pampa, porque por ejemplo, por momentos me preguntaban sobre todas las autoridades de la Universidad de La Pampa, desde Domínguez que había sido rector, para abajo. Y después sobre una cantidad de gente que yo no conocía. Esa gente, eran los compañeros de la UTN de Pico o integrantes del Instituto de Estudios Regionales. Recurrentemente me preguntaban sobre determinadas personas que ellos querían saber qué vínculos tenía con ellos, y yo siempre contestaba, invariablemente, ‘no lo conozco, no sé, no tengo vínculo’. Cada vez que contestaba eso me golpeaban, me golpeaban en

el oído con las manos abiertas, me golpeaban abajo, me amenazaban”, afirmó.

De regreso a la U4, destacó: “Al otro día o a los dos días, yo fui a orinar y al lado mío estaba Hugo Ferrari. Y yo le dije: ‘Estoy orinando sangre’, y Hugo me hace un chiste ‘a lo mejor es que comiste remolacha’. Obviamente no habíamos comido remolacha”.

Mendizábal recordaría más tarde, ante los jueces que juzgaron a los represores que lo encarcelaron, que cuando volvió “a la celda, tuve una sensación que solamente la sentí tres veces en la cárcel, cuando me cerraban la puerta después de apalearme en Rawson y cuando me cerraron la puerta del Pabellón 16 en La Plata. Parece mentira lo que voy a decir, pero es como una sensación de alivio y de vuelta a casa. Es terrible lo que digo, pero frente a la inseguridad, al terror y a la situación que uno vivió, se expresa como un alivio y también se expresa como el deseo de bañarse y sacarse con el agua toda la mugre que ha sufrido sobre su cuerpo. Una vez mirando una película sobre una violación me di cuenta. Hay un hecho que suele ocurrir en esas películas, que es cuando la mujer violada, se baña y se baña y se baña, para sacarse toda la inmundicia que le han querido tirar encima”.

Las celdas de al lado

En esos días de cárcel, Mendizábal fue testigo además de cómo eran torturados en los interrogatorios otros detenidos políticos por parte del grupo de tareas de la Subzona 14. “A medida que fue avanzando el tiempo algunos compañeros iban saliendo en libertad, a otros los iban trayendo a la Colonia Penal. Uno de los contingentes que trajeron junto con don José Aquiles Regazzoli, fue su grupo de colaboradores. Muy torturados, muy golpeados. Lo que planteaban los torturadores era que habían sido golpeados porque querían desentrañar algún hecho de corrupción del gobierno de don José Regazzoli. Y para eso los habían picaneado, los habían torturado y los habían golpeado muy fuerte. Recuerdo que alguno era gente mayor, había un señor Flores, otro señor Bedis, y un grupo de colaboradores que siempre se reunía con él en su celda y estaba al lado de don José. Recuerdo también que don José Regazzoli declaró en la Colonia Penal. Un guardia de apellido Aimar nos contó que le insistían ‘¿dónde tenía los campos?’ ‘¿Dónde



José Mendizábal, militante universitario detenido el 24 de marzo de 1976.

tenía las vacas?’, porque trataban de vincularlo a algún hecho de corrupción. Todo el mundo sabe de la histórica conducta intachable, desde el punto de vista moral, de ese gobernador que tuvo la provincia de La Pampa”.

Mendizábal recordó, de esos terribles momentos, un pasaje: “Contó ese guardia (Aimar), que cuando le preguntaron a Regazzoli dónde tenía las vacas, se paró y dijo: ‘Retírese, yo no voy a seguir hablando más con usted’, y el que le había hecho la pregunta era Fiorucci. Accátoli, también comentándole sobre lo que hacían en mi interrogatorio, sobre una voz muy particular, que era una voz aflautada, una voz en un tono superior que me interrogaba, me dijo ‘es la misma voz que me interrogaba a mí. Porque yo le imitaba esa voz... y era Fiorucci. El resto de los integrantes del grupo de don José Regazzoli, daban los nombres muy en concreto. Yo no era de la provincia de La Pampa y me sacaron vendado y esposado y me devolvieron vendado y esposado. Así que no pude ver quién me interrogó, quién me golpeó, quién cometió sobre mí los apremios ilegales. Pero la gente de La Pampa, y sobre todo los funcionarios públicos de Regazzoli, conocían quiénes eran los oficiales de Policía y se mostraban muy indignados. Ellos daban los nombres, recuerdo que hablaban de Constantino, que hablaban de Reinhart, que hablaban de Aguilera y que hablaban de Fiorucci. Incluso comentaban: ‘y pensar que a estos tipos los habíamos

ascendido nosotros' o 'los habíamos puesto nosotros'".

Rumbo al sur

A comienzos de septiembre de 1976, Mendizábal y un grupo de detenidos políticos de la Colonia Penal fueron puestos a disposición del Poder Ejecutivo Nacional y trasladados, vía aérea, al Penal de máxima seguridad de Rawson, en Chubut.

La víctima recordó que para entonces "algunos iban saliendo en libertad, a otros los iban trayendo y algunos íbamos quedando. En ese grupo de los que íbamos quedando, a seis nos sacan una mañana para llevarnos al Penal de Rawson. Obviamente, nosotros no sabíamos adónde íbamos. Junto con los seis también pusieron al grupo de la familia Rodríguez. Nos dieron un uniforme azul y el 9 de septiembre del 76 nos trasladaron al Penal de Rawson. Nos llevaron al aeropuerto en un celular, a la punta de la pista. Era un operativo conjunto, gigantesco. En esa época los operativos los hacían entre las Fuerzas Armadas y la policía".

"Ahí nos vendaron y nos esposaron de a dos –continuó el relato–. Hermes Accátoli con Roberto Gil, Santiago Covella con Nelson Nicoletti, y a mí con Miguel Ángel Maldonado. A partir de ahí nos empezaron a apalear. Nos subieron a un avión, y en ese avión daba la sensación de que no iba nadie. Después nos enteramos que en ese avión venía de La Plata un hombre mayor –en esa época para uno era un hombre mayor, tenía 62 años–, que era Eduardo José Porcel, que fue con nosotros a la cárcel de Rawson. Ese avión paró en algún lugar, donde alzó compañeros de Neuquén, en otro retornó a La Pampa y dejó a los integrantes de la familia Rodríguez, volvió a otro lugar que presumimos, porque íbamos vendados, esposados y apaleados, podría haber sido Bahía Blanca. Y finalmente fue a la base o al aeropuerto de Trelew, desde ahí nos llevaron en celulares a la cárcel de Rawson".

El infierno de la tortura continuó en la cárcel patagónica. Mendizábal indicó sobre ese traslado: "Recuerdo que las golpizas eran tremendas. Íbamos esposados al piso del avión, esposados de a dos y apaleados con bastones en la espalda. En el aeropuerto donde llegamos, finalmente, nos empujaron desde arriba, prácticamente nos tiraron a Maldonado y a mí. Nos costó levantarnos. De ahí tuvimos que

ir, a los golpes, nuestros y de ellos, hasta un celular, donde yo me enredé y quedé abajo en la puerta, y Miguel, con grandes dificultades, no me podía levantar y me seguían pegando. Hasta que finalmente pudimos subir y nos encerraron en un celular con celdas, de a dos, y se suponía que eran para uno. Recuerdo que Miguel me decía: ‘Ya pasó José, ya pasó’. Y yo le respondí: ‘Sí, ya pasó Negro, ya pasó’. Cuando llegamos al penal de Rawson, no había pasado nada, no había pasado un carajo. En el Penal de Rawson fuimos terriblemente apaleados. A mí me quebraron el cartílago del esternón. Estuve seis días orinando sangre. Nos tuvieron encerrados, con todos los vejámenes que puede tener un detenido político y a los diez días nos sacaron para bañarnos. Nos sorprendió mirarnos la espalda, porque teníamos, a los diez días, la espalda surcada de innumerables cantidad de marcas, que no eran otra cosa que los garrotazos. Y de color verde”.

Mendizábal indicó que en la cárcel de Rawson el maltrato fue mayor que la de La Pampa. “Sufrimos el miedo y el terror, quizás el desafío fue cómo al otro día nos sobreponíamos al miedo y al terror que todos teníamos. Para afrontar la vida y seguir peleando. Tuve todas las enfermedades o las dolencias psicosomáticas de la cárcel, léase taquicardia, colitis, estreñimientos. Sobre todo en los calabozos de castigo, estuve tres veces en los calabozos de castigo, ‘los chanchos’, como le decíamos los presos. Y seis veces cuando fui llevado a la cárcel en La Plata”.

Del grupo trasladado a Rawson, Mendizábal fue el que más tiempo estuvo preso. De Rawson sería trasladado a la Unidad Penal 9 platense por unos meses más. “Estar en los calabozos de castigo de Rawson y La Plata fue muy duro... Éramos muy golpeados, éramos muy insultados, éramos vejados. Sufríamos todos los apremios ilegales lógicos de un régimen terrible, dictatorial e infame, como el que vivió la Argentina. En Rawson, por ejemplo, tuve una epididimitis aguda, que significó que me tuvieran que internar quince días. No me querían internar, me daban una pastilla roja un día y al otro día me daban una grajea amarilla. Yo mandé una carta a mi familia diciendo que tenía un problema, entonces vino el jefe de Seguridad del Penal, me sacan y me dice: ‘Usted no puede mandar esta carta’. Ahí me meten quince días en el hospital de allí y me dan inyecciones y alcohol”.

El lento regreso

Mendizábal recién pudo recuperar su libertad el 22 de noviembre de 1980. Estuvo bajo régimen de libertad vigilada y quedó “libre” con todas las letras el 13 de julio de 1981. Fueron cinco años y cuatro meses hasta que volvió a su pueblo, Vicuña Mackenna. “Los últimos ocho meses fueron con libertad vigilada, pero no se puede considerar en esos años y en esa época la libertad vigilada como un beneficio, porque no éramos otra cosa que ‘blancos fijos’ en los pueblos donde estábamos. Todas las noches no sabíamos si una patota de asesinos no nos iba a sacar de nuestras casas...”, resaltó Mendizábal.

“Cuando me dieron la libertad vigilada, un coronel del Primer Cuerpo del Ejército, que creo era Sánchez Montero, me dijo: ‘Finalmente va poder salir en libertad vigilada, le recomiendo que no vuelva a La Pampa porque lo van a estar esperando.’ Estando preso, murió mi madre primero y después mi padre. Nosotros teníamos un campo, La Cautiva, en Vicuña Mackenna y la opción para poder ir a algún lugar con libertad vigilada era mi pueblo, mi viejo pueblo, mi antiguo pueblo. Así es que volví al campo y ahí me dieron la libertad vigilada, yo sólo podía ir hasta el campo y volver”.

Mendizábal destacó que tuvo un episodio que dio cuenta de cómo eran controlados los ex presos en su pueblo: “Mi hermano se casó en Carlos Tejedor, a 200 y pico de kilómetros, y como era lógico que me dejaran ir, pedí autorización y me la negaron. Mis familiares dijeron que nunca habían visto tanto ‘personal extraño’ en un pueblo chico como ese día que se casó mi hermano en Carlos Tejedor. La persecución sobre mí se extendió esos cinco años y cuatro meses”.

En 1981, cuando obtuvo la libertad total, pudo volver a La Pampa. “A mí me faltaban cuatro materias para recibirme de ingeniero agrónomo. Fui a la Facultad, pregunté cual era mi situación, me atendió el que era decano de la Facultad de Agronomía, para mi dolor un gran científico. Pero era el decano de la dictadura, el doctor Covas, muy respetado. Y Hevia, que era un compañero mío desde el ingreso en la Facultad, era el secretario académico de ese momento. Le digo a Covas, ‘quiero saber cuál es mi situación.’ Y el doctor Covas me dijo ‘su situación es la de un alumno regular, los cinco años que usted ha estado fuera de la Facultad, no se considera perdida la cursada.’ Y le dijo a

Hevia, 'hágale una nota para que sea un alumno, para que pueda rendir'. A partir de ahí fue alumno regular de la facultad”.

Mendizábal concluyó: “Hice una recorrida por el campo. Ya no era mi facultad, no estaban mis compañeros... Alcé mis cosas y no volví nunca más a la facultad, nunca más...”.

Carlos Enrique Ghezzi

“Ellos tenían necesidad de mostrarse como buenos torturadores, porque eran eso”

Carlos Enrique Ghezzi estudiaba en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de La Pampa. Durante los años setenta militó en el movimiento estudiantil vinculado a la agrupación Frente de Agrupaciones Universitarias de Izquierda (FAUDI). En febrero de 1977 fue detenido junto a otros compañeros por la Subzona 14. Por su actividad política, conocería el secuestro y la tortura.

Carlos Enrique Ghezzi era estudiante universitario cuando fue secuestrado por la Subzona 14. En 1975 la agrupación de la que participaba, FAUDI, se oponía al golpe de Estado que se estaba gestando y se manifestaba en contra de la represión ilegal que ya se había instalado en el país. Por entonces trabajaba en el Banco de la Nación. Llegada la dictadura militar, fue echado de su empleo por “razones de seguridad”. Continuó sus estudios de contador público y se ganaba la vida vendiendo libros y haciendo gestoría del automotor. Hasta el 4 de febrero de 1977.

Ghezzi relató cómo fue su detención y cómo entró de golpe al mundo de la tortura: “Fueron a mi casa, yo no estaba, y dejaron dicho que necesitaban hablar conmigo. Yo hacía pocos días había hecho un trámite de una gestoría, certificado de firma en la comisaría, y me presenté (en la Seccional Primera) pensando que se trataba de algo en ese

sentido. Cuando me presenté, el día 4 a la mañana, sin darme ninguna aclaración, sin decirme nada, me requisaron y me dejaron detenido en una celda, que era de un pabellón que estaba muy cerca de la entrada, un pabellón para mujeres. Ahí estuve varias horas, hasta que después, en un momento determinado, me sacaron de la celda, me llevaron al primer piso, al lugar donde yo había estado como gestor hacía pocos días. Antes de entrar me vendaron los ojos y me ataron un hilo a la altura de los ojos, algo que me los aprisionaba, no me dejaba ver nada. Y me ataron también las manos a la espalda, con soga o hilo. En ese momento, sin decirme nada también, me empezaron a pegar. Me pegaron en el estómago reiteradamente y después me empezaron a picanear, a dar con picana. Para esto me pusieron algo, que yo creo que fue una toalla húmeda o algo así, a la altura del estómago y en el cuello, cerrándome la respiración muy fuertemente y en el estómago, cortándome por la mitad”.

“Después de una etapa, en medio de la tortura, me empezaron a preguntar sobre mi vida universitaria en el año 75, cuando yo era miembro de una agrupación universitaria y participaba a la vez del centro de estudiantes. Menos entendía todavía, porque ya estábamos en el año 77. No veía demasiado sentido a lo que me querían hacer decir, o me preguntaban, esta sesión fue larga, yo diría que varias horas...”, recordó el ex estudiante.

Ghezzi indicó que luego fue llevado a la celda y a la tarde volvieron a sacarlo. “Volvieron a hacer el mismo procedimiento, pero sin cubrirme los ojos, y las personas que me interrogaron, esta vez sin torturas, se presentaron diciendo que eran el jefe de la Policía uno y el otro el subjefe de la Policía. Los dos estaban de civil. Me amenazaron diciendo que querían saber quién era yo... A partir de ahí me amenazaron mucho y me dijeron que si yo no hablaba me iban a mandar de nuevo con la gente que había estado a la mañana, que eran de la SIDE (Servicio de Informaciones del Estado). Me lo dijo el que decía ser el jefe de la Policía”.

“En esa segunda ‘reunión’ que me hicieron, a cara descubierta, donde me interroga el que decía que era el jefe de Policía, el subjefe, que después se identifica como Fiorucci, y estaba al lado de él, muy servilmente, pero genuflexo, una cosa espantosa, se ofrece a apretarme más las sogas, se ofrece a empezar a pegarme. Y el jefe de la Policía adelante

mío lo trató como una basurita, lo retó, le gritó. Y el otro se fue al rincón diciendo ‘Si señor, si señor’”, relató.

“No hablé –destacó– porque no tenía nada que decir. Me mandaron de nuevo a la celda, y al rato, cumplieron con su amenaza y empezaron nuevamente un interrogatorio igual que el anterior. Con la venda en los ojos, con picana, con esa toalla húmeda. Empecé a notar que el torturador movía los cables o lo que ponía en la venda, lo iba corriendo de lugar, no estaban fijos en un solo lugar, siempre los movía, me preguntaban y lo iban moviendo, me amenazaban y lo iban moviendo”.

En esa segunda sesión de tortura la situación no varió para el joven. “Me volvieron amenazar muchísimo, y el que parecía el jefe del grupo se presentó y me dijo: ‘Yo a vos mocoso de mierda no te tengo miedo, si quiero te voy a hacer cagar, porque yo soy el comisario Fiorucci’, y me apuntó una pistola en la cabeza. Le dije que si era tan asesino que tirara”.

“Me preguntaban sobre mi vida universitaria, y porqué mi actividad en contra del golpe, porqué yo no quería a los militares y en alguna oportunidad me preguntaban sobre armas. Y cuando yo contestaba que no, después terminaban diciendo ‘si, eso ya lo sabemos’. Siempre cuando me preguntaron, en algún momento terminaban diciendo ‘eso ya lo sabemos’”, dijo.

Tirado en la celda

Ghezzi estuvo incomunicado los diez días en que permaneció secuestrado como detenido de la Subzona 14 en la Seccional Primera. Luego sería trasladado a la Unidad Penal 4.

Durante su permanencia en el centro clandestino de detención no fue atendido por ningún médico de las heridas sufridas en las torturas. “Cuando salí de la cárcel me hice exámenes y no me quedaron secuelas. Lo que sí me quedó, que me costó mucho recuperarme, pero me recuperé, es que me había desgarrado la espalda, de los saltos que me hacían pegar cuando me picaneaban, porque durante muchos meses tuve un dolor de espalda muy grande, que por supuesto nadie me dio bolilla, ni me atendió en ningún momento y sólo por la naturaleza o porque era joven, se curó...”, afirmó.

Aunque fue “blanqueado” en la Unidad Penal, la tortura continuaría para Ghezzi. Hubo una tercera y hasta cuarta. “En el Penal estuve algunos días y cambió el trato, se me trató bien. Pero a los pocos días de estar, me volvieron a llevar a la Seccional Primera y ahí entendí menos todavía, cuando me sacaron de la Colonia Penal, me sacaron con ropa de preso, de los presos que se les daba ropa aparte, no se andaba con la ropa de civil. Me sacaron con esa ropa de preso, me llevaron en el piso de un auto, que a mí me pareció que era un Falcon, aunque yo estaba vendado. Sí alcancé a ver, por debajo de la venda, cuando me sacaron del pabellón, en un lugar que había pasto, alcancé a ver gente con uniforme militar”, explicó el ex estudiante.

“Cuando llego a la Seccional Primera, otra vez empezaron los interrogatorios que describí, otra vez lo mismo. Esta vez entendía menos la histeria de esos tipos y el interrogatorio tenían menos sentido que antes, realmente preguntaban como si estuvieran jorobando conmigo, nadie preguntaba nada que pudiera pensar uno que desconfiaba de algo”.

En el cuarto interrogatorio escuchó que los miembros del grupo de tareas “hablaban entre ellos, escuché más voces de las habituales, y en algún momento que alguien nombraba a un coronel, que decía ‘coronel, coronel’. Alguien de ahí aparentemente era un coronel”.

Luego de unos días, Ghezzi fue trasladado otra vez a la Colonia Penal. “Cuando llegué, entendí algunas cosas, empecé a entender algunas cosas. ¿Por qué? Ahí me encontré con compañeros presos y un grupo que les llamaban ‘subversivos económicos’, entre los cuales estaba el ingeniero Salvador, estaba el contador Martínez, me encuentro a la gente de Jacinto Arauz. Entre los compañeros míos, de la misma causa, estaban Di Santo, Mingote, Molinari, Baudino que es el actual rector de la universidad, Martínez, Hernández... Y ellos me comentan, con mucha preocupación, que cuando a mí me habían llevado había estado la Cruz Roja en la Colonia Penal. Entonces empecé a entender que indudablemente, y con una prueba que pienso es imposible eludir, a mí me sacaron de la Colonia Penal para evitar que yo hablara con la gente de Cruz Roja por lo que me habían hecho”.

Relató Ghezzi: “Cuando volví a la Penal, el maltrato se terminó. Me entrevistó, me interrogó en una celda chica de esas que tienen de seguridad en las cárceles, a cara descubierta, en forma cínicamente co-



Carlos Ghezzi estuvo como preso político en la U4 y en la U9 de La Plata.

recta, un hombre con uniforme militar, que me dijo que no tenían nada contra mí, que ellos ya sabían lo que yo había dicho, sabían que era cierto, que yo no hacía nada que a ellos les molestase. Pero que, como me había manifestado en contra del golpe de Estado, iba a quedar a disposición del Poder Ejecutivo. Ese señor cuando me entrevistó, se tomó la precaución de sacar la insignia. Tenía uniforme militar pero como si fuera un soldado raso, no tenía nada que lo identificara”, recordó.

Lejos de La Pampa

El 19 de abril de 1977, Ghezzi y el grupo de estudiantes con el que había militado en la UNLPam fueron trasladados a disposición del Poder Ejecutivo Nacional a la Unidad Penal 9 de La Plata. Para entonces, habían sido procesados por la Justicia Federal por sus actividades políticas. “El traslado fue en avión, en un operativo, que después reconstruyendo los hechos, fue gigantesco, porque todos vimos carros de asalto, tropas, de todo. El traslado fue de noche, el trato fue muy malo, íbamos esposados en la espalda permanentemente, cuando llegamos a La Plata nos recibieron a patadas. Después me enteré que esa

era la forma habitual de recibir a todos los presos”, recordó.

“En esa cárcel nos llevaron a un pabellón donde caían todos los presos, que en esa época estaban llegando a la cárcel de La Plata. Era un pabellón muy grande, el número 16, que estaba sectorizado en A y B, nosotros estábamos en el sector A. Ahí estuvimos unos meses, hasta que a Mingote y a mí nos llevaron a un pabellón, número 15, y al resto del grupo nunca más en mi vida los volví a ver ya que los llevaron a otro”.

“En La Plata conocí gente que estaba sufriendo problemas con estas características. Un muchacho de Villa Constitución que lo habían metido preso, también a principios del año 77, porque era de la juventud de la Acción Católica y estaba haciendo colectas para los familiares de los detenidos, ya que del pueblo de él había muchos”, dijo.

Ghezzi resaltó en su testimonio: “Empecé a entender que la dictadura militar, tan terrible que vivimos en esos años, estaba empezando a pedir más carne de cañón, y que esa carne como en La Pampa no la encontraban de otra manera, la encontraron con nosotros, porque estos señores se esforzaron en hacer muy bien los deberes. Ellos tenían un servilismo y una necesidad de ser, de mostrarse como buenos torturadores, porque eran eso, lo dejaban sentado permanentemente”.

Ghezzi destacó sobre lo ocurrido en La Plata: “Estos monstruos querían hacer tan bien los deberes, que indudablemente la dictadura pedía, que vale citar que cuando en La Plata yo salía al recreo –una vez a la mañana y otra vez a la tarde nos sacaban a un patio interno–, con un gran operativo con muchísima movilidad de gente penitenciaria. Cuando salía vi con mucha preocupación, por el rabillo del ojo, que habían apartado a un compañero y le estaban pegando una paliza terrible, le estaban pegando una paliza brutal. Cuando llegamos al patio, la inquietud era la de todos, a quién le pasó esto. Después me enteré que existía un señor que se llamaba Adolfo Pérez Esquivel, que era Premio Nobel de la Paz, que era miembro del Servicio de Paz y Justicia, cosa que hasta ese momento yo no sabía que existía. Esa fue la forma en que lo recibieron, eso era la mecánica habitual”.

“Estos señores estaban muy empapados de eso, y sabían perfectamente de qué se trataba. Un guardiacárcel, que con todo derecho se había ganado el mote de ‘nazi’, le decíamos los presos, de apellido Ri-

banadeira, y que hace unos años leí en un diario que había sido condenado, mientras yo estuve en La Plata mató cuatro compañeros a golpes y ascendió cuatro veces. Al cabo de un tiempo, ya después del mundial de fútbol, cuando empezó a venir a la Argentina en forma más metódica la Cruz Roja y Amnistía Internacional, me tocó el turno de ser castigado, la disciplina la mantenían con el terror, y una de las formas que tenían era que periódicamente mandaban gente a pabellones de castigo y les pegaban una paliza soberanísima. Cuando llegabas del pabellón de castigo, venías marcado, golpeado por todos lados. En esa oportunidad fui huésped del ‘nazi’, y fue comparable con lo que sufrí en La Pampa. Era pleno invierno, nos desvistieron, nos sacaron las zapatillas, y con las mismas zapatillas me pegaron en el empeine del pie, hasta que llegó el momento que yo sentí que el empeine lo tenía al revés. Durante algún tiempo, algunas semanas, estuve caminando con cuidado porque me parecía que me caía. Después de esa paliza, a la noche, nos hicieron bañar con agua fría, y después de bañarnos con agua fría, nos metieron en un calabozo de castigo, que no tenía absolutamente nada, era todo cemento. Con otro compañero que habían llevado, con un muchacho de Mendoza, pasamos la noche, desvestidos, en invierno, sin toalla y sin abrigos. A la mañana siguiente nos empezaron a dar algo, estuvimos cuatro días, y se cuidaron muy bien de que no quedaran marcas sobre nosotros. Hicieron ‘castigos alternativos’, si se los puede llamar así”.

“Estos fueron métodos que alguien les enseñaba a estos señores, como los de La Pampa. Lo hacían conscientes, ellos se integraban a eso, cuando amenazaban, amenazaban con orgullo de ser los represores de acá y los que actuaban en nombre de las Fuerzas Armadas, y cuando las Fuerzas Armadas con todo lo que hacían al país, los retaban a ellos, como lo retaron a Fiorucci adelante mío y lo humillaron, decían ¡si, señor!, ¡si, señor!” afirmó.

La visita

En el mes de agosto de 1977, mientras estaba en la cárcel de La Plata, Ghezzi recibió la visita de tres integrantes del grupo de tareas de la Subzona 14. Recordó la víctima: “Me sacaron de la celda y me interro-

garon. Me llevaron adelante, a una celda en un lugar de seguridad que hay en esos penales, y ahí se presentó de nuevo Fiorucci. Me dijo: ‘Yo soy el comisario Fiorucci, él es Reinhart y él es Cenizo, nosotros no te tenemos miedo, vos tenés que decir esto, tenés que decir aquello, porque de lo contrario te vamos a sacar a Palermo, y en Palermo... Vos acá dentro habrás escuchado, que tenemos chupaderos...’ y empezó hablar con la jerga que hablaban ellos, dando muestras de absoluto conocimiento de lo que estaba diciendo. Porque yo venía de escuchar a los compañeros que venían del cautiverio del Gran Buenos Aires, y que habían padecido y habían estado en las condiciones que Fiorucci me decía”.

Ghezzi recordaría esa conversación durante años: “Fiorucci me interrogó y estaba adelante mío. Reinhart se paró entonces detrás de mí. Estábamos todos a cara descubierta. Y Reinhart me empezó a hablar. Y me empezó a hablar sabiendo, absolutamente consciente, de que esa voz era imposible de olvidar, porque él era el interrogador de La Pampa. Cuando escuché esa voz sentí el terror, de la picana, y él lo sabía. Él sabía que me estaba preguntando para intimidarme. No entendí en ese momento de que se trataba de hacerme firmar una declaración, que por supuesto que no accedí, no me hicieron firmar absolutamente nada”.

Ante el juez

Ghezzi fue procesado por el Juzgado Federal de Santa Rosa por “subversión” y por actividades políticas, como el resto de sus compañeros de la universidad. Mientras estuvo en la cárcel de La Plata falleció su padre y no pudo ir a despedirlo. Su calvario duraría tres años, seis meses y quince días hasta quedar completamente libre.

El ex estudiante rememoró: “Por diciembre de 1977 empezó el ‘juicio’ en La Pampa, entonces, cuando reconstruyeron los hechos, me di cuenta de que estos señores habían hecho semejante desprolijidad en su afán represivo, que ni siquiera estaban en condiciones de poner algo medianamente discreto, ante un juez que era otro apéndice de aquello”.

“(El juez Walter Lema) personalmente me dijo, cuando me tomó de-

claración: ‘Ghezzi usted no se enoje, pero si yo no hago esto, qué van a decir en Toay’. Y me hablaba y me decía, también con un cinismo espantoso, de lo bien que se estaba en la Colonia Penal. Cosa que era cierto, la gente de la Colonia Penal fue muy solidaria, cabe nombrar a un señor Aimar, que la noche que nos sacaron, nos iba saludando a todos, escondido de sus jefes, y se le caían las lágrimas de ver que nos íbamos. Y a todos nos daba gestos y señales de ánimo: ¡No aflojen muchachos, no aflojen!”

“El proceso –continuó– duró un año, aproximadamente. Me absolvieron de toda imputación, no sabían demasiado bien porqué era. Yo mientras tanto seguía a disposición del Poder Ejecutivo Nacional, fue la única justificación de que estuviera preso. Después estuve otro año más y el 19 de julio de 1980 salió publicado que quedaba en libertad en una lista en el diario. Me tuvieron diez días más y después me largaron en libertad, a medias, porque quedé con libertad vigilada. La libertad vigilada me la sacaron del todo en marzo del 81, ocho meses después”.

“A mí se me acusó de haber sido integrante del FAUDI (Frente de Agrupaciones Universitarias de Izquierda). Yo dije que sí. A partir del 24 de marzo del 76 el FAUDI fue declarado ilegal por la dictadura, como disuelto. La figura de disuelto no significaba un riesgo para la famosa ley de Seguridad Nacional, no significaba que el haber estado en esa agrupación, uno tenía que ser apéndice de algo. Hicieron tres categorías, una fue que suspendieron las actividades de los partidos políticos, como el Partido Justicialista, el partido radical, los partidos mayoritarios, a las agrupaciones universitarias, como el FAUDI y otros las declararon disueltas, y los que ellos consideraban peligrosos, como ERP y Montoneros. Este juez nos hizo una causa sobre eso, por eso digo que fue una farsa. Porque yo fui militante hasta el 24 de marzo, no me preguntó jamás nada sobre alguna presunta actividad posterior al 24 de marzo, con lo cual me estaba preguntando de algo que era una actividad lícita hasta ese momento, era absolutamente absurdo, se lo dejé asentado. Yo le dije ‘me resulta muy llamativo, que no me haya hecho ninguna pregunta que pueda haber dado lugar a algún tipo de sospechas, sobre algún tipo de actividad”’.

“Todos los del grupo que eran estudiantes siguieron la misma suerte

que yo. Nos llevaron a todos a La Plata, y nos hicieron una causa a todos, de la cual todos salimos 'libres de culpa y cargo'. No nos dieron ninguna condena...”, destacó.

Ghezzi volvió a su carrera de contador público, ya que le faltaban sólo cinco materias para recibirse. “Estando los militares en el poder, conseguir algún trabajo resultaba irrisorio, y menos algún trabajo que me dejara algo de tiempo para terminar mi carrera. Por lo tanto volví a mi actividad de vendedor de libros, que era lo que yo había hecho antes de entrar a trabajar en el Banco Nación”, rememoró.

“Tenía que ir todas las semanas, el primer tiempo, a firmar a Jefatura de Policía mi presencia. No me podía ausentar de Santa Rosa, ni moverme. Lo tenía prohibido. Y después me empezaron a hacer firmar cada un mes, pero me encontré con el problema que tampoco podía vender libros. Una vez me atiende una persona vestida con uniforme del Ejército y me dice que mi actividad como vendedor de libros era muy peligrosa, porque yo de esa manera podía ver gente. Le resultaba muy peligroso que yo los viera en la calle. Por lo tanto tampoco me dejaron vender libros. Quiere decir que mi libertad llegó recién en marzo del 81. Ahí dejé de ser un blanco móvil por la calle”, dijo.

Ghezzi pudo terminar los estudios con apoyo de su familia. “La universidad, se dividió en dos partes, cuando yo llegué fue sumamente hostil, me trataron muy mal, no me dejaron rendir las materias que tenía aprobadas. Cuando yo caí preso había terminado de cursar, me faltaban rendir cinco finales, el decano, que no recuerdo su nombre, del año 80, me prohibió rendir, y me amenazó de todas las formas que se pueda amenazar a un tipo: que yo iba a tener que cursar, que me tenía que callar la boca. De todo me dijo, me hizo esperar desde fines de julio, cuando yo regresé, hasta diciembre y esperar hasta el año siguiente, recurrir las materias que se habían vencido. Por supuesto después de tanto tiempo, las recurrí y por suerte me recibí y con eso me gano la vida... soy contador público”, concluyó.

Rosa María Audisio

“Sentíamos desde la celda todos los ruidos de los gritos que venían de arriba”

Rosa María Audisio nació en General Pico y estudiaba en 1976 en la delegación de la Universidad Tecnológica Nacional de esa localidad. Junto a otras compañeras fue llevada a la Seccional Primera de Santa Rosa donde fueron interrogadas y torturadas.

Rosa María Audisio tenía 22 años y era alumna de ingeniería en la delegación de la Universidad Tecnológica Nacional (UTN) de General Pico. Parte de los estudiantes de esa facultad habían resistido la intervención derechista a comienzos de 1975 y fueron detenidos. Llegada la dictadura militar, fueron uno de los blancos principales del Ejército.

“Junto con otras compañeras hacíamos cursos de apoyo para intentar aumentar el número de ingresantes o eliminar el número de deserción de la facultad. Teníamos un Centro de Estudiantes muy activo, había una política educativa de mucha participación y de hecho la actividad mía y de otra gente, se relacionaba mucho con la universidad abierta, una universidad que tuviera cada vez más gente, ver qué posibilidades había de insertarla en la comunidad y otras situaciones de ese tipo”, rescató Audisio.

La estudiante fue detenida el 25 de marzo de 1976. Un operativo armado rodeó la casa en la que vivía con sus padres, ubicada en la Calle 15 entre 24 y 22. Soldados armados golpearon ese día a su puerta.

“Personal militar se aprestó para decirme que me llevaban por ‘acti-

vidad subversiva. Yo estaba durmiendo, entonces les pedí si me podía vestir, a lo que accedieron, y me llevaron ese día hasta la Comisaría de General Pico. Cuando me subieron en el Falcon, el militar que se sentó al lado mío indicó la dirección de otra compañera mía, Rosalind Gancedo, en la Calle 11 entre 30 y 32. Hicieron un operativo similar con ella, y la subieron también a mi lado para ir hasta la Comisaría”, recordó sobre los primeros minutos de su detención.

Del operativo, la ex alumna rememoró: “Fue muy numeroso, llamó mucho la atención, mis padres no estaban porque habían salido y un vecino de enfrente de apellido Giovanna los llamó por teléfono para avisarles porque quedó un poco impresionado por las características del operativo y porque sabía que nosotros estábamos estudiando, que la máxima reunión que hacíamos era para prepararnos para rendir materias. Iban todos armados, fue una cosa muy impresionante, que hasta uno podría pensar que buscaban un grupo de diez o quince personas. Era tan grande la desproporción numérica respecto a lo que buscaban, que era a mi persona, que yo también me atemorice mucho”.

En las celdas de la Primera

Audisio explicó que luego “en la Comisaría (de General Pico) estuvimos hasta el día siguiente. Nos dijeron que quedábamos detenidos a disposición de la Subzona 14, para investigación, o por ‘presuntas actividades subversivas’. Cuando llegamos estaba Raquel Barabaschi ya detenida, en una especie de piecita muy chica. Estaba ella y unas chicas que creo ejercían la prostitución. Al día siguiente llegó otra chica detenida que era personal de la facultad, Zelma Rivoira, y recién a la tarde nos llevaron a Santa Rosa. A la tarde del día siguiente, a la nohécita”.

“En el carro que nos trasladó a mí y a mis compañeras nos encontramos con Brinatti, con Veleda y con Victoriano García. Nos trajeron a todos acá, a la Seccional Primera de Santa Rosa, donde también nos recibió un grupo de gente muy importante, gente armada que estaba en los alrededores. Nos hacían un acceso como para ingresar”, dijo.

“Yo fui a una celda donde estaba Mireya Regazzoli, era una especie de celda mas grande, que presumo que fui ahí porque a lo mejor había mucha gente, porque me dijeron que en realidad era para estar sola, incomunicada. El primer día, ese día y capaz que un día más, estuve



Rosa María Audisio era alumna de la UTN de General Pico cuando fue secuestrada.

con Mireya Regazzoli, y creo que a lo mejor ella no se olvidó tampoco de mí, porque cuando me vio, recordó mi apellido porque había sido compañera de estudios de una prima mía”.

“Al día siguiente o a los dos días me hicieron salir de ese cuartito por que venía Baraldini y el obispo a visitar a Mireya Regazzoli, entonces como esa era la primera celda, me sacaron como a un cuartito, y ahí estuve un rato, hasta que volví ahí, y al otro día, mas o menos, o dos días, fui a un cuarto sola, a una celda sola. En esa oportunidad que salí para la piccita, pude ver a gente conocida, que eran mis compañeros. Uno que recuerdo, que estaba bastante mal, era Calvo, otro era un muchacho con el que teníamos amistad y afecto que era Cortada, y creo que también estaba Oderis. Como si hubieran ido también a declarar en esa noche, y hubieran bajado a ese lugar, digo bajado porque después cuando yo fui a declarar, tuve que subir la escalera que estaba cerca de ese cuartito”, explicó Audisio.

La ex alumna recordó que hubo varias noches que la iban a llevar a declarar, pero que después no se concretaron. “Hasta que una noche me fue a buscar una de las mujeres, de las celadoras, como que esa noche me tocaba declarar. En la noche solían hacer como ruido, gol-

pear las partes de las puertas. Nosotros a su vez sentíamos, todos los ruidos de los gritos que venían de arriba, entonces era una situación de bastante temor. Se escuchaba como una radio fuerte, sobre todo a la noche, que era como que tapaba, gritos y ruidos, y alguien que hablaba como si fuera un locutor. Una noche me dice esta mujer que iba a tener que declarar, si tenía un pañuelo porque me iban a vendar. Como yo no tenía, me llevé mi camisa. Es una imagen visual bastante fuerte que tengo, de mi camisa roja, y en ese cuartito me la ató fuerte a los ojos y vino alguien y me esposó, con las manos atrás. Subí la escalera del brazo de una señora, porque había una rubia y otra que era más mayor. En general las mujeres nos trataron con mucho respeto y hasta pienso que nos contenían en la situación de terror que uno vivía diariamente”.

En el cuarto de arriba

Audisio relató su llegada a las oficinas de la Unidad Regional I, donde eran interrogados y torturados los prisioneros. Esas sesiones duraban entre cuatro y cinco horas.

“Cuando llegué a ese cuarto de arriba, yo no vi nada, porque me habían puesto demasiado fuerte la camisa atada sobre mis ojos. Sí noté como que había mucha gente, tuve la sensación de que había seis, ocho personas. Aparecía como una luz de frente, como una especie de resplandor, tampoco puedo precisar. Ahí estuve mucho rato, se hacía ostentación de armas, que se colocaban en una mesa o en un escritorio, una persona se paraba al lado y era como que tiraba el humo del cigarrillo sobre mi cara. Después empezó una especie de interrogatorio, bastante incoherente, respecto a dónde estaban las armas. Una especie de amenaza, decían de que ya había hablado Barabaschi, Gancedo, Rivoir... Y una de las preguntas fue cómo habíamos matado a un sereno en el Aeroclub de Pico. Eso me hizo hacer como una mueca, que me había sorprendido hasta por lo incoherente de la pregunta, una mueca que confundieron con una sonrisa, lo que generó que recibiera muchos golpes en el estómago con guantes de boxeo”.

“Después recuerdo –continuó la víctima su relato– que me sentí muy mal, las preguntas siguieron siendo de ese tipo, de armas, de que iban a volver a allanar mi casa en busca de las armas. Hasta que alguien de

todo ese grupo dijo ‘dejala, ya va decir la próxima’, como que esa no era la última vez que iba a declarar. Esa voz me llamó mucho la atención, porque me hizo acordar a un profesor que nosotros teníamos en la facultad, de apellido Castiñeiro, con un timbre distinto, como que siempre lo he identificado o me ha seguido sonando. Las amenazas eran muy fuertes, como que íbamos aparecer en un zanjón o en el mejor de los casos en una cárcel de Chaco, o que podían hacerle algo con nuestra familia”.

Cuando terminó el interrogatorio, Audisio fue llevada nuevamente a la celda. “Yo estuve cerca de dos semanas en la Seccional Primera, y creo que a partir de ese momento en adelante, cada noche fue estar viviendo con la sensación de que eso se podía volver a repetir. No obstante, cuando llegué, estaba como bastante descompuesta, no sé si no había vomitado. La gente que estaba ahí nos comunicábamos, teníamos también como un código de afecto entre las personas que estábamos ahí, como Zelma Rivoira, Gancedo, Espósito, de alguna manera cada uno sabía lo que le pasaba al otro y nos transmitíamos que había sido lo que había pasado la noche anterior. Ahí me di cuenta que no quería contar eso que me aterrorizaba, porque uno sentía que con eso el otro se ponía peor, porque también estaba la angustia de la espera”.

“En una de las salidas que pedíamos para ir al baño, vi a Raquel que estaba mal, como que la hubieran golpeado. Eso también quedó como una cosa muy, muy fuerte. Nosotros sentíamos que las celadoras nos iban transmitiendo un poco quienes eran esas personas (que nos torturaban). En el caso particular mío, fue cuando me dijeron que había sido Fiorucci”, dijo la víctima.

“Creo que no nos bañamos en esos quince días. Dormíamos vestidas, también por miedo, porque todas las cosas atemorizantes las escuchábamos de noche. Creo que el único día que no se escuchaba nada era el domingo, a lo mejor el domingo era un franco. El resto era estar ahí, y caminar y pedir ir al baño y nada más que eso”, dijo.

Bajo amenazas

Audisio relató que “llegó el día en que nos dijeron que nos íbamos a

ir, aparentemente me dijeron primero a mí, porque estaba parada en esa salita. Vino Gancedo que es con la que salimos juntas, y como nos habían amenazado con que a lo mejor no aparecíamos más, también creo que ahí se me cruzó que era probable que no fuera una salida, porque tampoco era todo tan claro que iban a hacer con nosotras”. Eran los primeros días de abril.

“A mí me dijeron ‘vas a salir’ y cuando llegó Gancedo le dijeron lo mismo. Entonces como que quedamos las dos en disposición de salir, íbamos a buscar nuestras pertenencias y no sé si el documento o algo que teníamos o una frazada. Cuando llegamos ahí estaba Baraldini y nos dijo que teníamos que firmar un papel, como que no sé si deslindaban responsabilidades, no tengo ni idea, porque yo tampoco sé lo que firmé. Lo único que sé es que nos dijeron: ‘A partir de ahora la vida de ustedes cambió, a callarse y a olvidarse de esto, no van a poder volver a la facultad y cada vez que salgan de Pico van a tener que pasar por la Comisaría y decir a dónde van, con qué micro, a qué hora sale y al regreso de la misma manera””, relató Rosa Audisio.

“Cuando salimos estábamos muy aterrorizadas, no recuerdo si alguna de las mujeres policía le avisó a la familia Cortada que salíamos, entonces esta gente nos vino a buscar, que fue para nosotros un gran alivio. Y lo que más recuerdo de esa noche, era que estábamos ahí medio como en el descampado mirando las estrellas, no pudiendo creer que estábamos en libertad”.

La familia Cortada, que había sido la que les llevaba a los alumnos de la UTN comida o frazadas, las fue a buscar y las alojó en su casa. “Al día siguiente nos tomamos el colectivo y llegamos a Pico. A partir de ahí yo pude seguir en la facultad. Pasaron unos meses y me fui presentando. Yo era una alumna de cuarto año, ya tenía muchas materias, me faltaba también bastante poco para recibirme. Pude seguir yendo a la facultad. Si hago un análisis sobre por qué yo pude hacerlo –porque a otros no les tocó seguir–, a lo mejor fue porque habían detenido tantos en el Barrio Pampa ese día, que si no seguían estudiando puede ser que no siguiera la facultad””, resaltó.

Audisio quedó bajo el régimen de libertad vigilada. “Una especie de encarcelada en mi propio pueblo”, recordó la víctima. Eso duró hasta el año 1980. “Tuve muchas oportunidades de ir a la comisaría y avisar

si me iba en tren, si me iba en colectivo, avisar cuando volvía y después tenía que volver en el tiempo que había dicho”, rescató.

Eduardo Nelson Nicoletti

*“La detención de periodistas en La Pampa
no fue ninguna casualidad”*

Eduardo Nelson Nicoletti fue detenido el 24 de marzo de 1976, minutos después de producido el golpe militar. Periodista, era director del diario La Capital, por entonces una cooperativa de trabajadores, y secretario general del Sindicato de Prensa pampeano.

Las actividades, tanto profesional como de militancia, de Eduardo Nelson Nicoletti en los años 70 estuvieron en el periodismo y en los grupos católicos de base. Trabajador del diario La Capital, a fines de 1975 esa empresa se convertiría en una cooperativa de trabajo que lo tuvo como su presidente y director. También llegó a ser secretario general del Sindicato de Prensa de La Pampa, una actividad de riesgo en tiempos de violencia política y, sobre todo, al desatarse la represión ilegal y la censura impuesta por el Terrorismo de Estado.

En los primeros minutos del 24 de marzo de 1976, cuando Nicoletti había regresado junto a sus compañeros a las oficinas del diario para publicar la noticia del golpe de Estado, sería detenido por la Subzona 14.

“A mí me detienen en el diario La Capital, que funcionaba en la calle Pellegrini. Previo a la detención, la comisión que realizó el operativo conjunto del Ejército y la policía pasó por mi vivienda particular en la calle Baldomero Téllez. Los atendió mi señora, les dijo que yo no estaba, pidieron revisar la vivienda. Mi señora les pidió que pasara al-

güen de civil, porque yo tenía dos hijos pequeños, y efectivamente pasó Fiorucci de civil, vio que yo no estaba y supongo que marcharon hacia el diario, dónde yo sí estaba”, relató sobre esa madrugada.

Nicoletti recordó que en esa horas ya habían hecho el diario del día siguiente “pero no lo habíamos cerrado, en el sentido de dejar terminada la edición, frente a la inminencia del golpe. Yo salí a buscar a algunos compañeros y abrimos la página principal, la tapa, y nos dispusimos a rehacer el diario conocido el golpe. En esa tarea estábamos, cuando ingresaron en un operativo. Yo estaba escribiendo, ante un nuevo golpe militar, y convocando a la resistencia civil. En ese momento, en condiciones normales, diría yo, requirieron por mí, me identificó Fiorucci, a quien yo conocía. Y sin muchos más trámites, me llevaron”.

“Hubo un hecho que alcancé a ver. Uno de los compañeros, ya fallecido, Víctor Domínguez, dijo ‘A Nico no se lo llevan’, y vi que lo golpeaban con la culata y lo llevaban hacia el fondo del diario. Lo mismo pasó con otros dos compañeros. Yo fui subido al vehículo, hicimos algún recorrido por los monoblocks, detrás de Casa de Gobierno. Se subió otra gente, que entiendo eran funcionarios del Ministerio de Obras Públicas, cuyo ministro era el Cholo Covella. Y desde allí directamente a la Colonia Penal, donde nos identificamos y a la celda”.

Nicoletti recordó que estuvo incomunicado durante treinta días. “Mi condición de periodista me permitió advertir y analizar el procedimiento en la Provincia de La Pampa, de qué manera el golpe se instituyó en La Pampa, incluyendo antes, el tiempo del gobierno democrático de don José Regazzoli y de Rubén Marín, cuando el gobernador adhirió en un convenio, después ratificado por la Legislatura, para adscribir la Policía provincial a la Subzona 14 en 1975, es decir, bajo dependencia militar”, afirmó.

Fidel y el diario

Nicoletti quedaría detenido hasta el día de su cumpleaños, el 16 de noviembre del 76. Primero fue en la Unidad Penal 4 de Santa Rosa y luego en la Penitenciaría de Rawson, en Chubut. Recordó que en los días siguientes al golpe, en la U4 “éramos realmente muchísimos y muy cambiantes, hubo gente que estuvo pocos días. Los conocidos y públi-

cos: Saúl Santesteban, Miguel Maldonado, Accátoli, el ‘Cholo’ De Diego, don José Regazzoli, Mendizábal, don Nicolás Navarro...”

“Estando en la Penal –resaltó– en dos oportunidades me trasladaron. Una vez a la Seccional Primera, estuve parado horas contra una pared, no podría decir cuántas horas, pero fue mucho tiempo, sin que me sucediera nada. Contra una pared, por lo menos un día y una noche, y de pronto me regresaron a la Penal. Lo que me acuerdo era mi terror. Los gritos y los golpes, eso lo escuchaba. En realidad, cuando me retornaron a la Penal, me quedé pensando por qué no me había pasado nada. Lo que se pretendía era que escuchara, no entendía otra razón, por la cual estuve todo ese tiempo parado ahí”.

Nicoletti comentó: “La segunda vez fue en un sitio de la calle Raúl B. Díaz, donde estaba vendado. Sufrí un interrogatorio, con golpes. Tres cosas fueron obsesivas en esa sesión. Una, ¿por qué a mi primer hijo varón le iba a poner Fidel? Fue por mi padre, se llamaba Fidel. Y la otra, si había recibido instrucción militar en Cuba, en un supuesto viaje que había hecho. Jamás fui a Cuba. En realidad pude ir, recién en el 87. Lo otro, que era para mí lo más grave, fue que nosotros con el Sindicato de Prensa y el Sindicato Gráfico, compramos el diario La Capital. Sin embargo la patronal, y no hablo de la patronal de los Gazia, sino hablo de Adepa y tal vez de algunas otras patronales, interpretaron de que era inconveniente un procedimiento de cooperativización de un diario. Y de alguna manera, hicieron creer, informaron o lo que fuera, de que habíamos apretado a la empresa para que accediera a la venta. Eso no sólo no era cierto, sino que recibí cartas de don Julio Gazia, que era uno de los dueños, que quedó altamente satisfecho por la negociación, felicitando al gremio por el encuentro de la solución, y la altura y la dignidad con que se había hecho la negociación. Que además fue buen negocio para la empresa. Estas tres situaciones fueron las que tenían interés los interrogadores”.

La víctima dijo que “en una situación límite y extrema, lo que uno siente es otra necesidad, es la preservación de la vida, ofrecer el menor flanco posible. La preocupación de un tipo golpeado es otra que saber quien lo ha golpeado. A mí no me interesa quienes me golpearon, no me interesó nunca. Yo intenté siempre tener una respuesta política a

esto, principalmente para no volverme loco y además porque no hay peor situación para un detenido ‘especial’, como nos llamaban en el pabellón, que no sentir culpa. Un preso necesita ser culpable, sino no le cierra la vida. Yo no delinquí, pero ejercí mi militancia, que naturalmente era contra los milicos, y no se equivocaban cuando en el comunicado de detención puso la Subzona 14 que me detenían porque los iba a estorbar en el trabajo que venían a hacer y tenían razón”.

Nicoletti explicó que vio a algunos de los detenidos golpeados como a Roberto Gil, Covella, Miguel Maldonado, Hermes Accáttoli.

En la cárcel de Rawson

Nicoletti, junto a otros cinco detenidos, fue puesto a disposición del PEN (Poder Ejecutivo Nacional) a comienzos de septiembre de 1976 y trasladado a la cárcel de máxima seguridad en Rawson. Estuvo allí dos meses, hasta el 16 de noviembre.

El traslado en un avión del Servicio Penitenciario “fue muy traumático”. Nicoletti indicó: “Hubo tres situaciones que yo recuerdo. Una, que en el avión fueron subidos presos equivocados, lo que significó que el avión tuviera que regresar a Santa Rosa, que si no fuera porque nos estaban golpeando tan mal, hubiera sido placentero. Lo otro, que hicimos un par de escalas, no podría decir de ninguna manera dónde. Y finalmente que, un rato antes del aterrizaje, en la Base Almirante Zar, en el revuelo que era el viaje –íbamos engrillados al piso, esposados, vendados y golpeados–, pudimos, por lo menos yo pude presentir, que tiraron por la puerta a alguna persona, por los gritos de esa persona y por los dichos de algunos de los que nos trasladaban. No tendría más precisiones, pero eso lo viví”.

Rememoró también su llegada al sur: “Nos tiraron del avión, en la Base Almirante Zar, sencillamente nos empujaron, íbamos esposados y había que ver que era una caída de dos metros. Yo iba esposado con Covella, que su altura le dio problemas todo el viaje y la caída, porque efectivamente me llevaban ‘como chicharra de un ala’. También tuvimos a la llegada una sensación inmensa, porque más allá de lo que nos estaba pasando, vimos que la situación en el avión era peor, es decir la posibilidad de que nos tiraran, es lo que presentimos”.



Eduardo Nelson Nicoletti era director del diario La Capital. Fue arrestado frente a sus compañeros.

“Las condiciones en la Unidad 4 fueron las correctas, en cambio en Rawson fue otra cosa. Mi madre le mandó una carta al jefe de la Dirección para decirle que yo sufría del hígado, si podía cuidarme con la comida. Me llevaron a la Dirección, en las condiciones en las que se trasladan en ese momento al menos, a los presos en el Penal, a los golpes. Ahí el director me lee la carta, con otros guardia-cárceles, naturalmente haciendo mofa de la preocupación de mi madre, que como es fácil advertir no entendía qué estaba pasando. Desde ese día, en Rawson a mí me daban una bola de grasa, como toda comida, que con gran ingenio yo la fileteaba y la comercializaba. Un filete de grasa, un filete de papa, eso era mi alimentación en Rawson. Es no más que una anécdota, pero tiene que ver con las condiciones. Como para bañarnos. La ducha estaba en la terraza, con los vientos de la Patagonia y los fríos, se abría el agua fría y la ducha era una tumba”, aseguró la víctima.

Heridas abiertas

Nicoletti explicará sobre lo que tuvieron que vivir los familiares de los detenidos políticos: “Los ciudadanos quedamos sin ninguna protección, ni siquiera en caso extremo. Mi señora caminó Buenos Aires

buscando alguien que dijera por qué estaba preso, cuándo iba a salir, qué podía hacer. A mi señora y algún hermano les dijeron en el Ministerio del Interior que llevaran cartas que hablasen de mí, y lo hicieron. Consiguieron muchas cartas que hablaban de mí, de su momento, de mi vida”.

“Yo fui seminarista, estudié para cura, hasta que me echaron, y pasaron dos obispos por mi vida, monseñor Mayer y después monseñor Arana. Mi trabajo periodístico-militante yo lo hacía desde mi concepción cristiana, adheríamos naturalmente a los cristianos por el Tercer Mundo, con los curas acá en La Pampa que adherían, con los grupos de la universidad. Hubo indiferencia del Obispo en ese pedido de cartas. Monseñor Mayer, que tengo una copia, dice, como toda defensa a quien conocía de chico y durante quince años, que yo tomaba la comunión los domingos y monseñor Arana que me confesaba alguna vez. En cambio el padre Cayetano Castello, del colegio Domingo Savio, hizo una larga carta reivindicando todo el trabajo que hacíamos desde la Juventud Cristiana. El padre Valla con su ‘paisanura’ que todos le conocimos, dijo que él aseguraba que si me largaban, me iba a poner en línea y que no le iba a traer problemas, porque conocía a mi familia. La Iglesia, cosa que me duele, no fue una sola voz. Si fue cómplice de la dictadura –algunos de los oficiales hasta se confesaban con monseñor Arana que les decía que estuvieran tranquilos, que Dios quería que esto fuera de esta manera, que había que salvar a la patria y ese discurso–, había otros integrantes de nuestra misma Iglesia que estaban comprometidos con trabajar en la realidad cotidiana, por lo que creímos que iba a ser un mundo mejor”.

En noviembre, un decreto de la dictadura militar ordenó su liberación. “Fue un decreto de Videla, nos incluyó a la señora Miyi Regazzoli y a mí en un solo decreto. Nos liberaron, en realidad en forma equivocada, a mí desde una cárcel de mujeres y a Miyi desde una cárcel de hombres. Estuvimos muchos días para poder acomodar esa situación, pero finalmente me liberaron en Rawson. Mi familia pudo ir a esperarme, mi esposa y mi suegro. No es un dato menor: creo que fui el primero que salió con vida del pabellón, porque compañeros anteriores que eran liberados nunca llegaron a sus casas. Y mi familia, creo que con la intervención del Juzgado Federal de Rawson, consiguió que

me liberaran al mediodía, cosa inusual en una Penitenciaría”.

El exilio interior

Nicoletti regresó a La Pampa tras su detención, con libertad vigilada. “Creo que fui el primer pampeano en quedarse, lo que me trajo muchos problemas, por ejemplo en que el coronel Iriart me mandara a buscar con un soldado y me dijera: ‘¿Usted es estúpido, tonto o qué? ¿Por qué no se va?’. ¿Irme adónde? ‘No lo queremos en Santa Rosa’, me dijo, no queremos que esté en el diario. Entonces yo invento de irme a un lugar que podía tener casa y un laburo, que era Telén. No había presos caminando aquí, y pude observar alguna gente que se cambiaba de vereda, para no comprometerse, y también gente que cambiaba de vereda para saludar y darme su solidaridad”.

“Hubo un plan absoluto y yo lo pude comprobar. Yo era secretario general del Sindicato de Prensa, participé de un congreso clandestino nacional en el 78, en Buenos Aires. Nos reunimos y faltaban siete secretarios generales y había otros detenidos. De los detenidos, la mayoría era delegados de los diarios. Me acuerdo que en el documento que hicimos en la clandestinidad, dijimos esto. No hay ninguna casualidad, acá en La Pampa la detención de Raulito D’Atri, de Saúl Santesteban y la mía, no fueron ninguna casualidad, formaba parte de un plan que fue fácilmente constatable después. Había una matriz, había un modelo, había un motivo. Creo que además se reiteraba con sus particularidades en la docencia, en el Ejército que limpió con distintos planes a oficiales más progresistas. En cualquiera de las actividades hubo una depuración, por llamarlo de alguna manera, que el objetivo final era sumar a Argentina a los países del continente que ya estaban bajo el funcionamiento de la Doctrina de Seguridad Nacional”, describió el periodista.

Nicoletti resaltó: “En La Pampa, en ese sentido, el ‘trabajo’ fue realizado. Aquí tuvimos una especie de tendencia a decir que ‘La Pampa era una isla’, y creo que lo decíamos, algunos desde la satisfacción de creer que aquí las cosas eran distintas, más amables, más conversables y finalmente descubrimos que no, que ese plan verdaderamente se aplicó. Porque además si se toma en cuenta la población de La Pampa,

la cantidad de detenidos fue absolutamente una exageración, éramos muy pocos para semejante cantidad. Comparándolo con lo que después fuimos sabiendo de todo el país y ni que hablar del grado de peligrosidad ‘cero’ que había acá”.

El periodista no pudo volver a trabajar en el diario La Capital, del que todavía era integrante, hasta después de mucho tiempo de haber salido en libertad. Recordará sobre esos momentos: “Apareció de director un colega mío, que era informante de la SIDE (Secretaría de Inteligencia del Estado). Él tomó el diario, le dio naturalmente otro giro y además él se fue con Videla a recorrer el país, presentando el Proceso de Reorganización Nacional. Este colega también nos cerró a varios el diario, su presencia en el diario en ese momento no era solamente periodística sino también de participar en la comunidad informativa, que se reunía todos los jueves en la Calle Quintana, donde posteriormente, o al menos cuando a mí me citaban, funcionaba el (Servicio de Inteligencia del) Ejército. Yo estuve tres años, después que salí de Rawson, presentándome allí, en Inteligencia del Ejército, bajo el régimen tan extraño de ‘libertad vigilada’ en la que estaba”.

La víctima relató que en esas circunstancias “un capitán Di Fillipo por todos los medios quería que yo me declarara comunista, porque tenía un formulario para llenar y una cruz para poner y me costaba mucho convencerlo que no, porque no era comunista. Con el agravante que yo por lo menos sabía por qué no era comunista. Yo venía desde Victorica donde me había ido, veníamos dos o tres veces por semana con mi señora que daba clases en la universidad y me tenía que presentar. El señor hacía su tarea, que era la de indagarme naturalmente por dónde rumbeaba mi cuestión ideológica. Y una de las cuestiones pendientes, que siempre quedó, fue mi condición de comunista, que de hecho yo no lo era, incluso más, de mi detención salí peronista, porque el 90 por ciento de los presos eran peronistas. Y eran peronistas porque el golpe fue contra el peronista, y ahí me cerró un poco la cuestión política, digámoslo así, porque uno no puede permanecer impasible”.

Zulema Arizó

*“Me pedían que hablara, que hablara.
Yo no sabía de qué tenía que hablar”.*

Llegada desde Rosario, en 1978 era maestra en la Escuela albergue de Paso de los Algarrobos, en el oeste pampeano. Allí fue secuestrada por un grupo de tareas y trasladada a Santa Rosa. Ese establecimiento asistencial fue derrumbado por las autoridades de la dictadura militar al año siguiente.

En 1978 Zulema Arizó, llegada desde Rosario, trabajaba en la Escuela de Paso de los Algarrobos. Su directora era Lidia Fiorucci, hermana de uno de los integrantes del grupo de tareas de la Subzona 14. Además solo había una cocinera, una celadora, el marido de la cocinera y una lavandera, recuerda la docente. Al momento de su secuestro, la víctima estaba embarazada.

“El 23 de mayo de 1978 a la una de la madrugada estaba durmiendo en la habitación que tenía destinada para mí, y entraron varios hombres. Para mí eran muchos. Me pidieron de mala manera que me levantara, me encandilaron con una luz muy potente, una luz de linterna debe de haber sido, me pidieron que me vistiera delante de ellos, me vendaron los ojos, me sacaron esposada, me subieron a una camioneta –pienso que era una camioneta–. Me dejaron allí, se fueron a hablar con alguien, supongo que debe haber sido con la directora. Cuando volvieron, me dijeron: ‘Bueno, te vamos a dejar’, y después, se arrepintieron. Ni pude recoger mis cosas, porque me las recogieron ellos mis-

mos, y me las trajeron a la camioneta”.

La docente resaltó: “Yo salí gritando y llorando, llamando a la directora, ingenuamente, nadie contestó a mi llanto, a mis gritos, a mi miedo... Me subieron a esa camioneta, iban dos personas al lado mío. Hicimos un trecho, supongo que era un terreno, una calle de tierra, por los golpes que daba la camioneta, y pararon en medio del campo. Uno de ellos me golpeó, me pegaba puñetes en el estómago, en el esternón. Le pedí que por favor no me pegara, que lo hiciera por mi hijo, de mala manera me contestó: ‘¿Qué hijo?’, le digo: ‘Estoy embarazada.’ Y me dijo: ‘Si eso es mentira te vamos a matar.’ Me volvieron a subir a la camioneta, hicimos otro trecho. Ya en asfalto, iban a parar en una estación de servicio, entonces me apoyaron la cabeza en uno de ellos, me taparon con una prenda muy gruesa, tipo gamulán. Entre los dos se reían, ‘que parezca que está borracha’, decían”.

Cautiverio en el sótano

La maestra fue trasladada hasta Santa Rosa. “Llegamos a un lugar, me tiraron en una especie de sótano, en un colchón en el suelo. Recuerdo haber bajado. La descripción que yo tengo era como un lugar todo con azulejos blancos, con una mesada, y una piletita con una canilla. Ahí estuve. Esa misma noche por supuesto que temblaba de miedo, de frío, era incontenible mi temblor... Uno de ellos me tomó el pulso, y me dijo burlándose ‘acá somos todos hombres, hay un montón de hombres, pero supongo que no te va a pasar nada’”, relató la víctima.

La docente recordó los interrogatorios a los que fue sometida: “Me pedían que hablara, que hablara. Decían que mi pareja –yo había venido a La Pampa con Juan Carlos Barrera, que luego se marchó–, ya había declarado, así que yo también tenía que declarar. No sabía de qué tenía que hablar. Esa noche me dejaron, pero en la siguiente volvieron. Siempre uno se adelantaba. Me pedían que mirara hacia atrás para poder vendarme los ojos...”

“A uno de ellos le dije que tenía mucho frío. Me dijo: ‘y qué querés, que te pongamos la calefacción acá adentro’. Tenía que golpear mucho



Zulema Arizó se retira con su hijo de la sede del juicio en 2010. Estaba embarazada cuando fue torturada.

la puerta para que me atendieran, cuando tenía necesidad de ir al baño. Me llevaban entonces con los ojos vendados, yo recorría un tramo muy largo para llegar al baño, una especie de pasillo, desparejo, una cosa muy precaria...”, aseguró.

“Lo único que recuerdo –precisó– parecido a la vida ahí adentro, algo muy mínimo, era que escuchaba a una mamá que llamaba a su nena, que se llamaba Tatiana. Debe haber sido una casa que estaba muy pegadita al lugar dónde yo estaba, porque lo sentía muy clarito. Las conversaciones, los retos que le daba la mamá a esta nenita. Debe haber sido una criatura chiquita, por la forma de hablar, de 4 o 5 años, que me gustaba incluso su nombre... Eso era lo más parecido a la vida, que en ese lugar de terror, yo escuchaba...”

La docente comentó otras vivencias en el CCD de la Brigada de Investigaciones: “También sentía el olor a asado. Me acuerdo que comían eso, y sus risas y sus diversiones... No me acuerdo de mi comida. No me acuerdo qué me daban de comer, si comía, si no comía. Lo único que me acuerdo era el olor a asado que comían ellos”.

Sobre los interrogatorios, Arizó recupera: “Siempre era lo mismo. Me preguntaba un señor de qué partido político era. Si hacía paro

cuando los maestros paraban... Siempre lo mismo. Después vino una persona, un señor gordo, morocho, grandote, que me dijo: ‘Cómo te van a interrogar con los ojos vendados. No debieron haberlo hecho’. Algunos aparecían, me preguntaban cosas, querían hacerse los buenos, o venían de noche, ‘arriba, arriba, arriba’ del colchón y me pegaban patadas. Puntapiés en el colchón, en las piernas, con mal trato. Me hacían parar en el colchón, estuve siempre tirada en el colchón, antes de entrar, se adelantaba uno y me vendaban los ojos. Una vez me habían colocado mal la venda y ante el terror que yo tenía, dije: ‘miren que yo veo por acá’. ‘Si ves te vamos a matar’. Siempre era la amenaza de que me iban a matar, ante cualquier cosita que yo decía...”

“La última declaración que me hicieron fue con los ojos sin vendar. Entré a una cocina, y después, a la izquierda de esa cocina había una habitación con dos escritorios, en uno de ellos estaba sentado la persona que era Reinhart”, afirmó.

Cambio de celda

Arizó precisó que luego de los primeros días de cautiverio e interrogatorios fue trasladada a otro sitio en un auto de la Policía. “Me parece que era la Seccional Primera, por lo que me dijeron después. Allí cuando llegué, me atendió un médico joven. Lo que le interesaba era aseverar realmente que yo estaba embarazada, porque me hizo el control ginecológico... Me tuvieron en una celda, incomunicada. El único que por ahí me hablaba por la ventanita era un médico que pasaba. Un señor, más grande, peinado hacia atrás. Creo que era canoso. Lo único que me decía era: ‘¿Cómo está señora, cómo le va?’. Nada más. Después cuando me levantaron la incomunicación, ese mismo médico pasaba siempre y él me aclaró un día que él no podía atenderme porque yo dependía de un comando militar. Estando allí me llevaron a la Jefatura donde me tomaron las impresiones digitales y me sacaron fotos”.

Arizó recordó que en el lugar “había tres celadoras. Me acuerdo el nombre de Norma y una señora morocha que era muy simpática, que se reía muy fuerte. Las celadoras me trataron bien, las tres me trataron bien. Ahí tuve mucha fiebre. Entre nebulosas, me acuerdo de una persona de guardapolvo que me sacaba sangre del brazo. Me dijeron que

tenía infección en los riñones, supongo que debido al frío que pasé en ese colchón del primer lugar. Me llevaron al hospital. Una noche la pasé en el hospital, porque se me había hecho un bolo fecal, estaba muy descompuesta. Siempre con un policía en la puerta, eran siempre hombres los que me sacaban, me controlaban”.

“Pasado el mes –continuó su relato– me levantaron la incomunicación. Había entonces tres chicas jóvenes, había cinco celdas, un baño. Me sacaron al patio. Las tres chicas estaban detenidas creo que por consumo de drogas. Me contaban que subían, dónde estaban ellos. Una de ellas mantenía relaciones sexuales con Reinhart, que él la hacía subir con ese propósito. Una fue llevada al hospital, como que le hicieron un aborto o algo semejante. Eso me lo contaron. Después me tocó también la época del Mundial, donde gritaban de noche, escuchaban los partidos. Gritaban, festejaban, las noches la verdad que eran tremendas...”.

La docente rememoró: “Siempre estaba temblando, siempre con susto. Me llamaron a declarar dos veces más. Tenía que subir una escalera, yo declaraba, ellos tenían el arma ahí en el escritorio. Siempre arriba del escritorio estaba su arma. Me parece que el que me tomó una primera declaración –yo decía qué querían que les dijera, porque la verdad que no sabía qué querían– me parece que era de apellido Reinhart, porque las chicas me decían. Después otra vez fue Fiorucci, él me lo dijo, por eso sé que era él. Y cuando él me habló, yo reconocí la voz que me interrogaba en el lugar que era un sótano. Cuando él me habló me dijo que yo ‘la había sacado barata’, porque él era hermano de Lidia, que era la directora de la Escuela dónde yo estaba. Me dijo que cualquier cosa que yo necesitara él me iba ayudar. En una oportunidad vino la hermana, la directora, como a visitarme... Me dejó revistas, caramelos, me hizo decir con la celadora que no había podido entrar. Otra vez vino una persona del Ministerio de Educación a pagarme el sueldo, lo que se me debía, y lo atendió Fiorucci”.

En libertad

Arizó estuvo tres meses detenida. Hasta el 23 de agosto de 1978 en

que fue liberada a las 23 horas. Para entonces, estaba embarazada de seis meses. “El último día Fiorucci me dijo que me iban a dar la libertad, pero que me tenía que volver a Rosario, que si quería irme en el auto de la Policía. Me dijeron que me tenía que ir a Rosario, ‘nosotros te damos la libertad pero vos te vas a Rosario’. Si quería que ellos me llevaran a Rosario en el auto de la Policía o que yo me fuera en colectivo. Les dije que me iba en colectivo. Entonces me acompañó la celadora Norma y un policía. Me llevaron en el auto de la policía hasta la Terminal y me volví a Rosario como ellos me habían indicado. Con todo el temor y el terror que tenía de volver a verlos, o que me hicieran otra vez lo que me hicieron”.

Oscar Bertón

“Un día volví a Jacinto Arauz y me enteré que éramos todos guerrilleros, que éramos todos comunistas”

Oscar Bertón tenía 19 años en 1976 cuando su padre, Samuel Bertón, fue secuestrado por el grupo de tareas de la Subzona 14 tras un operativo en Jacinto Arauz. Mientras Samuel estuvo detenido durante 45 días, su familia quedó bajo la amenaza de la Subzona 14.

Al momento del golpe de Estado de 1976, Samuel Bertón era mecánico en Jacinto Arauz y formaba parte de la cooperadora del Instituto José Ingenieros, donde había estudiado su hijo mayor, Oscar, que había comenzado la carrera de médico veterinario ese año. El 14 de julio un operativo conjunto entre el Ejército y la Policía copó la localidad y detuvo a varias personas vinculadas al colegio secundario.

Oscar Bertón, de 19 años, recordó: “Yo no estaba en Jacinto Arauz, ese año me había ido a estudiar a General Pico. Terminé de rendir los finales de julio, viajé al pueblo y cuando estaba por General San Martín –antes de llegar a Arauz–, vinieron mis tíos a buscarme al colectivo y ahí me informaron que papá estaba preso. Me acuerdo bien porque lo primero que me dijeron era que habían estado los militares en Arauz. No era como ahora que uno se comunica por celular. Como los militares hacían operativos en muchos lados, no me llamó mucho la atención. La segunda noticia que me dieron fue que, además de haber estado en Arauz, se habían llevado a papá. La tercera noticia fue que

me querían llevar preso a mí también. Así me enteré yo de las cosas. Cuando llegué a Jacinto Arauz ya papá no estaba más”.

¿Por qué había sido detenido Samuel Bertón? Su hijo se responde: “Las acusaciones que hubo las separaría en dos fuentes. Una, de comentarios en el pueblo, porque Jacinto Arauz era un pueblo de los que hay un montón en La Pampa, un pueblo chico donde sucesos como este por supuesto que son la noticia. Porque había habido allanamientos en todo el pueblo. Por otro lado, con papá yo hablé bastante poco de este tema, porque justo cuando volvió la democracia, cuando hubiese sido el momento más adecuado para retomar estos temas, él falleció. Durante todos esos años uno lo que menos quería era recordar este tipo de cosas. Y él, en su forma de ser cambió tanto que casi no hablaba. Pero una de las cosas que sí me dijo, que me explicó, era que en algún momento yo me podía encontrar con una declaración que él había tenido que firmar como que era el responsable del armado de un grupo guerrillero en el sudeste de La Pampa. Una cosa terrible. Y por supuesto no lo quiso firmar, no era cierto. Pero le dijeron que lo firmara porque era la condición para poder salir. Y lo firmó. Y salió. Eso, se le imputaba”.

Días de zozobra

Samuel Bertón fue secuestrado y torturado en Jacinto Arauz. Luego sería trasladado a Santa Rosa, junto a otros docentes de la localidad, y quedaría como preso político en la Unidad Penal 4.

“Nos enteramos que estaba en Santa Rosa a través de un amigo de papá, que averiguó en Santa Rosa. Un hombre que se llamaba Julián Suárez, que había sido intendente de Jacinto Arauz y que por ser intendente conocía gente. Él es el que nos dio la primera noticia a nosotros porque no sabíamos dónde lo habían llevado. Cuando le levantaron la incomunicación nosotros veníamos a visitarlo todas las semanas. Veníamos un día los hombres y otro día las mujeres”, dijo.

Oscar Bertón recordó: “Sé, por la declaración de papá que sufrió malos tratos en la comisaría de Arauz, en el puesto caminero y en Santa Rosa fue trasladado a algunos lugares donde también sufrió malos tratos”.

El joven, que estudiaba en General Pico, perdió ese año de cursada



Néstor Cenizo, uno de los integrantes del grupo de tareas, durante las audiencias.

ya que se quedó en el pueblo. “Cuando llegué estuve cuatro o cinco días en mi casa, no salía ni a la vereda. No sé tampoco si es cierto que me buscaban. Mis tíos no me mintieron, pero no sé si es cierto. De haberme buscado a mí me hubiesen podido encontrar, si yo estaba en Pico, estudiando. Cuando salí a averiguar en el pueblo por mi papá me dijeron que estaba preso por comunista, por guerrillero... Son cosas tan alejadas de la realidad que tuvimos miedo, todos tuvimos miedo”, afirmó.

El testigo resaltó: “Mi relación con mi padre era casi de un amigo. Un amigo muy duro, es cierto, pero un amigo al que podía plantearle las dudas más íntimas. Yo le podía plantear las cosas y podíamos discutir, charlar. A partir de su detención papá dejó de ser una persona para ser consultada, porque era difícil abordar cualquier problemática sin explicar las cosas que le habían pasado a él. Entonces mi papá guardó un silencio absoluto”.

La visión de un ex alumno

Oscar Bertón relató: “Yo además de hijo de un detenido soy ex alumno del colegio José Ingenieros. En Jacinto Arauz, que es un pueblo

chico, hasta el año 70 no hubo un colegio secundario. Entonces, un montón de padres, ante la imposibilidad de que nosotros pudiésemos estudiar, decidieron hacer un colegio secundario. Lo fueron haciendo en etapas, a empujones. Yo fui con papá en un camión jaula a buscar los primeros bancos a Buenos Aires. Nosotros le ayudábamos a los albañiles, pintábamos. Esos bancos eran usados, los arreglamos todos. La idea era hacer un colegio distinto, tenía que ser distinto al de General San Martín, que era donde iban antes todos los chicos, para no tener dos colegios cerca. Entonces se hizo un colegio con orientación agraria. Y lo hicimos entre todos a ese colegio. Yo salí de ese colegio y me fui a estudiar a la universidad, y un día volví y me enteré que éramos todos guerrilleros, que éramos todos marxistas, que éramos todos comunistas. Yo me enteré de cada cosa después de haber hecho los bancos de ese colegio...”

“Nosotros no teníamos campo experimental en el colegio, salíamos a las chacras a hacer las prácticas porque teníamos veterinaria práctica y la parte de agricultura. En el trabajo, en la práctica diaria, en una manga, uno establece una relación distinta con los docentes que cuando le dan una clase magistral... Los profesores, nosotros alumnos, mi papá, los de la cooperadora, éramos amigos o estábamos juntos todo el día. Porque nosotros teníamos clase a la mañana y prácticas a la tarde. Éramos un grupo de gente a los que después, veían casi como leprosos. A todos nos cambió la vida, porque papá pasó de ser un mecánico que hace la vida que hace cualquier mecánico de pueblo y que a la noche iba una vez por semana a las reuniones de la cooperadora, a tener miedo de juntarse con gente para no comprometerla. Sumado a los tormentos físicos, él se retrajo de tal forma...”, indicó el testigo.

Recién en 1984 Samuel Bertón hablaría sobre su detención como preso político con su familia. Su hijo recordó: “Ya estaba enfermo y el gobierno provincial abrió una causa y le permitió declarar a los que en el 76 habían estado presos. Papá para ese entonces no se podía trasladar ni podía escribir. El grabó todo lo que le había pasado, nombró a algunos civiles como denunciantes como Ricardo Rostán, a Mario Higonet, a la señora de Martín que creo que se llamaba Irma. Y nosotros lo transcribimos, fuimos a un escribano en Bahía Blanca y eso lo presentamos nosotros al gobierno provincial. Ahí es donde mayor información hay, y ahí es donde yo también me enteré de algunas

cosas”.

Lecturas de lo sucedido

Oscar Bertón reflexiona que lo sucedido en Jacinto Arauz es necesario pensarlo en función del presente y del futuro. “La memoria de ese pasado que impactó y que transformó la vida de quienes lo vivieron o fueron damnificados –especialmente los jóvenes que transitaban el colegio-, debiera permitirnos a los adultos revisar el rol de los jóvenes y de nuestro propio rol en una comunidad democrática, y por otro, ver lo sucedido desde la perspectiva de un proceso educativo trunco”.

Señala que la revitalización de la vida social e institucional pasa necesariamente por la irrupción de los jóvenes en el debate de lo público. “Por eso los adultos deberíamos aumentar la participación y la discusión, sabiendo que los jóvenes, invariablemente nos va a interpelar y que va a surgir un espacio único de discusión y negociación erradicando toda posibilidad de discriminación, denuncia anónima, persecución, tortura o eliminación física de los jóvenes”.

Respecto a lo ocurrido en el colegio y en línea con el párrafo anterior, expresa que: “Es posible pensarlo como la cancelación de un proyecto educativo que fomentaba la participación de los jóvenes y su involucramiento crítico en la comunidad. En este contexto, las víctimas adultas fueron parte de los damnificados junto con el resto de la sociedad araucense”.

Juan Bustos

“Escuchábamos los gemidos de la gente que ellos torturaban”

Durante el juicio de 2010 a los represores pampeanos, pocos fueron los testimonios de ex policías que recordaron los secuestros y las torturas perpetrados por el grupo de tareas pampeano. Juan Bustos fue uno de los uniformados que declararon cómo a pasos de él y otros compañeros los oficiales interrogaban a los presos políticos a golpes y con la picana.

Juan Bustos fue parte de la Policía pampeana durante la dictadura. Ingresó a esa fuerza en el año 1970 y permaneció hasta 1983. Cuando se produjo el golpe militar del 24 de marzo de 1976, prestaba servicios en la Seccional Primera y también en la Brigada de Investigaciones, que se convertirían por entonces en dos centros clandestinos de detención de la Subzona 14. Esa faceta de la represión ilegal convivía en paralelo con el trabajo cotidiano de la Policía.

El testigo recordó que por entonces en la Seccional Primera era oficial de guardia o agente de servicio en la calle, y que en la Brigada hacía tarea de investigaciones. Mientras trabajó en la Seccional Primera hacía “12 por 24 horas de turno, entrábamos por ejemplo a las 8 de la mañana y seguíamos hasta las 8 de la noche, y en Investigaciones se entraba a las 17, 16:30, depende lo que había que hacer, hasta la madrugada, día de semana a lo mejor trabajamos hasta las 3 o 4 de la mañana”. Fue durante ese tiempo que fue testigo de cómo eran ingresados

y tratados los presos políticos por parte del grupo de tareas.

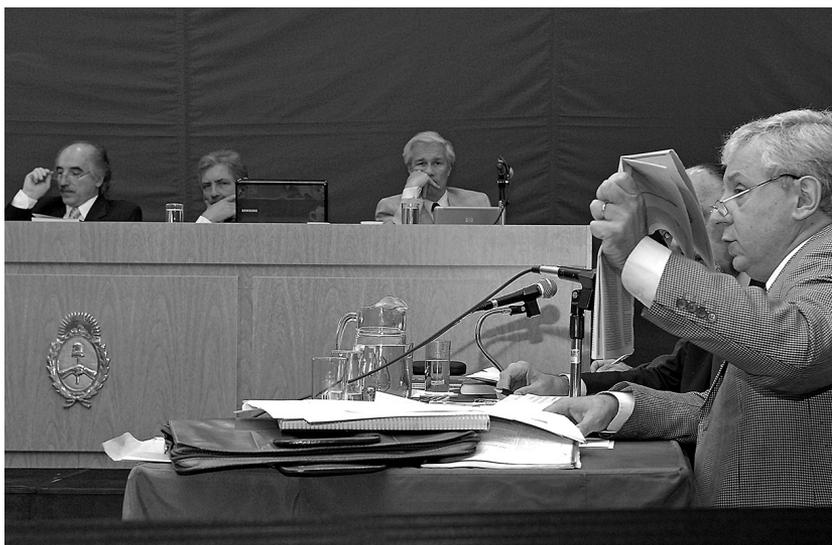
“Me acuerdo de algunas personas, pero a muchas personas no las veíamos. A Bedis lo vimos en ocasiones, en una ocasión lo ayudé a bajar las escaleras. Roma es de los que más recuerdo en la Raúl B. Díaz, cuando funcionaba la Brigada de Investigaciones. Miyi Regazzoli, estuvo allí, la atendí una noche. Pensé, honestamente, como estaba, que se moría. Hay una serie de personas que las hemos visto, otras que no vimos pero si hemos escuchado los gemidos cuando la torturaban, porque esa es la realidad...”

Bustos afirmó que no se podía dejar de ser testigo de lo que ocurría dentro de la comisaría. “Nosotros teníamos el lugar del servicio de guardia, o andábamos en los pasillos de la Seccional Primera. Teníamos la cocina dónde descansábamos. La plana mayor se componía de Aguilera, Fiorucci, Reinhart, Cenizo, Reta y Benavídez. Normalmente siempre trabajaban juntos, pertenecían a la Subzona 14 porque se la denominaba así. Por ahí necesitaban algún empleado, algún subalterno, un agente de policía, como corresponde ahí adentro, por eso nos llamaban”.

Testigo presencial

Lo que ocurría en la planta alta del edificio, donde funcionaba la Unidad Regional, no podía ser disimulado. Bustos resaltó sobre el caso de Clemente Bedis: “Lo que pasó no lo vi, pero sí el estado en el que estaba. Lo vi, yo lo bajé. El estado era el de una persona que había sido golpeada o maltratada, físicamente... Lo llevé a una piecita que había en la entrada. Allí estaba la Guardia, hay un pasillo, se gira sobre la izquierda, ahí a dos metros, más o menos, había en aquel entonces una salita, la cual no tenía ventanas, era una habitación que había quedado ciega, no tenía ventanas, tenía puerta nada más. Ahí lo dejé”.

“Las atenciones –continuó– que recibía esa gente era muy poca, muy poca. Lo poco que he visto ahí, de que lo atendieran, fueron muy pocas. A la Subzona 14 no le importaba si estaba enfermo, si estaba medio muerto, bastaba que siguiera respirando. Ellos no tenían piedad con nadie, e inclusive no la tuvieron conmigo, como empleado de ellos, como subalterno de ellos, no la tuvieron. Porque amén de lo que he



Los abogados defensores durante los alegatos, ante el Tribunal Oral Federal.

escuchado, como testigo, también fui víctima de ellos. Ellos me tuvieron preso, me persiguieron... Yo preguntaría porqué?”

¿Cómo vivían las torturas los subalternos que estaban de guardia? “Uno no necesita mucho para darse cuenta –resaltó– cuáles eran los interrogatorios, qué hacían. Ya lo conocíamos. De los interrogatorios que hacían, normalmente aplicaban la picana eléctrica, o golpes, pero mayormente era la picana eléctrica. Los detenidos no aparecían ensangrentados, pero si mojados. Cuando nos entregaban los detenidos esos a nosotros, nos decían: denle agua o no le den agua, denle esto o no le den esto, o llamen al médico, o no lo llamen, todo dependía de las órdenes”.

Bustos comentó que la picana usada era como “la de los camioneros, que llevan un aparatito que es como un caño largo, de un metro, por decir, y en la punta tiene una punta en la cual eso tiene una batería, y tiene un pulsador”. Esas sesiones, según el testigo, eran variables. “Estaban normalmente un tiempo considerable, yo le podría decir dos horas, como podría decir tres horas o 40 minutos. Todo dependía del tiempo”.

También rememoró lo que se escuchaba allí. “Había noches que es-

cuchábamos muchos gritos desde la Guardia, pero sin saber de las personas que estaban martirizando ellos. La verdad que había mucha gente y no sabíamos quiénes eran. A algunos tuvimos la suerte de verlos, otros no...”, precisó.

Y relató lo que ocurría en la Brigada de Investigaciones: “A Miyi verla (torturar) no lo vi hacerlo, pero sí vi cuando la trasladé. En ese entonces no había calabozos, era una parte de caballerizas, que había detrás y ahí se usaba como calabozos, y ahí estuvo la señora Regazzoli. Yo una noche no la podía ver así y le di un vaso de agua. Por supuesto sabía lo que me esperaba, pero uno lo hace sin pensar, cuando hace algo lo hace sin pensar. Era un ser humano, la cual daba lástima verla como estaba, en verdad. Toda la gente que pasó por allí, no creo que se vaya a olvidar así nomás (de lo que pasó). Y todos los policías que estábamos ahí de servicio, todos sabemos, todos sabemos... Si alguno no vio algunas personas, sí sabíamos que había gente y lo que estaban haciendo. No se necesitaba ver, para saber. Había que escuchar los ruidos, los gritos”.

Bustos recordó que la Subzona 14 llevaba sus partes de operaciones diarios por separado a los de las comisarías, y que los detenidos a disposición de ese grupo de tareas tenían un trato diferente al resto de los presos. “Desde mi punto de vista, diría que eran malos tratos, una mínima atención de parte de los médicos o de parte de los médicos que los tenían que atender, llamémosle Pérez Oneto o el doctor Savioli, o quien fuere, era muy poca la atención que se le daba a esa gente”, comentó. Tampoco recibían visitas de familiares ni abogados y permanecían durante días incomunicados.

“Estos señores hicieron lo que hicieron, pero fue mucho más de lo que se pueda pensar, ¡mucho más! Porque la mayoría de los testigos, los pocos testigos policías que declararon, no han tenido la valentía de decir lo que han visto, porque tienen miedo... ¿Qué derecho tenían estos señores de tomar las cosas por sus propias manos? Y hoy tienen la suerte que todavía los puedan defender, tienen derecho a defenderse”, afirmó Bustos.

Hugo Horacio Chumbita

“Los servicios de Inteligencia tenían una lista de subversivos entre los cuales estaba yo”

Hugo Chumbita es abogado y escritor. Peronista, en los años setenta fue parte del equipo de conducción de la Universidad Nacional de La Pampa. A fines de 1975, la represión de la Subzona 14 tuvo a esa casa de estudios como uno de sus blancos. Chumbita logró escapar de las razias, pero fue detenido en Capital Federal.

Nacido en Santa Rosa, Hugo Chumbita se recibió de abogado en la Universidad de Buenos Aires (UBA). En 1973 recibió la propuesta por parte del gobierno del gobernador José Regazzoli de hacerse cargo de la normalización de la Universidad de La Pampa, recientemente nacionalizada, junto a otros docentes como Jorge Bragulat, que asumió de rector. Como parte de ese equipo, fue secretario académico y director del Instituto de Estudios Regionales (IER) de la universidad pampeana, un centro de avanzada en materia de investigación y proyectos interdisciplinarios. En octubre de 1975, el gobierno nacional intervino la casa de estudios y llegó un grupo que respondía a la derecha peronista a hacerse cargo de su conducción. Chumbita dejó sus funciones pero continuó como docente en la Facultad de Ciencias Económicas e investigador.

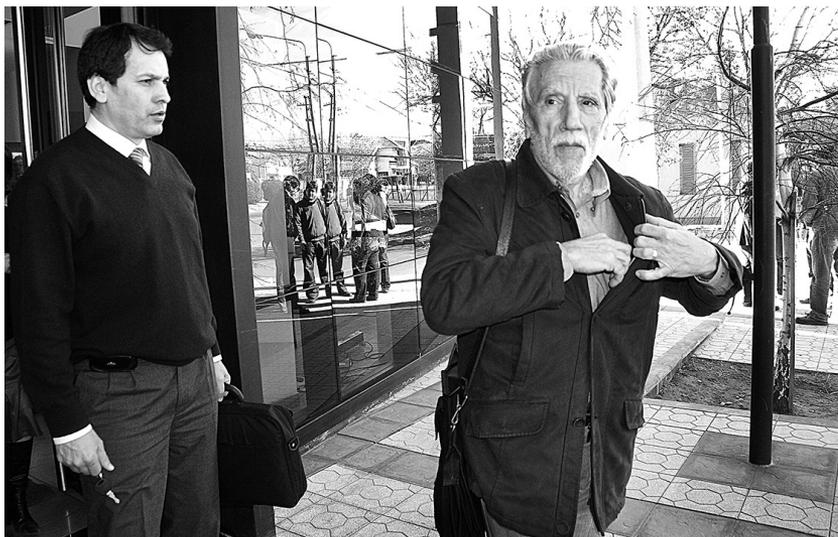
“Yo no era militante en ese momento activo de ninguna organiza-

ción, era adherente de siempre, simpatizante del Movimiento Peronista, mi compromiso era como funcionario y después como docente con el proyecto de la universidad nacional y popular, que era el programa del Frente Justicialista en ese momento. No era montonero, cosa que algunos me acusaban, aparentemente desde los ‘servicios’. Sabía a través de los alumnos alcahueterías que circulaban en la ciudad, una ciudad chica como Santa Rosa, donde todas estas cosas, sobre todo en esa época, se sabían muy rápidamente, de que los servicios de Inteligencia tenían una lista de subversivos entre los cuales estaba yo. Se contaban, rumores, absurdos, como que Firmenich había venido al velorio de mi padre disfrazado y otras fantasías dignas de leyendas”, recordó.

“En la universidad seguíamos trabajando normalmente, lo que existía era un clima político que se iba enrareciendo cada vez más. Sobre todo en Buenos Aires. Y acá en Santa Rosa estuvo el caso de la detención del docente Alfredo César en el mes de agosto, que era sociólogo, que tenía un proyecto de investigación en el Instituto de Estudios Regionales. Esa detención fue como una provocación, que motivó toda una movilización de gente de los claustros, estudiantes, docentes, para reclamar su libertad. Después nos dimos cuenta de que había sido una forma de ‘detectar’, desde el punto de vista de la Inteligencia quienes eran los activistas que se movían en la universidad”, indicó.

“Y creo que esa fue la causa de la detención posterior de algunos profesores como Guida, por ejemplo, que fue uno de los que viajó a Buenos Aires a solicitar la libertad, a gestionar la libertad de ese docente. O de Ghigliani, que creo que lo que había hecho fue prestar su auto para que viajaran los demás profesores a Buenos Aires. Y todo eso, fue registrado por quienes confeccionaban estas listas de subversivos”, precisó.

El abogado dio un ejemplo: “Recuerdo concretamente una alumna que dijo: ‘Mi papá es comisario, vos, Alfredo Cesar, fulano, sultano, están en la lista de subversivos que están preparando para meterlos presos’. Esto incluso meses antes en que detuvieran a Alfredo César. Una vez también me encontré con el diputado Imaz, radical, y me dijo: ‘Porque ustedes, que están...’ ¿Quiénes ustedes?’, le dije, ‘vos me estás tratando, me estás identificando como montonero’. Como que era vox populi que yo era montonero. Siempre me acuerdo de ese dato porque



Hugo Chumbita se retira tras dar su testimonio. Detrás, el secretario de DDHH de La Pampa, Rubén Funes.

me pareció ingenuo de parte de Imaz, largármelo en la cara. Yo simpatizaba con muchas de las ideas, digamos de los Montoneros, no compartía el ataque y los atentados, y eso lo decía públicamente, se lo contaba a mis alumnos y se lo contaba a quien en ese momento me quisiera oír, porque era parte del debate político de ese momento. Tampoco estaba de acuerdo con la forma que se pretendía combatir a los Montoneros, matando a los jóvenes de la Juventud Peronista”.

En noviembre de 1975 se desató la represión de la Subzona 14 que tuvo como uno de sus blancos a la UNLPam. Apenas comenzadas las detenciones, Chumbita fue avisado de lo que ocurría y escapó a Capital Federal. Sería detenido a fines de diciembre de ese año.

Recordó el docente: “Fui detenido en Buenos Aires, quizás en la segunda semana de diciembre de 1975, después de una serie de procedimientos que se habían hecho en Santa Rosa un mes antes, el 13 de noviembre, en el que me fueron a buscar a mi casa y detuvieron a una cantidad de docentes, estudiantes, médicos, periodistas, gente que en ese momento fue parte de una primera razia, digamos, ordenada por el Jefe de la Subzona 14, que era el coronel Ramón Camps”.

“En ese momento, todas las fuerzas de seguridad de la provincia pa-

saron a quedar bajo la autoridad de este jefe militar y por lo que pude conocer en ese momento por los diarios, él había ordenado la detención de una cantidad de gente. Tengo que decir que de alguna manera yo estaba prevenido de que eso podía ocurrir. Eso fue lo que me permitió advertir que me estaban esperando en mi casa para detenerme y entonces marcharme a Buenos Aires, en el mismo momento en que volvía en automóvil de General Pico, donde yo había ido a realizar una actividad académica, a dictar un seminario”, dijo.

El abogado resaltó que “entonces se me calificaba en los diarios de ‘prófugo’, cosa que traté de aclarar presentando un habeas corpus a través de mi madre, ante el juez federal Uncal. Incluso con una carta pública dirigida al diario La Arena aclarando de que no estaba prófugo, sino que no sabía ni por qué ni para qué habían pretendido detenerme, sin ninguna causa y sin ninguna acusación concreta”.

Atrapados en Buenos Aires

Chumbita estaba por entonces alojado en un departamento junto a su compañera, la arquitecta y también docente de la universidad, Ana María Martínez Roca, y el psicólogo y amigo Esteban Tancoff. Fue entonces que fue detenido. Recordó: “Cayó al departamento una madrugada un grupo de tareas a buscar a los inquilinos anteriores. No teníamos nosotros, por supuesto, la menor idea de quiénes podían ser. Golpearon a la madrugada, insistieron hasta que no sé si yo o Esteban nos levantamos a abrir y entraron, revisaron todo. Enseguida nos vendaron y nos sacaron con los ojos vendados, nos metieron en un auto, nos golpearon un poco en el viaje. Nos robaron todo, el dinero que llevábamos encima, el reloj, hasta un anillo que yo tenía. Me robaron el auto, que me preguntaban dónde estaba el auto, porque encontraron un carnet o cédula verde. Nos dejaron con lo puesto, se robaron todo lo de valor que había”.

La víctima precisó que “era un grupo de hombres vestidos de civil, pero que sin ninguna duda eran policías y aunque nos llevaron vendados y trataron de disimular el lugar dónde nos conducían, para nosotros fue evidente que estábamos en el Departamento de Policía de la ciudad de Buenos Aires. Esa manzana que queda en la calle Moreno. En ese momento hasta las vísperas de Navidad, estuvimos a disposi-

ción de este grupo. Ana María, Esteban Tancoff y yo. Nos torturaron, nos golpearon, nos amenazaron, nos interrogaron, sin demasiado interés creo yo, en averiguar nada, sino para mortificarnos. Y por supuesto, nos dimos cuenta de que, en definitiva actuaban por cuenta de la Subzona 14. Nos hablaban de que teníamos un pedido de captura desde Santa Rosa, La Pampa”.

“Durante esos días –continuó el relato– nos movieron de un lugar a otro, siempre vendados, siempre atados. Fuimos trasladados a un par de otros lugares, pero siempre volvíamos a ese edificio. Cuando nos dejaban solos y nos sacábamos las vendas, no cabía la menor duda que era el Departamento Central de la Policía Federal. Desde allí nos trasladaron, en vísperas de Navidad, puede haber sido el día 22, 23 o 24 de diciembre del 75, a Santa Rosa. En un furgón íbamos en la parte trasera Esteban, Ana María y yo. Ahí recién pude conversar algo y saber del estado que estaban Esteban y Ana María. Ella y yo ignorábamos que estaba embarazada, y esto lo supimos mucho después. Ese fue el principal motivo de sufrimiento para ella, porque evidentemente la picaneaban en las zonas genitales y le provocaron una hemorragia y una destrucción del embarazo, del feto. La dejó muy debilitada, incluso en los últimos tramos del viaje, creí que estaba dormida, pero realmente estaba semiinconsciente”.

Chumbita, ya en manos del grupo de tareas de la Subzona 14, fue trasladado junto a Tancoff a las celdas de la Unidad Penal 4. “Primero nos llevaron en el furgón hasta el Regimiento 13 de Caballería, a pesar que estábamos atados y vendados, oí claramente, entrada la madrugada, la ceremonia de izar la bandera que se hace normalmente entrando en el Regimiento. Estuvimos un rato estacionados en el Regimiento, yo me imaginé que estarían consultando qué harían con nosotros, a dónde nos llevarían. A Ana María inclusive se la llevaron y a nosotros nos llevaron a la Colonia Penal donde estuvimos detenidos”, resaltó.

En la Unidad 4

Chumbita rememoró que en la Unidad Penal 4 quedaron alojados “en un inmenso pabellón desierto, estaba en una celda Esteban, en otra

celda yo, y creo recordar que estaba preso un guardaespaldas de Esteban Rolando (ex diputado nacional de General Pico), que lo habían agarrado con arma de guerra, procesado por tenencia de arma de guerra”.

El abogado indicó que supo mientras estuvo detenido por un guardiacárcel que “Ana María había estado muy mal, pero había sobrevivido, estaba viva. Yo temía por su vida. En cuanto a las lesiones de la picana, mías y de Esteban, nos revisaban los médicos, un par de médicos de la Unidad Penal que constataron las quemaduras, aunque se sabe que la picana deja pocas huellas en la piel. Recuerdo que había un par de médicos que ellos, por cuenta del Penal, querían ‘cubrirse’ de que habíamos llegado ya picaneados, y no habíamos sido objeto de tormentos en el Penal”.

“La primera vez que alguien me dijo algo formalmente fue cuando me interrogó Baraldini, en vísperas de ponerme en el avión hacia Rawson. Acá en la Colonia Penal. Creo que era mayor en ese momento. Lo conocía circunstancialmente, por haberme cruzado con él un par de veces y sin ninguna duda, a pesar de que me interrogó estando yo con los ojos vendados, supe que era él, reconocí su voz. Le dije: ‘Usted es Baraldini’, él no lo negó, asintió. Me preguntó dos o tres tonterías, que no tenían sentido sobre mis ideas, mi forma de pensar, ya que ellos me tenían catalogado como ideólogo subversivo. Y nada más. Me contestó a la pregunta por Ana María diciéndome que estaba bien”, indicó.

Sobre ese interrogatorio, Chumbita precisó: “Una cosa que recuerdo, por ejemplo, que me preguntó: ‘Usted ha historiado la vida de Vairoleto, ¿no? Ese famoso bandolero’. Me dije, ¿qué tiene que ver Vairoleto con esto? ¿Me van acusar de los crímenes de Vairoleto ahora? Pero era parte de esa concepción que ellos tenían de lo que era la subversión ideológica. Me disparó algunas preguntas como para ver cuál era mi ideología”.

Otro traslado

Chumbita permaneció en los pabellones de la U4 hasta el día 6 de enero de 1976 cuando lo llevaron a un avión y lo trasladaron a la cárcel

de máxima seguridad de Rawson. “Allí ingresé como un ‘preso legal’, con todos los recaudos y formalidades que se tomaban para registrar los detenidos. Recién entonces pude tener comunicación con mi familia. Hasta ese momento estaba prácticamente secuestrado o desaparecido. Recuerdo que mi preocupación era hacer saber a mi madre que estaba vivo, ya que incluso cuando llegamos a Santa Rosa, a través de los guardia cárceles o a través de otros detenidos con los que por ahí nos cruzamos, supimos que se ignoraba nuestro paradero”.

“En Rawson –rememoró– conocí casos de muy diversa naturaleza, procedimientos diferentes, de las distintas regiones donde operaban los grupos de la represión. Había allí en Rawson gente de todos lados del país. Muy variadas experiencias, de haber pasado por otras cárceles. En Rawson el régimen de máxima seguridad que ellos establecieron, con el pretexto de prevenir otra fuga como la que había ocurrido tiempo antes, era un sistema siniestro destinado a quebrar psicológicamente y destruir personalmente al detenido. Un sistema que todos los días inventaba nuevas restricciones, que tenía extremos caprichosos que se basaban en constantes agresiones y requisas, que nos privaban de materiales de lectura, que secuestraban nuestros objetos personales. En fin, un sistema realmente perverso, que solamente podía uno resistir gracias a la solidaridad con los demás detenidos, cosa que yo creo que fue muy importante para todos nosotros”.

Chumbita indicó que allí “había presos de todas las tendencias, había muchachos que eran de Montoneros, otros eran del ERP, otros eran del Poder Obrero, del Partido Obrero, del Partido Comunista. Había también algunos que no pertenecían a organizaciones políticas sino que eran más bien adherentes. O los profesores universitarios por ejemplo, que había muchos, especialmente en uno de los pabellones de Rawson, donde nos fueron concentrando, a los que ellos consideraban como los ideólogos. Ahí había incluso algunos ex curas, gente que tenía a lo mejor definiciones ideológicas pero no militancia orgánica partidaria. Era gente comprometida con las ideas de cambio, las ideas de renovación, con la enseñanza dirigida a despertar, con críticas del capitalismo. Todo lo que ellos consideraban subversivo, en lo cual caía desde los muchachos espiritualistas de Silo hasta la insurrección y la guerra popular permanente del ERP”.

Chumbita no volvió a ver a Ana María Martínez Roca hasta muchos años después. “Nunca me permitieron verla. Yo estuve preso en Rawson hasta el año 78. Como no éramos casados, ni teníamos otro vínculo de parentesco, no le permitieron vernos, a pesar de que fue hasta allá. Era imposible que nos comunicáramos por carta. Ella después tuvo relación con mi madre, mi madre sí me podía visitar, y me contó, sin dar demasiados detalles de su detención”.

La víctima estuvo preso en Rawson hasta el año 1978, y luego tuvo que exiliarse. “A mí no me dieron la libertad, me dieron sin haberlo solicitado la opción para salir del país en un decreto colectivo del cual me enteré por los diarios estando detenido en la Unidad 9 de La Plata. Me llevaron desde Rawson a La Plata. Allí me sacaron del penal en un automóvil esposado y me llevaron a un avión de Aerolíneas donde recién me sacaron las esposas, después de subir la escalerilla del avión. Recién estuve realmente en libertad cuando, después del Proceso, volví al país. En total tres años de detención y seis años fuera del país. Fueron nueve años, recién entonces pude volver a ver a Ana María”, recordó.

Gustavo Brouwer de Koning

“Me preguntaban en el interrogatorio si me constaba que había en el colegio una prédica marxista”

Llegó a Jacinto Arauz como médico y fue uno de los docentes del colegio secundario de la localidad. En julio de 1976 estaba en su clínica cuando se produjo el operativo del Ejército en la localidad, fue detenido junto a otros profesores.

Gustavo Brouwer de Koning era médico en Jacinto Arauz y docente del colegio secundario José Ingenieros cuando el 14 de julio de 1976 el Ejército y la Policía coparon la localidad para detener a profesores y vecinos. Por entonces, daba la materia Anatomía en el tercer año.

El profesional, que había llegado al pueblo en abril de 1973, relató sobre su detención: “Cuando llegué a la clínica, serían alrededor de las 8 de la mañana, entraron unos policías de Jacinto Arauz, y me dijeron que tenía que acompañarlos porque estaba detenido. Les pregunté el motivo, no me contestaron. Les pregunté si tenían alguna orden del juez para llevarme detenido, y el comisario me contestó: ‘No, mire, no hace falta’. Me sacaron de allí, de mi clínica, esposado... me subieron a un auto y me llevaron a la comisaría”.

El médico relató que después “en la comisaría me tuvieron en un calabozo, solo, durante bastante tiempo, aproximadamente una hora o más. Después me hicieron salir del calabozo. Un uniformado, que no

sé si era policía o era soldado, me hizo arrodillar, me colocó una venda en los ojos y una capucha. En todo ese tiempo yo seguí con las esposas puestas, con las manos hacia atrás. Una vez que me pusieron las vendas en los ojos y la capucha, fui llevado en un vehículo, que no sé qué vehículo era, hasta el Puesto Caminero que queda en la ruta que va a Bahía Blanca”.

Del operativo resaltó que “estaba lleno de militares, en todos lados, en el pueblo, vehículos militares, soldados, incluso el que me hizo arrodillar tenía uniforme militar, uniforme de campaña militar”.

Sentidos despiertos

Esposado y encapuchado fue trasladado hasta el Puesto Caminero de la ruta 35, que funcionaría como centro clandestino de detención para torturar a varios de los detenidos ese día en la localidad. “En esos casos los sentidos se complementan unos con otros y en el momento en que me hicieron subir al vehículo y el vehículo salió, iba siguiendo calles que durante años había yo recorrido, así que reconocía por dónde íbamos. Reconocía las curvas que estaba dando el vehículo, como salió por la entrada que hay a Jacinto Arauz, y yo en ese momento pensaba, si dobla hacia la izquierda nos van a llevar a Santa Rosa, si dobla hacia la derecha nos van a llevar a Bahía Blanca. Dobló hacia la derecha y a los pocos minutos disminuyó la velocidad, dobló a la izquierda y paró. Era el Puesto Caminero”.

Una vez adentro, Brouwer de Koning escuchó los primeros gritos: “Algunos eran gritos de dolor y otros eran gritos que interpreto como órdenes o quizás insultos también...”. “Después de estar un tiempo allí en el puesto, me sacaron y había otras personas que yo no las podía ver. Y nos ordenaron alinearnos contra la pared. En ese momento escuché la voz de alguien que me pareció que era el pastor valdense, Nansen, que decía que no le pegaran. Después de estar un tiempo arrimados contra la pared, nos llevaron de vuelta a la comisaría de Jacinto Arauz. Y ya al caer la tarde, me sacaron de nuevo del calabozo, me hicieron sentar en una silla. Seguía a todo esto con los ojos vendados y la capucha puesta. Y comenzaron a interrogarme”.

Sobre el interrogatorio en la comisaría, Brouwer de Koning reme-



Gustavo Brouwer de Koning era médico en Jacinto Arauz cuando se produjo el copamiento del Ejército.

moró: “Me preguntaban si conocía las ideas políticas de la gente de Jacinto Arauz, porque según me decían, ya que era el médico, debía conocer a toda la población. Me preguntaban fundamentalmente, si me constaba, como profesor en el colegio secundario José Ingenieros, si me constaba que había allí una prédica marxista. Contesté que no era el trabajo del médico saber la afiliación política de la gente, y que aparte la profesión me exige un deber de confidencialidad que yo estaba dispuesto a respetar. Lo que los pacientes me decían, me lo decían a mí y a nadie más. Con respecto a la otra pregunta, respondí que no. Me constaba que no había esas desviaciones. Y que me consideraba con suficiente capacidad, como para conocer si había o no, desviaciones de ese tipo...”

Chismografía

Durante su relato, Brouwer de Koning arriesga algunas hipótesis sobre el contenido del interrogatorio y las acusaciones gratuitas que había sobre los directivos y profesores del colegio. “Supongo que fue de chismes del pueblo. No le encuentro otra explicación, los chismes propios de un pueblo y la paranoia que asistía a las autoridades de ese

momento. Me refiero a las autoridades del Proceso militar, que había empezado en marzo, a las autoridades que estuvieron antes de marzo, a todas las organizaciones que en ese momento ensangrentaban el país, con una paranoia inigualable. Y en ese clima y en ese ambiente, los chismes de pueblo eran magnificados, eran creídos, y después obraban en consecuencia. Esa es mi explicación personal, no sé si fue así o no, pero es mi interpretación”.

“Yo escuché posteriormente –continuó– muchos comentarios, muchas acusaciones, entre otras que había listas, etcétera. Como todo lo que se decía eran siempre conjeturas, y el famoso mecanismo del rumor, el ‘oí, escuché, me dijeron’, nunca una cosa concreta, nunca lo tuve en cuenta, ni lo creí, ni lo dejé de creer. Me tenía sin cuidado el comentario que había sobre cuáles fueron las causas. Para mí la causa era por un lado la paranoia, y por otro lado justamente esa chismo-grafía propia de un pueblo chico”.

También vinculó las detenciones en Jacinto Arauz con una inspección que se realizó sobre el colegio semanas antes de producido el operativo militar. “Había habido –destacó– una inspección del Ministerio de Educación, llevada a cabo por un inspector Olmedo de apellido. Hizo una inspección totalmente atípica, porque cuando yo llegué al colegio para dar mi hora de clase, estaba este inspector, me lo presentaron, y lo normal hubiese sido, si él era inspector, que hubiera presenciado alguna de las clases, pero no encerrarse con los alumnos y decirme: ‘Puede ir doctor nomás, usted tiene otras ocupaciones, yo voy a dictar la clase’. Se encerró con mis alumnos, durante mi hora en el aula. Me enteré después que este señor había hecho muchas inspecciones en diversos colegios privados del país. Eso me lo dijo el padre salesiano José Riba, que era el representante de la congregación salesiana en ese entonces. Cuando yo hablé con él en Buenos Aires y le conté lo que me había pasado, me dijo a mí, dirigiéndose a los otros del Consejo Superior de Educación Católica, ‘acá tienen otra víctima de Olmedo’ y me contó que había ido recorriendo el país y que él si elevaba nombres de profesores de los que él creía que tenían una mentalidad peligrosa o según las propias palabras de este señor, Olmedo ‘que en su olfato se daba cuenta de lo que pensaban’. Todavía no entiendo cómo se puede oler un pensamiento, un razonamiento o una ideología”.

Sin explicación

El médico retomó el momento del interrogatorio: “Después me hicieron otra serie de preguntas que no recuerdo bien. Después de haber estado más o menos una hora y algo, contestando las preguntas que me hacían, me hicieron levantar, me sacaron la capucha y la venda, me sacaron las esposas. Vi en primer lugar a un militar, con uniforme del Ejército, una persona alta que después me dijo que me iba a llevar nuevamente a la clínica. Yo le dije ‘no, a mí me tienen que explicar qué es lo que pasa y porqué me han traído aquí detenido’. Me contestó que no hacía falta ninguna explicación, que tenía que darme cuenta que me habían llevado para tener esa conversación. A lo cual le dije ‘mire, esto no ha sido ninguna conversación, conozco mis derechos y los voy a ejercer’. ‘Usted sabrá lo que hace’, me contestó. Me hizo subir a un auto y me llevó hasta la clínica. Ya era noche, bastante oscuro, cuando me dejó en la clínica y se fue”.

El médico indicó que no fue golpeado durante el interrogatorio. Pero indicó que “el sacar al médico de la clínica, delante de sus pacientes, esposado, escoltado por policías, ya es algo bastante lesivo para la personalidad, para la libertad de uno y para la misma profesión. Porque delante de mis pacientes fui tratado como un criminal. En ningún momento me golpearon. Sí le dieron varios golpes a la silla, cuando me interrogaban, hasta que una voz, que no sé de quién era porque tenía la capucha puesta, gritó desde atrás ‘no lo toquen’. Y los que estaban al frente siguieron interrogándome. No sé quién fue el que gritó eso”.

¿Era el mayor Luis Enrique Baraldini ese militar? “Supongo que era Baraldini, pero no lo puedo dar con seguridad. Yo había visto a Baraldini una sola vez con anterioridad, en el pueblo de General San Martín. Una vez que fueron a dar una charla sobre prostitución, charla que a mí como profesor, como médico, me pareció totalmente insustancial y antipedagógica. Y no me privé de decirlo...”

Allanamientos

Durante el operativo, la casa y la clínica de Brouwer de Koning serían allanadas por la Subzona 1.4. “Mi casa y la clínica, con el fichero, también fueron allanadas ese mismo día y después en dos ocasiones más,

al día siguiente y a la noche siguiente. Buscaban libros. Recuerdo que tenía todavía en mi biblioteca la gramática y los libros de ejercicios de griego, que yo había tenido en el secundario, cuando estudiaba con los salesianos. Encontraron esos libros y uno de los policías preguntaba si el idioma que figuraba en esos ejercicios de griego era ruso o qué idioma era. Le contesté que era el viejo libro Blas Goñi, la gramática de Blas Goñi, con los ejercicios del idioma griego. Griego clásico que estudiábamos junto con latín, en los colegios salesianos”.

“La noche que estuve detenido allanaron un montón de casas. En ese momento no lo supe, después me comentaron que era porque buscaban a uno de los profesores que según decían ellos se había escapado. En mi casa buscaban, no sé si a un profesor escapado o que más buscaban, los motivos nunca los supe. Todos comentaban que habían sido allanados, o por lo menos la mayoría de la gente, comentó al día siguiente. Nadie me habló de que les hubieran mostrado órdenes. Al revés, entraban a la casa directamente por la violencia”.

Brouwer de Koning recordó que luego de su detención “hablé con mi familia y tomé la decisión de quedarme, quedarme en el pueblo y hacer frente a lo que pudiera venir. Con posterioridad a ese procedimiento fui despedido, por orden del vicealmirante Montes, más o menos unos dos meses después”.

“Todo siguió exactamente igual, lo único que no siguió igual fue el ánimo de los profesores, el ánimo de los alumnos. El inmenso daño que se hizo a todas las personas del pueblo, no sólo a los alumnos. Pero principalmente a los alumnos porque al estar en la adolescencia, una edad sumamente volátil en sus emociones, todo lo que ellos vivieron en Jacinto Arauz, durante ese día y los meses posteriores los dañó inmensamente a todos. Si nos dañó a los adultos que ya teníamos convicciones hechas y una vida formada, imagínese como los dañaba a los adolescentes que estaban cursando primero, segundo y tercer año. Cuando veían a sus profesores, que de un modo u otro, serían su paradigma o anti paradigma, ser llevados detenidos, tratados como criminales. Ese sólo hecho indica una falta total de capacidad intelectual, de sensibilidad social, en los que realizaban esas cosas. Y siempre fueron en la forma autoritaria, porque jamás, en ningún momento escuché cuales eran los motivos, las causas, los fundamentos del proceder que se hizo ese día, en los días posteriores y en los meses que siguieron. Porque el colegio siguió siempre en la mira de las autoridades de Santa

Rosa, de Bahía Blanca, en los noticieros, en los periódicos. Como si fuera un foco infeccioso que había que extirpar. Esa es la impresión que yo tuve siempre”, finalizó su relato el médico.

Santiago Covella

*“Todo era crueldad, era un festival de sadismo,
no sé cómo calificarlo”.*

Santiago Covella asumió como ministro de Obras Públicas del gobierno de José Aquiles Regazzoli en septiembre de 1975. Había sido alumno de la UTN de General Pico y fue señalado por su procedencia por los militares. Sufriría la tortura en La Pampa y el duro trato de la cárcel de Rawson.

El 24 de marzo a la madrugada, minutos después del golpe de Estado contra la presidenta Isabel Perón, el ministro de Obras Públicas de la provincia, Santiago Covella, fue detenido por militares en su casa de General Pico.

La víctima relató que a las 2.10 de ese día “golpearon la persiana de la habitación de los niños, de mis hijos, y se escuchó un gran tumulto. Ruido de motores, alguien que golpeaba fuertemente la ventana y al grito de ‘salgan todos con las manos en alto, tiren las armas’. Y otro seguía con esas mismas palabras la situación, hasta que, en un momento determinado, alguien que venía con el contingente dijo: ‘Esperen, acá no hay que disparar ningún tiro, porque conozco a esta familia’. Era un suboficial que venía del Ejército, que era mi amigo, ‘yo toco timbre y este hombre va a salir, sin violencia, acá no hay armas, no van a encontrar nada’, dijo. Una persona que estaba con él, que venía en el grupo, en el piquete, le dijo: ‘Bueno, bajo su responsabilidad’. Entonces tocó timbre y me dijo: ‘Flaco, abrí la puerta, porque venimos con la

policía...? Así que abrí la puerta y entró una multitud, con armas largas y también diciendo: ‘¿dónde están los otros?’, ‘¿dónde están las armas largas?’. Y los niños aterrorizados en un costado. Mi señora en un acto valiente dijo: ‘búsquenlas, acá no hay otros, acá no hay armas largas, revisen, requisen’. Efectivamente, requisaron toda la casa, hasta levantaron las alfombras de la habitación”.

Covella fue esposado por los uniformados. De la casa se llevarían muchos libros técnicos, de análisis matemático, de matemática superior para ingenieros y físicos, de resistencia de materiales. “Libros muy valiosos, que me habían costado mucho dinero, una biblia creo que sacaron. Unos discos también. Y el desorden que quedó en la casa, el desastre”, dijo.

“A mí me sacaron, me subieron a un camión, custodiado por dos oficiales del Ejército. Después de pasar por la Seccional Primera de Pico, me sacaron los cinturones, con los pormenores de prácticas en esos casos de detenciones, y nos cargaron en el camión, esposados. Junto conmigo iban Roberto Gil, Hermes Accáttoli y Hugo Ferrari. Custodiados por un sargento, Muñoz, que ha fallecido, que a la sazón era amigo, compañero de trabajo, porque él hacía custodia en el Banco de Desarrollo donde yo había trabajado, así que nos conocíamos. Iba lamentándose, nos pedía disculpas. Nos llevaron directamente a la Unidad 4, Colonia Penal de Santa Rosa, y nos hicieron un examen médico, labraron las actas, etcétera”.

La sala del dolor

Covella fue trasladado al centro clandestino de detención de la Seccional Primera. Allí fue interrogado bajo tortura por el grupo de tareas de la Subzona 14. El ex funcionario recordó que “el día 8 de abril, al atardecer, me avisan que tenía que ir al frente de la Unidad, que iba a ser trasladado. Ahí estaban esperándome, gente de la policía. Yo recuerdo solamente a Dionisio Gualpas, porque lo conocía de mucho tiempo, a las demás personas no las conocía. Me encapucharon, me llevaron a Seccional Primera. El conductor del vehículo era Gualpas, los otros dos personajes no recuerdo”.

“Cuando llegué, encapuchado, me llevaron a un lugar, subí una escalera y comenzó el interrogatorio. Tenía las manos esposadas atrás,

no me podía mover, estaba trabado en algo, no sé si era una escalera, una silla. No podía saber. El interrogatorio consistió en preguntas de respuestas triviales, al principio, porque me preguntaban hasta el cansancio si conocía a José Aquiles Regazzoli, si conocía a Jorge Matzkin, de dónde los conocía. Uno era el gobernador y el otro era un ministro. El nombre y el apellido también repetidas veces”, recordó.

Covella explicó que “después de las preguntas venía una golpiza. Yo alcanzaba a atisbar que era una persona baja la que me golpeaba. Tenía unos guantes de boxeo. Era una persona baja, robusta. Si tuviera que definir en ese momento los rasgos de la cara, no los veía, pero el físico sí. Había otra persona que hacía como de fiscal. Lo recuerdo por la voz muy aguda, con un timbre de voz muy agudo, que hacía las caracterizaciones. Era como una especie de fiscal que acusaba. Otro me tocaba un lugar y ahí pegaba el que pegaba”.

La víctima indicó: “Me preguntaban cosas muy absurdas, por ejemplo si la presidenta Isabel Martínez le era infiel al general Perón con López Rega. ¿Quién puede saber eso? Una pregunta realmente absurda. Después otros términos que usaban eran ‘¿qué chanchos tiene?’, ‘¿qué chanchos fulano?’, ‘¿qué chanchos tiene el gobernador con los comunistas?’, ‘¿qué chanchos tiene Matzkin con los comunistas?’. Siempre acompañado con la golpiza. En mis años mozos había aprendido algo de boxeo y sabía endurecer los músculos del estómago y del abdomen. Mi profesor me lo había dicho para que el golpe no llegue a interesar algún órgano”.

“Recuerdo que de las preguntas absurdas que hacían, me preguntaban sobre una entrevista que yo había tenido con el doctor Taiana, que entonces era el ministro de Educación. Y que yo había decidido las autoridades de la facultad de Pico, que Taiana siguiendo mi recomendación había designado a las autoridades de la facultad de Ingeniería. Una cosa absurda. Nunca estuve con Taiana, ni supongo que el ministro de Educación de la República Argentina iba a consultar a un ignoto ciudadano que vivía en un rincón de General Pico. Esa pregunta me la repitieron muchas veces”, rememoró.

“Después vino una pregunta importante –continuó el relato Covella–, llevaba varias horas ya de golpes. La persona que golpeaba dijo en un momento: ‘este hijo de... no afloja, no afloja, es duro’, y uno, el

que hacía de fiscal, que caracterizaba las cuestiones dijo: ‘ahora lo van a ablandar. Anda vos Negro y ablandalo’. Entonces recibí en el estómago, yo creo que un puntapié violento, porque eso no era un golpe de puño. Y empezaron ahí por todos lados los golpes, la golpiza se extendió por horas, por horas. Recuerdo que después a esa persona que golpeaba con guantes, se los hicieron sacar para que me pegara a mano libre. Llegó un momento en que noté que estaba jadeando, agitado. Dejó y siguió con el puntapié inicial”.

Continuó su relato Covella: “Me llevaron de vuelta en horas de la mañana del día siguiente a la Unidad 4. También me llevó manejando el cabo Dionisio Gualpas. Cuando llegamos uno de los oficiales, que no me acuerdo que grado tenía, el señor Sánchez, labró un acta. Así mismo había labrado un acta cuando salimos, diciendo que en el cuaderno de actas decía que salía en perfecto estado de salud, y al regreso en el acta decía: exfoliaciones, hematomas... Todo lo que me revisaron en el cuerpo y me vieron, porque estaba lleno de hematomas por todas partes”.

“Cuando estuve después ocupando el cargo de subsecretario de Industria y Comercio (en la década de 1980) fui a la Unidad 4 a hablar con el director, porque les íbamos a ayudar a hacer unos trabajos, y le pregunté si estaba el libro. No, dijo, se llevaron todo, se llevaron todo, no quedó nada. Así que supongo que debe haber corrido la suerte de toda la documentación de ese tiempo”, afirmó la víctima.

Más interrogatorios

El 8 de abril, un decreto del dictador Jorge Rafael Videla, el número 310, determinó que Covella quedaba a disposición del Poder Ejecutivo Nacional. Pero ahí no terminaron los padecimientos del ex funcionario.

“Transcurrida una semana –precisó– fui sacado al atardecer, otra vez aproximadamente a las 20 horas, encapuchado. Fui llevado otra vez al mismo lugar, a la Seccional Primera, subí por la escalera famosa. Y me sentaron en un banco muy bajito, una especie de poltrona bajita, dónde casi me tocaba las orejas con la rodilla. Ahí también me maniataron detrás con las esposas, y a pesar que yo estaba encapuchado, sé que era



Santiago Covella, fue ministro de Obras Públicas del gobierno justicialista. Fue secuestrado y torturado.

el mayor Baraldini el que me interrogó. Lo conocía, lo había tratado por cuestiones institucionales. Tenía una voz muy característica, una voz aflautada, aguda. Comenzó por preguntarme, por decirme si estaba cómodo, cómo me sentía, cómo estaba de salud, si tenía noticias de mi familia. Estuve 37 días incomunicado, así que de mi familia nada. Y me dice Baraldini: '¿Usted sabe algo sobre el incendio en el aeródromo de General Pico? Le digo, no, yo no sé nada, absolutamente nada. 'Mirá, dice, flaco, vamos a hablar francamente. Vamos a hablar de hombre a hombre. A nosotros no nos interesa eso, ustedes son pe-rejiles, nos interesa saber los chanchos grandes que tenía el gobernador con no sé que empresa, los chanchos que tiene Matzkin no sé con quién...'. Todos eran chanchos que tenían los funcionarios relacionados con algunas situaciones reales, por ejemplo, el tramo de la ruta Macachín-Rolón, que había sido adjudicada a la empresa Ripiera del Valle y llevaba meses sin poder iniciar la obra, sin labrar el acta de inicio de obra. Lo otro era por una hacienda, por unas vacas que tenía el gobernador Regazzoli en sociedad no sé con quién, me preguntaba Baraldini. Después me preguntó por algunas cosas del vicegobernador, Marín, que yo desconocía absolutamente. Y yo creo que de antemano él sabía que yo no conocía”.

Entonces apareció en la sala de torturas otro uniformado. “No pude

identificar bien quién era, me dio la impresión que era una persona grande, de gran porte, por el ruido que hacía en el piso. Dirigiéndose a Baraldini le dijo: ‘estos son los hijos de... que tiraron la bomba en el aeródromo, la bomba incendiaria’ y el mayor Baraldini lo frenó. Dijo: ‘Cállese la boca usted, quién le dijo que tiraron una bomba incendiaria, de dónde sacó eso. Retírese’. Yo quedé solo, y luego llegó alguien y me dio un golpe en el lado superior izquierdo de la cabeza. No sé si fue con un puño. Fue un golpe terrible. Quedé obnubilado, pero obnubilado por varios días... Ahí empezó otro festín de tormentos y de preguntas, sobre la facultad de Ingeniería. Cosas triviales que uno podía responder por el diario, ninguna cosa seria. Después empezó el tema del aeródromo, una historia, una historia pero realmente elaborada por alguna imaginación muy, muy prolífica”.

Covella resaltó que los represores “me contaban que cuando yo trabajaba en el Banco de Desarrollo se había tramitado el crédito para hacer la pista en General Pico, y yo era el técnico actuante. Estaba en el Departamento de Ingeniería Industrial, y di colaboración en el proyecto. El crédito se había acordado, se lo habían adjudicado también a la empresa Ripiera del Valle. La historia que me decían ellos era de que nosotros obedecíamos al diputado Rolando y que habíamos tramitado el incendio de la casilla para apurar el trámite del crédito. El crédito estaba otorgado, hacía por lo menos un año. Era absurdo lo que me preguntaban. Con ese tema estuvimos desde el miércoles que me llevaron, hasta el viernes en la víspera del sábado”.

El ex funcionario rememoró los tormentos vividos durante esas sesiones: “Recibí descargas eléctricas, golpes, insultos de todo tipo. No había podido ir a hacer mis necesidades, así que por lo tanto estaba con todo encima, orinaba y demás, y había vomitado. Lo tenía arriba. No podía mover nada, ni hablar, estaba golpeado. El viernes a la noche llegó otro grupo. Primero empezaban hablando como amigos, amigablemente, y después empezaba la golpiza”.

“Me mojaron varias veces, eso es para que haga contacto la picana por la descarga eléctrica. Conozco del tema, el agua es conductiva y aumenta la conductividad también. A mí me tomaron la presión, me tomaron el pulso, evidentemente el que me la tomaba era un médico, yo no sé quién fue, pero me tomaron, me controlaron, varias veces me

controlaron”, resaltó.

Covella afirmó que mientras estaba en la sala de tortura “oía gritar también a gente, martirizada, sobre todo de sexo femenino. Eso lo escuché, sí. Pero no una persona, muchos gritos, gritos, alaridos. Los que a mí me salían también eran parecidos, el grito sale automáticamente, mecánicamente, no hay forma de contenerlo, yo he recibido descargas eléctricas en mi trabajo, a veces, y ese es un grito característico. Hay que tener en cuenta que, si no me equivoco, la picana eléctrica trabaja con 13.200 voltios, o sea la diferencia potencial de una bujía. Trabaja con baja intensidad el amper, lo cual no hace mortal el shock, pero la quemazón, el golpe eléctrico se siente con esa intensidad de 13.200 voltios”.

Sobre las picanas eléctricas, el ex ministro dijo que llegaría a saber de ellas ya durante el gobierno democrático en los años 80, cuando fue funcionario del gobernador Rubén Hugo Marín. “Cuando el doctor Marín asumió, que fue el que ordenó la detención de todos los represores, que nosotros le dijimos que recogiera de todas las comisarías las picanas, y algunas lograron recoger, había mil. Nosotros no abundamos en ese detalle, pero supongo que sí, que había en muchas comisarías, en toda La Pampa había. Es un dispositivo que al apretar hace contacto y tiene una especie de pinche, que hace contacto con la piel. Había de varias formas, algunas directamente eran cables. A algunos compañeros les pusieron cables en la encía, entonces le daban contacto y le daba el shock en la boca. Aparecieron compañeros con la dentadura destrozada, las encías inflamadas, porque habían recibido ese tipo de descarga eléctrica”.

Y continuó con el relato: “Durante todo el tiempo, cuando desfilaba la gente que torturaban, que maltrataban, un vaho de alcohol inundaba todo el ambiente. Porque cuando se acercaban a uno, yo que no soy alcohólico, percibía un aroma de alcohol pero tremendo, profundo. Me penetraba por debajo de la capucha, se ve que estaban alcoholizados o se daban ánimo con eso. Les puedo asegurar de que el vaho, ocupaba prácticamente el ambiente”.

“Yo todavía tengo las marcas en el saco escrotal de la picana, no la pude curar. Tengo una dificultad en el esfínter anal porque ahí yo no sé con qué me dieron, con qué me lastimaron. Estuve en un estado hemorrágico permanente. No podía evacuar el intestino porque era do-

loroso y además sangrante. Tenía también la imposibilidad de tragar. Todo eso me hizo perder 17 kilos. En ese tiempo estaba muy delgado”, dijo.

“Cuando llegábamos maltrechos a la Unidad 4, las dos veces que llegué maltrecho a la cárcel, los celadores nos proveyeron pancutan, una bolsa con hielo para ponernos en los testículos, nos dieron una atención, nos dieron agua para que nos rehidratáramos. Yo estuve mucho tiempo en la cama de la celda, la celda 404 de la Unidad 4. Estuve mucho tiempo que no podía andar, y recibí muy buena asistencia médica. Tengo que reconocer que era muy buena”, explicó.

Solo hubo un momento en que se apiadaron de él: “Mientras estaba en la Comisaría Primera, en un momento determinado en que quedé solo, porque después de la golpiza me tiraron en el piso de algún lado, llegan dos personas, que las voy a nombrar porque después supe quiénes eran: el cabo Mario Stella y el sargento Sotelo. Con una taza de mate cocido dulce, me la dieron para tomar. Y dicen: ‘Fuerza compañero, estas son cosas que les pasan a los machos, aguante, no afloje que ya terminó el calvario.’ Eso lo dijo el sargento Sotelo. Lamentablemente a él no lo volví a ver. A Stella sí, me enteré que lo habían exonerado después, al poco tiempo de eso. Yo miré el legajo y realmente la causa de la exoneración no la pude entender. Creo que él pagó tributo a su gesto humano”.

Covella reflexionó sobre lo vivido en la Seccional Primera: “Tengo algunas incógnitas que nunca voy a poder resolver. Cómo una persona tortura, secuestra y martiriza a otra persona que no conoce, que nunca lo oyó hablar, que no sabe lo que piensa, por orden de otra, que tampoco lo sabe. Ellos le llamaban la obediencia debida, nosotros obedecemos órdenes... A mí no me cierra eso, cómo se degrada tanto la humanidad, cómo el género humano llega a degradarse hasta transformarse como dice ese dicho, en ‘el hombre es lobo del hombre’. Nosotros ahí vimos ese caso patente, lo vivimos, porque era saña lo que había contra nosotros. Nunca fui acusado absolutamente de nada, nunca me hicieron un cargo. En los interrogatorios, desde la muerte de Facundo Quiroga hasta ese día, de todo el culpable era yo. De cosas inverosímiles, porque a mí si por lo menos me hubieran dicho: ‘¿vos qué guerrillero conociste?’, ‘¿qué miembro de la insurrección armada conociste?’. Ni eso siquiera. Uno se burlaba, decía: ‘estos son los judíos

de la calle 24 que escupen el rostro de la Virgen María. Yo soy protestante, y precisamente la iglesia a la que concurre queda en Pico en la calle 24, nosotros respetamos a la Virgen María. Entonces me hacían gritar ‘Viva la Virgen María’, poniéndome la picana, ‘ahora vas a gritar trescientas veces Viva la Virgen María’. Yo puedo vivir a la Virgen María sin necesidad de ningún apremio, sin necesidad de ningún apriete de nadie. Era crueldad, era un festival de sadismo, no sé cómo calificarlo”.

Covella dijo sobre sus torturadores que conoció a dos de ellos. “A una de esas personas la reconocí por la voz y a otra persona si la ví. A Oscar Fiorucci lo había tratado antes, lo conocía, aparte tuvimos después un encuentro muy interesante, muy singular con Fiorucci, después de todo esto. Con Greppi habíamos tenido un pequeño entredicho en un operativo, antisubversivo. Yo venía con el coche, llegaba a Santa Rosa. Me hacen seña que me haga a un lado, yo bajo el vidrio. El y otra persona de ojos muy claros, me acuerdo era un teniente primero, de eso me acuerdo, no sé el apellido, me apunta con el arma a la ventana del auto, y me dice: ‘¡Abajo!’, y yo digo: ‘¿Cómo abajo? Yo soy un miembro del Poder Ejecutivo de la provincia, soy un ministro’, ‘¡Abajo!’. Me bajé, porque ante un pedido tan amable y tan convincente, me bajé. Le di la llave para que abriera el auto, abrió el baúl, y en el baúl había una guitarra, entonces dice: “¿qué hay ahí adentro?”, una guitarra, ¡ábrala!, y efectivamente estaba la guitarra... que creo que lo único malo que tenía esa guitarra eran los oídos de mis valientes, nada más, porque verdaderamente toco muy mal... entonces nos trenzamos en una discusión porque yo decía “yo soy una autoridad acá, merezco otro trato”, yo cumplo las leyes; la Ley 20840 la promulgó mi gobierno, entonces yo la tengo que cumplir... pero eso no es el modo de tratar a ningún funcionario, ni a nadie, ni a ninguna persona no se le puede hacer eso, porque ya se presume que es un subversivo que trae explosivos en el auto. Ni soy, ni era subversivo, ni traía explosivos en el auto...”.

En el frío del sur

Covella permaneció detenido en la Unidad 4 hasta el 9 de septiembre

de 1976. Ese día fue trasladado a la cárcel de Rawson junto a otros cinco presos políticos pampeanos. “Fue en un avión Focker, dijeron que era del Ejército. El piloto era un señor Palau que había sido de Pico. Nosotros subimos encapuchados, atados al piso y recibimos una lluvia de golpes. Yo iba esposado con Nelson Nicoletti, nos daban golpes en los riñones y en los pulmones, con un garrote de goma y nos hacían contar los golpes. Yo recibí 120 golpes, a raíz de lo cual, después se me agravó la hematuria. Llegué a la cárcel de Rawson con una hematuria tremenda, que allá me la trataron. En un momento del vuelo, alguien o más de una persona gritaban desesperadamente. Y uno dice: ‘Este año la fauna marina está muy pobre, así que los vamos a echar al mar’. Y se terminaron los gritos. La puerta del avión se cerró, recobró la estabilidad. Así que esos deben haber sido algunos que les tocó el famoso ‘vuelo de la muerte’”.

“El trato en la cárcel de Rawson –recordó– era el de un campo de concentración. Por supuesto, malo. Nos recibieron a golpes, nos tuvieron diez días en observación, donde teníamos como único servicio una bacinilla. Todo el personal estaba instruido para maltratar, para agraviar, para pegar, todo era golpes, todo era gritos, todo era temor. Era un estado de estrés permanente y muchos de los carceleros, que eran chaqueños, evidentemente descendientes de tobas, porque hablaban mal el idioma castellano. Y había correntinos también. Entre nosotros, entre los detenidos, estaba también un juez federal de Bariloche, el doctor Asuar, que era correntino, que entendía el guaraní muy bien y a veces dialogaba con alguno de ellos en guaraní. Ellos decían que les habían ofrecido un buen sueldo, no habían tenido más instrucción que saber que los que tenían uniforme azul eran ‘extremistas’ y así nos trataban...”

Covella precisó que de esa detención quedó con padecimientos en el cuerpo de los que no se pudo recuperar. También se tuvo que tratar con psiquiatras: “Padecí durante mucho tiempo pesadillas, yo me veía en la cárcel y hasta percibía el olor a guiso quemado que caracteriza a esos lugares. Y en sueños y en pesadillas sentía gritos y a lo mejor era el perro del vecino que ladraba, sentía golpes y era el portón. Esas pesadillas me siguen hasta hoy, por lo cual estoy tratándome con psiquiatras desde hace muchos años, mucho tiempo. No lo puedo superar a todo ese tema”.

“Tampoco –explicó– puedo ver películas donde haya gritos, donde haya golpes, donde se martirice a alguien, porque caigo en estado de pánico. Y me vuelvo hacer la pregunta de siempre, pasaron más de 34 años y hoy, de todo aquello, todavía nadie me dijo de qué se me acusaba, nadie me hizo un cargo, no se me hizo absolutamente ningún proceso. Cuando salí de la cárcel de Rawson me dieron un salvoconducto que decía: ‘Fulano de tal sale en el día de la fecha, a tal hora... causa:... y había puntos suspensivos’. ¡Nada más! Porque no había causa”.

Covella saldría de la cárcel de Rawson el 28 de abril de 1977, a las 12 horas y 10 minutos. “Yo volví a General Pico de la cárcel de Rawson verdaderamente con cara de preso, flaco, arrugado. Y mi hijo menor, que el día que me detuvieron tenía 5 años, no me reconocía, me tenía miedo, estuve cuatro años trabajando con los psicólogos para poderlo recuperar, mostrándole fotos anteriores, para que él se convenciera que yo era el padre. Así que también ese es otro trauma, yo creo que él no lo superó, ni yo tampoco. Llegar a la casa y que el hijo lo desconozca porque cambió...”.

Alberto Oscar Larrañaga

*“Me dijeron: ‘Te voy a traer a tu hijo
y lo voy a picanear adelante tuyo’”*

En enero de 1977 fue detenido por la Subzona 14 por un “delito de subversión económica”. Militares y policía afirmaban que había coimas en licitaciones de obras públicas y Alberto Larrañaga trabajaba para varias firmas del sector como gestor.

Alberto Larrañaga era gestor de empresas de obras públicas en enero de 1977. Trabajaba para varias firmas que licitaban para el gobierno provincial. Fue en esos tiempos que fue detenido por la Policía en una causa vinculado a la “subversión por delitos económicos” que “investigaba” la adjudicación de obras públicas a diferentes empresas.

Larrañaga recordó sobre su secuestro: “Fui detenido el 5 o el 6 de enero de 1977 en el boulevard San Martín, mientras transitaba en el coche que era un Fiat 600, por el oficial Reta. Estaba parado en el semáforo del Banco Hipotecario y se me subió al auto y ahí me llevó. Me indicó que me tenía que llevar a la Seccional Primera. Atrás venía otro patrullero en el que iba Gatica manejando. Me llevó a la Seccional Primera y ahí me pasaron a un calabozo, me esposaron, me encapucharon, me llevaron por un pasillo hacia arriba. Ahí me torturaron, me golpearon, me preguntaban por las relaciones mías con (el ex ministro de Obras Públicas Edén) Cavallero y con (el subsecretario de esa cartera Rubén) Chumbita. Con qué otro funcionario tenía arreglos

para esto y para lo otro. Me torturaron con picana eléctrica, con golpes, con trompadas. Yo los insulté también, todo lo que pude, hice lo que pude. Me acuerdo que había unas ventanas que abrían, porque hacía mucho calor, era verano, yo sentía el aire que entraba y los quería llevar para ahí para empujarlos con la cabeza y tirarlos por la ventana, aunque yo me cayera. No me importaba, los quería ‘embocar’ y tirar por la ventana. Nunca pude, terminaba generalmente con pérdida de conocimiento. Estaba un rato ahí, en el piso, me echaban agua y después me levantaban”.

La víctima dijo que “después ya me hice ‘mañero’, vi que haciéndome el que perdía el conocimiento, me dejaban un rato y escuchaba lo que comentaban entre ellos. Porque ellos hablaban entre sí como si yo estuviera muerto. Algunas veces los vi, porque se me corría la venda. Había uno que me llevaba con el almohadón la cabeza para que no golpeara contra las paredes mientras otro me picaneaba. Eso fue por tres o cuatro días. Tengo el tabique torcido adentro de los golpes. Querían buscar algo y llegaron a decirme ‘tenés que comprometer a alguno, para zafar de esto’. Un día me dijo Fiorucci: ‘Te voy a traer a tu hijo, acá a Luis Alberto y te lo voy a picanear adelante tuyo’, mi hijo tenía 14 años...”.

“Cuando me dijeron que me iban a traer a mi hijo y lo iban a picanear ahí, les dije ‘bueno, vamos a escribir entonces’. Me tomaron la declaración y me incriminé, cosas que no tenían ni fundamento. Yo tenía un Fiat 600, y resulta que si vamos a sumar toda la plata que yo les había sacado a las empresas, tendría que vivir en un palacio. Me incriminé para que ellos quedaran conformes, de alguna manera, y se terminara todo esto”.

Bajo tortura

Larrañaga indicó que la sala en la que fue torturado “no tenía nada en particular, tenía ventanas corredizas, porque sentía cuando la abrían, entonces sentía el viento que entraba porque hacía un calor terrible. Me ponían un ventilador para disfrazar, que yo no escuchara las voces de ellos. Pero si yo los conocía, si con Fiorucci fui al colegio juntos, no necesitaba que disfrazara nada para saber que estaba él ahí”.

La víctima resaltó que en la sala de torturas estaban además “Reta,



Alberto Larrañaga detalló las torturas sufridas en la planta alta de la Seccional Primera.

estaba el rusito Reinhart, y no solamente Reinhart andaba con la picana, alguna vez la usaban esos otros dos también. Les gustaba, se divertían conmigo. Reinhart siempre andaba medio escondiéndose y hablaba poco. Pero era el de la ‘maquinita’”.

“Ellos conversaban, se reían, charlaban. Venía alguno, le daban instrucciones. Yo escuchaba la voz de Fiorucci: ‘insistí sobre este tema, así, así’. Pero decían cada disparate, como alguien que no conoce el tema, como si yo quiero hablar de robótica más o menos. No tenían la menor idea de lo que era la obra pública, ni la ley de obras públicas, ni

nada. Se ve que les habían explicado y ellos no habían entendido nada. El que preguntaba era Fiorucci, era el que manejaba la batuta”, precisó.

“Me ponían la capucha, pero después, en el momento que ellos querían investigar y declarar, venían a conversar conmigo, en una mesa, un escritorio, era sin capucha, a veces sin capucha, a veces con capucha. Pero yo los conocía, era la voz de todos, si habían hablado tantas veces conmigo ya, estuviera tapado o no estuviera tapado, sabía con quién estaba hablando...”, dijo.

“La única vez que estuve con un médico –precisó–, fue delante del doctor Fernández Rey, y estaba el doctor Pérez Onetto, que no me revisó en ese momento. Tengo presente eso, que estaba en un escritorio parado el doctor Fernández Rey del Regimiento, a quien conocía porque había hecho el servicio ahí, y al lado estaba el doctor Pérez Onetto y otro más que no sé quién era sentado de uniforme militar, que parecía el jefe. ‘Tengan cuidado doctor con –no sé cómo se refirió a mí–, con este señor, que tiene 20 de presión y eso necesita mucho para bajar, mucho tiempo para bajar, para normalizarse’, le dijo”.

El mensaje fue “que no siguieran, con la tortura, porque yo no estaba en condiciones, necesitaba mucho tiempo de recuperación. Les quiso significar que la presión necesitaba un tiempo de recuperación. Sino no se va recuperar, lo van a matar, algo así quiso decir. Es lo que entendí, y ahí me bajaron”, rememoró.

Inculpándose

El testigo indicó que bajo tortura terminaron varios detenidos haciendo declaraciones en las que se inculparon de irregularidades en las obras públicas que los represores decían investigar. “Había una que estaba por salir en General Acha. No sé qué novela hicimos con que iba a ser para una empresa determinada. Cosas que no tenían ni noción, ni pies ni cabeza, pero que a ellos les servía porque me preguntaban cosas de obras públicas que no entendían. Les habían dado letra y no sabían del tema de obras públicas. El primer día que bajé al calabozo, vino el comisario Della Croce, yo había estado con él hacia 15 o 20 días, porque me habían robado la goma de un auto frente de mi casa. Y me dijo ‘Mirá, yo te vengo a decir que en esto no tengo nada que ver, yo soy el jefe de la Seccional Primera, estos que te tienen a vos

son los de la Subzona 14'. Me explicó lo que era la Subzona 14, estuvimos charlando un rato. Le dije: 'Pero ¿de dónde sacan todos estos inventos de Cavallero y todas estas cosas?'. Y me dice: 'A vos los que denunciaron fueron el director de Arquitectura, el ingeniero Dal Bianco, y Bassa de Castex, que lo hizo ante Recchi'. Tenían que incriminar a alguien, desgraciadamente la tuve que incriminar a la señora de Trucchi, porque me dijeron que en Obras Públicas había dos contadores fiscales, uno era Bilbao y el otro era la señora de Trucchi, era con la única que había hablado. Así que dije que la señora de Trucchi, siempre hacía un regalo, alguna cosa. Creo que ahí fue donde la detuvieron. Jamás la vi de nuevo a la señora de Trucchi desde que salí de la Justicia el día que me soltaron. Por vergüenza, por haberla incriminado gratuitamente...".

"Me hicieron firmar, me llevaron vendado a una mesa que había ahí. El de la mesa de entrada le dijo: '¿Cómo le vas hacer firmar vendado?'. 'Vos hacelo firmar'. Así que firmé vendado. Nunca me leyeron nada, ni dije nada. Con el único que tuve contacto fue con Chamorro, el día que me pasaban a la Unidad 4. Yo lo conocía y me dijo: 'Ché, ¡cómo te dieron!'".

Larrañaga estuvo casi una semana detenido e incomunicado en la Seccional Primera. Resaltó sobre esos días: "No tuve ningún contacto con nadie. De ahí me llevaron directamente al Juzgado. Estaba el abogado y pude ver a mi familia. De la Primera fuimos a la Unidad 4 en patrullero. Fuimos todos a ese pabellón, que era un pabellón especial, estábamos todos a disposición del Poder Ejecutivo. Estuvimos cincuenta y tantos días. Alguna vez vinieron y me sacaron y me llevaron a una oficina. Me encapucharon con una capucha azul, de tela azul, y me preguntaban, el mismo Reta, siempre era Reta, me preguntaba cosas. El mismo tema siempre, incluso me amenazó una vez que me iba a llevar de nuevo a la Primera, pero siempre intimidándome".

Recordó que junto a él fueron detenidos otros integrantes de firmas constructoras pampeanas como Salvadori, Scalpello, los hermanos García de Alpachiri, Segundo Arcángel Gómez, Bassa. "Hacían pequeñas obras públicas: escuelas, líneas de alta tensión, de baja tensión, y esas cosas", resaltó.

"Estuvo también un empleado de la Justicia, Nevares. Estaba enfrente,

lo vi yo y lo conocí, el Flaco Nevares. Lo conocí ahí en la peluquería. Lo conocí al Bocha Molina, y me mostró, cuando terminaron de cortar el pelo, que se bajó los pantalones de tipo fútbol, me mostró los testículos. Eran una bola, sola, toda violeta, llena de puntos. ‘Mirá como me dejaron éstos hijos de puta’, dijo”.

La víctima relató que fue luego trasladado a la Unidad 13 cuando se hizo cargo la Justicia provincial de su caso, y que luego recuperó la libertad. Procesado en una causa sobre desvíos de fondos en la obra pública, le dieron una pena de dos años en suspenso. “Cuando fui a declarar ante el juez me dijo cuando yo le quise insinuar que quería aclarar las cosas: No me vaya a decir nada, que no me lo pueda probar’. Yo había estado con los asesores y me dijeron, me habían aconsejado todos, ‘no digas nada, mantenete más o menos en lo que dijiste allá, en la comisaría, porque si vos los denunciás a éstos, te van a cazar de nuevo y te van a llevar. Y después no sabemos dónde te llevarán’. Se conocía que habían llevado a algunos que no habían vuelto. Así que, con lo que él me fue preguntando, más o menos disfrazamos las cosas. Algunas ya no me acordaba de los importes que habían dado”, afirmó la víctima.

Larrañaga precisó que ya en los años 80, con el regreso de la democracia, “cuando podría haber denunciado, yo tenía temor, porque los veía, porque después de esto ellos siguieron como una ‘vigilancia’. Yo iba mucho al hipódromo porque era cuidador de caballos, tenía un caballo para cuidar, y siempre lo veía, que casualidad, a Fiorucci, lo cruzaba al jefe de Policía también. Los veía siempre, adónde iba, los veía. Así que yo tenía miedo por mi familia y me quedé. Nunca hablé nada, ni dije más nada, ni a mis hijos. Mi hijo se enteró ahora”.

Ana María Martínez Roca

*“Me llevaron al hospital por los golpes,
yo estaba embarazada y perdí el bebé”*

Ana María Martínez Roca es arquitecta y en 1975 era docente en la UNLPam cuando comenzó a actuar el grupo de tareas de la Subzona 14 en La Pampa. Alcanzó a irse junto a Hugo Chumbita a Capital Federal, donde fueron detenidos. Fue torturada por la Policía Federal y encarcelada en Santa Rosa.

Ana María Martínez Roca es arquitecta y en los 70 llegó a la provincia para trabajar como docente en la Universidad Nacional de La Pampa. Allí conoció a Hugo Chumbita, también profesor y secretario académico de la casa de estudios, y comenzaron una relación. En noviembre de 1975, cuando comenzó a actuar la Subzona 14 en la provincia en el marco de la llamada “lucha contra la subversión”, la pareja alcanzó a irse a Capital Federal cuando allanaron la casa de Chumbita.

Martínez Roca recordó que “en el diario La Nación figuraba que me buscaban a mí y a Hugo Chumbita, que en ese momento era mi novio. Yo de La Plata me fui a Buenos Aires donde estaba Chumbita y me quedé con él. Sinceramente tenía mucho miedo, porque no entendía absolutamente nada lo que estaba pasando. Estuvimos viviendo en la casa de un amigo de Chumbita, en realidad en ese momento pensábamos casarnos”.

La víctima recordó que en diciembre del 75 un grupo de hombres “entró en la casa, nos encapucharon y nos llevaron. Creo que estuvimos en la Policía Federal de Buenos Aires, donde no la pasamos nada bien. Nos tenían encapuchados, atados y tirados en el piso, y a patadas todos los días, en la cabeza, en el estómago, en todos lados del cuerpo. Y después de ahí nos llevaron a El Palomar y nos torturaron, nos torturaron en dos oportunidades, con agua en una mesa de mármol. Nos volvieron a llevar a la Policía Federal, y nos siguieron pegando”. La víctima indicó que fue picaneada “en la cabeza, en la boca, en los pechos, en la parte genital...”.

Buscados por el Ejército en la provincia, Ana María, Chumbita y Esteban Tancoff, detenidos con ellos, fueron trasladados a Santa Rosa. La mujer rememoró: “Nos trajeron en un vehículo. No recuerdo bien, estaba inconsciente. Estuve detenida en la comisaría, pero también me llevaron al hospital. Sé que me transfundieron porque tenía mucha pérdida de sangre, porque yo estaba embarazada y perdí el bebé. No sé cuánto tiempo estuve ahí, porque lo único que me acuerdo es que tenía un militar al lado mío parado y yo estaba en una cama. Después de ahí me llevaron a la comisaría, porque yo no podía caminar. Me llevaban entre dos personas, con grilletas en las manos y en los pies. En ese momento apareció mi mamá a buscarme y habló con Baraldini. Quería verme porque ella pensaba que estaba muerta y no le permitían verme. Insistió tanto, tanto, tanto, con una valentía fuera de lo normal”.

La víctima recordó, sobre su detención en Santa Rosa, que “me iba a ver siempre un cura que se llamaba Espinal, pero lo único que hacía era preguntarme si yo era montonera, si estaba en algo peligroso, sí, también rezábamos pero, la intención me parece que era otra. Si yo sabía algo de las cosas que hacía Chumbita”.

“Si me acuerdo que había una señora en la cárcel que me llevaba a caminar con otras personas, para poder aprender a caminar otra vez, porque pesaba 40 kilos. Después de esto yo he perdido quince embarazos, no podía tener hijos, hasta que pude tener dos. Lo que más me asombra, es que después, como si fuera la peor ladrona, en el momento que me dijeron que me iban a dejar ir –porque mi madre estaba apostada y no se quería ir bajo ningún punto de vista– me hicieron vestir



Algunos de los represores juzgados y condenados: Roberto Fiorucci, Néstor Cenizo, Oscar Yorio y Athos Reta.

una noche y subir a un tren. Yo pensé que me iban a matar, y me dejaron en una estación donde me encontré con mi mamá a oscuras”, dijo Ana María.

Antes de quedar libre, un oficial al que reconoció como el mayor Baldini, le dijo que “si denunciaba me iban a buscar y me iban a matar”.

“Si no hubiera venido mi madre a Santa Rosa, yo estaría muerta, porque mi madre hizo de todo, habló con todo el mundo, ¿se imaginan todo lo que movió?”, recordó Martínez Roca.

Zelmira Mireya Regazzoli

“Le dije a mi padre que hablara con el obispo y le pidiera que parasen las torturas, porque era una masacre”.

Docente, hija del gobernador José Aquiles Regazzoli (1973-1976), fue detenida el 24 de marzo por la Subzona 14. Estaría detenida en dos centros clandestinos y luego sería encarcelada en Villa Devota durante varios meses.

Zelmira Mireya Regazzoli era docente e hija del gobernador de La Pampa, José Regazzoli, cuando se produjo el golpe de Estado de 1976. Daba clases de historia en los colegios secundarios del Nacional, Comercial, Industrial, Bachillerato Nocturno y la Escuela Agrotécnica. Además en la Universidad Nacional de La Pampa. Y como integrante de la Federación de Docentes Pampeanos era vocal en el directorio del Instituto de Previsión Social.

Regazzoli recordó la noche del golpe militar: “Di clases en el Bachillerato Nocturno hasta las 23:45 horas. Llegué a mi casa y mi padre me dijo ‘está todo tranquilo, te puedes ir a dormir’. Él se fue a su casa y a las 3 de la mañana me llama (Héctor) Zolecio para decirme que estábamos bajo control militar. Entonces me vestí rápidamente, le pedí a mi esposo Victorio Vlasich que me acompañara a la casa de mis padres. Lo puse en conocimiento a mi padre, ya que estaban todos los teléfonos intervenidos. Se vistió, me pidió que llamara a los ministros y le pidió a Victorio que lo acompañara hasta la entrada de la Casa de

Gobierno. Nosotros vivíamos a una cuadra de la avenida Luro, en Urquiza y Lisandro de la Torre. Yo llamé a los ministros, después me mandó a decir con Roma y Cisneros que localizara a Alicia Chávez, una mujer muy valerosa que trabajaba en el Ministerio de Acción Social y que rescatara las llaves del barrio Peñi Ruca, que hoy lleva el nombre de Aquiles José Regazzoli. Alicia le dijo al que se había hecho cargo del Ministerio de Bienestar Social ‘¿puedo sacar unas llaves de aquí, de este cajón?’. Este le contestó, “sí, ¿me puede firmar el recibo?”. Y le firmó el recibo. Llegó a la casa familiar de Mansilla 445 y ahí estaban las llaves. Cuando llega mi padre de nuevo a la casa, alrededor de las 8:00, 8:15 se fue ya con la ciudad copada a entregar las llaves y a decirle a los propietarios que se trasladaran cada uno como fuera, como hormiguitas viajeras a ocupar las casas del barrio que les habían sido adjudicadas acompañados de Alicia Chávez que tenía el nombre de a quién le correspondía cada casa. Cuando mi padre vuelve a su casa, ya habían tocado el timbre dos carros de asalto. Un comisario o subcomisario, cuyos ojos celestes no voy a olvidar nunca, me preguntó si yo era la señora Mireya. Le dije que sí. Así me detuvieron. Eran las 9 de la mañana”.

Regazzoli continuó: “Le avisé a mi mamá y volví. Mi mamá se enfureció de ver semejante operativo y me llevaron en el móvil. Primero a la Jefatura de Policía. Ahí no era. Entonces dijeron ‘vamos a la Primera’ y me llevaron rumbo a la Primera. Allí era un caos de desorden, de policías. No vi militares. Me encontré con mis alumnos –policías del Bachillerato Nocturno– a los que les había dado clases la noche antes. Me pidieron que me despojara de todo lo de valor, hasta el reloj, y en la celda de detenidos me hicieron ‘tocar el piano’, me tomaron las huellas digitales y me sacaron una foto. Y me llevaron a una celda cuya puerta era naranja. Se cerró la puerta y yo no puedo decir la inmundicia que era esa celda porque había habido un borracho. La verdad que no se aguantaba y me lo tuve que aguantar. Alrededor de la noche vino el comisario Guevara Núñez y me preguntó si necesitaba algo. Y yo le dije ‘dígame a mi mamá que me mande una muda de ropa interior, sábanas y frazadas’. Y pedí al comisario que si podía limpiar, me acercara un balde, una escoba, y que yo iba a sacar esa inmundicia que estaba en el esquinero izquierdo de la mísera celda”.

Más detenidas

La ex docente recordó que al día siguiente “llegaron las chicas de General Pico, estudiantes de la Universidad Tecnológica. A mi celda fueron Raquel Barabaschi y (Rosa) Audisio. Las tres compartimos esa celda creo que por dos días, porque después las ubicaron en otro lado. Trajeron otras chicas de la Universidad Tecnológica. Frente a mi celda estaban el juez federal de Dios Uncal, al lado el secretario federal Vega. Pasaron cinco días. En esos cinco días, estos buenos señores me hicieron presenciar las torturas, los manoseos, tanto a Barabaschi como a Audisio. Y hay otra estudiante de la que no me puedo acordar el nombre porque yo no las conocía. Vejámenes increíbles porque eran criaturas de 18 años. A mí no me esposaron ni me vendaron, simplemente me hicieron presenciar. También lo trajeron a Covella, a quien lo sacaron de la celda y me hicieron verlo. Realmente hasta el día de hoy no me puedo olvidar del Cholo Covella, semejante hombrón, chorreando sangre”.

“Barabaschi –siguió– estaba totalmente lastimada. Se habían ensañado tanto con ella. ¿Por qué? ¿Qué era lo que le querían hacer confesar a estas chicas? Le querían hacer confesar que ellas habían sido autoras de la muerte del sereno del aeroparque que estaba en construcción en General Pico. Resulta que el sereno tenía un brandmetal y estaba tomado en copas. Se cae sobre el brandmetal y se incendia. Como era todo de paja, se incendia todo. Entonces, la torturaban para que se hicieran cargo de esa muerte, que no tuvo nada que ver. Pero, era realmente, una cosa terrible. Terrible”.

“Otro día a la noche me sacaron, antes de trasladarme, una de las celadoras a ver cómo lo torturaban a Bedis o Flores. Los ataban al paragolpe a los dos y los daban vuelta alrededor de la Primera. Creo que aún hoy los tengo penetrándome en los oídos a los gritos. Y lo digo porque los dos se ‘fueron de viaje’, y no hay quién pueda contar esto. La única que lo puede contar soy yo que lo vi”.

La víctima relató que en un momento “el comisario Guevara Núñez, por medio de un subterfugio me dijo ‘venga a mi despacho’ y ahí me encontré con mi padre. Y lo único que alcancé a decirle y a pedirle fue que por favor fuera, hable con el obispo porque no sabía con quién podía hablar y le pidiera que parasen las torturas porque era una ma-

sacre”.

Los traslados

Mireya Regazzoli fue trasladada poco después a la sede de la Brigada de Investigaciones, otro lugar que se utilizaba como centro clandestino de detención.

“El subcomisario Martini me vino a buscar. Las chicas pensaban que yo me iba en libertad. Subí al móvil, le digo a Martini: ‘Martini, si podés, contestame, ¿voy a estar mejor?’. Hubo un silencio raro, no me contestó nada. Le digo ‘muchas gracias, ya me contestaste’. Esto fue el 30 de marzo. Nunca pensé que del 30 de marzo al 14 de abril, los días que estuve en la Brigada de Investigaciones, lo iba a pasar tan mal. Tal fue, que no he podido reconstruir la cara de nadie. Tengo una negación absoluta por tratar de ubicarlos. (Ese edificio) hoy está todo reformado. Adelante estaba la entrada, la matera, y como a 30 metros había una habitación de 4 por 4 metros y un baño que tenía la mitad de la chapa corroída. Cuando se acordaban, yo no tenía forma de comunicarme, me venían a buscar para llevarme al baño con un soldado armado. Un baño sucio, no había forma de bañarse, tampoco en la Primera, sólo con agua fría. Un lavatorio absolutamente mugriento, un inodoro sin tapa y un soldado fuera. Por lo cual era bastante difícil poder hacer sus necesidades teniendo toda esa custodia”.

La víctima relató su calvario en el CCD ubicado en la calle Raúl B. Díaz y Río Negro: “Me fueron sacando todo: el Martín Fierro, la Biblia, los papeles que yo escribía. No me dejaron nada. Solo una cama y se llovía. Era semana santa y llovía y hacía frío. Nunca en mi vida pasé tanto frío como en ese lugar. Con una hemorragia. En un momento le dije mi madre “tráeme algodón y traeme bolsitas”. Porque como no me sacaban para ir al baño, yo tenía que orinar en una bolsa de nylon. Lo mismo con la comida. A mí me llevaban la comida temprano y a las 5 de la tarde, fría”.

Mireya indicó que en una visita de sus padres les pidió “que le digan al obispo que me saque de ahí, estaba en condiciones infrahumanas sin poder higienizarme. Viene el obispo, monseñor Arana, y hacía tanto frío adentro, que me dice ‘vamos un poco al sol’”.



Mireya Regazzoli, hija del gobernador José Regazzoli, fue detenida en la noche del golpe.

La víctima fue trasladada nuevamente a la Seccional Primera. Fue el 14 de abril. En ese momento recuperaba la libertad su pareja de entonces, Victorio Vlasich, y detenían a su padre, el ex gobernador. “Cuando volví a la Primera las jóvenes de Pico no estaban. Había otra gente. Como les dije estaba de Dios Uncal, estaba todavía Vega. Estaba en una celda de al lado Zolecio y en otra celda el secretario general de la Gobernación”.

“Como a muchos –explicó–, a Zolecio lo torturaron para saber dónde estaban las vacas y los campos de Regazzoli, sabiendo que mi padre no tenía ni vacas ni campo, que donaba su sueldo, que era asceta, absolutamente austero. Y es una de las cosas que nunca, nunca, hasta el día que se vaya de este mundo, le voy a perdonar a Fiorucci. Porque habiendo vivido a la vuelta de nuestra casa, sabiendo quiénes éramos nosotros, preguntarle por las vacas y por los campos. Pero además, lo torturaban para saber dónde estaba el documento. Entonces Zolecio que volvía totalmente ensangrentado, que lo tenían que bajar porque no podía bajar solo las escaleras, me golpeaba la celda y me decía ¿dónde está el documento?. Yo no sabía cuál era el documento. El documento, me enteré luego, era un mástil de oro, aproximadamente de tres kilos de oro de una colecta que había hecho todo el pueblo de La

Pampa para cuando en los años 50 la CGT iba a hacer un monumento a Eva Perón. Y ese era el aporte de la provincia de La Pampa. Cuando mi padre asume como gobernador, se lo entrega al contador Colombatto que lo guarden en el tesoro de la Casa de Gobierno. Ese era el documento que estaban buscando. Cuando asumen los militares, lo primero que hacen es sacar la llave y se lo roban. Así de simple. Desapareció. Se lo robaron”.

La víctima rememoró que vio “otras torturas. Accátoli y Gil eran albóndigas sangrantes de tanta picana. Y a Covella le habían arruinado los riñones, y él todavía los perdonaba porque era pastor evangélico. Lo mismo pasó con Roma, con Cisneros. Le querían hacer decir que había robado mi papá. O la contadora Trucci decir cuáles eran las irregularidades en el Ministerio de Obras Públicas. Todos los presos, los que estamos con vida o ex presos que ‘se fueron de viaje’, eran todos funcionarios del gobierno de Regazzoli. Y esto no es una casualidad.

Hay un documento del 11 de diciembre de 1975, una conferencia de prensa de Marín que titula ‘Los ministros no son los más idóneos para este gobierno, la mentira trata de convertirse en norma. A esta altura de la situación, debilitado por las acechanzas, camino al golpe militar, lejos de favorecer la democracia, llevaban más agua al debilitamiento del compañero gobernador que lo había llevado en la fórmula’. Dos días después, Aragonés, en La Reforma del sábado 13 de diciembre expresó claramente la intención de socavar en forma artera el gobierno de Regazzoli. Cualquier dirigente político tiene derecho a expresar su disenso, incluso tratándose de su propia fuerza. El tema, es que este ataque a mi padre lo llevaban adelante el diputado nacional Aragonés y el vicegobernador de la provincia en los preparativos de un golpe que se llevó a cabo el 24 de marzo”.

“A veces me he preguntado ‘¿por qué me llevaron presa?’. No hay quién no diga que fue mal alumno conmigo. No hay quién no haya pasado por la universidad o en los colegios sabiendo qué pensaba yo. Sabían de qué club era hinchas, sabían lo que les enseñaba. No era una guerrillera, ni de palabra ni de acción. Pero claro, era una militante social y estuve en la huelga salinera, acompañando a los salineros. En la marcha para lograr la nacionalización de la Universidad de La Pampa, estuve apoyando la huelga de los empleados municipales. Y todo eso

¿qué significaba? Que una era una agente subversiva para estas mentes absolutamente crueles”, recalcó.

Días en la Primera

Regazzoli relató que estuvo nuevamente en un calabozo de la Seccional Primera hasta agosto de 1976. “El 22 de agosto –testimonió– golpearon la puerta de mi celda y abrió la puerta la celadora, acompañada del comisario Guevara Núñez. Cuando sentí los golpes dije ‘otra vez sopa’, otra vez a ver torturas. Pero era el coronel D’Amico, coronel peronista que venía a traer nuestras libertades. Las de todos los detenidos. Recuerdo que me dijo ‘usted tenga presente siempre lo siguiente: primero va a ser la libertad de su padre. A los quince días usted va a estar en libertad. Se hará efecto cuando el que la detuvo que es el jefe de la Subzona 14 lo disponga, pero ésta es la orden de Suárez Mason’. Algunos abogados querían cobrar 2 mil pesos a cada familia para hacer efectiva nuestra liberación. Mi madre vino a preguntarme y yo le dije ‘ni una cabeza de fósforo’. Nadie pagó. En septiembre del ’76 yo estaba ya detenida en Devoto y ahí nos enteramos que en un enfrentamiento entre las fuerzas militares muere el general D’Amico. Pero todo se cumplió como me lo dijo D’Amico”.

Mireya indicó que mientras estuvo detenida en los calabozos de la Seccional Primera tuvo una descompensación que obligó a su traslado para ser atendida. La víctima recordó que “me descompensé porque tengo, gracias a estos señores, dos cosas crónicas. Una cistitis crónica, que me da mucho dolor de cabeza, y una sinmobiditis, que ahora le dicen colon irritable. Entonces empecé a estar muy mal, a deshidratarme. Vinieron los médicos y dijeron ‘hay que internarla’. Le consultan a Iriart. Si me llevaban al hospital iba a ser un escándalo, era la hija del gobernador. Si me llevaban a un sanatorio, otro escándalo. Entonces me llevaron a la U13, a las nueve de la noche. Allí me recibió el doctor Ricardo Felgueras, que era amigo mío. Amigo, compañero de estudio. Y me dice ‘disculpame, pero te tenés que desvestir’. No era fácil. Me desvisto y me dice ‘no te puedo recibir’. Yo no he hablado de mis torturas pero puedo decirles que no tenía una parte de mi cuerpo sin un moretón. Entonces me puse a llorar y le dije ‘Coco, recibime porque ahora se acaban las torturas’. Hizo un esfuerzo. El Servicio Penitencia-

rio no podía recibir a alguien en esas condiciones porque ahí realmente se terminaban las torturas. Me hizo un acta, la firmó y me instaló en un lugar absolutamente separado, porque no había cárcel de mujeres en ese momento. Lo que sería una pequeña sala intermedia, de cuidados intermedios con suero para hidratarme y con una enfermera permanente. Yo había perdido diez kilos en el término de cinco meses. Estuve un mes allí”.

Hacia Devoto

A comienzos de septiembre, Mireya Regazzoli fue trasladada a Villa Devoto. “Me subieron a un avión, temprano, de la Penitenciaría y me llevaron a Neuquén. Allí no era. En Neuquén dijeron ‘acá no tenemos ningún radiograma, acá no existe, esto no existe’. Yo iba no solamente esposada sino engrillada por el tobillo al asiento. Lo que está prohibido por todas las normas internacionales. Me llevaron luego a Magdalena, ahí tampoco era. Para hacerla corta, salí a las 8 de la mañana y llegué a las 9 de la noche a Devoto. Y finalmente, allí era. Cuando llegué al responsable del piso, de las celdas del piso, le pido si me puede poner con Cristina Ércoli, que era pampeana, detenida, por la que se habían hecho los primeros hábeas corpus”, indicó.

“Fui a un pabellón donde estaba la hermana de Santucho, estaban los miembros del ERP que se habían fugado del Buen Pastor de Córdoba, había algunas montoneras, una montonera que había puesto una bomba en la Facultad de Arquitectura y el 30 por ciento restante era gente que no sabía de qué se trataba, que no tenía la menor idea”, explicó.

Sobre su detención en Villa Devoto recordó: “Pasaba la celadora y decía ‘se prende el agua caliente, se prende el agua caliente’. Nosotras éramos 28, el agua caliente alcanzaba para 7. Así que hacíamos listas, la última que se bañaba con agua tibia era la que iniciaba al día siguiente. Le voy a decir que nunca en mi vida vi tantas mujeres desnudas con tanto apuro para lavarnos la cabeza, bañarnos y dejar el lugar al que sigue”.

Mireya recuperaría la libertad el 12 de diciembre de 1976 y volvería

a Santa Rosa. “Poco antes de mi libertad –rememoró– me llamó el alcaide, el prefecto, y me dijo ‘tiene esta carta del ministro’. La leí y dije ‘no, no, no’. La carta me ofrecía la opción (para irme del país). Le dije ‘de ninguna manera, si no hay ningún motivo para que yo esté presa. Esta es mi patria y yo de aquí no me voy’. ‘Bueno, si es tan macha, contestéle al ministro’. Y le contesté. A los dos días, cuando me golpearon la puerta y me dijeron ‘traslado con efectos’, me dije ‘dónde iré a parar esta vez por haber sido tan vasca, cabeza dura y haberle contestado al ministro’. Pero no, era mi libertad. Aunque no me dijeron ‘quedó en libertad’”.

“Las libertades siempre se efectúan a las o horas. Llegamos al hall donde nos iban a cargar, yo tenía al lado a un ingeniero de Techint que era peruano y a una señora gordita de Mar del Plata. Nos cargaron. Yo perdí toda noción de Buenos Aires después de ese traslado. Salimos de Devoto 0:15 de la noche y llegamos a Coordinación Federal a las seis de la mañana. En el transcurso, nos bajaron. Nos hicieron tres simulacros de fusilamiento. Lo único que tenía era la Biblia bajo del brazo. Y ¿qué iba a hacer uno? Si le llega la hora, le llega la hora”.

Delatores

Regazzoli relató: “Finalmente, cuando llegamos a Coordinación Federal quedé sola contra la pared hasta que vino el comisario García y me dijo ‘¿y vos piba por qué estás presa?’. Tenía el pelo muy largo. Le dije ‘la verdad que no sé’. ‘Vení conmigo’. Subimos al ascensor y pasamos el quinto piso, que era el de las torturas. Llegamos al sexto, al séptimo. Entonces me preguntó si tenía cédula de la Federal porque en ese entonces la cédula de la Federal era distinta a la cédula de la Provincia. Le dije que sí, porque a mí me detuvieron sin documento y sin dinero. Le dije el número, constata, vino y me dijo ‘¿vos no sabés por qué te tuvieron presa?’, ‘la verdad que no’, ‘bueno, vení, mirá y olvidate’. Me trajo una serie de folios grandes. Nunca me imaginé que hubiese tanto servicio de Inteligencia. Todo para que dijera ‘no registra antecedentes, no registra antecedentes’”.

“Entonces le pedí autorización –continuó– para hacer una llamada

telefónica, y me dijo que sí. Llamé a un amigo que vivía en Montevideo casi Corrientes y le pedí que me espere. Pero antes le pregunté al comisario García que me averiguara si no había ningún procedimiento en esa zona, porque ya tenía la experiencia de compañeras que habían salido en libertad, como yo, y al no tener ni documento ni dinero, ‘de vuelta al bote’. Me aseguró que no y me acompañó hasta la avenida Belgrano a tomar un taxi, mientras mi amigo me esperaba con un dinero. Ustedes no saben todas las cosas que pueden pasar por la cabeza de uno. Pensaba ‘este es el taxi que me va a ‘boletear’, este es el taxi que está contratado’, pero no tenía opción. Así que subí, le dije gracias y no me pasó nada. Llegué a la casa de mi amigo y cuando yo había visto el decreto, vi que Nicoletti estaba en mi mismo decreto, con orden de libertad en Devoto. Entonces mi amigo le habló por teléfono al padre de mis hijos y le avisa a la familia que se vayan a buscarlo a Rawson. El juez federal se constituyó con la familia y fue el primer detenido que salió vivo porque estaba el juez federal. Porque, en el camino que es un descampado, los mataban”.

Mireya relató que el coronel Iriart y el capitán Amarante le dijeron a su esposo que la iban a poner en libertad, pero antes de ir a su casa debía pasar por la sede de la Subzona 14.

“No me iba a perder de ver a mis cuatro hijos después de tanto tiempo, sobre todo porque mi hija estaba fabulando de que yo había muerto. Así que llegué a mi casa, estaba todo lleno de globos y de ‘Bienvenida mamá’. Nos dimos unos besos, unos abrazos, nos hicimos unos pocos de mimos y partí a la Subzona. Allí Amarante me hizo el primer apriete. Me dijo que yo me tenía que olvidar de ser peronista, porque Perón murió, etcétera. Cuando pude responderle le contesté ‘usted me dirá lo que quiera, pero Cristo también se murió hace dos mil años y nos dejó su doctrina. Y, salvando las distancias, el general Perón nos dejó su doctrina humanista y cristiana. Yo voy a seguir siendo peronista’. A lo que me respondió ‘le va a ir muy mal’. De ahí pasó a hablar el coronel Iriart, que me dijo que yo tenía todos los derechos de una ciudadana. Lo primero que le pregunte fue ‘¿me van a devolver mis horas de cátedra?’. Me dijo ‘ni lo piense, váyase a cuidar a sus hijos. Usted está en libertad porque nosotros hemos estudiado su vida desde que usaba medias tres cuarto’. Y ahí en un arranque típico de mi carácter le golpee con fuerza el escritorio y le dije ‘no la estudiaron bien,

porque precisamente mis padres me mandaron a la escuela número 4, que era la ‘escuela del churrasco’, donde todas mis compañeras iban con zapatillas con medias tres cuarto, y yo era la única que iba con los zapatitos Guillermina y sus zoquetes blancos. Y yo no me quería diferenciar de nadie. La reacción del coronel Iriart fue de inmediato. Abrió el cajón de la izquierda y me dijo ‘lea, por eso usted está detenida’”.

Mireya explicó: “Ahí vi las cinco firmas de mi detención, que decía que había que detenerme porque era guerrillera peligrosa. La que más me dolió fue la de María Elena Torales, que para nosotros era la tía Nené. La de Marín, la de Aragonés, la de Telleriarte que no la pude entender nunca porque éramos compañeros en el bachillerato nocturno y nuestros hijos eran compañeros en la escuela número 2. Y la de Del Blanco tampoco la entendí. Porque si hubieran meditado un segundo que con esa acusación a uno le iba la vida... Les aseguro que no se puede tener tanta irresponsabilidad. Cuando llegué a mi casa, lo primero que hice, y la única testigo que me quedó fue mi hermana, lo primero que hice fue agarrarme la cabeza y ponerme a llorar y decirles ‘no puedo entender cómo fueron tan crueles, cómo jugaron con la vida de una madre de cuatro hijos’. Porque si no me hubieran detenido en La Pampa, no estaría contando estas cosas terribles”.

“Las listas las hizo Camps, pero se reunía una vez cada quince días, y me hago cargo de todo lo que digo, en la Cámara de Diputados con Marín. Marín, Aragonés, María Elena Torales y otros eran quienes le proporcionaban los nombres de los que debían ir presos. Algunos se salvaron como Santamarina, Negra Alvarado... todos los demás hoy la podemos contar. Entonces, hay otros responsables y los responsables civiles son tan culpables como los responsables militares y como la cúpula policial que fue entrenada para torturar, vejar, y amilanar a los funcionarios del gobierno de mi padre”.

Mireya relató que tuvo otro encuentro con Amarante, que fue jefe de Inteligencia de la Subzona 14. Precisó la víctima: “Amarante era el rey del apriete. Yo iba a misa todos los días a hacer el rosario y a escuchar misa, era mi única salida. Mi padre estaba en Buenos Aires recaudando dinero para sacar una solicitada por la libertad de Isabel Perón y me pidió que llamara a determinados compañeros para reunir parte de ese dinero. Y efectivamente lo hice. A la salida de la iglesia,

varios días después, Amarante me miró y me dijo ‘¿usted sabe lo que usted está haciendo?’. Le contesto ‘¿adivino?’. ‘No, tengo información... usted siga así, que ancho y negro es el río de la Plata’. Por eso me fui de casa, porque la verdad que el miedo no tiene cara de zonzo”.

Guillermo Quartucci

*“Salí corriendo, corriendo hasta que me perdí
por el medio del paisaje”*

Profesor de Literatura en Bahía Blanca, perdió su trabajo en la Universidad Nacional del Sur en 1975. En marzo de 1976 consiguió un trabajo dando clases en el Instituto secundario José Ingenieros de Jacinto Arauz. Llegada la dictadura militar, sería detenido el 14 de julio de ese año. Alcanzaría a escapar del centro clandestino de detención del Puesto Caminero sobre la ruta nacional 35 en una fuga que duró una semana.

Guillermo Quartucci es profesor de Literatura. Vivía en Bahía Blanca y había conseguido trabajo dando clases de historia en el Instituto José Ingenieros de Jacinto Arauz en marzo de 1976, antes del golpe militar. Viajaba los miércoles y se quedaba hasta los viernes en la localidad pampeana. El 14 de julio de ese año se dirigió en colectivo hasta la localidad cuando fue sorprendido por un operativo de la Subzona 14 que lo tenía, entre otros docentes que no eran de la localidad, como blanco.

“Yo trabajaba en las escuelas medias de la Universidad Nacional del Sur; también tuve actividades en la misma universidad, en Bahía Blanca, en la escuela de enfermería y en la Universidad Tecnológica Nacional, donde durante un año fui jefe del departamento de cultura. En marzo del '75 tuve una invitación, junto con una colega, para hacer un viaje de estudios a Japón que duraría tres meses. Entonces, con esa

colega, hicimos una solicitud para ausentarnos del cargo por ese lapso para realizar un viaje de estudios, cosa que correspondía perfectamente al reglamento. Nos fuimos a Japón y, estando en Japón, me llegó la noticia a través de otra compañera de trabajo de que había sido declarado prescindible en mi puesto de las escuelas medias de la Universidad del Sur, concretamente la escuela de Agricultura y Ganadería, donde un par de años antes había conocido a Carlos Samprón que había sido el director. De ahí mi vínculo con él. Me enteré por esta compañera que habíamos sido declarados prescindibles por Remus Tetu, que fue un interventor terrible que hubo en la universidad. No fui solamente yo, pues hubo también colegas y trabajadores no docentes: en las escuelas medias fuimos alrededor de 90 personas. Cuando regreso de Japón, en junio de 1975, exactamente el día en que se produce el famoso ‘Rodrigazo’, me encuentro con que ya no tengo trabajo”.

En Buenos Aires, a través de la Fundación Aragón, tramité la posibilidad de una beca en el exterior del país. Era para estudiar en México un posgrado en estudios japoneses, incluida la lengua. “El curso de ese año ya estaba iniciado, pero me dicen que si yo estaba de acuerdo, podía ingresar en septiembre del año siguiente. Dije que sí. Volví a Bahía Blanca, donde estuve dando clases particulares en mi casa porque ya no tenía trabajo. Volver a la docencia pública era imposible porque había sido declarado prescindible”, señaló.

Quartucci relató su llegada a Jacinto Arauz: “En marzo del 76, me llamó una compañera que también había sido despedida conmigo por Remus Tetu. Ella ya había encontrado un trabajo en la Biblioteca Rivadavia de Bahía Blanca, y me dice que había recibido un llamado de Carlos Samprón ofreciéndole las horas de castellano y literatura en el Instituto José Ingenieros de Jacinto Arauz, pero que ella, como ya tenía este puesto de bibliotecaria, no lo quería aceptar. Entonces le dije que sí, que me interesaba, pero con la condición de que me iba a quedar hasta el mes de julio, hasta las vacaciones de invierno porque después me iba a México. Todo eso ya estaba decidido. Viajo entonces a Jacinto Arauz para entrevistarme con Samprón, para que eso quedara arreglado, y me dice Samprón: ‘Ya esas horas han sido cubiertas por la profesora Estela Estévez, pero están todavía vacantes y no encuentro a ninguna persona, las horas de historia de 1º, 2º, 3º y 5º año’. Miramos el reglamento y uno de los títulos habilitantes para enseñar Historia

era Profesor en Letras, que es lo que era yo. Entonces acepté. Así es como llegué a Jacinto Arauz y comenzaron mis actividades como docente”.

“Samprón era una persona muy activa –continuó el docente–, tenía mucho interés en comunicarse con la comunidad de Jacinto Arauz, no solamente con los alumnos sino también con los padres. Hacía muchas actividades. Me tocó participar en una maratón que hizo en la plaza central de Jacinto Arauz. Y me dijo en un momento que creía que sería bueno, dado que yo había estado viajando por Asia, que podría ofrecer una conferencia en un salón de la localidad. Así lo organizamos. Creo que fue en el Centro Cultural de la Iglesia Valdense”.

“En el viaje yo había tomado muchísimas diapositivas, en esa época no había Internet, ni Power Point, ni cámaras digitales, por lo cual las diapositivas eran el mejor medio para ilustrar una conferencia de manera muy clara. Fue así como una noche, alrededor de las siete de la noche, se hizo esta conferencia y el salón se llenó. Toda la gente del pueblo, prácticamente, estaba ahí. Había hasta gente parada. Fue una presentación, desde mi punto de vista, interesante. No sólo para mí porque me ponía en contacto con ellos, sino también para los habitantes del pueblo que seguramente no conocían los países del Este de Asia. Comento esto porque después, cuando voy a ser interrogado, salen todas estas cosas para incriminarme. Pasó el tiempo, yo notaba que había un clima raro en el pueblo. Lo noté ya en esa noche de la conferencia. Algunos padres se acercaban un poco con desconfianza, como diciendo ‘si usted anduvo por todas esas partes, que viene ahora a hacer a Jacinto Arauz’. Algunos me decían ‘discúlpeme, mi hijo es muy revoltoso, tiene mala conducta, pero no es mal chico’. Estuve hablando con varios padres en ese momento, pero notaba que había una cierta desconfianza general”, recordó.

El día de la detención

El 19 de julio empezaban las vacaciones de invierno en el colegio José Ingenieros. La semana previa fue elegida por las autoridades militares de la Subzona 14 para realizar el operativo contra los docentes acusados de “marxistas”.

El miércoles 14 de julio, rememoró Quartucci, iba a despedirse de sus alumnos. “Iba a ser mi última semana en Jacinto Arauz. Yo salía a las 8:20 de Bahía Blanca, en ese colectivo de línea de la empresa TUC, que llegaba más o menos a las 10:45 a Jacinto Arauz. Al llegar, me bajé. La parada estaba en el lado opuesto en donde se encontraba el colegio y para llegar ahí tenía que atravesar la vía por el lado de la estación, lo que es ahora el Museo de Favaloro. Pero, en ese momento, todavía la estación estaba en actividad. Fui caminando hasta allí y me encontré con un trabajador del ferrocarril que me dijo ‘¿usted va al colegio?’, le dije Sí, ¿por qué?’, ‘Esta mañana llegaron policías y militares, y se llevaron presos a varios profesores y al rector’. Como diciéndome: ‘cuidado, sobre todo usted que viene de afuera. Yo dije ‘¿Bueno, qué puedo hacer con esta advertencia, estando en Jacinto Arauz?’. No era un lugar grande donde uno pudiera decir ‘Me voy a quedar ahí hasta que pase la tormenta’. Preferí pasar por la casa de unas personas con las cuales había entablado más o menos una amistad en los meses anteriores, que era la familia Malán. Me encontré con la esposa del hermano mayor de Malán, y le pregunté si ella sabía algo de lo que estaba pasando. La encontré muy asustada, muy asustada, como diciendo ‘No, yo no sé nada... mejor que no estés aquí’. Entonces dejé el bolso que llevaba, con ropa interior porque me iba a quedar dos noches, una camisa, libros, apuntes de clase, algunas diapositivas del viaje a Asia porque en la clase de cultura que tenía en 5° año les estaba mostrando muy en detalle cómo eran los países asiáticos que yo había visitado. Entonces decidí que iba a ir a la escuela”.

Quartucci se dirigió hacia el colegio. Al ingresar al edificio vio que “Estaba todo desierto. No había nadie. Entré al salón de 3° donde era mi clase. Los alumnos, como correspondía, se pararon para decirme ‘buenos días’. Yo les digo ‘tomen asiento’ y en ese momento se abre la puerta y aparecen dos uniformados con armas largas en el hombro, me preguntaron mi nombre, si yo era Guillermo Quartucci, les digo que sí, y entonces me agarraron cada uno de un brazo desde atrás, no de lado sino que me tiraron los brazo hacia atrás, y me sacaron al pasillo. Me pusieron en el pasillo, que estaba absolutamente desierto, con la cara hacia la pared, me hicieron levantar los brazos y empezaron a palparme a ver si tenía armas. Después de esto, otra vez me tomaron de los brazos y me llevaron hacia el patio que tenía el mástil con la

bandera, donde había un vehículo. Lo recuerdo perfectamente, era como una camioneta oscura, en cuyas puertas decía ‘Gobernación de La Pampa’. Había un uniformado ahí, esperándome. Me hizo subir a la parte de atrás, salió, se paró unos metros más adelante, se subió adonde yo estaba, me puso una venda de toalla en los ojos. Era pleno invierno, hacía mucho frío. Con la bufanda que yo llevaba me ató las manos por detrás en forma de ocho, muy apretadas, de manera que era imposible mover las manos. Empezó a dar vueltas por el pueblo, mientras hablaba por radio. Se comunicó con alguien en código, diciendo cosas que yo no entendía muy bien de que se trataba. Después dijo ‘cambio y corto’, ‘cambio y fuera’”.

Sobre las causas de su detención, Quartucci explicó: “Cuando me interrogaban en la Comisaría, las preguntas que me hacían eran preguntas de información que habían recibido de gente del pueblo. Eso me quedó clarísimo: hubo gente del pueblo que nos denunció a nosotros y que fueron los que confeccionaron listas. Y con esas listas, llegaron a detenernos. Me llamó mucho la atención, con el paso del tiempo, quiénes fuimos las víctimas de esto. Éramos todos de afuera. La única persona de Jacinto Arauz era Samuel Bertón, sindicado como ‘zurdo’ además. Había muchos sindicados como ‘zurdos’ en el pueblo. Sin embargo, al único que se llevaron fue a él. Los demás, como Brouwer de Koning, Estela Estévez, todos éramos de afuera. De Córdoba, de Perú, de Bahía Blanca, de Necochea, de Punta Alta. Ahí, yo me dije ‘La gente de este pueblo les está echando la culpa a los que vienen de afuera del desorden que hay en la escuela, en contraste con ellos que son absolutamente ordenados, gente decente, y estos zurdos que vienen de afuera a alterar la tradición y las buenas costumbres de este pueblo’. Eso yo lo había notado. Que nos miraban con desconfianza, que veníamos ahí a hacer algo, y sobre todo con sus hijos”.

En ese contexto, Quartucci resalta: “Había un matrimonio de Jacinto Arauz, la directora de la Escuela Primaria n° 33, creo que se llamaba Manuel Belgrano, Irma Rodríguez de Matir, madre de uno de los alumnos. Ella y su esposo, Gregorio Matir. Ellos, y de eso me enteré después, eran los que estaban confabulándose con otros padres que también andaban viendo rojo en todos los rincones de la escuela. Confabulándose para ver cómo hacían para sacarse a nosotros de encima.

Hubo otros padres de alumnos que también nos denunciaron, un señor de apellido Goy, un farmacéutico de apellido Munusse, un veterinario de apellido Garciandía, y sobre todo un miembro de la comisión, un ex miembro de la comisión de la cooperadora de la escuela de nombre Ricardo Rostán, que fue el que realmente empezó con esta campaña de desprestigio de la gente que venía de afuera y que estaba alterando las sanas costumbres del pueblo donde había vivido el ilustre Favaloro. Porque a Favaloro lo ponían por los aires, pero nosotros éramos una porquería. Claro, Favaloro estaba colaborando con la dictadura. Ahora tienen un museo de él en el pueblo.

“Hubo una confabulación para atacarnos que provino de un grupo de gente del pueblo, pero no de todos. En el pueblo hay gente extraordinaria que creo que vivieron esto de una manera muy traumática también. Porque después de que yo me escapé hicieron un operativo rastrillo casa por casa. Se metieron en casi todas las casas. Me buscaban a mí, decían. Pero en realidad aprovecharon para llevarse todo tipo de cosas que encontraban y que obviamente eran subversivas según ellos. Se llevaban de libros como los de Cortázar, libros que circulaban en esos años y que se compraban en las librerías. Nada de cosas que se compraban afuera o que repartía el Partido Comunista”.

En la comisaría

El docente, vendado y atado, fue trasladado hasta la Comisaría del pueblo. Quartucci recordó esos momentos: “A los 15 minutos llegué a algún lugar que obviamente no sabía qué era, porque tenía los ojos vendados. Me hicieron bajar y me metieron en una habitación muy fría, donde no había ninguna persona. Estuve ahí unos cuantos minutos y, de pronto, apareció alguien que me hizo sentar en una silla y empezó el interrogatorio. Al principio lo hizo de manera amable como para darme confianza de que ‘acá no va a pasar nada.’ Me empezó a hacer preguntas. Las preguntas estaban relacionadas con cosas que habían sucedido antes, por ejemplo, quién me había pagado el viaje a Asia que había hecho el año anterior. Si me lo había pagado el comunismo internacional, si había sido Cuba, si yo tenía algún vínculo con alguna organización de carácter extremista que me había mandado para recibir instrucciones de carácter militar o de inteligencia”.



Guillermo Quartucci, el único detenido en La Pampa que pudo escapar de un centro clandestino de detención.

La víctima aseguró: “Obviamente, como no tenía nada que ver con lo que me preguntaba el interrogador, le decía que no. Que el viaje lo había hecho con mi propio dinero y que había tenido la invitación de una universidad de Tokio y que por eso había hecho el viaje. También me preguntaba, y ahí empecé a prestar atención y a reflexionar sobre qué era lo que estaba pasando, quién era la mujer que salía en las diapositivas que yo había mostrado en la conferencia pública en el salón valdense. En efecto, yo había ido con una colega de las escuelas medias de la universidad, y cuando tomaba fotos ella aparecía, o cuando ella tomaba las de ella, aparecía yo. Le di el nombre de esa persona y les expliqué que era mi compañera de viaje. Luego siguieron cosas que tenían mucho que ver con la realidad local. O sea, ahí había habido información del pueblo, me di cuenta. Todo lo que estaba interrogándome este señor le había sido proporcionado por gente que conocía muy de cerca lo que sucedía en el pueblo”.

Quartucci recordó que preguntaban cosas como “Por qué yo vivía con el rector y su esposa, que tenían un hijo chiquito, el primer hijo, cuando me quedaba en el pueblo. Que por qué estaba ahí con ellos. Que si no me parecía que era indecente estar viviendo con un matrimonio joven que hacía muy poco que se habían casado y que tenían

un niño. Como dando a entender que aparte de haber una conspiración terrible de subversión, había también cosas de carácter sexual”.

“Una cosa que me llamó la atención también, es que cuando yo estaba sentado, el interrogador refregaba su entrepierna en mi hombro, como mandándome un mensaje, no sé muy claramente de qué naturaleza. En un momento me dijo: ‘Vas a tener que decir la verdad porque esto te puede costar Rawson o la vida.’ Y por el frotamiento en el hombro, me estaba mandando el mensaje de que ‘te podemos violar, así que ojo.’ Empezó a subir el tono, empezó a golpearme con puñetazos en el estómago, en el pecho, que a decir verdad, no me dolían. En esta circunstancia yo creo que esa mezcla de miedo, con la cabeza que está totalmente lúcida porque trata de crear una especie de barrera ante tanta irracionalidad, hacía que no me dolieran los golpes, pero eran muy fuertes. Pero lo peor fue cuando sacó una pistola, me la pasó por la cabeza y la gatilló. Afortunadamente no tenía balas. Y siguió el interrogatorio. Supongo que los interrogatorios eran todos más o menos parecidos porque en esa época el formato de estas situaciones era igual en todo el país. Si yo era comunista, si yo iba a misa, por qué iba ahí si ganaba tan poco dinero, cómo se justificaba que con mi escaso sueldo como profesor de Historia pudiera viajar desde Bahía Blanca, pagar una pensión, comer. Que no podía ser que yo estuviera ahí por el interés económico. En efecto, yo no estaba por el interés económico porque simplemente era una etapa de transición hacia México en que decidí que podía hacer algo útil mientras transcurría esa etapa. Luego me preguntó también por la profesora de Literatura, Estela Estévez, que por qué la profesora tenía entre su bibliografía un libro de Cortázar, del ‘marxista Cortázar’, me dijo”.

“Yo hablaba con Estela Estévez –precisó el docente– obviamente, éramos los dos formados en Letras, habíamos hecho una carrera, teníamos diálogos muy interesantes acerca de Literatura y yo sabía lo que ella estaba enseñando. Cortázar estaba dentro de una unidad temática acerca del tiempo circular. También estaban Borges, García Márquez, Rulfo. Tenía otra unidad donde estaba Gabriela Mistral, Pablo Neruda, etcétera. Según el interrogador, todos ellos eran marxistas. Hay muchas preguntas de este tipo que apuntaban más o menos al mismo sitio. Yo me di cuenta que lo que querían era que yo hablara acerca del rector, que el rector era jefe de una célula subversiva y que yo formaba parte de esa célula, y que les tenía que dar información acerca de armas, de

quién integraba la célula, etcétera. Por supuesto les dije que era absolutamente falso, que no tenía ninguna noticia de que eso estuviera sucediendo. Que conocía al señor Samprón desde hacía mucho tiempo, que tenía una amistad muy cercana con él y que nos apreciábamos mutuamente, que tenía una amistad con su esposa con quien hablaba sobre cine. Ella esperaba que yo llegara de Bahía Blanca para que habláramos de las películas que ahí se exhibían: ‘Contame qué viste esta semana en el cine’, porque obviamente en Jacinto Arauz no había la posibilidad de ver las películas que se veían en Bahía Blanca”.

“Me pasaron luego a una habitación donde había alguien que escribía a máquina. Continuó el interrogatorio y ésta persona escribía lo que yo decía. Pasaron no sé cuántos minutos y finalmente me llevaron a una celda. Yo oí que había metal de una puerta que se cerró. Yo seguía con los ojos vendados y con las manos atrás, amarradas por mi bufanda. Como a los quince minutos vinieron otra vez a buscarme y me sacaron la venda, me desataron las manos y me hicieron leer la declaración que supuestamente yo había hecho y que tenía que firmar. Eran como cinco o seis hojas. Consideré que no tenía ningún sentido leerla. Eché una mirada rápida y vi que había cosas que ni había dicho, pero sabía que no había otra alternativa más que firmar. Ahí fue que me di cuenta de que estaba en la comisaría porque sin venda pude ver que en los escritorios había gente. La persona que me trajo la declaración para que la firmara era alguien de la comisaría de Jacinto Arauz. Me dijo en voz muy baja, y eso se lo agradecí mucho: ‘Yo esto lo hago porque me obligan, yo no tengo nada que ver’, como disculpándose de que estuviéramos viviendo esa situación tan absurda y violenta”, dijo Quartucci.

El docente comentó que entonces le volvieron a vendar los ojos, a atar las manos con la bufanda y lo llevaron a otra habitación. “En ella había ruidos de vajilla, supongo que era una cocina. No sé si la comisaría tenía una cocina, pero me imagino que sí. Lavaban platos y olía a café, circulaban mujeres. A una le decían ‘Negra’ y a otra llamaban ‘señora Arellano’, que parece que estaba con un niño o niña, no lo sé porque estaba vendado y no podía ver. Me pareció oír que le decían Claudio o Claudia. En un momento, este niño se acerca hacia mí, y me doy cuenta de que está muy cerca. Estaba medio resfriado así que oía cómo respiraba y me miraba con mucha curiosidad. La señora Are-

llano le dice entonces: ‘¿viste que quieto está?, parece una estatua’. En efecto, yo no me había movido en todo el tiempo. Lo único que estaba funcionando en mí desde el comienzo de esta pesadilla era la cabeza. La cabeza la tenía clarísima, lo demás como que no existía. No tenía ganas de ir al baño, no sentía frío, estaba totalmente alejado de mi cuerpo pero tenía siempre la cabeza muy alerta”, dijo.

“Sonó el teléfono, la señora Arellano contestó. No sé quién era, pero era alguien importante porque le decía ‘si señor, si señor’, como de manera muy obediente. Las otras mujeres se reían de mí. No hacían comentarios muy en voz alta, pero parece que cuchicheaban acerca de ‘este tipo que está ahí’. Por momentos oía voces. Escuché tres voces que reconocí como de Pozo Grados, del doctor Brouwer de Koning y de Ángel Álvarez, que también estaban siendo interrogados. Ahí me di cuenta de que estábamos siendo rotados. Nos iban pasando. Estaban perfectamente organizados los interrogatorios: cuando terminaban con uno lo pasaban a otra habitación, a la celda, o a la cocina. Así creo que fue el procedimiento. No oí nunca la voz de Samprón, sólo fueron esas tres personas las que reconocí. Se oían bastante claras sus voces, o sea que estarían en habitaciones contiguas”, recordó.

“Al rato vino alguien otra vez, me tomó de los brazos y me llevó a la celda en la que había estado antes. Pero ahí sucede algo, me cambia la bufanda por esposas, también con los brazos hacia atrás. Debo decir que en todos estos procedimientos nunca me sacaron lo que yo llevaba encima, nada, ninguna pertenencia. Yo tenía en los bolsillos llaves de mi casa de Bahía Blanca, el dinero que había llevado para esos días, mis documentos y mis lentes, que me los habían sacado para ponerme la venda, y los habían guardado en el bolsillo del abrigo. Era uno de esos abrigos que no sé si se usan ahora, que llamaban gamulán, era cuero con la piel hacia adentro, muy apropiados para el invierno. En un bolsillo del gamulán me guardaron los anteojos y el reloj. O sea, no me sacaron nada de lo que yo tenía”.

Esperando al “Gringo”

Quartucci fue trasladado luego a una celda, ahora esposado. “Ahí se pasaron muchas horas, unas cinco o seis horas. Pedí ir al baño. Vino

alguien por mí, otra vez me sacaron las esposas. Me levantó la venda para llevarme hacia un baño, no vi quién era la persona porque venía atrás mío, y me devolvió a la celda. Después de un tiempo me sacaron otra vez. Salimos de la comisaría y oí la misma voz que me había conducido desde la escuela hasta la comisaría que dice ‘con este son cuatro’. Me sentaron en el asiento de adelante, el chofer era el mismo de antes porque lo reconocí por la voz: era el que hablaba por la radio. Seguía hablando por la radio con alguien que no sé ni dónde estaba ni quién era. En el medio estaba yo, a mi derecha está Ángel Álvarez. Él estaba sentado junto a la ventanilla. Echó a andar el vehículo y marchó por mucho tiempo. Pensé ‘Nos están sacando del pueblo, el pueblo quedó muy atrás porque hace mucho que estamos andando’. En un momento le pedí al chofer, que estaba a mi izquierda, si no me podía levantar la venda porque me estaban ardiendo los ojos. El chofer me dice: ‘Para qué querés que te la saque si en unos minutos te la va a sacar San Pedro’. Álvarez, que estaba a mi lado dijo: ‘¿qué, señor, nos van a matar?’. Y el chofer respondió: ‘claro, ¿qué te pensás, que esto es joda? ¿Quién los manda a meterse? Ahora aguántensela. Van a ver lo que les va a pasar dentro de un rato cuando venga el Gringo’. Álvarez estaba muy alarmado, como yo. Pero él estaba mucho más alterado”.

“Llegamos a un lugar que nunca supe lo que era hasta hace muy poco tiempo en que me enteré que había sido el Puesto Caminero de la ruta 35 que está a 8 kilómetros de la entrada de Arauz. Nos bajaron y nos pusieron en una habitación. Yo no sabía quiénes estábamos en esa habitación. Era una habitación cuadrada; a mí me pusieron en el suelo sentado contra la pared con las manos atrás y las rodillas levantadas, y se oían voces desde una habitación vecina. Voces que todo el tiempo eran amenazantes, que se reían de nosotros, se burlaban: ‘Zurdos de mierda... ahora van a ver cuando venga el Gringo’. Hablaban mucho de cuando viniera el Gringo y que entonces íbamos a saber lo que realmente nos iba a pasar. Eran amenazas de muerte”.

Quartucci resaltó que “personalmente, me tomé en serio las amenazas y supongo que mis compañeros también. No eran tiempos para estar jugando con este tipo de cosas. Sabíamos, en efecto, que nuestro destino era que nos fusilaran. Pensé: ‘nos dejan las cosas encima, como a mí el reloj, los lentes, y nos aplican la ley de fuga como sucedía en esos tiempos; o dicen que estamos en un enfrentamiento con las fuer-

zas del orden y que por eso teníamos que tener las cosas encima cuando vinieran nuestros familiares a recoger los cadáveres'. Ahí es cuando pienso que no me iba a quedar ahí, que no iba a ser tan fácil conmigo. Y empiezo, con la cabeza muy lúcida, a pensar qué hacer. Empecé a forcejear y logré sacar muy fácilmente mi mano izquierda de las esposas. Yo era muy delgado en esa época, pesaba 65 kilos, y logré sacar la mano izquierda. Estos salvajes que estaban en la habitación de al lado se asomaban, cada 2 o 3 minutos. Siempre haciendo bromas y burlándose de nosotros: 'Qué tranquilos están los muchachos, muy bien, pero ahora van a saber cuando llegue el Gringo', seguían insistiendo con este Gringo que iba a llegar a fusilarnos. Al sacar la mano de la esposa, lo primero que hice fue levantar la venda. Saqué los lentes de mi bolsillo, me los puse. Estábamos en una habitación a oscuras, en penumbras en realidad, porque en la pieza de al lado, donde estaban los que nos vigilaban, había luz. Ellos estaban con luz, pero nosotros estábamos a oscuras. Ahí vi quiénes éramos. Estaba yo, Samprón a mi izquierda, Álvarez en la otra pared, a mi derecha, en la pared del frente había una persona que yo no podía reconocer porque había una mesa en el medio. Después supe que era el pastor Gerardo Nansen, pero muchos años después" (Nota: en realidad, se trataba de Samuel Bertón).

"Pasaron varios minutos. Después de que se asomó de nuevo uno de estos individuos, inmediatamente abrí una puerta que la tenía al lado, y vi que daba a un pasillo y que del otro lado había una habitación vacía con una ventana que no tenía persianas. Estaba cerrada, era de vidrio. Y pensé: 'Si me voy a ir de aquí, este va a ser el camino'. Seguían pasando los minutos. De pronto se oyó un motor, era como las 9 de la noche. Empezaron a decir que ahí venía el Gringo. Yo dije: 'Es este el momento o no va a ser nunca'. Lo primero que pensé al planear esto fue que tenía que llegar a un lugar a contar lo que había sucedido, de manera que a mis compañeros que estaban ahí adentro, hasta que no me encontraran a mí, no los iban a poder fusilar. Y, en efecto, así fue. Afortunadamente no me encontraron a mí y tuvieron que, una semana después, publicar los nombres en los diarios. Durante una semana no se supo qué había pasado con ellos".

"Cuando empezaron a decir que llegaba el Gringo y se oyó este motor, me paré, abrí la puerta que dejé abierta, atravesé el pasillo, fui

a la otra habitación, abrí la ventana. En ese momento se produjo una corriente de aire y la puerta cerró de golpe, un portazo con mucho estruendo. Yo me dije: 'Acá me cacharon', me descubrieron. Pero no. Abrí la ventana, salté y me fui al campo. Salí corriendo, corriendo, hasta que me perdí por el medio del paisaje. Después me paré y me dije "¿Y ahora qué hago qué hago? ¿Dónde estoy?". No sabía dónde estaba. Vi que a mi derecha pasaba alguna que otra luz de automóviles. Eran alrededor de las 9 de la noche, noche cerrada. Me dije: 'Esta puede ser la ruta 35'. Había, a lo lejos, luces de un pueblo, no sabía si podía ser Jacinto Arauz. Seguramente lo era porque estaba bastante cerca. Miro el cielo, afortunadamente no había nubes, había muchas estrellas y vi al fondo de la carretera la Cruz del Sur. Me dije: 'Me tengo que ir para allá'. Mi objetivo era llegar a Bahía Blanca. Con todo lo descabellado que podría sonar, me dije: 'Voy a llegar a Bahía Blanca'. Empecé a caminar. Crucé la ruta 35 y me fui para el otro lado, o sea hacia el lado de las vías del tren, hasta que las encontré. En efecto, paralelo a la ruta había unas vías del tren que es el ferrocarril que va desde Jacinto Arauz a Villa Iris. Comencé a caminar por las vías. Caminé y caminé. Las vías del tren y la ruta van para Bahía Blanca, así que no había posibilidad de que me perdiera. Y así fue, nunca perdí mi rumbo en este periplo hacia Bahía Blanca que duró seis noches", afirmó el docente.

Rumbo a Bahía Blanca

Quartucci relató su largo camino hacia Bahía Blanca, con el temor a las patrullas que lo iban buscando por la zona. "Cuando iba caminando por las vías del tren me dije: 'Me tengo que sacar la otra esposa'. La mano derecha me dio mucho más trabajo, me raspé todo el dedo grande. Se salió la piel, me sangró, pero logré sacarme la segunda esposa. Justo en ese momento pasaba debajo de las vías una corriente de agua y allí se me cayeron las esposas. Seguí caminando durante seis noches seguidas, hasta que en la madrugada del martes 20 llegué a Bahía Blanca, como a las 2 de la mañana".

"En el transcurso de esas seis noches sucedieron cosas. Dormí en un silo la primera noche. Encontré un silo que no tenía granos adentro, nada más los que estaban en el suelo. Era muy comfortable dormir ahí, dormí tranquilamente. Caminaba de noche, no caminaba de día por-

que sabía que era mucho más fácil que me localizaran. Después decidí que iba a salir también de las vías, porque podía ser otro lugar en el que estuvieran rastreándome. Salí a un camino paralelo a las vías, pero de tierra. Caminando de noche es muy fácil no perderse porque los automóviles que pasan, aunque estén a 3 kilómetros, se ven. Mi punto de referencia eran siempre las luces que se movían por la ruta 35”.

El profesor comentó que durante la segunda noche “sucedió algo que fue muy impactante para mí. Estaba caminando por el camino de tierra y de pronto veo que, a lo lejos, vienen dos vehículos por ese mismo camino de tierra, marchando muy lentamente. El de adelante tenía un reflector en el techo de la cabina y lo movían iluminando el campo de los alrededores. Yo dije: ‘Estos me están buscando’. Afortunadamente había una zanja ahí. Me eché a la zanja, totalmente acostado, y pasaron a mi lado, como a dos metros. Vi que había dos uniformados manejando el reflector del techo. Parecían soldados y eran iluminados por las luces del vehículo que venían atrás y no tenía reflector en el techo. Pasaron muy lentamente, mientras empezaba a amanecer. Entonces me dije: ‘¿Qué hago?’ Saltando el alambrado, me metí en el campo que estaba al lado. Era un campo recién arado por lo que fue muy fácil cavar un hueco. Me acosté en el hueco y me eché la tierra encima, dejando afuera sólo la cabeza para poder ver, pero sin ser visto. Difícilmente podrían localizarme. No tenían perros. Si hubiesen tenido perros me habrían encontrado desde el primer día, pero no tenían perros. Así enterrado, pasé todo el día hasta que se hizo de noche. Por supuesto, desde hacía dos noches no había comido ni tomado agua”.

“La tercera noche –dijo Quartucci– iba caminando bajo un cielo totalmente nublado; no había luna y estaba muy oscuro. De pronto oí una corriente de agua y me dije: ‘Ahora es el momento de tomar algo de agua’. Cuando me acerqué a la corriente de agua, no me di cuenta, porque no se veía nada, que había una barranca. No sabía que era el arroyo Sauce Chico, pero años después al reconstruir la historia, supe que era ese arroyo. Entonces, cuando fui a agacharme para juntar agua en las manos, rodé por la barranca que no había visto y me caí dentro del agua. Me empañé de pies a cabeza y pensé: “No me mataron, pero me voy a morir de una pulmonía’. Hacía mucho frío, estábamos a mediados de julio. Entonces caminé hacia la ruta y ahí vi que había un caserío. Es el paraje Choiqué, eso lo supe también después. Y había una casa con luz. Fui, toqué a la puerta y aparecieron dos matrimonios

que estaban festejando alguna cosa porque tenían una mesa llena de alimentos, botellas de sidra, de vino. Supongo que cuando abrieron la puerta quedaron impactados por lo que vieron”.

“Yo hacía dos días que venía caminando, y mi abrigo con los alambrados, plantas espinosas y piedras, estaba todo arañado. Estaría con la barba crecida, con el pelo con abrojos. No sé, todo lo que se pueda imaginar cualquiera de alguien que anda por ahí de noche en el medio de la nada. Yo les pedí si no me podían ayudar porque me había caído al arroyo. Me dijeron: ‘Sí, cómo no, ¿cómo lo podemos ayudar?’. Les dije: ‘Necesitaría ropa seca’. ‘Vaya a ese galponcito que está ahí, nosotros le vamos a llevar ropa’. Llegaron a los 5 minutos al galponcito, me dejaron la ropa seca, me quité todo lo mío porque estaba empapado, me puse esa ropa seca y cuando estaba terminando de vestirme aparecieron otra vez y me dijeron: ‘Lo lamentamos mucho pero nos tiene que devolver la ropa. Le vamos a ser sinceros, ayer estuvieron aquí militares y nos preguntaron si no habíamos visto un prófugo...’. Le habían contado la historia. ‘Y hemos llegado a la conclusión de que el prófugo es usted. Nos puede comprometer si lo encuentran con ropa de nosotros, así que devuélvanos la ropa. Pero quédese tranquilo, porque no vamos a decir nada’. Me saqué la ropa, me puse devuelta la mía mojada y dije: ‘Voy a seguir caminando hasta encontrar un lugar donde me pueda proteger del frío”.

Quartucci encontró una especie de cueva en la que buscó refugio. “Encontré por ahí una cueva. Hay muchas rocas y el terreno es muy irregular. Encontré una especie de cueva y ahí me quedé. Esta noche no iba a caminar todo mojado porque me iba a agarrar una pulmonía e iba a ser peor. A la mañana siguiente salió el sol y empecé a sacarme prenda por prenda y las iba secando con el viento y el sol. Se secó bastante rápido. De cualquier manera tenía todo el día porque solamente caminaba de noche. Cuando estaba en la cueva esperando que se secara una de mis prendas, apareció un hombre que tenía una escopeta en el hombro, acompañado de un niño. Estaban cazando. Yo como si hubiera estado haciendo camping les dije: “Buenas tardes, ¿qué están haciendo por acá?”. ‘Estamos cazando con mi hijo’, me dijo el hombre. ‘¿Y de dónde son ustedes?’. ‘Somos de Bahía Blanca’. ‘Ah, yo voy para Bahía Blanca también, ¿no me llevarían?’. ‘Si, pero va a ser a la tarde cuando ya oscurezca porque vamos a estar todo el tiempo cazando’.

me dijo. ‘Si ustedes a esa hora me quieren llevar, yo voy a estar aquí esperándolos’. ‘Bueno, bueno, cómo no... le anticipamos una cosa: el camino está lleno de policías y de retenes, están parando a todo el mundo...’. Se había dado cuenta que yo no estaba precisamente haciendo senderismo. No bien el hombre y el niño desaparecieron volví a cruzar la ruta y decidí seguir caminando solo. Después todo fue mas tranquilo y llegué a Bahía Blanca”.

“Cuando llegué a Bahía Blanca, por el lado de la ruta de Circunvalación, entré por atrás y fui rodeando la ciudad hasta el arroyo Napostá, donde está el club de golf, el Parque de Mayo y el V Cuerpo del Ejército. Bordeando el arroyo me encaminé hacia el centro de la ciudad, a la vez que me preguntaba: ‘Y ahora dónde voy’. A mi casa no podía ir porque estaba seguro de que estaría vigilada; no podía ir a la casa de mi hermano porque seguramente también estaría vigilada, no podía ir a la casa de algunos conocidos que estaban muy asociados conmigo ya sea por trabajo, por compartir ideas o simplemente por amistad. No sabía muy bien qué hacer. Hasta que me acordé de una pareja de amigos de mucho tiempo atrás que no tenían ninguna relación con la Universidad del Sur ni con los años inmediatamente posteriores al golpe de Estado. Ellos podían ser personas más o menos seguras. Fui a la casa y golpeé. Eran como las 2 de la mañana. Salen muy asustados porque también a esa hora, con las cosas que se estaban viviendo en Bahía Blanca, no era precisamente agradable que alguien llamara a las 2 de la mañana. Me abrazaron y me hicieron pasar. Nunca olvidaré la solidaridad de esos amigos, que en ningún momento me dijeron ‘Andate que nos comprometes’, y ni siquiera mostraron que estaban aterrados, como realmente lo estaban por recibir a alguien que los podía comprometer de manera muy seria. Me hicieron pasar, me llenaron una bañera de agua caliente, me afeité, me corté el pelo, me afeité el bigote, me pesé en una balanza que tenían en el baño: pesaba 7 kilos menos. De 65 había pasado a 58. Luego me prepararon una cama en un cuartito que tenían al fondo de la casa. Me dormí profundamente. Después ellos me dijeron que no habían pegado un ojo en toda la noche y estaban muy asustados. Yo entendí como era la cosa y les dije: ‘Es mejor que no me quede aquí, ya lo que han hecho anoche ha sido demasiado’. Hicimos una especie de reunión entre los tres para ver qué podíamos hacer, qué alternativa había. Llamamos al hermano

de mi amiga, que es alguien que tiene ideas. Llegó rápidamente con su coche y decidimos que me iba a ir a una casa chiquita que mi papá y yo acabábamos de comprar en el barrio Patagonia. Era una casa que no estaba todavía acondicionada, había que remodelarla completamente, no tenía gas ni calefacción. No tenía nada. Yo les dije: 'Llévenme ahí'. Entonces el hermano de mi amiga dijo: 'Te llevo en el auto'".

Clandestino en la ciudad

Ya en Bahía Blanca, Quartucci buscó refugio ante la amenaza de ser detenido. "Empezaron a transcurrir los días, y me puse en contacto con mi familia que estaba desesperada por no saber qué había pasado conmigo. Mi padre había viajado a Jacinto Arauz cuando se enteró de lo que había pasado porque llegaron policías a mi casa de Bahía Blanca que les explicaron lo que había pasado, sin ser nada claros. Mi padre viajó entonces a Jacinto Arauz. Ahí habló con el comisario Gauna, que era el comisario del pueblo en ese momento. Así fue como se enteró de mi fuga y de que no me habían encontrado. Como es natural pensó que yo estaba muerto y que esa explicación de Gauna era una forma de desentenderse del tema. Mi padre volvió a Bahía Blanca y de ahí salió para Buenos Aires, donde tenía relaciones muy influyentes. Se entrevistó con (Ricardo) Balbín porque lo conocía a través de Hidalgo Solá, que era su patrón. Balbín y su equipo le dijeron que si yo me entregaba en Buenos Aires ellos garantizaban que no me iban a matar, siempre en caso de que yo apareciera. Hasta ese momento mi familia seguía en la incertidumbre de saber qué había pasado conmigo. Finalmente me puse en contacto con ellos. Mi madre, muy discretamente, tomando precauciones empezó a ir al barrio Patagonia. Me llevaba comida, termos con café con leche caliente, y así fueron transcurriendo los días en Bahía Blanca".

Quartucci precisó que "una de las cosas que llevó mi madre era una carta de la universidad donde yo me iba a ir a estudiar en México en la que me daban instrucciones de cómo conseguir la visa de estudiante en el Consulado de México, en Buenos Aires. Yo me dije entonces: 'Mi próxima etapa es llegar a Buenos Aires y de allí tratar de llegar a México'. Entonces me fui a Buenos Aires. Nunca me pasó nada en el tra-

yecto. Me fui en un colectivo desde una terminal que había en la calle 19 de Mayo. Elegí la ruta que iba por Sierra de la Ventana, es decir, no la ruta 3 que es la más transitada. Legué a Buenos Aires sin ningún problema, sin que alguien subiera a pedir documentos o revisaran el colectivo. Llegué a Once, no a Constitución, que era donde estaba la terminal en esa época, y llamé a un primo mío que vivía en Buenos Aires para decirle que estaba ahí. Este primo ya sabía lo que había pasado porque mi papá, cuando fue a ver a Balbín, también lo había visto a él y le había contado la historia. Me dijo: ‘Pensé que te habían matado’. Entonces mi primo, que vivía en la casa de una tía, me dijo: ‘Te vas a quedar en la casa de nuestra tía porque ahí es muy seguro’. Era una tía que nadie conocía como tía mía. Buenos Aires es una ciudad muy grande y ahí me quedé unos días muy tranquilo, hasta que un día me dije: ‘Voy a tratar de sacar la visa, de ir al consulado de México para hacer los trámites a ver si consigo la visa’. Iba acompañado por este primo que era una persona hábil para observar cosas y entre los dos fuimos dos o tres veces a las cercanías del consulado. El consulado estaba vallado, como estaban casi todas las delegaciones diplomáticas en esa época para que la gente no buscara asilo político. A la gente que llegaba los custodios le pedían una identificación y, además, le preguntaban qué trámites iba a hacer. Cuando vimos todo esto, decidimos que yo tenía que llevar esa carta que había recibido que decía ‘para el Consulado Mexicano’ en un sobre que habían mandado dentro de otro sobre. Lo presenté ahí y me hicieron pasar. Hice los trámites, me pidieron fotos. Salí me hice las fotos, volví y ya tenía mi visa de México. Ahora tenía que llegar a México. Era la siguiente etapa. Eso fue también todo un periplo, en etapas. Fui primero a Montevideo, de Montevideo a Río de Janeiro, de Río de Janeiro a Guatemala y de Guatemala a México. Finalmente llegué a México el 16 de septiembre de 1976, el día de la Independencia de México. Estaba cerrado el espacio aéreo, porque había un desfile de aviones, así que tuve que esperar ocho horas en Guatemala antes de volar para México, pero finalmente llegué. Y ahí me quedé tres años haciendo el máster en estudios japoneses”.

La última persecución

Quartucci explicó que en 1979 terminó su máster en México y con-

siguió una beca del gobierno de Japón para hacer el doctorado. En Japón se iba a desatar la última persecución relacionada con lo ocurrido en Jacinto Arauz.

“En ese momento los pasaportes tenían validez en el exterior por dos años. En mayo del ’78 fui al Consulado argentino en México y me renovaron el pasaporte. Me dije: ‘Bueno, por dos años más, hasta mayo de 1980 me despreocupo’. Antes de viajar a Japón había hecho un viaje de estudios a los Estados Unidos sin ningún contratiempo. “En noviembre de 1979, estando ya en Japón, hubo una visita de Videla a Japón. Yo he escrito un artículo sobre lo que fue esa visita de Videla. En mayo de 1980, para renovare el pasaporte fui al consulado argentino, que en ese momento estaba en el puerto de Yokohama, ciudad pegada a Tokio. Me atendió el cónsul, me hizo llenar el formulario de solicitud de renovación, me tomaron las huellas digitales y me pidieron las fotos que había llevado. Un empleado me dijo: ‘Dentro de una semana va a estar listo, pero antes de pasar por el pasaporte, llamé. Llamé por teléfono a la semana y me dijeron: ‘Todavía no está listo. Llame en una semana.’ Llamé otra vez y el pasaporte no está listo. Hasta que un día le dije por teléfono al cónsul: ‘Señor, ya pasó más de un mes y mi pasaporte no está listo, ¿qué hay detrás de todo esto?’. Me dijo: ‘Venga para acá que tengo que hablar con usted’. Fui al consulado y me recibió en su oficina. No recuerdo exactamente el nombre pero creo que era Molina. He tratado de averiguar quién era el cónsul argentino en Yokohama en el año ’80, en relaciones exteriores, en cancillería pero todos se hacen los desentendidos” (El nombre del cónsul era Tomás Arias Colombres).

“El cónsul en determinado momento abrió el cajón de su escritorio y me dijo: ‘Aquí está su pasaporte, pero no se lo renovamos’. ‘Ah, ¿no? ¿Por qué?’. ‘Porque hemos recibido un informe de cancillería y usted tiene que regresar al país’. Estamos hablando de 1980. Yo dije: ‘¿Regresar al país?’. ‘Si, porque con un pasaporte vencido usted no puede ir a ningún lado. Y tampoco puede permanecer en Japón, porque las autoridades ya saben que usted tiene un pasaporte vencido’. Me habían denunciado a las autoridades de Japón diciendo que el ciudadano argentino Quartucci tenía un pasaporte vencido y que quedaba sujeto a extradición. Yo me enteré porque tenía un profesor amigo muy influyente en Japón que hizo las averiguaciones y me dijo: ‘En efecto, está solicitada su extradición’”. Quartucci continuó: “Sabía que no tenía que

venir a Argentina en esas circunstancias pues el Proceso estaba a pleno. Agarré mi pasaporte y me fui, y no pisé nunca más el consulado, pero me empezaron a mandar citaciones a mi domicilio en la Universidad de Tsukuba, donde estaba estudiando”.

“El que me mandaba estas citaciones para que nos viéramos era el agregado cultural que se había quedado en lugar del cónsul, porque el cónsul se había ido de vacaciones. Era Guillermo Gasió. De él me acuerdo perfectamente porque ahí estaba su firma. El embajador, en ese momento era un marino, Carlos Jaime Fraguío, de la generación de Emilio Eduardo Massera, y que había sido uno de los pilotos que bombardeó la Plaza de Mayo el 16 de junio de 1955. O sea que, por ese lado, no había escapatoria. Entonces dije: ‘¿Qué voy a hacer ahora?’”.

Mi amigo, el profesor que me ayudó muchísimo, se puso en contacto con el Ministerio de Relaciones Exteriores de Japón para ver qué iban a hacer conmigo. Me dijo: ‘Quédese tranquilo, las autoridades japonesas no lo van a deportar mientras su visa como estudiante esté vigente’. La visa se vencía seis meses después. ‘Así que quedese tranquilo y cuando llegue el momento vamos a ver lo que hacemos’. No me inspiró mucha confianza esto, así que me fui a hablar con el embajador de México en Tokio, el señor Francisco Javier Alejo. Él me conocía porque como a mí me había enviado una universidad mexicana, la embajada de México en Tokio me invitaba a los actos que se hacían del Día de la Independencia y otros actos conmemorativos de fiestas patrias mexicanas. Javier Alejo me dijo: ‘Yo estoy viajando a México en unos días y voy a ver qué podemos hacer por usted’. Se fue a México, estuvo averiguando en la universidad donde yo había estudiado, habló con el presidente de esta universidad y otras personas, y tuvo excelentes reportes sobre mí. Además de la recomendación de que me ayudara en todo lo que yo le solicitara. El embajador, cuando regresó a Japón me dijo: ‘Déjeme que yo averigüe en el medio diplomático a ver qué pasa con usted’. Como entre diplomáticos hay ciertas relaciones de simpatía o de amistad, alguien que conocía en la Embajada de Argentina en Tokio, le dijo que yo estaba en una lista negra y que estaban dispuestos a llevarme para la Argentina. Le dije entonces: “Mire, a mí me recomendaron que me quede en Japón por lo menos hasta que mi visa de estudiante expire”, y él me respondió: “No, váyase de regreso a México. Yo le voy a dar un salvoconducto que usted va a presentar en el aeropuerto di-

ciendo que entra con un pasaporte que no está actualizado, que está vencido, pero que le den todas las posibilidades de entrar al país”.

Fue así como comencé a preparar mi viaje a México: primero, tenía que comparar el pasaje de avión. Luego, tenía que informar a la Universidad que abandonaba mis estudios, planeados para tres años, a los diez meses de haberlos comenzado. Cuando todo esto estaba listo, llegó el día de la salida. El avión despegaba del Aeropuerto de Narita a las 6 de la tarde. En la embajada de México me dijeron: “Véngase a las nueve de la mañana”. Les pregunté: “¿Por qué con tanta anticipación si el aeropuerto está a dos horas de camino? Porque no lo vamos a llevar por la autopista sino por caminos alternativos, vamos a ir lentamente, no tenemos que llegar con tanta prisa”. Yo pregunté: “¿Por qué tantas precauciones?”, y me contestaron: “Porque tenemos miedo de que los argentinos te hagan algo”, esas fueron sus palabras. “Véngase con todos los amigos que quiera”. Partimos en una camioneta de la embajada con dos miembros de la seguridad. Me acompañaban una amiga española, una amiga venezolana y un amigo mexicano. Después de varias horas llegamos al aeropuerto de Narita, sólo quince minutos antes de que despegara el avión. El avión había estado esperándome. Normalmente los vuelos se cierran una hora antes, por lo menos. Y las dos personas que me acompañaron, que eran de seguridad de la Embajada, me acompañaron hasta el asiento que tenía asignado en el avión, ahí me dejaron y se fueron. Inmediatamente se cerraron las puertas y despegamos”.

Esteban Tancoff

“Los presos comunes pensaron ‘nosotros estamos mal, pero éstos están peor’. Así que insultaban a los guardias”.

Esteban Tancoff ayudó en Capital Federal a fines de 1975 a Hugo Chumbita y Ana María Martínez Roca cuando debieron escapar de Santa Rosa porque el coronel Camps quería detenerlo. El psicólogo fue arrestado por la Policía Federal junto a la pareja y sería trasladado a La Pampa donde quedaría en manos de la Subzona 14.

Esteban Tancoff es psicólogo en la Ciudad de Buenos Aires. A fines de 1975 le dio asilo en su casa de Capital Federal al abogado Hugo Chumbita, a quien conocía de los tiempos en que estudiaban juntos, y a Ana María Martínez Roca. Ambos estaban huyendo de Santa Rosa ya que la Subzona 14 había comenzado con las razias en la provincia en el marco de la llamada “lucha contra la subversión”. Eran los últimos meses de la presidenta Isabel Perón en el cargo.

Cuenta Tancoff: “A principios de diciembre del año ’75, Hugo Chumbita que era un amigo de la militancia política en los años ’60, cuando yo estudiaba Derecho, me llamó por teléfono para citarme en una esquina de Pueyrredón y Córdoba, y decirme que estaba siendo requerido por el general (Ramón) Camps, y que necesitaba un lugar dónde alojarse. Yo estaba trasladando mi consultorio a la calle Córdoba, porque ya había tenido algunos pacientes que habían sido torturados. Y me di cuenta de que la situación era un poco complicada”.

“En aquellos años los que militábamos en la política, yo lo hacía desde el año ’55 dentro del peronismo, éramos un grupo extenso de compañeros que manteníamos vínculos, que los seguimos manteniendo, de manera que teníamos un conocimiento muy preciso de lo que sucedía en Argentina en esos años. Hablo del año ’75, claramente. Yo tenía 35 años, tenía hijos y tenía a mis padres. De manera que decidí trasladar mi consultorio que compartía con la familia, fuera de la familia, para evitar situaciones que les produjeran inconvenientes y por eso había alquilado un consultorio en la calle Córdoba”, describió el profesional.

“Es allí donde decidí que Chumbita y su pareja, Ana María Martínez Roca, pudieran estar en ese departamento, hasta que se encontrara algún tipo de solución, a lo que estaban viviendo. En esa oportunidad hablando con Chumbita, le pregunté si estaba siendo requerido por el juez federal de La Pampa. Él me dijo que no, que la orden que él sabía, por trascendidos, venía directamente del general Camps. Le sugerí que mandara un telegrama al juez federal de La Pampa para ponerse a disposición, ya que él estaba siendo requerido por el Ejército y no por el juez, que era en ese momento a mi modo de entender un gobierno constitucional. Era diciembre de 1975 y cualquier tipo de privación de la libertad pensé que debería hacerse bajo las formalidades de la justicia”, resaltó.

“Esto en cierta medida fue de utilidad porque cuando fui interrogado por el mayor Baraldini, y me preguntó si yo sabía que Chumbita era requerido, le contesté que yo entendía que la formalidad era la que yo le había propuesto a Chumbita”, explicó.

El procedimiento

Tancoff estaba en el departamento con Chumbita y Martínez Roca cuando fueron sorprendidos por agentes de la Policía Federal. “Después de cinco o seis días de estar allí, una noche tocaron el timbre. Yo estaba en ese momento conversando con Chumbita y su novia, y dijeron ‘Policía Federal’. Entonces abrí la puerta, irrumpieron al departamento siete personas armadas, algunas con barba, vestidas de civil, que nos hicieron poner inmediatamente contra la pared y nos vendaron, nos ataron y nos trasladaron. Bajamos en el ascensor. Nos llevaron



Esteban Tancoff, secuestrado en Buenos Aires y trasladado a La Pampa junto a Hugo Chumbita y Ana María Martínez Roca.

a vehículos que estaban estacionados sobre avenida Córdoba y nos trasladaron a un lugar, que no sé cuál era. Allí pasamos dos o tres días sin comer ni beber. Tampoco éramos torturados, simplemente estábamos. De todas maneras la tortura era la imaginación, porque conocíamos el procedimiento de secuestro de Argentina en esos tiempos. De manera que esperábamos lo peor”.

El psicólogo recordó que al tercer día fue llevado a una habitación. “Me quitaron las ligaduras de las manos y la venda, y apareció frente a mí un suboficial de Coordinación Federal, que me pidió el reloj. Yo le di mi reloj, él escribió un papel, me lo hizo firmar y se quedó con el papel. Yo noté algo extraño en eso. Porque en general, en las detenciones en las comisarías se suele quitar los objetos a los presos. Le suelen dar un papel al preso del objeto que se le quita. En este caso el que firmó fui yo y el que se llevó el papel y el reloj fue el suboficial de Coordinación Federal”.

“Para mí –continuó– fue un alivio ver un uniforme de un suboficial de Coordinación Federal, porque de pronto en ese clima de la Argentina, estar en una institución, estar con alguien que estaba uniformado, era en cierta medida la posibilidad de preservar mi vida. Lamentable-

mente esa situación duró poco, porque esa misma noche me volvieron a vendar, a atar, nos subieron a un vehículo y nos llevaron lejos del lugar dónde estábamos. Bajamos, nos separaron. A mí me desataron las manos, me pidieron que me desnudara. Yo comencé a desnudarme. Nunca creí que iba a sufrir tortura, siempre pensé que eran manipulaciones para que confesara. De manera que me desnudé, me hicieron acostar boca arriba en un colchón mojado, me amarraron las piernas, los brazos. Uno de ellos le dijo a otro que no me atara el brazo de determinada manera porque me podría descoyuntar”.

Tancoff siguió su relato: “Hasta que recibí la primera descarga eléctrica, que la verdad fue asombroso para darle un nombre. Fue asombroso porque yo tenía 35 años y jamás había exclamado lo que exclamé en ese momento. Lo había escuchado de mi vieja, que fue decir ‘¡Dios mío!’. Parece que esta frase fue muy impactante para ellos, porque inmediatamente uno de ellos puso su bota o su zapato en mi garganta y de ahí en más la picana fue un trámite, dónde por más que ellos me preguntaban el nombre de personas y demás, yo no podía responder porque tenía el zapato en la garganta. Terminó esa sesión de picana, yo aprendí algunas cosas, y es que la picana eléctrica produce una contracción muscular muy fuerte, por eso es que hay que atar a la persona. Y aprendí además que, una vez pasada la sesión de picana, por más que a los 10 o 15 minutos quieran volver a darle la picana, el cuerpo ya no reacciona de la misma manera que reaccionó frente al primer toque de la picana, porque toda la energía se fue, de manera que un interrogatorio por picana continuo no da resultados”.

“Así que me liberaron, me dijeron que lo habían matado a Chumbita, eso me lo decían en el ínterin, porque en la segunda sesión, en la que me interrogó otro policía, me dijo que Chumbita había muerto y que le dijera realmente el nombre de guerrilleros y demás, que obviamente yo desconocía”, comentó.

Traslado a La Pampa

Tancoff recordó que poco después sería trasladado a Santa Rosa junto a Chumbita y Martínez Roca. “Primero subimos a un avión, fue

el día del golpe del brigadier Orlando Capellini (el 18 de diciembre de 1975). Yo estaba arriba del avión, estaba muy preocupado porque había sufrido lo peor, que no fue la tortura. Era que me había torturado la Policía Federal. Eso había hecho caer toda posibilidad de pensar que podía vivir, porque me habían demostrado que no había seguridad para mi vida, que no había seguridad. Ni en la Policía, ni en el Ejército, ni en ninguna de las Fuerzas Armadas. Allí nos subieron a un avión, me llegué a sentar en el avión. Había sido el golpe de Capellini, entonces nos bajaron del avión y nos volvieron a llevar vendados, de vuelta a donde estábamos y esa noche salimos en una camioneta. Iban Chumbita y Ana María, vendados y atados. La camioneta salió de noche, anduvo bastante tiempo, de pronto paramos en un descampado, era campo, pleno campo. Se escuchaban creo que grillos, porque lo extraordinario es que uno pueda tener percepción de cosas tan diversas, en situaciones de esa o de cualquier otra naturaleza”.

La víctima indicó que los uniformados “bajaron de la camioneta y nos dijeron que íbamos hacer un largo viaje, que al que se desatara o sacara la venda lo iban a matar. Y en esa misma camioneta llevaban un bidón, un tambor de 200 litros de nafta. Ellos cargaban la nafta de ese bidón. En dos oportunidades lo hicieron, porque no querían parar en las estaciones de servicio. Nos trajeron a Toay, al cuartel. Allí escuché que les dijeron que nos debían llevar a la cárcel, donde había un pabellón que estaba reservado para las Fuerzas Armadas, así que nos llevaron a ese pabellón”.

“A pesar de que viajaba en la misma camioneta con Ana María, ella no reaccionaba, creo que estaba desmayada. De manera que después, no sé de qué manera me enteré que estaba en grave estado, y que había sido trasladada al hospital, y que había habido una revuelta o algún problema de los médicos del hospital, que protestaban por la situación que estaba viviendo esta compañera”, comentó.

“En el pabellón de la Unidad 4 había tres personas, una era Chumbita, otra era yo y otro era un joven, que le habían dado dinero para trasladar una valija y la valija tenía armas. Y estaba detenido, pero no menos que sabía era de política. Así que allí estuve detenido e incommunicado. Chumbita estaba en una celda, yo estaba en otra alejada”.

Navidad en la cárcel

Tancoff relató que “Chumbita me decía que íbamos a vivir, tenía esperanza, que quizás nos iban a trasladar a otra cárcel, que podíamos pedir opción para salir del país. Todas esas ideas no terminaban de convencerme, sobre todo porque yo tenía dos hijos chicos, tenía mis padres viejos y lo que menos quería era irme del país. En ese ínterin, estando preso después de 15 o 20 días, pasamos Navidad allí, me acuerdo que los presos cantaban canciones horribles. Y estando detenido, me volvieron a vendar, me llevó un celador que me dijo que me iba a interrogar el mayor Baraldini. Me llevaron vendado por el pabellón principal, los presos comunes insultaban a los carceleros, porque seguramente nunca habrían visto en la cárcel trasladar a un detenido vendado. Yo creo que ellos tenían percepción, y quizás en algún rasgo de solidaridad pensaban ‘nosotros estamos mal, pero éstos están peor’. Así que los insultaban. Así llegué hasta el lugar donde me interrogó Baraldini, que me preguntó si me habían torturado. Dije que sí, efectivamente. Me dijo que ahí estaba siendo interrogado por la policía de la provincia de La Pampa. A mí me creo una confusión, porque el carcelero, el celador me había dicho que iba ser interrogado por un mayor, entonces pensé que iba a ser interrogado por el Ejército”.

“Es ahí –dijo Tancoff– donde me preguntó si yo sabía que Chumbita estaba siendo requerido. Le hice el comentario de que lo sabía, pero que yo le había sugerido que mandara el telegrama al juez federal. Después me hizo un interrogatorio de tipo político, me preguntó si yo atendía a guerrilleros, le dije que no y él me dijo que, cuando ya terminaba el interrogatorio, que yo iba a salir en libertad, que no me dedicara más a mi profesión, porque era una profesión subversiva, que me dedicara a otra cosa. Volví a la celda, creo que a partir de ahí me sacaron la incomunicación, que consistía en que me trajeran un calentador a la celda y me sacaban una hora por semana, un miércoles creo que era. No sé si me habrán sacado dos veces. Una vez a un pequeño patio interno, donde había un ombú. Yo seguía desconfiando desde ese momento de la picana por la Policía Federal, ya nunca bajó la desconfianza en mí. Obviamente no confiaba en Baraldini, no confiaba en la policía, no confiaba en el Ejército, no confiaba en nadie. Esa era mi situación en ese momento”.

La víctima relató que “en ese interín vino mi madre, que en quince días había envejecido quince años, porque mi entorno, que conocía a mi madre, le había generado dos ideas: una que había desaparecido y muerto, y otra que iba a aparecer. Y esto fue algo muy duro. Mi hermano hizo un habeas corpus. El oscilaba, como todos, entre pedir el habeas corpus y recorrer las comisarías dónde había cadáveres incendiados, junto con mi dentista. Él recorrió varias comisarías con el dentista, para hacer reconocimiento de los maxilares y demás. Esto es simplemente para pintar la dimensión del horror de esos tiempos, que después obviamente se profundizó. Luego de que mi madre me visitó y la vi tan envejecida, sentí la verdad bastante bronca, porque lo que menos uno quiere es involucrar a gente inocente en su vida”.

Poco después, Tancoff sería liberado: “Finalmente me trasladaron a la Comisaría Primera de Santa Rosa, me subieron a un coche dormitorio de un tren, me esposaron a la baranda de la cama y me bajaron en la estación final de Buenos Aires. Me llevaron a Coordinación Federal o a la Policía Federal. Allí hubo un trámite”.

“Me liberaron a las 12 de la noche, me esperaban algunos amigos. Obviamente me fui a una casa que no era donde yo residía y ahí comenzó una vida bastante terrible. Durante casi dos años y pico, solamente salía de día. Tenía un departamento que me habían prestado. Obviamente no trabajaba, me pasé dos años sin trabajar. Tuve que vender una casa, le dejé gran parte del dinero, porque en ese interín también me divorcié, a mis hijos y mi mujer. Y viví con ese resto de dinero. Debía plata, los amigos me prestaban plata y podía sobrevivir. Yo era voluntario del Hospital Borda, había surgido una vacante en el Hospital Borda y quise entrar en esa vacante. Después me llamó el jefe de mi sala y me dijo que habían pedido antecedentes a los Servicios de Inteligencia y que le habían dicho que yo no podía entrar a esa vacante. Así que un día, leyendo el diario, vi un aviso que decía ‘Psicólogo se necesita’, bastante grande, me fui al aviso y era la fábrica Fiat, y me tomaron como psicólogo en la Fiat. Y comencé a trabajar seleccionando los profesionales de la Fiat, para el ingreso en la empresa. Después fue mi situación mejorando un poco, después de tres años, en el año 79, 80, un amigo que era un empresario, que tenía un teatro, me dijo si quería regentar el teatro, era un auditorio en Buenos Aires, así que me dediqué a regentar el teatro y viví de ese trabajo”.

Zelma Rivoira

“La noche era terrible, yo no quería que llegara la noche”.

Zelma Rivoira era parte del personal no docente en la delegación piquense de la Universidad Tecnológica Nacional. Cuando los militares detuvieron a los alumnos en la ciudad, fue parte de esa razia. Vivió el horror del centro clandestino de detención de la Seccional Primera.

Zelma Rivoira trabajaba como administrativa en la delegación de la Universidad Tecnológica Nacional de General Pico. Cuando llegó el golpe de Estado, militares y policías recorrieron las calles de esa ciudad deteniendo a los alumnos y alumnas que habían luchado contra la intervención de la facultad. Rivoira sería parte de ese grupo.

Rivoira relató que fue secuestrada dos días después del golpe de Estado, el 26 de marzo de 1976. “Era sábado, a la tarde, a mí me fueron a buscar a mi casa, en la cual no había nadie, yo no estaba presente. Entonces a la tardecita cuando regresé, por manifestación de los vecinos que habían visto los carros de asalto y demás, con mi familia, con mi padre, decidí presentarme en la Comisaría Primera. Para evitar de que me vinieran a buscar nuevamente. A partir de ahí, quedé detenida. Le pedí a mi padre que por favor me trajera frazadas, porque era fin de semana y la Justicia no iba a funcionar. Pero cuando mi papá volvió, habíamos sido inmediatamente trasladadas a Santa Rosa. Estuve detenida en una habitación donde me encontré con Rosita Audisio, Ro-

salín Gancedo, y algunas prostitutas. Inmediatamente nos subieron a carros de asalto, donde me encontré con otras personas. Brinatti me dijo ‘¿qué hace usted aquí? ¿Qué hacés vos acá?’. Era todo una sorpresa. No sabía por qué causa estaba detenida”.

Zelma precisó que una vez en Santa Rosa “pasamos por la Policía Federal donde nos identificaron, nos hicieron nuestra ficha. A mí me trasladaron a la Seccional Primera. Allí quedé incomunicada, en una celda, sola totalmente, inconsciente de lo que realmente pasaba. Al lado de mi celda estaba detenida Mireya Regazzoli, que sabía que era ella porque recibía los diarios, los libros, pedía médico. Entonces Miyi Regazzoli leía los diarios en voz alta, dramatizando realmente lo que era la situación del momento, y así sabíamos qué era lo que estaba ocurriendo en el país y qué estaba pasando con la gente que estaba detenida”.

“Mi celda quedaba frente al baño, entonces tratábamos que, con las chicas de Pico que nos conocíamos y que sabíamos que estábamos detenidas, de ir permanentemente al baño para saber que estábamos en pie, que estábamos bien. Yo recuerdo haberme bañado cuatro o cinco veces por día. Nunca hablamos en voz alta, ni nada, porque si hablábamos en voz alta éramos amenazadas. De esa manera, día a día sabíamos que estábamos, era la única contención que teníamos”.

Rivoira comentó: “Pedimos artículos de limpieza para limpiar el baño, era catastrófico como estaba y de esa manera como para decir hacemos algo. Porque no entendíamos el porqué y ese silencio tremendo que recibíamos. Yo recibía la comida de familiares, me mandaban almuerzo y cena, y tenía un termo en mi celda con líquido caliente y líquido frío”.

“Sólo una vez tuve una chica conmigo, una prostituta, es decir habían detenido a chicas de la calle, las habían juntado a las cinco en una misma celda y a la madrugada, como hacían muchos destrozos, las repartieron con nosotras, las que estábamos solas. La chica me contó toda su vida y demás. Vino otra prostituta a mi celda y fue en el único momento en que yo tuve ‘contacto’, con gente de afuera. Después las dejaron en libertad y seguimos cada cual en su celda. Vestidas permanentemente, si llovía, llovía adentro, si hacía frío, hacía frío adentro. Después de diez días recién, fui llevada a declarar”, dijo.



Zelma Rivoira era no docente en la sede de la UTN de General Pico. Estuvo detenida en la Seccional Primera de Santa Rosa.

En el primer piso

Zelma rememoró cuando la llevaron a la planta alta de la Seccional Primera, donde funcionaba la Unidad Regional I, el lugar donde interrogaban a los detenidos políticos. “Me subieron sin vendarme y sin esposarme, sabía que había tortura. ¿Por qué sabía? A la primera que veo, con su panza verde, y era todo verde, fue a Rosita Audisio. La veo que estaba en el baño. Entonces me hizo entender por señas y el movimiento de labios que esposaban y que vendaban y que le habían pegado. Lo único que me pidió, fue que no me negara a firmar mi declaración, si estaba vendada, porque venía un puñetazo. Porque tomaban con un guante, te agarraban del cabello, te levantaban y te sentaban. Después hubo algunas que las picanearon, les colocaron la picana”.

“A mí la celadora me subió, sin esposarme y sin vendarme. Llegué a una oficina, para mí era una oficina, donde estaba rodeada de cinco militares, y honestamente lo que más le miré fueron las botas. No quería ni mirarles las caras. Lo que vi era que había como un escritorio y había una máquina de escribir. En ese momento a mí me esposaron y me pusieron las manos atrás. Pensé que iba preparada. No, no iba preparada porque en el momento que me colocaron las esposas hacia

atrás creí que se me terminaba el mundo. Me sentí mal, le pedí a la celadora que por favor me ayudase a tenerme, porque no podía estar en pie del temblor que había tomado mi cuerpo. Entonces empecé a relajarme, a respirar, y no sé en qué momento quedé sola en esa habitación y me vendaron los ojos”, explicó.

“Me vendaron de manera tal, y hoy lo digo, que a mí me quedó una luz debajo. Vi que había una persona que estaba vestida de civil, vi que tenía un pulóver de dos lanas, marrón y beige, le vi la cara. Rubio de ojos celestes, raya al costado. Él me dijo que pertenecía al Ejército de General Roca, me habló de la ciudad de General Roca. Aunque me preguntaba sobre la ciudad de General Pico. Comenzó con un interrogatorio pero de lo más incoherente. Por la función que yo cumplía dentro de la universidad, es decir, era personal no docente, manejaba los legajos de los profesores. Las preguntas que me hizo al principio fueron si tenía casa, si tenía auto. Banales totalmente. Esa persona que a mí me tomó declaración, pero en versión joven, fue Reinhart”.

La mujer detalló: “Yo le vi la cara, la vi, porque yo estaba espiando detrás de mi venda. Le vi los brazos, le vi la cara, le vi los ojos, le vi el pelo. La voz aflautadita... Incluso en dos momentos que se me aflojó la venda, les pedí que por favor me la ajustaran, porque tenía terror de que se me cayera y de las consecuencias que me podría traer si yo les veía la cara. Porque durante todo ese proceso de la declaración, me preguntaba cómo se habían retirado los militares que estaban a mi alrededor cuando a mí me subieron a esa sala”.

“Estuve vendada y esposada –comentó Rivoira– durante todo, todo, todo el interrogatorio. Creo me llevaron de las 17.30 a las 23. Estaba sentada en un sillón. Recibí una piña no fuerte, a puño descubierto, que a mí me aflojó dos piezas dentales, que hoy tengo un cromo y nada más, esa fue la única tortura. Agresión aparte de la tortura psicológica que fue todo. Pero en relación a lo que pasaron las otras chicas, uno lo minimiza. Firmé mi declaración, vendada y esposada. Después me pasaron las esposas hacia delante, me convidaron con un cigarrillo. Luego me bajaron, ahí sí me bajaron esposada y vendada, y me pasearon por la celda de los presos comunes, hasta depositarme en mi celda”.

“Nunca jamás me preguntaron nada relacionado con mi trabajo, nada con la facultad, nada, nada de nada. Todo se remitió durante cinco horas a mi vida personal, qué hacía, cómo era Pico... Nada, yo realmente quería encontrar alguna explicación a mi detención. Si era

por el trabajo que tenía, porque era, porque no tenía militancia política de ninguna índole”, dijo.

Canción entre rejas

“Transcurrieron los días, en un momento pasó un grupo de chicas, que llevaban la libreta en la mano. Habían quedado en libertad, sabía que quedábamos Raquel Barabaschi y yo, nada más. Con Raquel comenzamos todas las noche a cantar ‘Zamba de mi Esperanza’, para saber de que estábamos en pie, y que estábamos las dos...”, comentó Rivoira.

“No teníamos acceso al médico –resaltó–, no pude llamar un médico. Nunca tuve problemas, solamente un día que mi cabeza estallaba. Yo escuchaba que Miyi Regazzoli llamaba al doctor Savioli, entonces le pregunté un día a la celadora si podía llamar al doctor Savioli. Me dijo que no teníamos acceso. No podíamos leer, no podíamos nada. Yo jugaba en la celda, era de dos por uno, y me entretenía con una caja de fósforos Patito, hacía dibujos, porque fumaba muchísimo. Es decir, el trato fue cordial, el encierro fue traumático”.

Zelma Rivoira recordó que “la noche era terrible, yo no quería que llegara la noche. Había una radio y un televisor. A una hora determinada comenzaba a funcionar la radio. La hora era siempre la misma, a la noche era puntual, porque venía la radio a todo volumen. Radio, televisor o dos radios, y después venían los gritos, pero no los acallaban, la radio no tapaba el grito, era imposible no escucharlos. Era para acallar los gritos desgarradores que escuchábamos y el paseo, el arrastre por el pasillo de la gente que iba a declarar, bañada en sangre y después venía baldear el pasillo. Uno al que vi fue a Calvo. Más de una vez asomé mi cabeza por la ventanita de la puerta y obvio que fui amenazada. Queríamos ver qué era lo que pasaba. Yo sentía esos gritos como que venían de un lugar de abajo, de la Seccional Primera, eran gritos que nadie, ni nada los podía acallar”.

“Si respirábamos teníamos miedo. Yo tenía terror de respirar porque dije me van a venir a buscar, no dormí jamás en la noche. A veces nos dormíamos, dormía de día, porque me sentía protegida, porque ahí funcionaban las oficinas, se escuchaba la máquina de escribir, había

movimiento. A la noche no, era la radio y los aullidos y los gritos y los gritos y los gritos. Desesperante. Y de sentir el arrastre de la gente conocida y después baldear el piso, porque tenían que eliminar las manchas de sangre, de la gente que pasaba por ahí”, dijo.

Rivoira indicó que “un día, una tarde, después de veinte días, me vino a buscar una celadora y me hicieron entrega de mis pertenencias, para que quedara en libertad. En ese momento no sabía si irme o quedarme. Sabía que Raquel estaba sola. O sea que nuestro canto a la noche era saber que de alguna manera estábamos juntas, estábamos como apuntalando una a la otra, sin saber lo que nos pasaba a cada una, porque no nos vimos jamás y no teníamos contacto con nadie”.

“Por eso digo que la noche era terrible, terrible, terrible... Y la manera de saber era ir al baño y de vernos. Por ahí teníamos alguna palabra de alguna celadora. Me acuerdo que la primera semana tuvimos una celadora, cuyo nombre no lo recuerdo bien, nos traía pequeños comentarios. Por ejemplo, a mí me dijo: ‘Tu papá hace dos días que está sentado en un departamento en frente de la Seccional Primera’. Yo siempre le mandaba a decir que estaba bien. Después me decía: ‘Tu tía te trajo el almuerzo’. Esas tres o cuatro palabras que a mí me decían, eran como que nos llenaban el alma. Sé que a esa señora, esa celadora, estuvo una semana y después la trasladaron, porque le dijeron que tenía mucho diálogo con nosotras. Ese era el dialogo que tenía”, afirmó la víctima.

La joven estuvo veinte días secuestrada en la Seccional Primera. A comienzos de abril fue liberada. “Fue un día a la tarde, a las 4 de la tarde más o menos. Me vino a buscar la celadora a mi celda y me llevó a la parte administrativa y ahí me hicieron firmar, me entregaron mis efectos personales. Firmé que quedaba en libertad. Me trasladó a la celda para retirar el termo, las cosas que tenía y lo único que pedí que por favor me llamaran un taxi, para trasladarme a la casa de un familiar que me esperaba con dinero. Cuando llegué, tomé el colectivo Dumas y regresé a General Pico, avisé antes a mi familia, a mi padre y a mi madre de que estaba en libertad, que no viajasen y que me quedaban 15 minutos para tomarme el micro de la empresa Dumas. Y así me trasladé a General Pico”.

La víctima comentó que la vigilancia sobre los presos liberados se

mantuvo después. “Al lado de mi casa había una confitería y a los dos días de que quedé en libertad, una amiga me fue a visitar, la acompañó hasta la vereda, en ese momento que la acompañó llega Hugo Ferrari, cuando había sido puesto en libertad la primera vez, y nos juntamos los tres y nos preguntamos simplemente ‘¿cómo estás?’, y nos separamos. A los 10 minutos, una llamada telefónica a mi casa: ‘La próxima reunión de tres, volvés adentro’”.

“Quedé bajo libertad vigilada. Cada movimiento que yo hacía desde General Pico hacia fuera, tenía que ir a la Comisaría Primera, decir adónde iba, dejar número de teléfono, a qué iba y firmar un cuaderno. El día que regresaba a Pico, tenía que bajarme del colectivo, ir a la Comisaría Primera, notificarme, firmar el cuaderno, asentar que había llegado, qué había hecho. Si me llegaba a demorar un día de regreso a General Pico, tenía que notificar a la Comisaría. Tengo una sola hermana, y en ese momento vivía en La Plata, y yo tenía que ir a visitarla, tenía que ir a ver a mis sobrinas. Yo seguí haciendo mi vida normal, viajaba y cada quince días creo que me notificaba, ese cuaderno estaba lleno de firmas. Todo ese, todo ese trámite lo hice hasta el año 82, desde el 76 al año 82. Y dejé de ir a notificarme por agotamiento, no porque alguien me dijo no vayas más”, precisó Rivoira.

“Durante años –comentó–, nos cruzamos con las chicas, los chicos (de la UTN), vivíamos en la misma ciudad, con trato de toda la vida. Pasábamos al lado y nos ignorábamos, era cruzarnos de una vereda a la otra, no podíamos hablarnos, después de treinta y pico de años, nos empezamos a saludar, medianamente a contarnos qué es lo que nos había pasado, de qué manera nos habían detenido, porqué. En todo trauma hay un miedo, un miedo a saber con quién hablábamos, si éramos seguidas, si no éramos seguidas, es decir, un miedo que creo que todavía en algún rincón de nuestro ser, de alguna manera podrá estar”.

Carlos Samprón

“La falta de libertad es algo extraordinariamente duro, durísimo, más que la tortura”.

En 1976 era el rector del colegio de Jacinto Arauz. Fue uno de los principales blancos del grupo de tareas de la Subzona 14. Se decía que en la institución había “infiltración marxista”. Carlos Samprón sería torturado y procesado por “delitos contra la subversión”.

Carlos Samprón es ingeniero agrónomo. Egresado de la Universidad Nacional del Sur a comienzos de los años 70 en Bahía Blanca, decidió continuar con su tarea de docente como rector del colegio José Ingenieros en Jacinto Arauz. En 1976, luego del golpe de Estado, los docentes de la institución quedaron en la mira de las autoridades educativas de la dictadura y luego de la Subzona 14, ya que se afirmaba que había una “infiltración marxista”. El 14 de julio de ese año, un operativo militar sorprendió a todos cuando los uniformados coparon el pueblo e irrumpieron en el colegio.

Samprón recordó: “Los hechos acaecieron el día miércoles 14 de julio de 1976, no el martes 13, el miércoles 14, el martes 13 recuerdo perfectamente que había hecho un trabajo profesional en la zona de Charramendi. Llegué a mi domicilio en Jacinto Arauz a la tardecita, muy cansado, me acosté, pensando que al otro día tenía que levantarme a las 7.30 horas para ir al colegio. Tenía en la primera hora una prueba escrita, que nunca tomé, porque cuando había repartido los

temas, sentí un golpe en la puerta del aula. El colegio de Jacinto Arauz tiene un pasillo al cual dan todas las aulas. Al abrir la puerta me encuentro con una persona uniformada, que lamento decir que no recuerdo que uniforme era, pero era uniformada, y me dice que me viene a detener. Fue enfrente de los chicos. Es decir, los chicos no creo que hayan podido comprender lo que estaba pasando, porque el señor no entró al aula, pero la puerta quedó abierta. Inmediatamente me espesan y me ponen la capucha, y a partir de ese momento perdí el sentido de la vista totalmente. Luego de ser introducido en un vehículo, presumiblemente en la parte trasera de una camioneta, boca abajo”.

Samprón, sobre su secuestro, comentó: “La candidez de las personas a veces es notable. Yo tuve un amigo que me dijo que estaban armando algo con respecto al colegio. Es Jorge Malán. Y yo le dije: ‘Bueno, no sé que pueden, pero que vengan, si nosotros no estamos haciendo nada.’ ‘No, pero andate, mira que están pasando cosas en el país.’ Le dije ‘¿cómo me voy a ir, adónde me voy a ir? Si yo estoy trabajando, estoy bien.’ En realidad no podía entender que un grupo de profesores en un colegio, en un pueblo de dos mil habitantes, pudiéramos ser enemigos públicos para esa gente, no lo podía entender. Y en el pueblo se decía que un oficial visitaba para hacer inteligencia y recoger datos, era un oficial de apellido Fiorucci. Que Fiorucci recogía esas historias, esas fábulas decía yo. Desde el ataque anarquista de los años veinte, hasta las travesuras de los chicos en el colegio. Y los comentarios de esa porción de la población, que siempre está dispuesta a conservar las sanas costumbres, que todas las costumbres sean iguales, que nada se mueva y que todo esté quieto, y que nadie se junte con otro para hacer nada...”

Y también resaltó un hecho puntual: “Había una profesora de Ciencias Sociales de apellido Barraza que era muy cuestionada y estaba en los informes de Fiorucci, que había sido protagonista de un hecho docente que ocurrió, que no sé si ocurrió durante mi rectorado o el anterior. Que pidió hablar de la gente que a los chicos les parecía importante del pueblo, qué personajes del pueblo podían identificar. La mayoría escribió de Favalaro desde luego, fue muy importante para Jacinto Arauz. Pero había un estudiante Negrín ahí y habló de su tío guerrillero, con todo orgullo, defendiéndolo, porque para ese chico era importante lo que había hecho su tío. Eso fue fatal porque seguramente

algún chico contó a algún papá que no le gustaba eso y pasó a ser una de las fábulas urbanas. No hablaron de que la mayoría eligió a Favaloro, hablaron justo de eso. Entonces, esta profesora Barraza creo que fue molestanda, no sé si detenida”.

La víctima indicó que una vez detenido sus captores lo llevaron “a la Comisaría del pueblo, estuve no sé cuántas horas en un calabozo de la Comisaría. Recuerdo que las paredes estaban pintadas con una pintura muy lisa, y estaba también sentado y esposado, en absoluto silencio. Fue mi primer destino y de ahí fui llevado a la Caminera”.

Al centro de tortura

Samprón continuó con su relato: “Luego fui trasladado, creo que solo, hacia el Puesto Caminero. ¿Cómo supe que iba a la Caminera?, quizás sea difícil de comprender para los que no han vivido en un pequeño pueblo. Uno tiene la memoria de los tiempos en que tardamos en trasladarnos unas pocas cuadras. Y el recorrido que en Arauz era muy particular en esa época, porque no había un cruce directo de la vía, sino a través de los extremos del pueblo, así que de ese lado de la vía había que hacer varias cuadras, después cruzar la vía, sentía el golpe al cruzar la vía, porque en esa época el pueblo no tenía pavimento, y después un breve recorrido hasta el Puesto Caminero, que presumí era el lugar. Ahí fui recibiendo otras visitas, un querido amigo y compañero profesor, el ingeniero Álvarez, por ejemplo, pude saber que estaba sentado al lado mío, estábamos sentados en el piso, esposados y encapuchados. Pero nos comunicábamos a través de carraspeos, que pronto fueron interrumpidos por alguien que nos controlaba y que no sabíamos quién era”.

“Al poco tiempo empecé a escuchar, por ejemplo, los gritos del pastor de la Iglesia Valdense de la localidad, el pastor Nansen. Fue una cosa que me llamó la atención grandemente, porque era un hombre dedicado a lo suyo, un religioso, pleno, un hombre preocupado por la comunidad, y realmente no entendía que estaba pasando. Más allá de mi situación personal, que tampoco comprendía, pienso que estaba shockeado, porque, por ejemplo, no sabría decir cuánto tiempo estuve en la Comisaría, ni en qué momento me trasladaron a la Caminera”, in-

dicó el docente.

“Después de llegar yo, fueron llegando otros protagonistas al Puesto Caminero. Además del ingeniero Álvarez, que conocía profundamente porque vivíamos juntos, escuché voces de dolor y gritos del pastor Nansen. También fui testigo en la Caminera de un evento que ocurrió con el profesor Quartucci, que aparentemente consiguió aflojar sus esposas y huir del puesto caminero, digo aparentemente porque los gritos que daba todo el personal de la Policía, de la Caminera, que por primera vez escuchábamos muchas voces todas juntas, y realmente con mucha preocupación, describiendo lo que estaba pasando en ese momento, que decían: ‘Se escapó uno, se escapó uno’”, recordó.

Acusados de guerrilleros

Samprón relató las torturas a las que fue sometido y los interrogatorios que le hicieron los integrantes de la Subzona 14. Todo ocurrió en ese centro clandestino de detención. “En ese puesto fui sometido a golpes físicos. Seguía encapuchado, fue con golpes físicos y picana eléctrica, que creo que era una picana eléctrica porque ni antes la había visto, ni la vi en ese momento, ni la volví a ver jamás, pero sentía corriente eléctrica. Sinceramente tengo que decir que no sentía absolutamente ningún dolor, seguramente producto del shock. Porque ahora me molesta hasta la estática del auto cuando bajo, pero en ese momento no sentí absolutamente ningún dolor, de ningún tipo, pese a que recibía golpes. Ni yo emitía gritos porque racionalmente creía que eso era lo que tenía que hacer para que me dejaran de castigar”, explicó.

“Las preguntas eran increíbles, absolutamente increíbles, porque me preguntaban por las historias o las fábulas urbanas del pueblo, algunas que fueron historia verdadera. Según tengo entendido un señor Negrín, que había tenido una participación en el ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo), y otro señor Schimpfle que también había tenido una participación en organizaciones armadas del pueblo. Me interrogaban diciendo que yo pertenecía a esos grupos y que los conocía. En el Puesto Caminero de Arauz recibí una de las tres sesiones de tortura a las cuales fui sometido. No vi ninguna cara, sí escuché los comentarios de la policía de que el operativo estaba siendo supervisado por el



Carlos Samprón era rector del colegio secundario de Jacinto Arauz cuando fue asaltado por la Subzona 14.

jefe de la Policía, y alguien dijo ‘Baraldini’, y alguien retó al que dijo el apellido. Aparentemente estaba supervisando desde un avión. Yo no entendía qué tenía que hacer el jefe de la Policía de La Pampa en Jacinto Arauz, a cargo de un operativo. Después me contaron en el pueblo, cien soldados, no sé cuantos vehículos, el pueblo tomado, por nosotros. Porque éramos profesores de un establecimiento secundario, en una época donde las actividades políticas no sólo estaban prohibidas por la dictadura, sino por nosotros mismos, con una autocensura bastante alta, con gran preocupación, por no molestar, porque teníamos todos miedo”, dijo Samprón.

En estado de shock

Luego de las torturas en Jacinto Arauz, un grupo de detenidos, en su mayoría docentes del colegio secundario, fueron trasladados a la Colonia Penal de Santa Rosa. En el Juzgado Federal de la capital provincial se les inició una causa penal por el delito de “subversión”.

“Después de un tiempo, con un grupo fuimos trasladados, también, en la caja de una camioneta, durante mucho tiempo. En algún lugar

de la ruta se nos dejó bajar, para los que tuviéramos alguna necesidad fisiológica. Recuerdo que yo no tuve ninguna, cosa increíble, después de estar todo un día, lo que probaba el estado de shock que tenía. Seguíamos esposados y encapuchados, pero tratábamos de comunicarnos a través de carraspeos o algo. Ahí, al único que pude identificar, volvió a ser a Álvarez, porque era una cuestión de cercanía que tenía con él, y porque conocía el carraspeo. Pero éramos más de dos personas. Al terminar el viaje me sacan la capucha dentro de un lugar leo con tremenda alegría: ‘Pabellón número tanto...’ Estaba en la Colonia Penal de Santa Rosa, y ahí sentí, por primera vez, que no me iban a matar porque hasta que llegué ahí creí que el destino final mío era la muerte”, indicó la víctima.

“Quisiera decir –explicó Samprón– que estaba muy nervioso, muy enojado, muy mal y no. En realidad estaba absolutamente shockeado, con una tranquilidad pasmosa, distinta que la que se ve en las películas y del relato de algunos otros protagonistas de esos tiempos. El caso mío fue muy distinto, así lo viví yo”.

“En la Colonia Penal nunca tuve contacto con ningún juez, con ningún abogado, el régimen de detención era una hora semanal de visita y una hora de recreo semanal. Estábamos alojados en celdas individuales de dos por tres, limpias, las camas eran abrigadas. Al principio nos dejaban usar nuestra propia ropa y leer todas las horas que quisiéramos, los libros que pasaban por el control de la guardia, lo cual hacía más llevadero el cautiverio. Después nos limitaron los libros a dos por semana y nos hacían apagar las luces muy temprano a la tarde y nos despertaban a la mañana junto con el horario de la cárcel, cosa que hasta ese entonces no teníamos. O sea, se agravaron las condiciones de detención en algún momento. Lo que nunca varió durante los ocho meses que estuve en la Colonia Penal fue la hora de recreo semanal, que el recreo consistía en pasear en un patio, patio del ombú, del penal”.

“Durante mi detención en la Colonia Penal fui sacado dos veces, fuera de la Colonia Penal, y dos veces fui nuevamente torturado”, indicó. Allí colaboraba un médico con las torturas: “A mí me dio la impresión de que sí, cuando me estaban haciendo el ‘submarino seco’, había una persona que estaba, además de quien golpeaba, estaba controlando”.

Samprón rememoró que cuando era trasladado desde la U.4 “veía un oficial de la policía de la Provincia de La Pampa, correcto, que me aclaraba, las dos veces que me llevó, que él no tenía nada que ver, que lo único que hacía era cumplir la orden de trasladarme, que lo que me iba a pasar después, o sea, me estaba anticipando el hombre, generoso, lo que me iba a pasar después, no tenía absolutamente ninguna responsabilidad. Y que por favor siguiera las instrucciones porque no quería perjudicarme”.

“En una habitación –continuó– de la propia cárcel, y creo que hay personal penitenciario que tiene que haber sido testigo de eso, me encapuchaban y me ponían las esposas, y después me llevaban a un vehículo, que creo que era una camioneta, pero no lo puedo asegurar, porque iba sentado y tenía que poner la cabeza entre mis piernas. Creo que el viaje no era demasiado largo, desde la Colonia Penal, no superior a la media hora, tampoco era un viaje de cinco minutos...”

El docente indicó que pudo saber luego que “el 17 de agosto (de 1976, a días del operativo) fue el gobernador, el interventor de La Pampa, al pueblo de al lado que es General San Martín. Y relataron como un ‘gran golpe a la subversión’ el operativo de Arauz. Y dieron cuenta de la profesionalidad del operativo y del enorme hecho y los avances que habían hecho para combatir a la subversión en La Pampa. Ahí nos dimos cuenta que no íbamos a salir, ahí tomé conciencia de que la cosa iba mal. Porque si el gobernador tomaba como un hecho relevante lo que había pasado en el pueblo, que nosotros todavía creíamos que al otro día nos iban a largar porque estaban confundidos. Nos dimos cuenta que no íbamos a salir pronto, porque si era tan importante para ellos tenernos a nosotros detenidos, nos dimos cuenta que iba para largo”.

Días del Mundial

Samprón, luego de un largo proceso, fue liberado el 30 de marzo de 1978. “Mi hijo tenía tres días. Cuando a mí me liberan, por el llamado ‘efecto Mundial’, lo tuve que conocer de nuevo. No me conocía, no era su papá, yo lo había visto tres veces en casi dos años. Obviamente una persona que pasa por esa experiencia no puede ser la misma persona.

Las relaciones en la familia para los que siguen afuera la vida continúa, hay necesidades económicas, laborales, de todo tipo. La falta de libertad, más allá de la tortura, es lo más terrible. La tortura es un momento físico, que en mi caso incluso reconozco que no sentí dolor, que estaba shockeado. Pero de lo otro sí, lo otro es tremendo. El primer día de cárcel es terrible, nefasto. El primer minuto es tremendo, el primer día ¡terrible! Y después otro día, y otro día y otro día... La falta de libertad es algo extraordinariamente duro, durísimo, más que la tortura. Por supuesto hay grados de tortura”, comentó.

Samprón indicó que luego “la gente del pueblo me ofreció volver a Jacinto Arauz, y realmente yo no quise. Me fui con mi familia a Necochea. Después del 83 fue distinto, pero salir en el año 78 a buscar trabajo... Fui a Necochea a buscar trabajo con mis amigos, y les molestaba a muchos de ellos. Ahí conocí a mis amigos. Algunos no me podían ni saludar. ¿Vos en qué anduviste? ¿qué hiciste? dónde estabas?”. Había una propaganda terrible, fuertísima. Volver a Arauz, sin trabajo... yo era asesor de una cooperativa agrícola y rector del colegio, pueblo de dos mil habitantes, volver a Arauz sin trabajo, comprometerme a que mis amigos me alimentaran o me dieran un trabajo... En esa época seguía la división, la mayoría de la gente compró esto de la dictadura. La construcción de la memoria comienza netamente a partir del 83, pero aun hoy escuchamos algunas cosas que son tremendas, la falta de información de la gente. Fue durísimo, entonces por eso no volví a Arauz, porque iba a estar en un pueblo dividido e iba a obligar a mis amigos. Me refugié en mi familia, en mis padres que siendo mayores me podían ayudar, volví a mi casa”.

El recuerdo.

El 24 de julio de 2013, ante una invitación por parte de la Secretaría de Derechos Humanos de La Pampa por conmemorarse los 37 años del operativo de Jacinto Arauz, Samprón dirigió una nota en la que indicó:

“Estimado Rubén Funes: No se me escapa la importancia del acto presentación de la muestra en mi querido Jacinto Arauz y que mi presencia hubiera sido útil para difundir y dar testimonios de los tristes y lamentables hechos que ocurrieron durante el miércoles 14 de julio y días subsiguientes en la localidad y en la Provincia. Sólo la participa-

ción comprometida con la democracia, evitará que estos hechos vuelvan a repetirse. A los vecinos de Arauz que me conocen y me acompañaron en esas terribles circunstancias el reconocimiento de siempre. A los que no me acompañaron el pedido para que recapaciten y desanden el camino del odio que solo destruye y disgrega los esfuerzos comunes.

A mis alumnos de aquellos días -hoy mujeres y hombres- mi admiración por haber actuado de la mejor manera, pese a los aprietes de aquellos policías y militares que actuaban en defensa de intereses corporativos políticos y económicos de las minorías hoy derrotadas pero aún presentes en nuestra sociedad. Mi sugerencia de transformar bronca en propuesta y en gestión a favor de los vecinos y especialmente de los que menos tienen.

Un gran abrazo. Carlos Samprón, ex director del Instituto “José Ingenieros” Jacinto Arauz, La Pampa”.

Francisco José Tineo

“Me pusieron la pistola e iban gatillando. Se hace sentir el golpe del percutor y no sabés si va a salir la bala o no”

Francisco Tineo fue parte de los alumnos de la facultad de la Universidad Tecnológica Nacional de General Pico detenido horas después del golpe de Estado. La víctima habló de los porqué de su detención y también de la colaboración civil que tuvo la Subzona 14.

Francisco Tineo en el año 1975 tenía 23 años y estudiaba de ingeniero electromecánico en la UTN de General Pico cuando fue intervenida por la derecha peronista. También trabajaba en Industrias Maracó. “En ese momento, cuando la Universidad Tecnológica fue intervenida, vino gente de Bahía Blanca a hacerse cargo. Esa gente que había venido de Bahía Blanca respondía en aquel momento a las órdenes del diputado que fue diputado por Bahía Blanca, Ponce, más conocido por Fito Ponce, toda gente de su custodia personal, gente que atendía con armas”, dijo. Alumnos y docentes intentaron resistir, pero fueron desalojados. “Estuvimos detenidos anteriormente al año 76. Cuando en el año 1975, nosotros estudiantes entonces de la UTN, tomamos la sede. En aquel momento Isabel Martínez había puesto en el cargo de ministro de Educación a Ivanisevich, nosotros nos rebelamos porque entendíamos que un gobierno popular no podía colocar al frente del Ministerio de Educación a Ivanisevich y menos a gente de la Marina. Entendíamos que se traicionaba lo que era ideológicamente

la naturaleza política y formativa de lo que era la UTN en todos los niveles. En aquel momento todavía había un gobierno popular, nosotros sabíamos que en poco tiempo iba a haber golpe de Estado. No sabíamos a ciencia cierta cuándo, pero conocíamos como venía el momento político. Ese hecho fue fundamental, para que después se conformaran las listas”, indicó.

Igualmente, la lucha por la recuperación de la institución continuó. Hasta que llegó el golpe del 24 de marzo de 1976. Pocos días después de la caída del gobierno constitucional, varios alumnos de la UTN piquense fueron detenidos por las fuerzas de seguridad. “El 25 fuimos detenidos con un compañero, Carlos Alberto Brunengo. Yo trabajaba como sobrestante de obra en la Provincia, en una línea de 33 kilovatios de Pico a Alvear. Ese día, que íbamos saliendo para la localidad de Alvear, fuimos detenidos en la Emisora LU37 de General Pico, por gente del Ejército. En el transcurso de ese día, se nos llevó a la Seccional Primera de General Pico. Allí como se sabía que nosotros éramos estudiantes, nos dejaron detenidos hasta las 2 o 3 de la mañana aproximadamente. Nosotros tuvimos que esperar a que viniera el coronel Oscar Cobuta, que pasó a las 2 de la mañana. En ese momento el coronel nos entrevistó, nos arengó, nos dijo que éramos estudiantes, que precisaban gente para el país. Después nos fuimos a nuestras casas, después de esa arenga. El día 26 a la noche, en mi domicilio particular, era la 1 de la mañana, aparecieron carros de asalto, coches de la policía, soldados, que se apostaron en toda la manzana. Cerraron las calles e ingresó el Ejército a la casa de mis padres”, relató Tineo.

“La orden –continuó– era detenerme. Ellos buscaban documentación ideológica marxista-leninista, lo que se buscaba en aquella época. Estuvieron aproximadamente treinta minutos, revolvieron todo y me llevaron detenido a la comisaría Primera de General Pico. Había ya unas cuantas personas, algunos compañeros, estudiantes, algunos vecinos que también habían detenido. En un patio en común había cuarenta, cincuenta personas. Estuvimos un día, a algunos los iban trasladando a la ciudad de Santa Rosa. Yo estuve aproximadamente un par de días y el 27 o 28 por la noche, en un carro de asalto, nos subieron a veinte o treinta, esposados al soporte central del carro de asalto y nos trasladaron a Santa Rosa. Lo que recuerdo patente es que con-

migo en el carro de asalto venía un señor que era afiliado al Partido Comunista. Un señor viejito en aquel momento, se llamaba Veleda, que su hijo fue detenido-desaparecido. No estaba en Pico, estaba estudiando en Buenos Aires. Ese señor lo recuerdo perfectamente porque veníamos todos esposados y el carro abierto. Hacía frío y pensé, pobre hombre, que no llegaba a Santa Rosa. Después recuerdo haber estado con Ricardo Calvo, gente ligada a algunos partidos políticos, comunistas, trajeron dos o tres chicos que no recuerdo los nombres. Toda gente ligada al tema político. A Santa Rosa llegamos alrededor de la 1 de la mañana y fuimos directamente a la Penal que se encuentra sobre la ruta 5”, dijo.

Estudiantes presos

En la Colonia Penal fueron despojados de sus elementos. Tineo explicó: “Nos dejaron solamente la ropa, nos fueron haciendo la filiación y fuimos ingresando al pabellón de presos políticos que funcionaba en esa Penitenciaría. Obviamente en calidad de incomunicados. En ese pabellón nos encontramos mucha gente de General Pico, había gente de Santa Rosa también detenidos. Puedo mencionar muchas personas, incluido el juez federal Juan de Dios Uncal, compañeros de la Universidad Tecnológica, legisladores como Roberto Gil y Hermes Accáttoli, Cholo Covella. Había gente que estaba vinculada al mundo de la política básicamente, esa era la gente que estaba allí detenida”.

“Permanecí aproximadamente una semana, una semana y media. Los presos eran sacados por la noche para los interrogatorios. Los interrogatorios en ese momento se hacían fuera de esa Penitenciaría. A los 15 o 20 días de estar ahí, a mediados de abril, me tocó ir a los interrogatorios. A los interrogatorios fui tres veces. No sabía dónde se hacían porque a uno lo iban a buscar el Ejército, la gente de la Penitenciaría entregaba a los presidiarios, los revisaba un médico para ver cómo salían y siempre era prácticamente de noche. En mi caso fue a eso de las 0.30 o 1 de la mañana. Uno sabía que le tocaba el interrogatorio porque no le daban de cenar. Cuando le tocaba ir a interrogatorio, no le daban de cenar en la Penitenciaría. A mí me condujeron vendado. Cuando llegaba a ese lugar, que yo después me enteré, con el tiempo, que era la Seccional Primera, permanecí esposado porque se

sacaba de dos o tres personas. Cuando me tocó subir, calculo que eran las 3 de la mañana, digo subir porque de la escalera me acuerdo siempre, aunque uno iba vendado sabía que estaba en otro piso. En todos los interrogatorios se usaban medios de intimidación. Yo no recibí ningún tipo de tortura con picana eléctrica, ni nada por el estilo, simplemente golpes. Obviamente insultos, golpes. Lo trataban a uno de subversivo, montonero, todas esas cosas que eran tan comunes”, comentó.

Fue entonces que fue subido donde torturaba la Subzona 14 en la Seccional Primera. “El primer interrogatorio calculo que duró hasta las 5 o 6 de la mañana. Luego, en mi caso, quedé en la Seccional Primera porque estaban muy enloquecidos buscando un mimeógrafo que pertenecía a la Universidad Tecnológica Nacional, y ese mimeógrafo que usábamos para hacer apuntes nosotros lo habíamos sacado de la universidad cuando fue intervenida, porque muchos alumnos nos teníamos que arreglar para hacer los apuntes y estas cuestiones. El mimeógrafo era lo que se usaba. El gobierno militar pensaba que nosotros lo usábamos para alguna propaganda subversiva, lo buscaban por ese motivo. Entonces me vincularon con ese caso”, dijo Tineo.

El alumno precisó cómo fue torturado: “Al principio uno se podía dar cuenta, a lo último ya ni sabía con qué le pegaban. Yo recuerdo que en uno de los interrogatorios en mi caso me hicieron ‘el loco’, que es con el revólver en la sien. Lo van amartillando. Pero fue un par de veces. Me pusieron la pistola e iban gatillando. Es una tortura bastante compleja porque uno no sabe realmente... Se hace sentir el golpe del percutor y no sabés si va a salir la bala o no”.

“En algunos casos –continuó– parecía con guantes de box, en otros no. En otro parecía que era con algún elemento que golpeaban, como si fuese con un palo, con una fusta... Aparte de eso el hecho de que también a uno lo mojabán, entonces la tortura con la mojadura es más violenta. A veces no se da cuenta con qué le están pegando. Porque otra cosa que se hacía era golpear los oídos con las manos abiertas para hacerle perder el sentido”.

“Tuve un segundo interrogatorio. Después de ese segundo interrogatorio me llevaron a la Penitenciaría. Luego de eso, después del 20 de abril, estuve una semana o diez días en un impasse. Y hubo un tercer



Francisco Tineo militaba en el centro de estudiantes de la UTN de General Pico.

interrogatorio. En General Pico se había prendido fuego el aeródromo y nos vinculaban a la gente que supuestamente estábamos detenidos como subversivos, que habíamos prendido fuego el aeródromo. En realidad el custodio policial que estaba fue asaltado por delincuentes comunes que le pegaron un golpe en la cabeza y le prendieron fuego. Y se nos vinculaba con ese caso. Así que en el tercer interrogatorio se me vinculó con ese hecho y el interrogatorio fue sobre ese tema. Se pensaba que habíamos intervenido desde el estudiantado en ese hecho. Ese fue el último interrogatorio, después estuve aproximadamente veinte o veinticinco días más detenido. Creo que llegando mayo me dieron libertad. La libertad que se daba era una libertad de régimen vigilado, o sea que uno se tenía que presentar a firmar en la comisaría cada vez que salía de la ciudad o ir a informar si tenía algún viaje que hacer”, relató.

En la Seccional Primera Tineo estuvo alojado en las celdas comunes. “Cuando estuve en ese lapso con el ex intendente de General Pico, Don Juan Alfredo Torres, vino Luis Barotto, el esposo de Raquel Barabaschi, y después un señor Roma, que lo conocí ahí, que lo trajeron un día bastante golpeado, y un señor Bedis, que también estaba bastante golpeado, prácticamente no se podía levantar de la cama, también había

sido torturado. Conviví una semana con ellos. También recuerdo a Omar Thompsen, que en aquel momento era gremialista, era secretario de la Unión Ferroviaria de Pico”.

“De día era vida normal, y de noche era un loquero. De noche era el tema de la gente que torturaban, la gente que uno escuchaba, a pesar de que se pretendía acallarla. Uno sabía que si quedaba con vida la iba a sacar barata, porque en realidad lo que uno esperaba era la muerte”, aseguró la víctima.

Civiles colaboradores

Tineo recordó la colaboración civil y cómo pudieron llegar las denuncias sobre los alumnos de la UTN a oídos de los militares. “Estábamos sin saber realmente qué podía llegar a pasar, porque en aquel momento los comentarios que había eran varios. Desde que te llevaban a Rawson, hasta que te podían matar, fusilar. Las amenazas estaban. El golpe militar se debe a que acá hubo colaboración civil, no fue militar solo, sino que hubo colaboración civil. Y la mayoría de las denuncias que teníamos nosotros era por parte de los civiles, los militares no podían haberse enterado de nada si los civiles no colaboraban. Hubo muchos colaboracionistas, incluidos políticos de aquella época. Por eso la sociedad entró en esa histeria colectiva, propio de un régimen nazi, con la propaganda nazi. La gente colaboraba, en todo, absolutamente en todo. Obviamente veía subversivos y los veía por todos lados. Entonces era comprensible que uno estuviera expuesto a todas estas cuestiones”, dijo.

“Tenían mucha confusión porque algunos datos eran muy imprecisos, y obviamente, lo que pasa que como los civiles denunciaban y a veces denunciaban al azar y denunciaban por presunciones, obviamente, se trataba de arrancar de mentira a verdad”, explicó.

También recordó y dio nombres concretos: “Estando detenido el día 25 de marzo con el compañero Brunengo en la comisaría de Pico, concretamente a quien vi que fue a llevar armas y papeles, listas de denuncias, fue al ex diputado nacional Carlos Aragonés, dirigente del Partido Justicialista. Sabíamos que en algunos gremios y en colaboración en aquél momento con otras personalidades, más fundamental-

mente del Partido Justicialista, elaboraban listas y colaboraban con los Servicios de Inteligencia, eso sí lo sabíamos. Pero no puedo decir concretamente. Sí, a quien vi, fue a esta persona que fue dos veces. Nosotros estuvimos desde las tres de la tarde, tres y media, en la Comisaría Primera, que estaba a cargo del comisario Campagno, y Carlos Aragonés fue en ese momento a las cinco de la tarde, aproximadamente, y después volvió como a las siete y media de la tarde. La primera vez llevó una bolsa de armas, con un ayudante, que se ve que eran armas de la custodia. Y la segunda vez llevó carpetas, sobres de papel madera. Toda información, digamos así, destinada al coronel Cobuta. Nosotros estábamos en un banco a la entrada, en aquel momento la guardia atendía de frente. Estábamos a dos metros. Uno no sabe lo que entregó. Simplemente, lo que recomendó, fue que le entregaran al coronel Cobuta toda esa documentación. Aragonés es el padre político de (Rubén) Marín. Eso no debe sorprender a nadie. Si tenía un aliado político muy fuerte en Bahía Blanca que era Ponce, que tenía mucho poder y que además tenía contactos con el gobernador bonaerense Calabró. Todos deben recordar a Calabró. Uno sabía que tenía mucho poder nacional porque, aparte de ser diputado nacional, en aquel momento era el referente político de la provincia. Así que, digamos, uno conocía quién era quién. Además de esto, Aragonés tenía relaciones con Rolando, que era un diputado muy cercano a Isabel Perón y también de López Rega. Así que uno sabía quién era quién y dónde estaban ubicados ideológicamente”.

El alumno dijo que vio a varios “personajes que desfilaban a entregar cosas. Mucha gente, vecinos también, asustados. Algunos llevaban la carabina, otros llevaban revólver. Así que aparte de tanta gente asustada, que iba a devolver armas, que iba a declarar armas y estas cuestiones, había muchos que también iban porque les parecía que habían visto alguno...”, relató.

Sobre su caso, Tineo precisó: “Ellos creían que cada vez que iban a hacer una detención de ese tipo, se iban a enfrentar con un subversivo con metrallera, con esto, con aquello, que iban a encontrar documentación marxista, que iban a encontrar estas cuestiones. En realidad en mi caso, lo que yo por ejemplo tenía en mi casa, que no le dieron demasiada bolilla, era la revista ‘Militancia’ que la editaba en aquel momento el doctor Duhalde, que fue secretario del organismo de

Derechos Humanos de la Nación, junto con Ortega Peña que después lo mató la Triple A. Y también tenía 'El Descamisado', que lo editaba la Tendencia Peronista que lideraba Dardo Cabo. Pero en eso prácticamente no hurgaron, porque no les llamó demasiado la atención. Si por ejemplo, nosotros teníamos en la Tecnológica mucha documentación de la Editorial MIR, que es una editorial rusa. La Unión Soviética a través de la embajada, en aquel momento mandaba muchos libros, más que nada técnicos y nosotros teníamos muchos libros técnicos, como por ejemplo de matemáticas, análisis matemático, resistencia de los materiales, física. Porque la editorial MIR mandaba a las universidades tecnológicas muchos libros de regalo y a veces uno, como no tenía plata para comprar los libros, le venían bárbaro. Entonces teníamos una biblioteca con muchas editoriales con bibliografía rusa. Y a ellos le llamó la atención cuando leyeron Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Entonces tomaron los libros de matemática y me preguntaban dónde estaban escondidos los mensajes cifrados. Y les digo: 'pero eso es matemática, análisis matemático, ¿qué mensajes cifrados buscan acá?'. En realidad, eso era propio de la incultura de las personas que iban y como no conocían, no dominaban esto, y fundamentalmente respondían a la arenga psicológica de lo subversivo, había fantasmas por todos lados y obviamente preguntaban esas cosas. Tenía revistas políticas pero no les llamó la atención, así que el tema era que por esas cuestiones tenían mucha confusión ideológica, confusión de todo tipo así que esto es lo que sucedió. Parecía que acá iban a encontrar bandas armadas del ERP, y se dieron cuenta que no había absolutamente nada”.

De vuelta en Pico

Tineo recordó cuando fue liberado en mayo de 1976: “Fue un traslado a la Seccional Primera y de repente un oficial de la Policía dijo, en mi caso, que estábamos libres, que nos podíamos ir. ‘Ya está libre, puede irse, vaya tranquilo’. ‘Eso sí, dice, preséntese en la Comisaría Primera de Pico porque ahí le van a notificar que usted queda con régimen de libertad vigilada”.

“No podíamos volver a la universidad, y de hecho muchos compañeros tuvieron que abandonar porque había un trato discriminatorio.

La persona que había estado detenida estaba ‘marcada’ y volver a acceder a la universidad no era fácil. Se complicaban mucho las cosas. Yo obtuve mi título universitario porque me propuse terminar la universidad, que era lo que había empezado. No me fue fácil, me llevó 6 o 7 años más, luego de la detención. Aparte, el terrorismo de Estado, si en algo marca las personas a fuego, es que la misma sociedad como no sabe realmente, vive presionada y bombardeada por la propaganda oficial. El terrorismo de Estado marca a las personas porque la sociedad lo excluye a uno. Las personas se preguntan ‘¿será cierto, no será cierto? ¿Es o no es? Se lo llevaron por algo será, algo habrá hecho’. No es objetiva porque vive bajo presión. A veces, ni sus propios amigos o vecinos se quieren cruzar a uno por la calle. Lleva mucho tiempo reparar eso, recuperar la credibilidad, por lo menos una forma de convivencia dentro de la sociedad. No es fácil. Así que eso es lo que daña fundamentalmente”, afirmó la víctima.

Hermes Accáttoli

“El interrogatorio lo hicieron con alegría, pasándola bien, gozando de lo que estaban haciendo”

Hermes Accáttoli fue elegido diputado provincial por el peronismo en 1973. Junto a su compañero de banca y de militancia, Roberto Gil, fueron detenidos el 24 de marzo y sufrieron torturas por parte de la Subzona 14. Ambos serían trasladados a la cárcel de Rawson, en Chubut, durante meses.

Hermes Accáttoli era dirigente sindical y político del peronismo en General Pico. Pertenecía al mismo sector político que Roberto Gil, que respondía al gremialista ferroviario y luego diputado nacional Esteban Rolando. Accáttoli y Gil fueron elegidos diputados provinciales en 1973 en la lista del Frente Justicialista de Liberación (Frejuli). Durante la dictadura militar, ambos compartieron el mismo destino en manos del grupo de tareas de la Subzona 14.

El 24 de marzo de 1976 a la madrugada, cuando los militares salieron a la calle, Accáttoli se encontraba en General Pico. En las primeras horas de ese miércoles, mientras se desarrollaba nivel nacional el golpe de Estado contra el gobierno de la presidente Isabel Perón, fue detenido junto a otros dirigentes.

El ex diputado recordó esas horas: “Fui detenido en la vía pública. Porque intenté eludir al personal que me venía a buscar y quería llegar al hospital local donde estaba mi padre internado en grave estado.

Pero, cuando iba a las pocas cuadras fui detenido por policías de la ciudad de Pico que conozco. Un trato normal. Me llevaron a la comisaría, me dejaron en la oficina, solo. Luego subí a una camioneta conjuntamente con otros detenidos que eran Roberto Gil, Santiago Covella y Hugo Ferrari. Fuimos trasladados a Santa Rosa. La camioneta estuvo unos minutos frente a la Jefatura de Policía y luego fuimos alojados en la Colonia Penal. Era un pabellón con celdas individuales”.

Accátoli resaltó: “Los primeros días se me sacó la foto de rigor, de frente y de perfil. Y el Banco Nación me notificó que, como no me había presentado a trabajar, me exoneraba. Demás está decir que el pabellón estaba lleno de gente toda conocida. Mucha gente de General Pico y de Santa Rosa, incluido el gobernador Regazzoli”.

“El régimen –continuó– era de encierro todo el día pero, en un gesto de humanidad que los enaltece, gente del Servicio Penitenciario solía permitirnos, en horas de la noche, salir un poquito a conversar entre todos. Y quiero señalarlo porque hay uniformes y uniformes. Comenzaron a salir detenidos que nos enterábamos a su regreso que eran interrogados. En general, la mayoría de lo que podíamos saber era que hablaban de la Comisaría Primera de Santa Rosa. Algunos referían haber recibido castigos”

El centro clandestino de detención de Catriló

El día 6 de abril, en horas de la tarde, Accátoli y Gil fueron trasladados del Penal. Ambos serían interrogados y torturados. La víctima habló de esa noche en nombre también de su compañero de suerte.

“Descubrí que, encapuchado y vendado por arriba, se agudizan los sentidos. Así que traté de prestar atención a todos los detalles más allá de que, por otro lado, creía que nos iban a matar. Pero bueno el ser humano debe de ser así. Traté de registrar todo, como pensando en que valía la pena. Lo primero que noté fue que subimos a un vehículo, nos sentaron en el suelo, era un piso de chapa que tenía las clásicas molduras antirresbalantes. Eso porque estaba esposado a la espalda y

traté de tocar el piso. El vehículo se puso en marcha y no tuve ninguna duda que comenzó a transitar una ruta porque la velocidad era pareja. La forma de andar y ciertas ondulaciones del terreno y el tiempo que más o menos anduvo me hicieron pensar que se trataba de la ruta 5”, dijo.

“Las personas que nos conducían, que nunca las vi porque salí del Penal ya encapuchado, hacían unos comentarios cómicos y bromas sobre la presidenta de la República destituida y cosas así, pero todo era relativamente normal. El vehículo atravesó dos pasoniveles. Hubo un lugar en que pareció que se había encajado. Finalmente arribó a un lugar, nos bajaron, subimos unos escaloncitos y ahí nos separaron. Y no tengo duda que por el ruido, por el cerrojo, era una comisaría o algo por el estilo. No era una puerta. Con las manos pude percibir el piso alisado de cemento. Se escuchaba operar una radio policial, una voz femenina y, en el exterior, lo que supongo que sería el patio, escuché un molino de viento, escuche chicos jugar. Como que las personas allí estaban comiendo, cenando, el ruido de vajilla. Hasta que todo eso terminó, terminó la operadora, el ruido de los chicos, el ruido de las vajillas”, comentó. Ese lugar, sería la comisaría de Catrilo, usado como centro clandestino de detención y al que reconocería Accátoli años después cuando tuvo que testificar contra sus secuestradores.

El ex diputado explicó: “En un momento dado me retiraron del calabozo e ingresé a un ambiente que pude percibir que tenía piso de madera. Allí, sin mediar más explicaciones, vino la primera tanda de golpes que fueron a la cabeza, que supongo que con una cachiporra, por como vibraba. Y ahí descubrí lo que se suele dibujar en los dibujos animados: las estrellitas, realmente se ven las estrellitas. Algunos puñetazos en el estómago y un alocado interrogatorio múltiple. De una de las personas me pareció que siempre que se arrimaba venía el garrotazo en la cabeza, tenía un aliento a alcohol fuerte. En uno de los golpes en el estómago es como que trastabillé y caí sobre un sillón, sobre algo mullido, entonces en el transcurso de ese arrebato traté de dejarme caer y ahí sentí corriente eléctrica en las esposas. Entonces me tuve que levantar”. Las descargas fueron en “las esposas, los glúteos y en algún momento, de frente, en las tetillas”.

“En un momento dado se me rompió el pantalón que llevaba desde

la cintura hasta la entrepierna así que mientras me acomodaron allí, que después descubrí que me habían atado con un hilo, jugaron con la picana en los glúteos. Las preguntas eran, por ejemplo, por qué los diputados se habían aumentado la dieta. Cuando pude hablar, medio a los gritos pude decir algo, ‘pero si Gil y yo fuimos los únicos que votamos en contra’, la votación había sido de 19 a 2. Ahí dije, no tienen ninguna información, me van a pegar porque voté en contra. ‘¿Dónde están las armas? Las armas, el cargamento de armas’. También se preguntó por la Universidad Tecnológica de General Pico, algo sobre los acontecimientos de Ezeiza, eso...”, indicó Accáttoli.

“En un momento dado –continuó–, escuché una voz que la registré muy especialmente porque me recordó a una persona que conozco, con la que trataba en esos momentos. Me provocó un sobresalto escuchar esa voz que era quien ordenaba un poco el alocado interrogatorio. Recuerdo que lo primero que dijo fue ‘no vaya a pensar que somos pampeanos, nosotros venimos de muy lejos y queremos que usted tenga algunas respuestas’. Con esa excusa y algo así se me mandó: ‘bueno, vaya al calabozo a meditar un rato y luego vuelva y tráigame respuestas’. Yo, en el calabozo decía ‘¿respuestas a qué?’, si había sido muy loco el interrogatorio”.

La víctima relató sobre su compañero que “cuando yo iba al calabozo, lo llevaban a Gil, porque escuchaba los ruidos. Y en una de las idas y venidas escuché gritos desgarradores de Gil. Luego, de regreso al penal, él me confesaría que fue colocado en lo que se denomina ‘la parrilla’, que lo mojaron y que lo picanearon en esas condiciones. Cosa que a mí no me sucedió. Hubo dos idas o venidas de este tenor, pero siempre esa voz era la que ponía un poco de orden. Uno volvía al calabozo y pensaba ‘¿qué puedo inventar para que esto termine?’. Pero no era fácil, porque, para ser tildado de subversivo tiene que haber hechos subversivos. Y yo no recordaba, y aún hoy tampoco, un muerto político, un secuestrado político, un tiroteo político, un apaleado político... Recordaba una trompada política, en la explanada de Casa de Gobierno, que salió en todos los diarios pero no había algo como para poder decir ‘yo lo hice y se terminó”.

“Decidí decir mi verdad y la escucharon. De tanto en tanto me levantaban la capucha y me curaban la comisura, tenían como una pomadita. Después vi que me había quedado un moretón que bajaba del ojo, les preocupaba, Y allí, en una de esas levantadas de capucha, muy

poquito, pude ver las patitas de la mesita de escribir de famoso color gris metalizado, vi el piso de madera y vi los zapatos de quien escribía. Era un color borravino, que no se me borra más, no era marrón militar, era un rojizo muy prolijo, muy bien lustrados. Esa fue la única visión que tengo de esa larga noche de interrogatorio y tortura. Es lo único que vi, la mesita, el piso y los zapatos”, describió.

Sobre esa experiencia, Accáttoli relató: “La vida me hizo conocer a una de las niñas que jugaban allí, que eran los hijos del comisario encargado de la comisaría”.

De vuelta a prisión

Accáttoli afirmó que durante el interrogatorio “todo indicaba que tomaban nota. Gil luego me comentó que no había tenido una larga exposición. O sea que yo fui el elegido para hacer lo que se me había pedido: ‘venite y traenos respuestas’. Yo llevé noticias. Relaté, de acuerdo a lo que me planteaban, mi punto de vista. Y todo indicaba que lo anotaban. Finalizado eso, se me sacó una de las esposas y se me pidió que firmara, encapuchado y vendado. Así que hice un garabato porque lo que más me había dolido eran las esposas. Se me había hinchado el brazo y las tenía como clavadas en la piel, en la carne, o sea que ni siquiera podía manejar la lapicera. Me volvieron a esposar y volví a bajar los escalones, volví a subir a ese vehículo parado, me sentaron en una cubierta, la rueda de auxilio, y me senté al lado de Gil”.

“Uno de estos señores –precisó– preguntó siempre en tono jocoso, por eso hay que aclarar que el interrogatorio fue un divertimento. Lo hicieron con alegría, pasándola bien, gozando de lo que estaban haciendo. Entonces, en ese tono, uno preguntó en el camión: ‘¿se hicieron encima, se mearon, se cagaron?’. Y ahí hubo una respuesta de otra persona que me pareció que la dijo con total respeto, tal vez con algún código que yo no conozco pero sus palabras fueron ‘no, los muchachos se la aguantaron bien’. En lo personal, anoté mi primer triunfo. Me quedó la sensación de un juego macabro de un montón de gatos y un ratón, pero bueno ese final me reivindicó”.

La víctima relató que luego retornaron a la Unidad Penal. “Entramos, no sé el horario pero me parece que había como un cambio de

guardia, un movimiento de penitenciarios. Nos sacaron la capucha dentro del Penal y nos ofrecieron algo caliente, mate cocido caliente. Nos atendieron. Ahí Gil me mostró cómo tenía su abdomen, su estómago absolutamente morado, impresionaba verlo. Y él me dijo que yo tenía esa marca en la cara. El dolor mayor era la marca de las esposas. Después sí, con los días, me costaba tragar. O sea que había una inflamación en el estómago, pero soportable. Lo de Gil me impresionó mucho, además rengueaba. Cosa que no hacía cuando salimos. Me llamó la atención que en el Penal no nos revisara ningún médico”, dijo.

Desde el penal de Santa Rosa el ex diputado sería también interrogado en otro centro clandestino de detención, el ubicado en el Comando Radioeléctrico. “Mi otra salida fue sin encapuchar en una camioneta policial con otros detenidos. Se dirigió a la Seccional Primera. Estando allí paraditos, esposados, dicen ‘buenas noches’. Y nadie me hizo dudar que era la voz que había escuchado en el interrogatorio. Así que agudicé mis sentidos para verlo bien, para tener una imagen. Recuerdo un señor morocho, de traje impecable, peinado hacia atrás, un hombre imponente. De allí, un policía que me parece que era Gualpas, que conocía de Pico, me subió a una camioneta doble camina en la parte de atrás, siempre esposado pero en condiciones normales y me llevó a la dependencia de Raúl B. Díaz y Río Negro. La camioneta entró al patio y allí me dijo ‘te tengo que encapuchar’. Lo hizo, ingresé y me sentaron en la silla y me pusieron las esposas amarradas a la silla, me parece que venda no tenía. Había una radio recuerdo porque cantaba una milonga de Argentino Luna. En un momento dado me dieron un preaviso, apagaron la radio. Momentos después hubo cuatro o cinco trompadas en el estómago, que fueron las últimas. Las únicas de esa noche y las últimas que recibí en esta situación. Fue como redondear lo que había estado contando y habían estado registrando en la noche de Catrilo. La voz estaba allí, me dijo ‘bueno, espero que esté a la altura de las circunstancias’. Algo que había dicho a todos los presos: ‘no sea pavo, diga la verdad, no proteja a nadie que a usted nadie lo va a proteger. Es más, se están vendiendo entre ustedes”.

“De regreso al Penal al día siguiente, estaba desesperado por hablar con la gente de Santa Rosa, por describirle la persona. A todos los que se los conté, no dudaron en decirme ‘esa es la fisonomía de Fiorucci”.



Hermes Accátoli fue diputado provincial. Junto a su par Roberto Gil sufrieron detención y torturas.

indicó.

Sobre el interrogatorio, rememoró: “Ahí fue mucho más referido al viaje y los sucesos de Ezeiza, porque yo había sido el delegado de movilización, el encargado del orden de dos trenes que partieron de La Pampa. Uno que llegó primero a Ezeiza que iba mi amigo Roberto Gil, y uno que llegó después que era el que yo viajaba que recolectaba gente de toda La Pampa de pasada el Ferrocarril Sarmiento y de provincia de Buenos Aires como Trenque Lauquen. En Ezeiza los que llegaron primero estuvieron mucho más cerca de las hostilidades porque llegaron a estar adentro de la famosa Hogar-Escuela. El segundo tren llegó mucho más tarde y quedamos muy alejados, en un lugar donde había caos pero no había tiros y nada más que amontonamiento”.

Accátoli rememoró que después, “cuando me retiran de las oficinas de Raúl B. Díaz, en un coche manejado por un hombre de civil, yo esposado en el asiento de atrás, que enseguida quería saber ‘¿es cierto que a usted lo están golpeando, lo están maltratando, torturando?’ Yo le puse evasivas para contestar. Quería saber si rumbo hacia el Penal. Su conducta cuando llegó al Penal fue dejarme solo y entrar a hacer los papeles, o sea intentaba que se me diera por escapar”.

El ex diputado advirtió que en una oportunidad “fui a una depen-

dencia y ahí había un señor joven que se presentó como el oficial Cenizo de la policía, que amablemente me preguntó que corrían versiones de que habíamos sido torturados, golpeados, maltratados. Si eso era verdad. Tuve la reticencia de ¿qué le contesto? y daba vueltas y vueltas, pero me estaba embroncando, hasta que tuve la suerte de mirarle el calzado. Estoy convencido que eran los zapatos del interrogatorio. Lo comenté con otros detenidos que habían visto los zapatos, dijeron que el escribiente en general era Cenizo. Le confesé que de verdad nos habían golpeado y demás, y le dije ‘usted no se haga el inocente que usted estaba presente porque esos son los zapatos que yo vi’. No reaccionó mal, pero quedó como cortado. Ahí se terminó la entrevista y diría que después vino el devenir de estar detenido, con visitas. Hasta el traslado a Rawson, donde previo a ello nos proveyeron de un pantalón, una casaca, un abrigo color azul oscuro”.

Accattoli indicó que antes pudo salir de prisión por unas horas. “Estábamos incomunicados. Unos días después, al mediodía, me dijeron que tenía que acompañar al guardia-cárcel hacia el frente del edificio y ahí había dos policías con sus ropas que me esposaron, me subieron al auto y me dijeron que íbamos a General Pico. Fue un viaje duro porque me imaginé dos presuntas situaciones: la muerte de mi papá o que esta gente me iba a sacar una foto al lado de una ametralladora, alguna puesta en escena. Por suerte no fueron ninguna de las dos. Los policías correctos, me subieron en el asiento de atrás, me ofrecieron cigarrillos. Llegamos y me llamó la atención. Se bajaron en la comisaría y se arrió un policía de Pico que yo conocía. Entonces le pregunté ‘¿se murió mi papá?’. ‘No, pero está bastante embromado, te van a llevar al hospital a verlo’, dijo. Llegamos al hospital, el director le pidió a los policías que me sacaran las esposas para no impresionar al enfermo, cosa que hicieron. Ingresé a una habitación donde estaba mi padre. Lo vi mal pero estaba mi esposa, mi madre política, mi padre político, mi cuñado, cuñada... De hecho me comuniqué con toda mi familia y lo primero que noté que mi papá estaba muy mal pero lúcido. Era un diabético crónico y la tenía elevadísima, casi era un coma diabético. Cuando me vio vivo, creo que salvé su vida”.

Sobre ese permiso, la víctima recordó que fue gracias a su esposa: “Por las buenas y por las malas con el obispo Arana. El tramitó esa posibilidad y estoy agradecido, salvamos una vida”.

“Mi esposa –resaltó– y la mayoría de las de los detenidos varones tuvieron entrevistas con Baraldini. Algunas individuales, otras dos o tres familias, y recuerdan algo así como ‘bueno, esto es lo que les pasa a sus esposos para que se escarmienten, ahora que vienen a pedir que se hagan cargo de las cosas que hicieron’. Y en el caso de la esposa de Roberto Gil, iba acompañada de su hijo que hoy debe tener 40 años, se dirigió concretamente a él diciendo “bueno, ahora sabés cómo hay que portarse en la vida, no hay que hacer macanas porque sino mirá cómo termina tu papá””.

La otra tortura

En septiembre de 1976, Accáttoli junto a otros cinco presos políticos fue trasladado al penal de Rawson. “El viaje –recordó– fue traumático, en avión. Nos encapucharon al subir, nos esposaron de a dos o de a tres con la cabeza en medio a los pies. El personal, supongo que penitenciario, gozaba con esta situación nuestra y para estar entretenidos ellos, decían ‘así ustedes no se aburren’, nos hacían numerar. Pero había que numerarse cuando se recibía un cachiporrazo en la espalda. Escuché que decían ‘ustedes se están numerando mal, ustedes no sirven ni para eso. Vamos a abrir la puerta y los vamos a tirar a todos al mar’”.

Después de hacer escala en Neuquén, y de volver a Santa Rosa porque habían subido a detenidos que no debían ser trasladados, el grupo llegó a Rawson. “Nos bajaron en la base de Trelew, yo estaba esposado con Gil. O sea, nuestra vida nos llevó juntos hasta ahí. De hecho en La Pampa se creía que Accattoli y Gil era un apellido compuesto. Éramos un dúo de amigos, compañeros y hermanos. Prácticamente bajamos rodando de lo que sería la escalerilla del avión. Nos subieron a un vehículo que entrábamos de a tres o cuatro. Legamos al penal de Rawson, siempre encapuchados y esposados, y nos llevaban corriendo por los pabellones. Después comprobamos que tenían, de tanto en tanto, dos juegos de rejas. Cuando llegábamos a una reja nos soltaban y nosotros nos dábamos de cara con las rejas. Después, ya en las últimas, veníamos tratando de no golpearnos fuerte. Tuvimos unos quince días encerrados completamente, abrían la puerta, nos pasaban el plato de comida, hacíamos nuestras necesidades adentro de la celda y una vez

por día nos daba algo así como once segundos para llevar la famosa bacinilla corriendo y traerla limpia”, indicó.

“Las instalaciones –explicó– eran igual que las de acá, un largo pasillo pero tenía mesas y bancos, en Santa Rosa no. Celdas individuales donde pasábamos la mayor parte del día conversando. Después aparecieron los recreos. Cuando empezamos a hacer ejercicios físicos para mantenernos en los recreos, los prohibieron. Y el personal que nos atendía, muchos de ellos casi analfabetos, pero con un grado de sadismo que evidentemente alguien se lo había enseñado. Eran brutos sádicos. No se podía tener, dentro de la celda, cubiertos. No se podía tener nada que fuera punzante, pero sí se podía tener la hojita de afeitarse, que la cambiaban al mes y medio. Entonces, el sadismo era salir todo lastimado de haberse afeitado y que un celador le tocara la cara y le dijera ‘vaya a afeitarse, ¿no le da vergüenza?’”.

Continuó el relato de esos días: “Conmigo fueron trasladados Nelson Nicoletti, Santiago Covella, Roberto Gil, Miguel Maldonado, Mendiábal. Esas fueron las personas que compartimos ahí con detenidos de Neuquén y Río Negro. Había detenidos que habían sido agarrados en la huelga de Sierra Grande. Había de Zapala y Cutral Có que habían sido invitados a un asado por el ERP y muchos a través de las fotos fueron detenidos. Había personas que sabían porqué estaban ahí. La gente de Sierra Grande, maravillosa gente de delegados, con una formación. Había de todos los partidos, pero gente realmente importante. Había matones y guardaespaldas de la UOCRA de Bahía Blanca, que habían ido a sofocar una huelga y justo coincidió el golpe de Estado. En un puesto caminero le abrieron el baúl y saltaron las armas. Llevaban un cargamento, estaban ahí. Así que había un poco de todo. Había alguien que hacía la conscripción y había sido tan inocente que había volanteado un portaviones con un volante contra la Marina. En ese lugar hubo 4 o 5 detenidos que en un momento dado se fueron y los carceleros nos hicieron saber que habían salido en libertad y luego supimos que nunca llegaron a su casa”.

“Había una visita cada 21 días, cuatro días seguidos, una hora. Las mujeres eran requisadas y vejadas por personal femenino antes de ingresar. Cuando llegaban las visitas tratábamos de acomodar nuestra

ropa lo mejor posible, peinarnos era imposible porque no nos habían rapado pero era evidente que el pelo no lo había cortado un peluquero. Alguien se divirtió haciendo esto en la cabeza de los detenidos así que uno quería acomodarse esto”, recordó.

El 15 de junio de 1977 Accáttoli fue liberado del penal de Rawson. “Terminé saliendo casi de medianoche. Lo recuerdo porque tengo documentación, pero aparte porque el 16 de junio era el cumpleaños de mi padre. Así que cuando logré llegar a Trelew, porque la familia me esperaba en Trelew porque Rawson era una ciudad absolutamente de uniforme, y el que no lo tenía también lo era. Desde el quiosquero hasta el del hotel. Se hacían requisas a los familiares en los hoteles a las 3 de la mañana. Las mujeres durmiendo las levantaban, le revolvían todo, le tiraban todo”.

“Mi familia, amigos y compañeros Roberto Gil y su esposa, Esteban Rolando y su esposa me esperaban en Trelew. Yo había tenido una visita de mi madre, horas antes de que me liberaran, me dio la noticia y ya me había dicho dónde estaban. Pero calculaban que ellos iban a estar en la puerta del Penal, que me iban a soltar en un horario razonable. Como no fue así, yo sabía dónde se alojaban así que tomé un colectivo de Rawson a Trelew a la medianoche, donde viajé rodeado de guardia cárceles y muchos de ellos que conocía por su apodo y que iban bastante incómodos. Recuerdo una anécdota, se me devolvió algo de dinero que tenía y un carnet de diputado con una foto que yo la había cambiado, donde tenía barba. Tener barba era peligroso así que yo después la quité y recuerdo que rompí el forro del saco y lo escondí porque me parecía irregular eso. Lo único que faltaba que alguien me detuviera”.

Luis Carlino

“Tardé treinta años en darme cuenta de que era una pistola, gatillada, lo que me ponían en la cabeza cuando estaba encapuchado”

Era médico e integrante del Servicio Provincial de Salud en Jacinto Arauz. Por criticar al operativo realizado en esa localidad contra el Instituto José Ingenieros, fue detenido por la Subzona 14.

Luis Carlino era médico en Jacinto Arauz cuando el Ejército tomó la localidad y detuvo a varios docentes del colegio secundario. Director de la Sala de Primeros Auxilios que dependía del Servicio Provincial de Salud, fue detenido días después por hacer una crítica del operativo.

El 17 de julio de 1976, a las 14 horas, la policía local lo fue a buscar. Carlino recuerda las circunstancias: “Había ahorrado dos sueldos para irme de vacaciones, había juntado dos períodos vacacionales y fui al banco a retirar el dinero. Cuando estoy en el banco, vino un policía de apellido Oveseika que creo que ha fallecido, y me tocó el hombro y dijo: ‘Doctor, lo requieren acá para ir detenido’. Como había sacado los dos sueldos, para ponerlos a buen resguardo, los volví a introducir en la caja y al cajero le dije que rompiera la orden de extracción. Así se salvaron mis dos sueldos. Porque tenía unos pesos en la billetera que desaparecieron. Después me detuvieron y me llevaron a la comisaría de Jacinto Arauz. Estaba de comisario un señor Gauna”.

Sobre las causas de su detención, afirmó: “Yo en esa época iba a los bares a tomar un copetín en el club Villa Mengelle. Y charlando de política, dije esto que le dolió mucho al Ejército. Los puso furiosos, terriblemente. Por eso me encanaron. Les dije ‘el Ejército Argentino ha pegado muchos golpes de Estado y para lo único que sirvieron fue para defender los intereses de los privilegios, salvo el golpe de Perón en el año ‘43’. Eso les pegó una patada en el trasero y se enojaron conmigo terriblemente, y me encanaron y me hicieron todo eso. Sigo pensando lo mismo, que no me equivoqué para nada. Sigo pensando exactamente lo mismo”.

“Yo ya estaba esperando todo eso, porque el golpe de Estado fue en marzo, y yo había quedado como director y la función mía era muy comprometida. Yo iba a ser un hombre muerto o asesinado, o me iban a torturar, lo menos que me iba a pasar era que me iban a echar del puesto. Porque yo tenía una historia definitivamente volcada hacia el peronismo, por mi historia familiar. Tengo mi padre que en el ‘55 lo expulsaron de un hospital que él había hecho en Córdoba. Así que la historia se repetía”, dijo el profesional.

“Para julio, ya me había aguantado los ‘gorilas’ cuatro veces en mi puesto, pero como no tenía dónde ir para ganarme la vida, seguía trabajando con mucho miedo. Yo estaba esperando a la policía y al Ejército, los estaba esperando porque iban a ir a buscarme y así sucedió. No me equivoqué en nada”, afirmó.

La víctima indicó que antes del operativo “el día anterior había llegado un tal doctor Aparicio, un hombre de edad, y apareció con todo. Me dio miedo la policía, ahí en la clínica. Y me dijo: ‘¿usted está en contra de la medicina privada?’ Como voy a estar en contra de la medicina privada, le digo yo, estoy trabajando acá para ganarme un sueldo y poder vivir. Si usted quiere poner un sanatorio, una clínica privada, póngala, yo no estoy en contra de nada. Soy hijo de un médico y mi padre trabajó durante cincuenta años con una clínica o sanatorio suyo. Nosotros somos una familia de médicos. Así que este hombre venía con esa pelotudez de la contra de la medicina privada y la estatal. Ahí se jugaban los intereses de la medicina privada y la medicina estatal, donde se consideraba que yo era tan importante, como para influir en la política sanitaria de la provincia de La Pampa, donde ya habían torturado y habían encarcelado médicos”.



Luis Carlino, médico en Jacinto Arauz, secuestrado por sus críticas a la dictadura militar.

“Hubo un golpe de Estado en el año ’75 contra el Sistema Provincial de Salud y ya estaban torturando y metiendo presos a los médicos, lo que es una vergüenza. Era un problema político. Nosotros los médicos somos técnicos. Nosotros curamos gente, nosotros no determinamos las políticas sanitarias, era un concepto fundamental que había que explicarle a algún coronel, a algún policía. ¿Cómo va a torturar a un médico? Es una estupidez. Los expulsaron, los echaron. He visto a los médicos cargar los autos con la familia y dispararse por el terror que había. Yo me quedé. Yo no les tenía miedo. Yo me quedé en La Pampa. Esas mugres iban a venir por mí. Me torturaron, me metieron en cana. Pero yo estoy muy orgulloso, porque es el mismo camino que tuvo mi padre. Y ese orgullo no me lo van a sacar, porque yo estoy orgulloso de haber estado preso por médico del Servicio de Salud y por peronista”, comentó.

Encapuchado

Carlino explicó que lo llevaron después a la comisaría. “Me pusieron una capucha y me empezaron a pegar. Golpes en las orejas, para hacer ‘reventar’ los tímpanos. Después empezaron a pegarme golpes en el

estómago. Gauna andaba por ahí y tardé treinta años en darme cuenta de una cosa fría que notaba en la cara, porque yo notaba una cosa fría en la cara. Dentro de mi ingenuidad les dije: ‘Mirá, sacame eso que está muy frío’, porque era julio, en julio hace frío y los metales son fríos. Tardé treinta años en darme cuenta de que eso era una pistola, gatillada. Es decir, el que me estaba torturando tenía una pistola en la mi cabeza, jugando. Tal fue, que un agente de apellido Murias le dijo: ‘Tené cuidado con eso porque...’. El hombre estaba jugando ahí, y se iba a disparar un tiro. Y el hombre lo retiró...”

“Después de esa sesión de boxeo, me llevaron a un patio y me ataron las manos con una soguita. Encapuchado me sentaron en el patio de la comisaría, y la soga estaba toda suelta. Y yo me di cuenta para qué era eso: si yo hubiera separado las manos o hubiera intentado levantarme con las manos, podían aplicarme la ley de fuga, asesinarme o el tormento iba a ser mucho peor. Entonces me di cuenta de esa manio-bra y me quedé muy, muy quieto. Sabía que en cuanto moviera los brazos me iban a pegar un tiro, o una cosa de esas”.

En la capital provincial

Carlino fue trasladado poco después a Santa Rosa donde sería alojado en la Unidad Penal 4, procesado por “subversión”. Fue llevado en un Ford Falcon con escolta. “Era un Falcon con seis policías, con tres ametralladoras en las costillas. Como diez, no me acuerdo cuantos, camiones. Hasta el día de hoy no lo entiendo, tanta payasada, porque un operativo antiguerrillero, del famoso Ejército argentino, hubieran tirado un tiro aunque sea. Pero ahí no hubo muertos, nada...”, explicó.

En la capital provincial primero fue llevado a la Seccional Primera. Allí fue alojado en un calabozo. “Al otro día me hicieron dos torturas más, dos sesiones de tortura más con trompadas en la panza. Ya a lo último estaba canchero para poner el estómago duro hasta que me desmayaba. Pero no me dieron picana, yo no tuve picana. Me respetaron sexualmente, no hubo alusión a ningún hecho de tipo de falta de respeto a la parte sexual, porque hubo otras cosas que han sucedido con otros presos, a mi no. Eso es lo que me hicieron a mí. Trompadas en la panza y algunas cachetadas. Pegaban fuerte, yo aguanté hasta cierto punto, después no aguanté más y me caí al suelo. Y escuché que uno

de ahí decía ‘pará la mano, pará’. Después me hicieron firmar. Me mostraron unos palos, yo no sé si para amenazarme, pero me dijeron ‘firmá un papel’”.

Carlino refirió que luego de la tortura “me ‘guardaron’ en ‘el almacén’, en la U4. Estuve ahí ‘guardado’, en reclusión, hasta el 15 de diciembre, antes de Navidad. Y después, las listas negras que tuve que aguantar hasta hoy. Porque yo estoy en las listas negras desde el año ’76”.

El médico indicó sobre su situación que “lo que sabía era que estaba a cargo del PEN, del Poder Ejecutivo Nacional, ahí aprendí lo que era el PEN. A los tres meses se preguntaron ‘¿qué hacemos con este perejil?’. Y me mandaron al Juzgado Federal, que estaba Walter Lema. Después me sobreesayeron. Durante todo el Proceso vine todos los años a hablar con el juez para ver cómo estaba la causa y qué tenían contra mí. El juez me decía que estaba sobreeséido provisoriamente y seguí para delante”.

“Yo soy de la tanda de los médicos, no de los docentes. En esa época, era una novedad el Sistema de Salud, porque antes era Salud Pública y usted iba a una sala y no había nada, era una miseria total. Los gobiernos sucesivos de los años anteriores habían abandonado todo. Y vino el gobierno de Regazzoli y quiso hacer una política donde ponía plata, ponía médicos, ponía remedios, operaban. Ese era el caballito de batalla político del peronismo. Y ‘la contra’ estaba muy dolida por eso. Y yo, en el término de las facciones, de las banderías, las banderas estaba en el peronismo. Era fabuloso. Lo contento que estaba. Pero ‘la contra’ tramaba su venganza. Eso fue el golpe del ’76, es la repetición del golpe ‘gorila’, criminal del ’55”, opinó.

Hugo Ferrari

“Era límite la situación, sobre todo cuando empezaron a pegar, a torturar, a aplicar picana”

Locutor, periodista y docente secundario, trabajaba en la Universidad Tecnológica Nacional. Fue detenido el 24 de marzo del 76 en General Pico y estuvo alojado en la Unidad Penal 4. Liberado, fue nuevamente apresado hasta agosto de ese año.

Hugo Ferrari era locutor radial y periodista gráfico como corresponsal de algunos medios en General Pico. Se desempeñaba en la emisora LU37 y en el diario La Reforma. Daba además clases en colegios secundarios y trabajaba como director de Extensión de la Facultad de la Universidad Tecnológica Nacional.

En las primeras horas del 24 de marzo de 1976 fue detenido en su casa por el Ejército y la policía. Cuando golpearon a su puerta, estaba durmiendo y hacía poco había regresado de dar clases nocturnas.

En la calle había un camión con policías y militares. “La persona que golpeó la ventana me dijo que debían conducirme a la comisaría por orden del teniente coronel Cobuta. Era el jefe de la unidad militar de Pico. Me despedí de mi familia, de mis hijitos. Yo tenía dos hijos chiquitos. Tomé mi abrigo y salí. Me hicieron subir a un camión del Ejército donde había efectivos con armas largas, con las que me apuntaban permanentemente. Recuerdo que individualicé a la persona que, en la parte trasera del camión, mandaba y le pedí que no me apuntaran, que

no había necesidad de hacerlo. Pero me siguieron apuntando. Así me llevaron a la comisaría de General Pico, la única que había en ese tiempo. Me tuvieron en una oficina y me sacaron el cinto, el dinero, el reloj, los cordones de los zapatos”, recordó Ferrari.

El periodista dijo que una vez en la comisaría pidió pasar al baño “no porque tuviera ganas sino para ver cómo venía la cosa. Y en un pasillo me encontré con gente que conocía. Los señores Covella, Gil y Accátoli, que estaban en calidad de apresados. Y por ellos me enteré que había habido un golpe militar, o un golpe cívico-militar. Fui al baño, me volvieron a ‘guardar’ en esa oficina hasta que a la madrugada, desconozco la hora, nos hicieron subir a un celular y nos trasladaron a Santa Rosa. A ellos tres y a mí, éramos cuatro las personas que viajábamos en esa condición”.

Ferrari rememoró que en el camino “había varios retenes militares, así que parábamos brevemente y seguíamos. Hasta que llegamos a la Seccional Primera. Pero no me hicieron bajar. De allí fuimos a la U4, la Colonia Penal de Santa Rosa, donde nos alojaron en celdas independientes”.

Detenido en la Colonia Penal

Una vez alojado en la Colonia Penal, continuó, fue “estableciendo que había muchos otros detenidos. Algunos conocidos por mí y otros no. El régimen era de aislamiento, porque no sólo éramos uno por celda, sino que además no se nos permitía observar el pasillo. Hay una ventanita por donde se pasaba la comida, pero siempre estaba cerrada, así que se aguzaban los oídos al no poder ver cosas. Yo estuve un total de 53 días incomunicado. No quiero usar la palabra ‘detenido’, porque creo que no estaba detenido, tal vez sea secuestrado la palabra que corresponde”.

La víctima indicó que su familia “se dirigió al Comando del Primer Grupo del Ejército con una nota de éste Primer Cuerpo que comprendía la Subzona 14. Era la que reinaba sobre la vida, la salud y la situación de las personas en este lugar. Se dirigió con una nota preguntando dónde estaba detenido yo y por qué causa”.

La nota dice: “Buenos Aires, 15 de septiembre de 1976. Señor Horacio Daniel Ferrari, Señor Héctor Aníbal Ferrari (dos hermanos que habían elaborado la nota preguntando por el paradero y la razón del procedimiento). De mi consideración: Por expresa disposición del Comandante del Primer Cuerpo del Ejército, acuso recibo de su nota, comunicándole que a pesar de las exhaustivas averiguaciones practicadas, no existen antecedentes en el área de este Comando acerca de la presunta detención de Hugo Avelino Ferrari, no obstante lo cual se proseguirán las averiguaciones, comunicándole cualquier novedad que pudiera producirse. Sin otro particular, saludan a Ud. atentamente Luis René Flores, Coronel, Jefe del Departamento Personal del Comando del Primer Cuerpo de Ejército”.

Interrogado

La primera vez que fue interrogado ocurrió en la sede de la Brigada de Investigaciones. “Fui esposado. Cuando llegué a la Brigada, me pusieron a esperar en una pieza y me pusieron un poncho de vicuña que no me permitía ver. Durante el interrogatorio no fui golpeado físicamente. Si fui torturado de varias maneras”, relató.

Ferrari afirmó que preguntaban “pavadas, no tenían ni idea. No tenían ni idea de nada. Voy a dar ejemplos: leyeron una larga lista de personas, supongo que eran sospechadas, porque algunos estaban presos, otros estuvieron después, y yo conocía a todas las personas, creo que una o dos nomás se me escapaban. Todas las demás las conocía, eran personas muy sanas. Personas de mi pueblo. Entonces yo iba diciendo ‘sí, lo conozco’. Fulano de tal, ‘sí, lo conozco’, y yo agregaba ‘buena persona’. Daba mi opinión, que no me la habían pedido. Recuerdo que me preguntaron por un tal Victorino García y dije ‘sí, muy buen vecino, solidario, trabaja con las instituciones y buen empleado del ferrocarril’, y me dijeron ‘comunista’. Y yo agregué ‘muy buena persona’. Y siguió así la cosa hasta que, en el medio de la lista me dan otro nombre, si conozco a Hugo Avelino Ferrari, ‘bueno sí, creo que es el que más conozco’. Y me dicen ‘¿por qué?’ ‘Porque soy yo, si ustedes me están interrogando a mí’. ‘Ah, claro’. Las preguntas eran infantiles. No encontré ninguna pregunta que, a mi modo de ver, valiera la pena”.

“El oficial, cuyo nombre desconozco, me dijo que era inevitable que esto pasara, porque las denuncias eran terribles. Y yo le dije ‘¿por ejemplo?’ y esta persona me dio nombres que la verdad no sé de dónde los sacaría, los tendría anotados creo yo, y eran unas acusaciones... lo más simple era por drogadicto, pero después todos delincuentes, armados, terroristas, subversivos. Le pregunté: ‘¿y en el caso mío?’. Y no me respondieron”, comentó. La víctima dijo que cuando a uno le hablan muy mal de personas que usted sabe que son buenas personas, eso es una tortura moral. Porque además uno piensa lo que puede venirse. Lo que dirán de mí”.

La segunda vez que fue interrogado fue en la planta alta de la Seccional Primera. “Fue de noche. Con mucho miedo iba uno, porque había visto las condiciones en que volvían muchos compañeros de detención. Entonces uno iba atemorizado, lleno de miedo, para colmo de noche. Me bajaron en ese lugar, luego de un rato fui sometido a un interrogatorio. Estaba vendado, esposado. Me sacaron las esposas para el interrogatorio, después me las volvieron a poner”.

“A la voz que me hablaba –rememoró–, yo le pregunté en un momento porqué me habían detenido. Esa persona me dijo que no sabía, porque las órdenes venían de arriba, pero agregó, tal vez como cosa de él, ‘usted trabaja en radio... y usted por radio dijo una poesía’. Y dije ‘no señor, he dicho muchas poesías’. ‘Pero hay una, una que habla de una rosa blanca’. Y yo me acordé de una poesía que habla de una rosa blanca y me permití decirle ‘cultivo una rosa blanca, en junio como en enero, para el amigo sincero que me da su mano franca. Y para el cruel que me arranca el corazón con que vivo, cardos y ortigas cultivo...’. ‘Si señor, ¿y de quién es esa poesía?’. Recordé que de un poeta llamado José Martí. ‘Ajá, ¿y de donde era?’. Y ahí me di cuenta. ‘Cubano señor, héroe de la independencia cubana’. Ahí puede estar”.

Días y noches de presos

Sobre su detención en el pabellón de presos políticos de la Unidad 4, Ferrari destacó: “Si bien tuvimos un régimen bastante estricto en

cuanto al encierro, nos autorizaban a ir al baño y a la pasada veíamos a algún compañero. O a veces se olvidaban de cerrarnos la ventanita por donde se pasaba la comida de afuera y uno la podía levantar, podía ver, escuchar con más precisión”.

“La lista de detenidos era interminable: Brinatti, Covella, Accáttoli, Gil, Nicoletti, Mendizábal, un abogado Vega, un juez que se llamaba Juan de Dios Uncal, Suárez. Este último la ‘ligó’ porque trabajaba en la radio conmigo, era periodista deportivo, entendía menos que nadie. Había muchos más: Roma, me parece que un tal Navarro, Nicolás Navarro, Santesteban del diario La Arena, vi al esposo de Miyi Regazzoli pero no recuerdo el apellido. Regazzoli, porque a veces cambiábamos de celda, me tocó estar pegado a la celda que ocupaba Regazzoli y hemos podido charlar”, precisó.

La víctima dijo sobre esos días: “Era límite la situación, sobre todo cuando empezaron a pegar, a torturar, a aplicar picanas. Yo no vi la aplicación de las picanas ni estuve cuando les pegaban a otros. Pero asistí a dos momentos: cuando los sacaban a algunos compañeros a la noche, y todos quedábamos preocupados. A quién llevan, quién es... Algunos podían decir, a otros no los dejaba el personal del Servicio Penitenciario. Era terrible porque uno siente dolor por solidaridad. Que es una tortura moral. Y segundo porque siente miedo propio, porque dice ‘ahora me tocará a mí, o mañana’. Eso también es un acoso moral y una tortura moral. Y luego, cuando podíamos verlo, que era a lo mejor al día siguiente o a los dos o tres días. Algunos muchachos se encerra-



Hugo Ferrari, locutor y docente en General Pico, fue detenido en dos oportunidades.

ban en su celda y no querían hablar con nadie. Estaban muy mal físicamente pero además anímicamente”.

“Yo lo he visto a Covella, por ejemplo, con serios hematomas en el pecho y la espalda, muy lastimado, muy dolorido y muy destruido anímicamente. Lo he visto a Gil con un derrame en el ojo y los anteojos rotos. Se ve que le han pegado con los anteojos puestos, y golpes en la columna vertebral. Lo he visto a Accáttoli con magulladuras, lastimaduras en la cara. A Mendizábal lo encontré al cabo de varios días y estaba orinando sangre. El me dijo, y yo le respondí ‘¿estás seguro?, mira que anoche comimos remolacha’. Y me contestó ‘qué remolacha, acá no hubo nunca remolacha’, lo habían triturado a golpes y orinaba sangre. Hay casos parecidos, el chico Calvo también, estudiante de la Universidad Tecnológica”, explicó.

Ferrari indicó que entre los detenidos “estuvo Carlos Aragonés, pero me pareció a mí como invitado unos días. Nunca tuve la sensación de que estuvo ni secuestrado, ni detenido, ni preso. Yo creo que era otra condición la de él”.

“En el año 75 no recuerdo el mes exacto, siendo yo director de Extensión de la Facultad de la Universidad Tecnológica, fui informado por el decano de la facultad, Carlos Agaya, que Aragonés, que era diputado nacional, quería tener una entrevista con las autoridades de la casa y entonces me pidió el decano que yo participara de esa reunión. Le dije que con mucho gusto. Esa reunión tuvo lugar en el edificio de la facultad, calles 32 y 3, en horas de la tarde. Por parte de la universidad estaba el decano Carlos Agaya, el secretario académico Daniel Lamas, yo y algún profesor. Y por la otra parte, además de Carlos Aragonés, había dos gremialistas de apellido Luque y Prieto. Expuso Aragonés cuál era la razón de la entrevista que había pedido y fue muy claro. Lo que decía era que una línea interna partidaria que era de derecha, la de López Rega, la que deriva en la Triple A, pretendía que la facultad se alineara como un factor de poder con su línea. Recuerdo que el profesor Agaya le explicó que era una casa de estudios que se dedicaba a capacitar a futuros profesionales técnicos, que no tenía actitudes políticas partidarias, más allá de las ideologías personales. Y entonces Aragonés se puso un tanto nervioso y hasta agresivo y, para

mí, presionó y cohesionó a las autoridades de la universidad que les convenía actuar en esa línea por lo que venía”, destacó.

“Agaya reiteró –continuó el relato– lo que le había dicho, que no se prestaba la facultad a eso. Aragonés se fue mal y a los pocos días produjo declaraciones periodísticas donde calificaba a profesores, alumno y docentes de la facultad Tecnológica de ‘zurdos’, de ‘trapos rojos’, de comunistas y de miembros de Cuarta Internacional. Yo le quise preguntar a Aragonés, qué entendía él por Cuarta Internacional, nunca respondió a esa pregunta. Llegué a suponer que él confundía a la Cuarta Internacional con la cuarta división de fútbol del club Costa Brava. Dichas estas cosas, producidas estas acusaciones en ese momento, con la Triple A y con lo que se venía, que era el Proceso, esto era, sino una sentencia de muerte, una acusación para que alguien sentenciara. Entonces digo que este señor no fue detenido como los demás. Que fue llevado a la Colonia Penal para que escuchara y para que informara. Y nosotros nos cuidábamos muy bien de decir cualquier chiste o alguna broma que pudiera ser tomado por este hombre como algo digno de ser llevado al conocimiento de quienes mandaban”.

Ferrari rememoró además que entre los presos políticos “había un tal Aguirre que era empresario. Tenía una empresa Ripiera del Valle y estuvo unos poquitos días. Había un señor Bertón, fue muy triste lo de Bertón porque era de Jacinto Arauz. Nosotros cuando sentíamos los pasos de los borceguíes que se hacen notar, si eran más de dos borceguíes sabíamos que venían más de dos personas. Entonces estábamos muy alterados, muy atentos y pegábamos el oído a la puerta. Yo alcancé a ver, porque se habían olvidado de cerrar mi ventanita, que entró un mecánico, era a la madrugada. Entró con overol, alpargatas negras y rengueaba. Al otro día yo traté de alguna manera de hablar con este hombre porque pensé que le podía resultar útil, un hombre mayor, nosotros éramos más muchachos, yo tendría 28 o 29 años, él era un hombre mayor”.

La víctima recordó que entre los detenidos por la Subzona 14 que estaban alojados en el Penal “los de mayor fuerza anímica, le dábamos más confianza, más optimismo a las personas que veíamos más derrumbadas, porque nadie le daba ese tipo de apoyo. Nunca vi un psi-

cólogo dentro del penal, tampoco un médico. Al otro día yo pude hablar con él y sé que le hice muy bien. Me dijo que los policías lo habían amenazado con matar al hijo que estudiaba en la Facultad de Veterinaria en General Pico. Eso lo terminaba de destruir, además de su situación personal era lo que más lo conmovía. Había otra gente como yo que trataba de darle ánimo, ‘nos quieren asustar, pero no...’. Así que recuerdo mucho al señor Bertón”.

Ida, y vuelta

Ferrari comentó: “Cuando se cumplían 34 días de detención y luego de haber sido sometido a un interrogatorio, fui dejado, sin ninguna explicación, en libertad. Regresé a mi ciudad, a mi casa, y al cabo de cuatro o cinco días, no lo podría precisar, me volvieron a detener. Ahora por orden de Baraldini. Cuando ellos me informan de esto, les gané de mano y me presenté. Para que ahorraran combustible. Me presenté, no me dieron explicaciones, me pidieron que aguardara y nuevamente me pasaron a una oficina. Ahí pasé toda una noche, me permitieron que mi familia me trajera un colchón con alguna ropa de abrigo y muy temprano, a la madrugada siguiente, me llevaron a Santa Rosa, pero en un patrullero”.

En la capital provincial estuvo “un día en la Seccional Primera. Fui a un calabozo común donde conocí gente que me cebó mate y compartí algún partido de truco. Había una familia, padre e hijo, Rodríguez. Beco Rodríguez. No lo volví a ver. No recuerdo otros apellidos. Gente que por distintas razones estaba allí. Ahí vi, de pasada, a Miyi Regazzoli que estaba en una celda. La reconocí y la saludé. Dormí allí y a la mañana siguiente me volvieron a pasar a la Unidad Penitenciaria donde transcurrió el resto del tiempo hasta mi liberación”, contó.

“En una oportunidad, en la segunda detención, Fiorucci fue a la Colonia Penal y me hicieron pasar adelante. Así lo decía el personal del Servicio Penitenciario: ‘tiene que ir adelante’. Entonces fui adelante, me llevaron, y Fiorucci me dijo que yo había pasado a disposición del Poder Ejecutivo Nacional y agregó ‘y bueno, eso es lo que conseguiste’”, aseguró.

A fines de agosto de 1976 Ferrari recuperó nuevamente la libertad. La víctima dijo que luego de su detención no pudo “desarrollar mi vida normalmente, primero porque perdí mi trabajo. Yo trabajaba en la radio y, la gente tal vez por complicidad, por cobardía o por no ser inteligentes, declaraban persona no grata a los que habíamos sido detenidos o secuestrados por el Proceso. Entonces perdí mi trabajo. No sólo eso, sino que además se pierden otras cosas. Los vecinos, que uno siempre considera buenos y razonables, muchos de esos se pliegan a eso. No le dicen nada a uno, pero le hacen un vacío. No pude volver a trabajar en diarios, no pude ejercer el periodismo. No pude volver a tomar un micrófono y hacer una presentación radial o un reportaje como lo hacía antes. Perdí un montón de posibilidades de trabajo y de hábitos que tienen que ver con el afecto y el conocimiento de la gente que me rodeaba, la familia y los amigos. Entonces me dediqué a viajar. Mis hermanos tenían una empresa de fabricación de termotanques y armado de lavarropas en Buenos Aires, entonces me dieron un lugar que no voy a terminar de agradecer. Y yo sin saber nada de termotanques y lavarropas, los vendía. Además de ganarme la vida con eso, me permitía estar fuera de mi medio. Porque yo necesitaba estar afuera. Pero estando afuera, cada cosa, cada ruido, me llenaba de terror. Yo estuve desequilibrado emocionalmente un largo tiempo”.

“Tengo una anécdota en Venado Tuerto. Había tomado un hotel y a la noche decidí ir a un partido de básquet que se jugaba allí, me gustaban esas actividades culturales y deportivas. Y fui al básquet, partido malísimo, cuando terminó el partido decidí ir en mi coche al hotel y de noche, en una ciudad que no se conoce, con tanto árboles tapando los letreros de las calles y su sentido, yo no sabía bien cuál era. En una esquina veo un coche que estaba estacionado en mi izquierda, entonces no tenía dudas de que por ahí se podía ir. Doble por ahí. A media cuadra una comisaría y unas barreras adelante. Silbatos, corridas, y me dije ‘otra vez’. Frené con un miedo terrible, me gritaban, me decían de todo y yo señalaba a ese coche que estaba mal estacionado, un coche de policía. Me preguntaron en qué hotel estaba y no me acordaba el nombre del hotel. Les dí mi documento, les pedí que me acompañaran, que yo sabía dónde estaba el hotel. Y me dejaron ir. Se vive con miedo, con terror durante muchísimo tiempo”, ase-

guró.

Víctor Pozo Grados

“Me vinieron a preguntar si yo tenía una actividad ‘rara’ o compartía alguna idea respecto del resto de mis compañeros”

Era veterinario en Jacinto Arauz y daba clases en el colegio secundario. Junto a otros docentes fue detenido en esa localidad y luego trasladado a Santa Rosa donde se le inició una causa por “subversión”.

Víctor Pozo Grados nació en Perú. Graduado como médico veterinario, se instaló en Jacinto Arauz en noviembre de 1970 para ejercer su profesión. Cuando se produjo el golpe de Estado de 1976, era también docente en el colegio secundario, que quedó bajo la lupa del Ejército.

Pozo Grados recordó el 14 de julio de 1976, cuando un operativo irrumpió en la localidad: “Nosotros hacíamos una vida normal, cada uno con su actividad. Yo trabajaba en el campo y en una cooperativa, la más importante del pueblo, y daba clases de zoología y veterinaria práctica en el instituto con orientación agropecuaria. Cuando ocurrieron los hechos yo no estaba dando clases, pero estaba desempeñando una actividad privada y un grupo policial arribó a mi casa a la mañana, la invadió. Llegué al mediodía y me dice mi mujer que había ido gente a buscarme. Me presenté en la comisaría y en ese lugar me detuvieron. Enseguida me vendaron y me metieron en una celda hasta el día siguiente”.

El profesional relató que en la comisaría lo “interrogaron dos personas a cara descubierta. Con el tiempo me enteré que eran Fiorucci y Cenizo. Me empezaron a preguntar qué actividades ‘raras’ hacíamos nosotros en el colegio, cosa que yo desconocía porque, si bien es cierto que nosotros éramos amigos o conocidos al menos de hacía dos o tres años, en general Samprón y Álvarez estaban entrando recién. Nos hicimos bastante amigos y ahí me enteré que ellos había estado con otras actividades como profesores en otros lados, cosa que yo desconocía totalmente, y es más, no sabía qué ideología política tenían, porque yo tampoco hacía ostentación de ninguna clase de política ni en la escuela ni fuera de ella”.

“Estuve detenido 24 horas y en ese interín me fueron a interrogar esas dos personas. Me vinieron a preguntar si yo tenía una actividad ‘rara’ o compartía alguna idea respecto del resto de mis compañeros que habían sido detenidos. No les di ningún tipo de información porque carecía de ella. Ellos trataron de interrogarme diciendo que dijera la verdad porque mis compañeros habían dicho toda la verdad. Particularmente yo no tenía ni idea de haber cometido un delito hasta ese momento. Nunca los cometí. Fue un interrogatorio más bien corto, las preguntas eran muy simples, me llamó la atención. No había ninguna pregunta de corte ideológico como para averiguar si uno tenía un pensamiento que ellos estuvieran buscando. Después me liberaron. Al otro día quedé en el seno de mi familia, tenía un nene chiquito de un año. Como era amigo de Samprón sabía que la señora había tenido un bebé hacía poquito tiempo. Entonces me decidí ir a la casa de ella a ver si precisaba alguna cosa porque ese acontecimiento era muy extraño para nosotros y para ver qué pasaba con Samprón y Álvarez. No recuerdo si fue en ese lugar o en la casa de Malán que me volvieron a detener y me llevaron otra vez a la comisaría”, recordó.

Resaltó que “no sé si se salvó alguien del allanamiento en el pueblo. Y, es más, fueron hasta dos o tres veces por cada casa. Me parece que no se salvó de allanarse nada, pero yo no puedo asegurar quiénes fueron o no, pero muy pocos se salvaron en Arauz”.

Golpes en la Primera

Pozo Grados estuvo arrestado unas horas en la comisaría de Jacinto



Víctor Pozo Grados. Veterinario y docente secundario en Jacinto Arauz.

Arauz y luego sería llevado a la capital provincial. “Me trasladaron – destacó– a la Seccional Primera junto con Carlino, a cara descubierta, y tuve la oportunidad de conocer a Aguilera que viajaba en el mismo auto con nosotros. En la Seccional Primera me tuvieron detenido unos diez o quince días. Estaba junto a los presos comunes pero no con Carlino, en celdas separadas y en ese lugar, en dos oportunidades, vino una persona joven, me vendó con papel de diario y nylon, me subieron y me tuvieron parado no sé cuántas horas. Yo pedía a veces ir al baño. Me llevaban, me traían. En una oportunidad me hicieron un interrogatorio, empezaron con unos golpes. No sé quién me golpeaba. Esas personas que me habían interrogado a cara descubierta eran los mismos que después me interrogaron cuando estaba vendado, porque conocía la voz, había pasado muy poquito tiempo entre una cosa y la otra. Por lo menos esas dos personas puedo certificar que eran las que me interrogaban a cara descubierta”.

La víctima afirmó que “me hicieron un simulacro de gatillarme en la cabeza. Que yo, como no conocía mucho de armas, después me di cuenta cuando uno de ellos le dijo al otro ‘mire si se le escapa un tiro, coronel’. Entonces ahí me anoticié de que me habían gatillado la cabeza. No puedo afirmar quien era porque estaba vendado, no se veía

nada. Después me hicieron varias preguntas que no pude defenderme, tenía que aseverar lo que habían confesado mis compañeros, la gente que estaba conmigo. Como yo no podía llevarlos a ningún puerto ni responder lo que ellos querían escuchar, me dejaban un tiempo más parado en una esquina y luego venía alguien, me tomaba, me hacía bajar de la parte alta que había subido que calculo era primer piso y me volvía a introducir en las celdas, con los presos comunes. Eso duró diez días más o menos. Creo que en cuatro oportunidades me volvieron a vendar y subir arriba y dejarme parado no sé cuántas horas. Pero pasaba el tiempo y me volvían a bajar, me volvían a sacar las vendas e introducir a la celda”.

“Estuve aproximadamente diez o quince días en la Primera y después me trasladaron a la Unidad 4, donde pude ver a mis compañeros del profesorado, los amigos que tenía: Samprón, Álvarez, Bertón. A Carlino lo conocía esporádicamente del pueblo. En esa condición estuve detenido más o menos nueve meses hasta que me pasaron a la Unidad 13. Estaba otra vez con los presos comunes y supuestamente estaba siendo juzgado por haber profanado la Ley 20840”.

Sobre los motivos de su detención, el veterinario dijo: “Yo me imagino que lo novedoso fue la forma que conseguía que hubiera buena conducta, buen trato con los alumnos y un cierto compañerismo con ellos. No había comportamientos extraños. De cierto modo éramos amigos de los chicos, por ese motivo a alguna gente le llamaba la atención. Creo que algunos piensan que la letra con sangre entra. Nosotros no éramos partidarios de esa idea, y eso llamó la atención”.

Pozo Grados relató que mientras estuvo en la U4 estaban “totalmente encerrados las 24 horas, salíamos solamente una vez por semana a escuchar misa y mi señora –yo no tengo prácticamente parientes salvo mi señora y su familia acá en Argentina– me visitaba una vez por semana, una hora también de visita, por semana. Y después los otros siete días totalmente encerrados, a mirilla cerrada. En una época también se les ocurrió que teníamos que despertarnos a las 6 de la mañana así que hacían despertarnos a las 6 de la mañana para que estemos despiertos. No sé para qué. También nos dejaban salir para lavar ropa. Esas circunstancias las vivimos por nueve meses”.

De regreso

Pozo Grados indicó que fue dejado en libertad sobre fin de año. Le llamó la atención que el juez federal que entendía en su causa por su puesta “subversión” fuera el mismo que era defensor oficial. “Yo no sé nada de abogacía pero me parece una aberración que el abogado defensor de uno sea después juez subrogante. La única vez que lo vi fue cuando me interrogó como juez subrogante. Y ahí me enteré que era el abogado defensor nuestro”, resaltó.

El veterinario regresaría a Jacinto Arauz donde estaba su esposa y su hijo. Poco después sería exonerado como docente del colegio secundario durante varios años. También sería echado de la cooperativa agropecuaria en la que trabajaba.

“Fue algo muy risueño porque la cooperativa donde yo trabajaba me pidió un certificado de porqué yo había faltado tanto tiempo. Imposible conseguirlo por eso me despidieron, por ese motivo. Como aparentemente había faltado, entonces me despidieron. Y todas las consecuencias económicas que tuvieron. En el pueblo no hay mucho movimiento económico y tuve que trabajar por mi cuenta”, contó.

Sin embargo, Pozo Grados se quedaría en la localidad donde vive hasta la actualidad. “Para mí no fue muy difícil, en el sentido de que al haber estado como cinco o seis años en el campo, yo creo que el 80% o 90% de las personas que me conocían me recibieron, digamos, con naturalidad después que salí de la cárcel. No tuve problemas a partir de ese momento con la gente del pueblo. Sino no me hubiera quedado. Ya la sociedad me había aceptado de antemano, la conocía desde hacía mucho. Cuatro o cinco años es bastante tiempo para conocer a una persona y eso permitió que siguiera mi profesión en el pueblo. Y hasta hoy vivo ahí”, relató.

Stella Maris Barrios

“Me dejaron sentada, muy triste, muy dolida, muy abusada...”.

Era estudiante de la facultad de la UTN de General Pico y trabajaba en la administración pública en esa ciudad. Fue secuestrada varios días después del golpe de Estado, cuando sus compañeras ya habían sido trasladadas a Santa Rosa. Stella Maris Barrios dio cuenta de la indefensión de las víctimas y el trato hacia las mujeres que tenían los represores.

Stella Maris Barrios era estudiante de la Facultad de la Universidad Tecnológica Nacional en General Pico. Además trabajaba en la oficina del Parque Industrial de esa ciudad contratada por el gobierno provincial. Como muchos de los alumnos de esa unidad académica, Barrios fue víctima del grupo de tareas de la Subzona 14.

Relata Barrios: “A mí me detuvieron no el 24 o 25 de marzo como detuvieron a todos, sino después, porque en esos días yo había viajado a Santa Rosa porque operaban a mi mamá, así que fuimos con mi hermana a ayudarla y a hacernos cargo de nuestras hermanas menores. Yo trabajaba y había pedido atención a familiar. Cuando volví a Pico, porque tenía que presentarme a trabajar, me presento y me dice mi jefe, que era el ingeniero Tassone, que me habían estado buscando en la oficina del trabajo y también, por lo que él sabía, habían ido a la pensión. Que me convenía presentarme, porque me habían estado buscando en la ciudad”.

“Recuerdo que fui a la oficina del Parque Industrial, quedaba a media cuadra de la plaza, y del otro lado estaba lo que es la Comisaría. Fui sola, no me acompañó nadie, porque no había nadie que me acompañara. Lo único que pedí es que si al otro día, cuando me tenía que presentar a trabajar, no me presentaba, que alguien avisara a mi familia, porque sabía lo que estaba pasando”, afirmó.

Detención y traslado

Barrios se dirigió entonces a la comisaría píquense, considerada también como centro clandestino de detención por la Justicia federal porque ahí eran alojados los secuestrados en General Pico. “Me presenté en la comisaría de Pico, preguntando qué había pasado, porqué me habían estado buscando. La verdad que fue muy breve. Una persona que estaba en la mesa de entrada entró, consultó y me dijo: ‘Mire, venga por acá’, y me llevó a un cuarto. Ahí entró una persona y me dijo que yo tenía que quedar detenida porque había una lista donde figuraba. Así quedé en ese cuarto, detenida y a la noche, sería 19 o 20 horas, ya estaba oscuro, entró otra persona que me esposó las manos y me vendó los ojos y me sacaron. No sé por dónde salí, ni en que vehículo. Empezamos a andar, en coche. No sé quiénes eran las personas que manejaban, porque no las veía, no las vi nunca. Solo comentarios como que ‘esta es una presa importante, una presa gorda’. Comentarios para que me asustara de lo que me estaban haciendo o lo que iba a ver. ‘La tenemos que tener, o la tenemos que conservar, así que vamos a ser blandos’”, recordó.

“En un momento –continuó el relato– se detuvo. No sé cuánto tiempo pasó ni por dónde andaba, porque con los ojos vendados es como que uno pierde la noción del tiempo y la distancia. Dije: ‘Bueno, ¿qué va pasar?’ estaba muy asustada. Entonces les pedí que quería ir al baño, si me podían sacar la venda. Abrieron la puerta, me bajaron los pantalones y me dijeron ‘bueno, dale’ y tuve que orinar ahí, escuchando las risas y las mismas pavadas que seguían diciendo. Cuando terminé, me paré y estaba esperando que alguien me volviera a subir la ropa, porque no podía y me empezaron a pegar en la cara. ‘Mirá cómo estás, que mal educada, mirá como te presentás’, decían. Como



Stella Maris Barrios, fue secuestrada en General Pico y trasladada a Santa Rosa. Un testimonio valiente en el juicio.

que los estaba provocando, y yo no me podía vestir con las manos esposadas en la espalda, sin saber dónde estaba. Y ahí estuve no sé cuanto rato”.

“Y después empezó una situación de manoseo y todo lo que viene después. Prefiero obviar eso. No contarle con lujo de detalles. Hasta que alguien dijo: ‘Bueno, paremos, paremos, ya dijimos que esta es una presa gorda.’ En un momento dijeron ‘estos son todos amor y paz, amor y paz, pero mirá como lloran enseguida’. Me subieron los pantalones y me subieron a ese vehículo nuevamente. Ahí me dejaron sentada, muy triste, muy dolida, muy abusada...”, rememoró la víctima.

Barrios precisó que luego llegaron a un lugar que no pudo reconocer: “Me volvieron a bajar, y quedé parada en el medio de la nada, que no sé si era adentro o afuera. Era en un patio de una casa o era en el medio del campo, y el coche se fue. Quedé parada, sola, hasta que como que retrocedieron. Todo ese juego psicológico, y me una voz, alguien que habló conmigo, me dijo: ‘Vos estás muy comprometida, vos no sabes en lo que te metiste’. Yo no entendía nada, no me había metido en nada. ‘Acordate bien en qué te metiste vos, hacé memoria, más vale que hagás memoria, memoria cuando te tomen la declaración, hace memoria

para poder salvarte. Yo no tenía ni idea de qué estaban hablando. Así que volví a subir en la camioneta. No sé, estaríamos dando vuelta la manzana en el mismo lugar o yéndonos a algún lado, no tengo ni idea porque jamás, jamás me sacaron la venda de los ojos”.

“No sé cuánto tiempo estuve en esa situación, entre golpes, preguntas, hasta que aparecí en Santa Rosa. Me dejaron en lo que es ahora la Seccional Primera. Ahí me bajaron”, dijo.

Interrogada

Barrios explicó que “todos los pormenores vividos yo nunca los había contado porque realmente era como que me daba mucho miedo, y aparte me daba vergüenza, no sé si tenía ganas de escuchar mi verdad y creérmela, o de escucharla y decir ‘seguro que algo habrá hecho, algo hiciste’. O porque no tenía fe en la gente que podía escuchar, y hoy lo cuento porque por sobre todas las cosas, por mi mamá, porque si ella, con 75 años, enfrentó la situación y dijo lo que tenía que decir, y se hizo cargo de denunciar a las personas que se lo hicieron. Entonces yo digo, yo no tengo... pero de alguna forma la tengo que acompañar, para que de acá salga algo, no sé quienes estuvieron conmigo, quienes me llevaron, quienes me pegaron, quienes me abusaron, pero lo que sí sé, es que había un cuerpo de jefes que tenían que saber que eso estaba pasando. Entonces, si no lo hicieron ellos, lo habrá hecho alguien que ellos mandaron”. La madre de Stella Maris es Nery Greta Sanders, empleada del Estado provincial, que también sería víctima de la Subzona 14 en enero de 1977.

La mujer recordó que “en la Seccional Primera estuve quince días más o menos. El día que llegué, cuando me sacaron la venda, que ingresé a la celda, a la derecha estaba Covella, apoyado contra la pared. Y ese día, realmente ese día calculo que los gritos que se sentían venían de él. En ese momento estaba en el pasillo parado, medio en penumbras, me miró, nos miramos, nada más. Se escuchaban gritos. Yo creo que sería la tardecita, o a la noche, a la madrugada. Cuando no tenés un reloj lo único con lo que te guías es con la luz, no sabés si es la tardecita o está amaneciendo, por ahí te despertás y no sabés”.

Stella Barrios indicó que “una vez me llevaron a declarar, me subie-

ron a una escalera, una celadora, creo que se llamaba Elsa, una señora que tenía el pelo largo, una cola. En ese momento pasó una persona que me dijo: ‘¿Sabes por qué estás vos acá?’. ‘No’, dije. Todavía no tenía puesta la venda. Fue la única persona que le vi la cara, aparte de la celadora, y después de un tiempo, cuando estaba libre y mirando una foto, me di cuenta que el que había pasado y me preguntó, la única persona que reconocí y que vi en la Seccional Primera, era Reinhart. Después me pusieron la venda y me llevaron. La única vez que subí a declarar tenía los ojos vendados. Me empezaron a preguntar un montón de cosas incoherentes, como gente que yo no tenía idea de quienes eran. Por ejemplo me decían que mi noviecito la estaba pasando mal por no hablar. Yo decía ‘¿Mi noviecito?’. No entendía. Lo que pasa es que estaba también detenido mi cuñado, que era Ricardo Calvo, o sea que pensarían que yo era la novia y no mi hermana. Por un lado me puse contenta porque quería decir que mi hermana no estaba detenida, estaba con mi mamá. Me preguntaban por personas, si estaba relacionada con este, con aquello, qué había hecho en la universidad, qué estaba haciendo, si trabajaba, si estudiaba. Como diciendo ‘Decí qué hacés, a ver si te salvás’. También me decían cosas como ‘te vamos a mandar a Pico de nuevo’. Y luego ‘firma esto’”.

Amenazas

Barrios rememoró que en la Seccional Primera estaba también detenida, entre otras, Raquel Barabaschi. “Estaba en la celda de por medio conmigo, no nos podíamos ver. Me acuerdo que cuando me levantaron la incomunicación nos vimos. Ni siquiera hablamos porque era como que si nos animábamos a hablar...”

“En un determinado momento –continuó– vino el policía de guardia, me llevó a un cuarto, donde estaba un señor, que después supe que era Baraldini, donde nos decía que podíamos estar en libertad, que íbamos a quedar en libertad, que nos cuidáramos, porque era una ‘libertad condicionada’. Que nos cuidáramos de lo que estábamos haciendo, con quién nos juntábamos, que no podíamos volver a Pico. Me acuerdo que le dije que yo trabajaba en Pico, o sea que sí o sí tenía que volver a Pico, entonces me dijo que me fijara con qué gente cami-

naba en la calle si no quería volver. Más o menos esas palabras. Ahí nos dejaron, nos dijeron que nos podíamos ir, era de noche. Con Raquel me acuerdo que había un señor, un comisario o inspector, que la quería acercar a la casa y ella no quería, bajo ningún punto de vista, así que nosotros pedimos un taxi, fuimos hasta la casa de ella”.

“Lo que nos dijo también esta persona era que nosotros teníamos que constituirnos en el domicilio que teníamos declarado... y cualquier cosa que nosotros tuviéramos que hacer, cualquier movimiento, teníamos que pasar a informarlo, si viajábamos. Yo no podía moverme, mi itinerario podía ser Pico-Santa Rosa o Santa Rosa-Pico, por la familia, lo único que podía hacer era ir a Santa Rosa a visitar a mi familia. No podía ir ni a Winifreda a visitar a Raquel, no podía ir a Quemú a visitar a otra amiga. No me podía relacionar con ninguna de las personas que habían estado detenidas, o que habían estado en la facultad. Era bastante amenazador, te daba miedo, nosotros éramos jóvenes”, dijo Barrios.

La víctima explicó que luego, en junio, quedó cesante en el cargo en la administración provincial: “Fue por los quince días que no pude justificar mis inasistencias, que son los días que yo estuve detenida en la Seccional Primera, del 8 al 20 o 21 de abril. Como yo había faltado al trabajo, me dejaron cesante por esas faltas que no podía justificar y por la Ley 717. Así que volví a Santa Rosa. Empecé a sentir esa cosa de sentirte perseguida o sentirte vigilada, porque por ejemplo, Constantino vivía a la vuelta de la casa de mamá, y podía tranquilamente ir por otra calle, pero él todos los días, una o dos veces al día pasaba por el frente de mi casa despacito, despacito, daba la vuelta en la esquina, como viendo qué podía encontrar o qué podía hacer”. -

Victorio Segundo Vlasich

“Revisaron habitación por habitación con el fusil, la bayoneta calada. Estaban enloquecidos en esos primeros momentos”.

Yerno del entonces gobernador José Regazzoli, Victorio Vlasich fue detenido en la madrugada del 24 de marzo de 1976 por el Ejército. Sería alojado durante dos semanas en la Unidad Penal 4 junto a otros presos políticos.

Victorio Vlasich era esposo de Mireya Regazzoli, hija del gobernador pampeano José Aquiles Regazzoli. El 24 de marzo de 1976 a la madrugada, el Ejército detuvo, en diferentes procedimientos, a la pareja. Estaría dos semanas alojado en la Unidad Penal 4 junto a otros presos políticos.

Vlasich relató cuando el Ejército realizó un operativo en su domicilio de Lisandro de la Torre y Urquiza. “A mí me detuvieron a las 5.30 en mi casa. Mireya no estaba porque esa noche, llamada ‘del golpe’, se había ido a casa de sus padres, porque no se sabía si al papá lo iban a detener o lo habían detenido, y yo me quedé en mi casa con los chicos. Yo creo que fueron a buscar a mi mujer, y como no la encontraron, me levantaron a mí. Así de sencillo. Allí llegaron las fuerzas militares, policiales, eran como veinte, con automóviles, carros de asalto. Revisaron mi casa. Había una vecina que había venido a hablar por teléfono, porque la mamá trabajaba en el hospital y tenía que avisar que no podía ir, así que nos sacaron a la calle, contra la pared a los dos. Después a la chica la retiraron. Y me dijeron que me vistiera”, dijo.

“Lo único violento fue que entraron los soldados con el fusil, la bayoneta calada, cuando había cinco chicos. Estaba también la hija de Cristina Regazzoli, estaba durmiendo en casa. Por eso, si se hubiesen despertado los mataban directamente. Esa fue la imagen. Además que estaban enloquecidos en esos primeros momentos. Revisaron habitación por habitación con el fusil, la bayoneta cargada. Y se encontraron con chicos adentro de las dos piezas o tres habitaciones. Me alcancé a poner un pantalón, los zapatos y un abrigo y no me dejaron alzar más nada”, dijo.

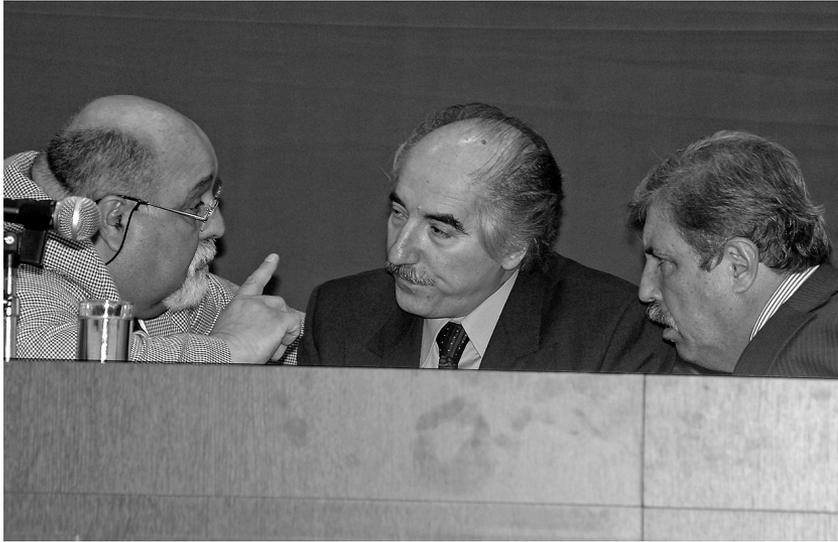
La víctima indicó que lo llevaron “primero hasta la casa de Santes-teban, y también a él le golpearon con la culata la puerta, hasta que salió, lo hicieron vestir y lo cargaron. De ahí fuimos derecho a la Penal”.

En la casa quedaron “solos” los cuatro pequeños hijos de la pareja. Vlasich recordó: “Uno tenía 3 años, la otra 7, el otro 8 y medio, y el otro 9 y medio o 10, y esos chicos quedaron a la deriva totalmente. Nadie podía tener la certeza de cómo estaban, quién había ido, quién no, quién los cuidaba... Estábamos ambos incomunicados y era imposible hablar o manejarse. Y encima la mayor parte de la familia toda presa, mi suegro preso, mi señora presa, el hermano preso, quedaba nada más que mi suegra libre y la otra hermana”.

“Hay que destacar que nosotros teníamos una chica que se llama Esmeralda de la Mata. Yo había hecho un departamentito atrás de la casa para mi papá, y ella dormía ahí y tenía todas sus cosas, porque tenía baño, dos dormitorios, una cocinita. Se ve que cuando se levantó se encontró con el panorama, y tuvo la buena idea de llevárselos a los chicos para Toay, donde vivían los padres y la hermana de ella, para que los chicos fueran a la escuela y no tuvieran las preguntas consabidas ‘¿qué le pasó a tu papá o a tu mamá?’. Que se les hiciera más lio todavía. A los 4 o 5 días, una hermana, que actualmente trabaja todavía en la provincia, Imelda de la Mata y el marido que se llama Lucas, se vinieron a casa con los chicos y se quedaron hasta el día que yo salí. A esa familia, realmente le estoy muy agradecido”, aseguró.

Pueblo chico...

Vlasich recordó que mientras estuvo en la U4 fue trasladado una vez



El presidente del TOF, el juez José Mario Triputti, flanqueado por los magistrados Mario Armando Márquez y Norberto Mario Fernando.

a la Seccional Primera. “Nos llevaron esposados un día, no me acuerdo que día era, pero debe haber sido 11, 12 o 13 de abril, a la comisaria, junto con otros muchachos de Pico. Nos tuvieron hasta el otro día a las 7 de la mañana”.

El interrogatorio en la planta alta fue a cara descubierta. “A mí no me golpearon nunca”, dijo Vlasich. “Yo les dije que mi casa no era un comité político. Les dije ‘no, no es un comité político la casa’, lo que pasa que mi suegro es el gobernador y ‘pueblo chico, infierno grande’. Capaz que tocaban timbre y pedían un colchón, una frazada o cualquier cosa. Y entraba y salía gente siempre, porque él desde que nació el primer nieto fue todos los santos días a mi casa. Sabían que iba desde 1965, o sea que todas las noches, a la tardecita se daba una vuelta, primero por el nieto. En el 73, lo eligieron gobernador y él seguía yendo como siempre, porque él no vivió en la chacra (residencia), vivía en su casa, como gobernador, dormía en su casa”, afirmó.

Vlasich indicó que en la Unidad Penal estuvo incomunicado y no podía ni siquiera tener contacto con los otros detenidos en el pabellón de presos políticos. “Con los únicos que pude hablar, un ratito, cuando fui al baño, fue cuando los trajeron a Gil y Accátoli. Hablamos poco, lo único que se si, estaban con lo puesto. Gil o Accátoli, no recuerdo, se

levantó la camisa o una remera, y tenía desde abajo de la garganta hasta abajo de los testículos la sangre acumulada, pegada al cuerpo. Aparentemente estaban golpeados, porque estaban todos amoratados, como si fuera sangre coagulada”, indicó.

“Después vi a muchos –comentó–, cuando los llevaron a cuatro o cinco de los Beco Rodríguez a Trelew, que los llevaron equivocados, cuando llegaron allá los tuvieron que traerlos de vuelta. Decían que los habían agarrado de ‘pouching ball’ en el avión, a la ida y a la vuelta. Llegaron con los ojos como un tajito. A Bedis lo vi con los pelos parados como en la propaganda de Geniol y a Roma más o menos igual. Tenían una camisa y un pantalón, nada más. Pero el aspecto daba que los habían zamarreado un poco”.

“Teníamos en la celda una ventanita, tendrá 12 por 20, o 15 por 20 centímetros, y se veían pasar al baño a todos. Pasaban y volvían. Al que le veía nada más que la cara fue al juez Juan de Dios Uncal, que era el juez federal. Había bajado como veinte kilos, el hombre estaba como consumido. No sé si por la desesperación. También estaba Brouwer de Koning, estaba el ‘Negro’ Maldonado que era del sindicato de los municipales, Covella...”.

Vlasich resaltó que también estaba el ex diputado nacional Carlos Aragonés, que había estado enfrentado con el gobernador Regazzoli. La víctima señaló: “Los muchachos de guardia de la Penal no dijeron ‘muchachos, no hablen mucho acá porque Aragonés está adentro’ o vino para ‘soplar’ como llaman vulgarmente en la jerga. En aquella época era el contrario de Don José Regazzoli. Mencionaron eso porque los muchachos hablaban por el ‘agujerito’ de la celda y algunos se escuchaban. Estaban uno frente al otro y le hablan al juez Juan de Dios Uncal para que los asesorara sobre tal tema o tal otro tema. Eso se podía escuchar, pero estábamos adentro de la celda. Pasaron muchachos conocidos que dijeron que había entrado Aragonés y ‘tengan cuidado ustedes, no hablen’”.

De regreso

La víctima estuvo detenida hasta el 14 de abril al mediodía. “Yo cal-

culo que eran entre las 12 y las 2 de la tarde, la una de la tarde, que nos largaron juntos, con Santesteban, nos llevaron juntos y nos largaron juntos”, recordó.

“Un muchacho, empleado de la Colonia Penal, de la administración dijo ‘preparen el bolso’, tanto a Santesteban como a mí, que estábamos separados en los calabozos. Que preparáramos las cosas, que le parecía que iba a haber novedades. Teníamos nada, teníamos lo puesto, lo que habíamos llevado y alguna otra pavada. Después vinieron y nos confirmaron que estábamos en libertad y que agarráramos lo poco que teníamos y que nos fuéramos. Y nos fuimos los dos juntos”, dijo.

“Lo duro –continuó– fue que me habían echado dos veces del Banco Hipotecario. Así que tuve que remar por los chicos, la escuela, sin trabajo, sin un mango. Después hice una presentación en el banco, me dieron un certificado en la comisaría. Tuve una entrevista con el presidente del Banco Hipotecario y conseguí un certificado, le hice una presentación a Iriart y la tuve que presentar a través de la comisaría, pidiéndole explicaciones, que me explicara los motivos que originaron mi detención como, asimismo, que yo no tenía ninguna vinculación ideológica que afectara nuestra forma republicana. A los pocos días, no sé si habrán sido cuatro o cinco días, me contestó y me dio un certificado”.

Vlasich afirmó sobre su detención que lo que más lo “martirizó” fue la situación en la que quedaron sus hijos cuando él y su esposa fueron detenidos: “Fue la angustia de no saber, sin saber a dónde o cómo podían estar. Yo sé que tenía amigos y tengo amigos que a lo mejor fueron a mi casa y dieron una mano, y le llevaron comida. Pero es una herida que duele”. -

Edgardo Villarreal

“Los militares me acusaron de que era tirabombas y terrorista”

Llegó a General Pico desde Buenos Aires en 1975 buscando a su esposa. Fue detenido por su militancia en noviembre junto a su pareja, cuando comenzaron las razias de la Subzona 14 en la provincia.

Edgardo Villarreal vivía en Lomas de Zamora junto a su esposa Dully Ginart, oriunda de General Pico. Ambos militaban en el comunismo desde el secundario en la Escuela Agrícola de Miramar, donde eran compañeros de estudio. En noviembre de ese año la mujer junto a su pequeño hijo fue a la ciudad pampeana a la casa de su familia y fue detenida por los militares. Villarreal fue a buscarla, y también sería arrestado por su militancia.

La víctima contó que a su esposa “la llamó el padre desde General Pico, que había un grave problema, porque habían hecho un operativo en la casa de la abuela. Mi esposa llegó a General Pico y días después estaba yo en Buenos Aires, me llama mi suegro, que ya habían detenido a mi compañera, y diciendo que si yo me presentaba, a ella la iban a largar. Yo me presenté, y ahí me llevaron a la comisaría Primera de General Pico. Me llevó mi suegro. Yo era militante de la Federación Juvenil Comunista. Había estudiado Agronomía, entonces me acusaron de que era tirabombas y terrorista. Justo estaba arreglando un techo en Buenos Aires, me había quemado con brea las manos, y por eso fue que me decían que era un tirabombas. Me llevaron a un hos-

pital de Pico, y un militar en vez de agua oxigenada me pusieron alcohol puro, eso me dio mucha bronca”.

Villarreal relató que a su mujer “Cobuta y otro señor, no me acuerdo el apellido, le hicieron un simulacro de fusilamiento cuando la llevaron de la Primera a la Colonia Penal de Santa Rosa, la hicieron bajar del auto y le dijeron que la iban a matar. La asustaron. Después le pegaron una cachetada. Todo el tiempo le decían ‘tu familia no te quiere’. Eso me lo ha contado ella”.

También explicó los porqué de su detención: “Uno presume un montón de cosas, como que el director del colegio en donde estábamos estudiando era nuevo, tenía ideas políticas diferentes a nosotros y uno sospecha de él. Pero no sé, en realidad no puedo acusar a alguien en concreto”.

La misma tarde que fue detenido, Villarreal fue trasladado hacia la Colonia Penal de Santa Rosa. “Me llevaron al Penal y me tuvieron dos días, incomunicado. Nos pasaban la comida por una puertita, yo no le veía la cara a nadie”, relató.

En Santa Rosa

Villarreal y su esposa estuvieron cerca de veinte días detenidos en Santa Rosa a disposición del Ejército. Por ese entonces, en octubre de 1975, el Ejército había sido autorizado por el gobierno nacional a participar de la denominada “lucha contra la subversión” y habían comenzado las razias en La Pampa contra docentes universitarios, médicos y militantes políticos.

Recordó: “En total habrán sido veinte días. Recuerdo que me llevaron a hacer las curaciones al hospital. Eran monjas las que me hicieron todo el tratamiento. Entonces me cambiaron la custodia, de tres o cuatro personas que era gente de Santa Rosa. Empezamos a hablar y yo me hice amigo con esa gente. Ellos llegaban a la noche y dejaban las armas arriba de mi cama. O sea que si yo hubiese sido un terrorista me voy y los mato ahí nomás”.

También habló durante su detención con un sacerdote. “El cura era como cómplice de toda esta situación, porque yo le decía que me pu-

sieran un hábeas corpus, que me dejaran en libertad y no hizo nada. Me llevaron de vuelta a la Colonia Penal de Santa Rosa y luego nos trasladaron a Buenos Aires. Me acuerdo que era una persona como de un metro ochenta, bien elegante, muy bien el pelo. Y yo me daba cuenta que a él mi problema no le importaba. El me hacía preguntas como a quién conocía yo, eran todas así, y cuando yo saliera en libertad le interesaba que volviera a visitarlo”, dijo.

Fue entonces que Villarreal, su esposa y el ex juez Alejandro Marcos Ghigliani, fueron trasladados a Villa Devoto en avión a disposición del Poder Ejecutivo Nacional. “Ahí vino el verdadero infierno mío, de mi vida. Cuando me trasladaban, porque hasta ahí no había sido mucho, junto con Alejandro Ghigliani que era juez de la Corte Suprema de la provincia de La Pampa, me llevaron esposado con él, era una excelente persona, y después nos hicimos como hermanos. Ahí nos torturaron, no nos daban de comer durante dos meses y nos destruyeron físicamente”.

En Devoto y después

Villarreal recordó su calvario en Villa Devoto. “En Buenos Aires creía que iba a salir en libertad. Yo envié un mensaje, a través de la madre de un compañero que estaba preso, que me mandaran un abogado de la Liga Argentina por los Derechos Humanos. Nos mandaron una abo-



Edgardo Villarreal, detenido en La Pampa junto a su esposa Dully Ginart.

gada, que tenía 26 años, Alicia, no me acuerdo el apellido, y la hicieron desaparecer hasta el día de hoy. A mí me quedó ese cargo de conciencia, ¿qué culpa tuvo esa piba para haber desaparecido?”, afirmó.

Su esposa, Dully Ginart, estuvo detenida junto con Lidia Papaleo en Villa Devoto. “Mi esposa ha sido muy amiga de esta señora, Lidia Papaleo, yo la escucho hablar en la tele y todo lo que habla me lo contaba mi esposa. Le habían matado el marido y le habían sacado todo. Mi esposa, para colmo, me echaba la culpa a mí que no quería nunca más verme, decía, porque la culpa era mía que ella estaba sufriendo, lo que estaba pasando”.

Villarreal explicó que con su mujer salieron en el año 1977. “Salimos juntos, porque a ella le dieron unas de las primeras ‘ley de opción’, después del golpe militar, y ella renunció al partido porque la línea de nuestro partido era que si no éramos delincuentes, que demostráramos la inocencia, que uno no se tiene porqué ir del país. Yo en eso estaba de acuerdo, pero ella no. Los padres y los hermanos le hicieron todo el trámite, fue la primera que salió en el diario Clarín. Ella renunció a la opción y se quedó junto conmigo hasta el último tiempo de la dictadura. A mí me faltaba terminar un trámite de excepción al servicio militar, y por estar casado y con un hijo, me llevaron a Azul, por lo que fueron veinte días más. Ahí me encontré con un montón de presos políticos que estaban en un pabellón, que esa gente desaparecía, a esa gente la sacaban y la mataban. Cuando salí fui a buscarla a Pico y los padres no nos querían dar a nuestro hijo. Tuve que volver a Buenos Aires, vinimos con un abogado, y un juez nos dio de vuelta a nuestro hijo”.

Nery Greta Sanders de Trucchi

“¡Yo les decía que no! Pero ellos me obligaban a que yo dijera que sí y me ponían la picana”.

Era empleada de la administración pública cuando fue detenida en enero de 1977 por la Subzona 14. Fue involucrada en una investigación sobre supuestas coimas y torturada para obligarla a declarar.

Nery Greta Sanders de Trucchi no esperaba que ocurriera en enero de 1977 lo que finalmente sucedió. Por entonces, trabajaba como contadora fiscal en el Ministerio de Obras Públicas en el área de control previo y era alumna de la carrera de contador público en la Universidad Nacional de La Pampa. Fue entonces cuando el grupo de tareas de la Subzona 14 fue encomendado para “investigar” las supuestas coimas de contratistas a funcionarios públicos del gobierno derrocado de José Regazzoli.

Fue entonces que Sanders fue secuestrada y torturada para obligarla a declarar en contra de varios empresarios. “Vinieron a buscarme a mi casa, yo en ese momento no estaba, mi esposo en aquel entonces trabajaba en la policía, así que el agente que vino le pidió que cuando yo volviera me acercara a la Seccional Primera. Cuando llegué me dijo y entonces me subí al coche y fuimos. Cuando llegamos me hicieron esperar un momentito, después me dijeron ‘Bueno, pase señora’. Mi esposo quiso pasar conmigo, no lo dejaron”, relató.

La víctima recordó que luego fue “a un cuarto que había ahí, pasada

la mesa de entrada. Me hicieron poner las manos atrás, me esposaron y me vendaron los ojos. Pregunté qué pasaba, por qué era todo eso. Entonces ellos me dijeron que ya me iba a enterar. Subí unas escaleras, me llevaron a una habitación, supongo que sería una habitación, y ahí me empezaron a preguntar”.

“En términos generales –rememoró– lo que ellos buscaban era que dentro del trabajo que yo realizaba podía tener conocimiento de hechos delictuosos, de los funcionarios, del gobernador o de los ministros, que en ese momento estaban. Yo les dije que no. Eso fue suficiente para que comenzaran a castigarme. Me dijeron ‘¿cómo que no? Usted hizo esto, hizo aquello, hizo lo otro...’ ¡Yo les decía que no! Ellos me obligaban a que yo dijera que sí. Me ponían la picana. Entonces, en un momento determinado le pregunté por qué hacían eso. Me decían ‘no, no, no, usted responda solamente lo que nosotros le preguntamos’. Siempre me decían lo mismo: ‘usted responda lo que le preguntamos, no hable de otra cosa más’. Así estuve ese día. Creo que fue a la nochecita, la verdad que ni me acuerdo. Cuando se fue la gente que estaba ahí, varias voces me hablaban, y cuando me quedé un momento sola, sentí una mano que me tocó. Cuando uno está con los ojos vendados, se sobresalta si alguien lo toca. Supongo que era un hombre”.

Nery testimonió que fue torturada, durante cuatro o cinco días, con picana y con cachetadas. A pesar de estar vendada, puedo ver “a dos personas, solamente, lo vi a Fiorucci, porque fue el que me trajo expedientes para que yo los mirara y lo vi a Reinhart, porque a pesar de tener los ojos vendados, él como estaba agachado yo lo pude ver, y además porque lo identifiqué por su voz, porque estaba con la celadora y escuché pasar a alguien hablando y digo ‘¿de quién es esa voz?’, y me dijo: ‘Reinhart’. Y a la oficial le dije ‘¿ese señor es el que tortura?’, y me dijo ‘Sí, pero no se te escape, porque son de la Subzona 14’. La Subzona 14 evidentemente era una mala palabra”.

Sobre el grupo de tareas, Trucchi relató: “Sabía que se había formado acá, no sabía cuál era la función de la Subzona 14 cuando todavía no me habían detenido. Por mi marido sabía que existía, pero ni él me sabía explicar qué significaba, porque era parte de la comisaría. Pero sabía que había una Subzona 14, que estaban directamente bajo el mando, por decir así, de los militares, pero nada más. Sabía quienes eran, si Santa Rosa en aquella época era todavía bastante pequeña como



Nery Greta Sanders de Trucchi junto a su hija, Stella Maris Barrios, también víctima de la Subzona 14.

para conocernos todos, inclusive Constantino es vecino mío. Es decir, siempre el saludo del vecino ‘buen día, buenas tardes’ y nada más. No éramos vecinos de ‘al lado’, estábamos una cuadra y pico de distancia”.

En la Seccional Primera

Sobre su detención en la Seccional Primera, la víctima recordó que “estando en el calabozo, yo estaba en un pabellón que teóricamente era para mujeres, donde había una reja y se entraba a un espacio dónde había a la izquierda tres celdas y un baño a la derecha, vi pasar a mucha gente. A mucha gente que la llevaban, la metían en los calabozos y después, a veces, podíamos charlar un poquito entre nosotros. Cuando volvían, me contaban lo que les habían hecho, en cuanto a torturas y demás”.

“Había un señor –rememoró–, que era sindicalista, Menghi, que me contaba que a él lo buscaban, lo sacaban al campo y lo tenían esposado y vendado, y con los ojos así, lo agarraban unos de los hombros y otros de los pies y lo hamacaban y lo tiraban. Me contó que le habían prendido fuego la cabeza. Después, vi a un chico que fue compañero en la universidad, Ghezzi. Ese chico la pasó muy mal, no tuvo la suerte que

tuve yo, que me sacaron a disposición del Poder Ejecutivo enseguida, y me mandaron a mi casa y se terminó el problema. El estuvo en Rawson, estuvo en otros lados. Estando en el calabozo, un día que lo trajeron, a mí me habían levantado la incomunicación, así que me dejaban caminar por el pasillo, me arrimé a la celda de él y hablamos, un poco yendo y volviendo, yendo y volviendo. Me contó las cosas que le hacían, como lo torturaban. Lo traían de la Colonia, de la Unidad 4, lo subían y lo torturaban. Inclusive lo tenían sin comer. Me acuerdo que en aquel momento había venido a visitarme mi suegro, que era de Buenos Aires, porque mi esposo era de Buenos Aires, me había traído unas manzanas grandotas, enormes, enormes, y yo se las fui a pasar por la ventanita del calabozo, pero no podía porque no pasaba por los cuadraditos y tuvimos que, con las manos y con los filos de los costados de las paredes, poder partirla para pasársela y que pudiera comer algo, porque estaba desesperado de hambre, no le habían dado nada de comer”.

Trucchi relató que “pude escuchar, voces y comentarios de otros chicos que estaban ahí y los traían. De gente que le pasaban esas cosas y después, cuando ya me levantaron la incomunicación, la celadora venía más conmigo y charlábamos y conversábamos, y ella me contaba de casos que habían pasado por ahí, que eran horrorosos, realmente terribles, terribles... Una vez habían traído una chica que daba pena verla, porque estaba destrozada, toda golpeada, toda lastimada, y no la querían llevar al hospital en esas condiciones. Y así como la trajeron se la llevaron”.

Trucchi precisó que estuvo dos meses detenida en la Seccional Primera. “Recuerdo los gritos de la gente de arriba. Yo siempre estaba en la celda primera, al entrar en esa galería que había tres celdas y la claraboya, que tenía un espacio por donde entraba el aire, era verano, estamos hablando de enero, daba posiblemente a la pieza donde hacían estas cosas, así que muchas noches se escuchaban”.

Durante su detención, Trucchi fue atendida por Máximo Pérez Oneto, el médico policial. Al respecto relató: “El doctor Pérez Oneto me atendió, cuando a mí me levantaron la incomunicación, ya había pasado un montón de tiempo de las torturas, junto a una doctora. Fui llevada a una habitación, estaba él y una doctora y me hicieron desvestirse, obviamente desnuda, y me hicieron levantar los brazos, girar, mostrar, querían ver si yo tenía alguna marca en el cuerpo. Ese fue el motivo

por el cual el doctor Pérez Oneto me hizo desvestir, pero nada más”.

Causas de una detención

Trucchi fue procesada por la justicia provincial en una causa por supuestas irregularidades en las licitaciones de Obras Públicas. Además fue prescindida de su cargo en la Provincia. Sobre las causas de su detención, la víctima explicó que “no tuve ningún problema, administrativamente, era una persona que sabía hacer mi trabajo. Mi trabajo era reconocido por mis jefes inmediatos y por los ministros o subsecretarios que me tocaba controlar. No tuve ningún problema”.

“Me tocaba controlar Obras Públicas. En un momento controlé Obras Públicas y Economía porque era un solo ministerio, entonces controlaba los dos, después cuando se separaron controlé Obras Públicas. Siempre estuve relacionada con la obra pública, me gustaba además, me encantaba aprender sobre eso, me apasionaba. A mi trabajo lo conocía y sabía perfectamente bien lo que hacía y eso era conocido por todos los funcionarios”.

“La decepción más grande, el daño más grande que me hizo todo esto, para mí fue que me sentí impotente, porque yo había puesto parte de mi vida en todo ese proyecto. Había hecho una carrera en la administración pública, porque no cualquiera podía llegar a ser un contador fiscal y tener el conocimiento. Lo digo con jactancia, no con vanidad, sino con orgullo, que podría decir que era uno de los mejores contadores fiscales que tuvo el Tribunal de Cuentas. Por ser así, y por haber controlado el Ministerio de Obras Públicas es que me tocó pasar por lo que pasé. Porque es ahí donde ellos buscaban y escarbaban a ver qué se podía hacer. Inclusive estando detenida me traían expedientes de Obras Públicas para que mirara y los revisara, a ver si había algo anormal, que se hubiera hecho o dejado de hacer”, dijo.

En 1983, cuando volvió la democracia, fue reincorporada a la administración pública como buena parte de los prescindidos durante la dictadura militar. Volvió entonces a ser contadora fiscal del Tribunal de Cuentas y del Ministerio de Obras Públicas. La víctima resaltó: “Alcancé a concursar una categoría 1 en el Tribunal de Cuentas. Eramos varias personas, varios contadores de contaduría sobre todo, y lo digo con mucho orgullo, a pesar de haber estado varios años sin trabajar, gané

nuevamente esa categoría y la gané porque yo sabía, yo sabía trabajar, yo sabía actuar y era respetada por todos. No tengo enemigos, a mí la gente me quiere, yo soy la Abuela Nery o la Abu Nery para todo el mundo, para todos los chicos, y soy Nery para mucha gente. No soy una delincuente, soy una mujer que luchó por mantener su familia unida, que luchó por lo mejor para ellos, para la familia, para los hijos”.

Saúl Hugo Santesteban

*“Pude convivir en una ciudad que se había
sometido, que estaba presa del terror”*

Saúl Santesteban era director del diario La Arena cuando fue detenido en la madrugada del 24 de marzo de 1976 en su domicilio. Estuvo alojado en el pabellón de presos políticos durante las primeras semanas de la dictadura.

El 24 de marzo de 1976, a minutos del golpe de Estado, el director del diario La Arena, Saúl Santesteban, fue detenido en su casa mientras su familia dormía en las habitaciones. Allí se realizó un operativo del Ejército y la Policía.

“Era mi tercera detención, ya tenía experiencia, mala experiencia. Mi detención se produjo el 24 de marzo a las 5:30, acababa de cerrar el diario por el golpe de Estado y pasaron pocos minutos. En la casa, de O’Higgins y Moreno, estaba con mi esposa y mis cinco hijos, que estaban en la otra habitación. Cuatro, porque uno de ellos estaba en La Plata estudiando. De pronto, ni sentí los ruidos, viene uno de mis hijos y dice ‘papá...’. Pensé que era un allanamiento, pero no, era algo más. Un oficial que era teniente primero entró en el dormitorio, un oficial del Ejército, no le conozco el nombre, ni me interesó tampoco, con un soldado. Le dijo ‘apunte soldado’. Logré vestirme, y apenas me despedí de mi esposa”, relató Santesteban sobre esas horas.

“Afuera –continuó– tenía un perro con el que había simpatizado

muchísimo, como si adivinara la cosa, ladraba. Me puse ropa y salí al exterior, apuntado con un fusil ametrallador por el soldado. Fuimos a la caja de un camión, que me enteré después que allí llevaban detenido al hijo político del entonces gobernador, a Vlasich, un muchacho con el cual tenía bastante amistad. Así que fuimos los primeros en llegar a la Colonia Penal”.

“No sé por qué razón, pero fue una falla de información, pero a mi madre, ya bastante anciana, enferma, que vivía en Intendente Alvear con una hermana soltera, después que me detuvieron fue la policía de la localidad a buscarme a mí. Pero el comisario ni sabía, porque creían que yo era un jovencito, y estaba mi hermana y le dicen ‘Su hijo’, ‘No, no, es mi hermano’, ‘Ah, ¿no es su hijo?’, ‘¡No!’, dijo, ‘mi hermano que tiene 45 años’. El comisario comprendió bien, no quiso ni siquiera entrar a la habitación donde descansaba mi madre”, relató.

El director del diario había sido detenido meses antes, el 19 de noviembre de 1975, cuando comenzó a actuar la Subzona 14 en La Pampa. “Fue cuando detuvieron a mi cuñado, Raúl D’Atri. Era activo militante y dirigente de Vanguardia Comunista, y con motivo de las razias que hubo en el hospital y en la universidad, él hizo una declaración pública, que por supuesto no debe haber gustado porque fustigaba mucho ese procedimiento. Era el día de su cumpleaños, al mediodía estábamos reunidos mi cuñado, mi señora que era la hermana de él, mi suegro el padre de Raúl. Y poco después de terminar, me hablan por teléfono que había un procedimiento, que la policía había estacionado frente a la casa de mi cuñado y que lo estaban buscando porque estaba prófugo. Después me enteré que se dirigió a mi casa y cuando se retiró de ahí, la policía lo capturó. Antes de eso, cuando me enteré lo que pasaba, dije ‘¿y hay alguien?’. Mi concuñada me dice ‘no, no hay nadie’. Y fui a acompañar a mi cuñada y a mis sobrinos, al rato cae Raúl ya detenido, y en ese momento estaban allí en la casa dos oficiales, el comisario Constantino y Aguilera. Charlamos, y cuando lo llevaban detenido a mi cuñado, Constantino me dijo “usted Santesteban también viene’. Qué iba a resistirme, no iba a hacerme el Robin Hood o el Batman. Así que fui, y con mi cuñado en el asiento de atrás fuimos a la comisaría Primera. Estuvo un momento ahí y a él lo llevaron a la Colonia Penal y a mí me alojaron en las celdas



Saúl Santesteban, director del diario La Arena. Estuvo detenido en la Unidad Penal 4.

de la Primera hasta el día siguiente que recuperé la libertad”.

En la Colonia Penal

Santesteban rememoró que luego de su detención en la madrugada del 24 de marzo fue llevado “a la Colonia Penal, fui el primero con Vlasich, incluso me llegó un poco una chanza que me hizo un guardia-cárcel, de esos conocidos, que me dijo: ‘Che, ¿vos siempre estás a esta hora?’. Era la tercera vez que yo aparecía...”.

“Entonces elegí una celda, un poco por superstición, porque una vez anterior había elegido la celda 313, y ahora la 252. Me gustó el número y entré. Esa celda tenía la ventanilla donde le alcanzan la comida, había una rendija y yo alcanzaba a ver enfrente el lugar donde el fotógrafo del Servicio Penitenciario sacaba fotografías a cuantos ingresaban. Así que fui viendo con gran sorpresa a algunos, hasta completar alrededor de cincuenta”, dijo.

La víctima indicó que vio “a Miguel Maldonado, porque estaba ahí en la espera, Nelson Nicoletti, un amigo de la infancia Pepe Brinatti, los diputados Gil y Accátoli, un ferroviario Victorino García, y un diputado entonces en ejercicio hasta ese momento que era Erberto Cue-

vas. Además Covella, que era ministro de Obras Públicas”.

“Nosotros estábamos incomunicados y algunos agentes penitenciarios cumplían la orden, pero había alguno que en un par de ocasiones, que no sabían hacerlo, nos permitían que nos reuniéramos y charláramos en el hall central”, dijo.

Santesteban rescató que fue interrogado el 5 o 6 de abril en la misma Colonia Penal. “Ahí se constituyó el comisario Guevara Núñez, fue una reunión. Dentro de la situación irregular y del abuso que significaba privarme de la libertad, me interrogó bien, o sea, me hizo algunas preguntas que para mí eran disparatadas, pero que traté de contestarlas”.

“Por ejemplo –continuó– me señalaban si había sido fundador del Partido Vanguardia Comunista. No, no lo era en absoluto. Con algunas personas conocidas de esa corriente, tenía unas discusiones bastantes ásperas, discrepaba totalmente con esa corriente política”.

El periodista afirmó que otro tema fue por algunos artículos que había escrito en La Arena. “Cuando la Policía provincial pasó a depender del Ejército por orden del coronel Camps, en noviembre de 1975, se hicieron unas terribles razias, en varios lugares, pero preferentemente en el hospital y en la Universidad de La Pampa. En una serie de artículos, yo puse de manifiesto lo disparatado que era ese procedimiento, porque no teníamos conocimiento nosotros, que en La Pampa hubiera habido actos terroristas o enfrentamientos de guerrilleros. O esas cosas, nada. Nosotros señalábamos que lo que correspondía no era poner a disposición del Poder Ejecutivo Nacional a las personas sospechosas de actividades, no sé cómo llamarlas, actividades ‘clandestinas’, sino llevarlas ante los juicios naturales y que fueran los que dictaminaran si eran culpables o no”, indicó.

“Eso parece –explicó– lo que disgustó mucho a las autoridades de entonces del Ejército, porque me preguntaron si yo había sido el autor de esos comentarios. Dije que sí, y me preguntaron que cuál era la razón. Si había un Estado de Derecho era natural, era forzoso, era imperativo, era legal, que fueran los jueces naturales quienes dispusieran de la libertad de las personas. Esa fue para mí la pregunta que me dijo por qué estaba allí detenido. No estando en ninguna actividad de tono

militar, por la guerrilla tampoco. Los últimos disparos de armas de fuego que hice en el Servicio Militar fueron tres tiros de carabina, en el Regimiento 4 de Caballería. Así que mal guerrillero hubiera podido ser”.

Ya en libertad

El periodista estuvo tres semanas, hasta el 14 de abril, en el pabellón de presos políticos. Cuando recuperó la libertad, la sociedad había cambiado. Santesteban explicó: “Pude convivir en una ciudad que se había sometido, es decir, en porcentaje fueron muchos más de la mitad de la población la que estaba presa del terror, y uno también lo sentía. Porque ver que personas conocidas o amigas se aproximaban a uno y se cruzaban a la vereda de enfrente, no sea cosa que uno tuviera algo. Había una frase que creo que los Servicios de Información o psicológicos habían sembrado en la población, y la población, decía: ‘y, está preso, por algo será’. Algo más patente fue que algunos amigos de mis hijos, entonces eran adolescentes, se disculpaban con un ‘che, mirá, vos sabes que me vas a perdonar, pero yo no voy a tu casa y vos no vengas a la mía, porque papá es empleado público’. Había un sometimiento a esa operación que ya venía planificada desde Buenos Aires, de las altas autoridades, y copiada y aprendida, posiblemente con asesores extranjeros, como los franceses. Con la diferencia que los franceses, aunque los presos y todas las personas son iguales, mataban extranjeros, y los franceses mataban argelinos, mataban vietnamitas, pero acá eran compatriotas los que mataban”.

Santesteban relató sobre su tarea periodística que en esos tiempos de dictadura “hubo un incidente que la fuerza de los hechos y las circunstancias especiales me hicieron omitir su denuncia. Aunque creo que la denuncia no hubiera tenido ningún resultado práctico y hubiera tenido graves consecuencias. En el pabellón éramos alrededor de cincuenta presos y todos incomunicados. Íbamos de a una persona al baño, vale decir que las necesidades menores las hacíamos en un jarrito dónde después tomábamos agua y después la volcábamos. Entonces los agentes se dieron cuenta de eso y obtuvieron que fuéramos de dos personas al baño. En una ocasión me tocó ir con Roberto Gil al que yo conocía bastante, no era amigo, pero nos conocíamos, dialogába-

mos cuando él era diputado y yo era periodista. Y me preguntó: ‘Che flaco, ¿cómo te trataron a vos?’, ‘mirá, dentro de todo bien’, ‘¿y cuando te interrogaron?’, ‘bien, bien... no me castigaron’, ‘a mí me rompieron el alma mal’. Y se levantó, no sé si la remera o la camiseta, y me mostró todo el abdomen que estaba convertido en una morcilla, era una cosa espantosa. Y yo dije que cuando consiguiera la libertad, si salía en libertad, ‘esto lo denuncio’. Salí en libertad, pasaron dos o tres días, me reintegré al trabajo y di mi propósito de denunciar. ‘Nos quedamos todos sin laburo, cierra el diario, nos meten presos’, me dijeron. ¿Y para qué? Para nada, no había autoridad que se hiciera cargo de eso. Ese fue un cargo de conciencia que todavía llevo, pero hubo que estar en esos momentos para darse cuenta hasta dónde llegaban las prevenciones que uno tenía. Tal era, que en esa época y con la Triple A que fue antecesora directa del terrorismo de Estado del 76, uno veía un Peugeot de los 504 o 404, ese día buscaba otro lugar para dormir, no quería dormir en casa y le decía a mi mujer: ‘Negra, no me busques porque yo me voy’. Y en la casa de un amigo o alguna institución un poco generosa cuyos dirigentes se arriesgaban, pasaba la noche allí, hasta la mañana siguiente. No sé si era exagerado, pero era consecuencia de un estado mental muy perturbado”.

Germán Zolecio

“Mi papá fue, hasta marzo de 1976, un papá y cuando volvió de la detención era otro. Totalmente distinto y deshecho”

Germán Zolecio es el hijo de Héctor Manuel Zolecio, preso político durante la dictadura. Héctor integró el gobierno de José Aquiles Regazzoli como director de Seguridad y fue detenido junto a otros funcionarios vinculados al mandatario. El recuerdo del hijo da cuenta de los momentos y el dolor que tuvieron que pasar las familias de los secuestrados.

Germán Zolecio relató la detención de su padre, Héctor Manuel Zolecio, horas después del golpe de Estado del 24 de marzo de 1976. Por entonces, el testigo era un niño de casi 10 años. “Recuerdo que fue a la mañana muy temprano, porque me vino a despertar para despedirse. Era un día que yo no tenía clases. La gente que vino a buscarlo no recuerdo quiénes eran, sí que era gente de civil, pero no sé quiénes ni cuántos eran. Yo estaba dormido, me despertó, se despidió”.

En ese momento en la casa estaban además su madre y sus hermanas. “En casa –dijo– hubo dos allanamientos. En el primero yo estaba en la escuela. Cuando volvimos la casa ya estaba medianamente acomodada y ordenada, y mi madre en un estado de nervios. Y el segundo no sé si fue pre-avisado o qué, pero nos fuimos mi hermana menor y yo a pasar el día con unos vecinos y ese día hubo otro allanamiento. En el primer allanamiento se llevaron libros, un arma particular de mi padre, heredada de su padre. Se llevaron varias cosas que nunca más

aparecieron. De eso me acuerdo. Me acuerdo esas historias de habérselas contado a mi mamá. Del segundo tengo el vago recuerdo de que fue algo mucho más liviano que el primero. El primero dieron vuelta la casa, tipo película. En el segundo fue como que buscaban algo que no encontraron, una cosa así”.

“El que se llevó los libros, no sabía ni qué se llevaba en realidad. Se llevaron muchos libros. En casa había una biblioteca no muy grande pero interesante. De lo que más recuerdo es una colección de una enciclopedia y como una biografía de la vida y obra de Lenin, que eran varios tomos. Esa desapareció por completo. Y después muchos libros. Para graficarlo, si la biblioteca ocupada un espacio físico de una pared, una tercera parte quedó libre después de eso. Se llevaron muchos libros”, dijo.

Durante días, la familia no supo nada sobre Zolecio. El ex funcionario fue secuestrado durante unos veinte días y torturado por el grupo de tareas de la Subzona 14. Producto de los padecimientos que sufrió, tuvo que ser trasladado e internado en el hospital Lucio Molas. Su hijo rememoró: “No lo pudimos ir a visitar. Lo fuimos a visitar de contrabando al hospital Lucio Molas, porque estuvo internado ahí. Trato de recordar el apellido del oficial que estaba de guardia, no sé si era Miranda o Pereyra, pero me acuerdo perfecto la cara. Era conocido de papá y no se cómo le avisaron a mamá que podíamos ir, no recuerdo si de día o de noche. Pero en una oportunidad recuerdo claramente que estaba internado en una sala, solo, con un policía en la puerta”.

Germán indicó que “en ese momento no tenía conciencia de qué le había pasado. Lo que sí recuerdo es que lloró todo el tiempo mientras estuve en la habitación. Besos, abrazos, fueron dos minutos todo”.

El hijo de la víctima recordó que se enteraría con el tiempo de lo ocurrido a su padre: “Uno fue tomando conciencia de todo lo que había pasado. Amén de haberlo hablado con él en varias oportunidades. Y más siendo uno adulto, yo en esa época tenía 9 años y meses. Nos fuimos enterando de a poco de todo lo que sufrió en esos veintipico de días que creo que fueron que estuvo detenido, o es lo que yo tengo en la memoria. Yo lo escuché contar a amigos de él de torturas, de sesiones de torturas en la Seccional Primera. A la Seccional Primera



Germán Zolecio se retira de la sede del juicio. Relató los padecimientos de su padre luego de su detención.

mi madre iba a tratar de verlo o a llevarle alguna cosa, iba habitualmente. Y a la Seccional Primera lo fuimos a buscar el día que lo liberaron”.

“Él siempre supuso que la aplicación de picana se daba en una especie de mesada o escritorio de metal, que las rodillas le colgaban en esa mesada y la aplicación de picana y la contracción de los músculos. Por eso sufrió muchos años hasta que se operó de cadera, de un dolor muy fuerte en la rodilla, dolores muy fuertes al punto tal de que no lo podíamos bajar del auto, como que se le trababa la rodilla”, afirmó.

En esas charlas, su padre recordaría algunos nombres de los torturadores. Germán contó: “Recuerdo nombres en particular, me acuerdo de Yorio, Fiorucci, de nombrarlos. En realidad, seguro haya nombrado más gente. Yo me acuerdo de esos dos porque hasta no hace mucho le pasaba eso. Lamentablemente mi padre falleció, ojalá pudiera haber estado para que te diera él más detalles. En su momento contó que los interrogatorios eran a cabeza o a ojo vendado y esa era la cosa que imposibilitaba un poco ver quién lo torturaba”.

Germán indicó que su padre contaba sobre la aplicación de picana

eléctrica durante los interrogatorios. El testigo indicó que su madre, para poder acceder a ver a su padre, fue a verlo al obispo Adolfo Arana “para que intercediera, para que lo liberaran”. Zolecio precisó que su padre nunca supo los por qué de su detención: “Los interrogatorios tengo idea que eran preguntas de cosas disparatadas, como preguntarle si había hecho gastos de plata, cosas inventadas. Me acuerdo una anécdota en la que le decían específicamente si él se había ido tal día en un auto oficial a Buenos Aires de joda, hablando en criollo. Le preguntaba cosas insólitas, que no existieron. Yo tenía dos hermanos mayores que vivían en Buenos Aires y militaban en la izquierda y lo amenazaban con que ‘sabemos dónde están tus hijos, qué hacen, los vamos a limpiar’. Más allá de la violencia física, la violencia psicológica también estaba presente”.

Germán recordó también cuando su padre volvió de la cárcel y la tortura. “Mi padre en esa época era un hombre de casi mi edad hoy, 49 años, yo tengo 44. Era un tipo de contextura física grande, sano, con un estado de ánimo normal, de un tipo optimista, divertido. Mi papá era, hasta marzo, un papá y cuando volvió de la detención era otro. Totalmente distinto y deshecho. Estaba deteriorado físicamente y psicológicamente ni hablar. Estuvo con tratamiento psiquiátrico. Por las noches era soñar y gritar. Estaba muy alterado. Y su personalidad cambió, por supuesto. Estaba en un estado de alteración constante, de nerviosismo”. “Tenía la cara –resaltó– de un hombre que estaba mal físicamente. Más allá de su congoja y de su llanto, estaba demacrado, con los ojos muy rojos me acuerdo. No rojos por el llanto, sino con la cara hinchada. Físicamente no era la cara del papá que yo tenía registrado”.

Zolecio padre tuvo secuelas físicas por la tortura aplicada en la Seccional Primera. “A él le apareció una renguera muy importante, en una pierna, que no la tenía. Con lo cual, a los años se tuvo que hacer una operación de reemplazo de cabeza de fémur y cadera. A raíz de ese reemplazo y esa renguera tuvo que terminar cambiándose la otra también porque se había desgastado mal”, explicó.

Germán resaltó también cómo vivió su padre después de estar detenido. El testigo indicó que “era cruzarse por la calle con gente (que lo

había detenido y torturado) o encontrárselo en ámbitos a los que habitualmente concurría. Santa Rosa es chica, podés ir a tomar un café a dos o tres lugares y por ahí caía gente de esta. Eso a él le daba una impotencia y una bronca. Mi viejo algo que nos inculcó o que no nos dejó crecer fue ni bronca, ni revancha, ni venganza, ni nada de eso, sino que él quería que se hiciese justicia. En sus convicciones logró darnos esa cosa de buscar las vías que corresponden a cada cosa, por decirlo de alguna manera. Que se hiciese justicia como correspondía, que se hiciera un juicio”.

Estela Estévez

“Las personas que se mostraban inicialmente muy cálidas y solícitas, dejaron de saludarme directamente cuando fui liberada”

Estela Estévez era docente en el colegio José Ingenieros de Jacinto Arauz cuando la Subzona 14 realizó el operativo contra los “profesores subversivos”. Fue interrogada en la comisaría local y luego quedó cesante de sus cargos. Durante diez años no pudo dar clases.

Estela Estévez tenía 21 años y era docente de Castellano y Literatura en el colegio secundario de Jacinto Arauz en julio de 1976 cuando el Ejército y la Policía, en un operativo ordenado por la Subzona 14, detuvo a varios profesores considerados “subversivos”. Ella vivía en Bahía Blanca y de martes a viernes estaba en la localidad.

El día 14 estaba dando clases a la mañana cuando llegaron los uniformados. “Golpearon la puerta del aula, una señora que yo estimo que sería la preceptora, me dice: ‘Profesora, la están buscando’. Y efectivamente había, cuando salí a una suerte de galería, gente armada. Una chica muy joven, de edad prácticamente pareja con la mía, yo en ese momento tenía 21 años, estaba recién recibida además, con un guardapolvo celeste y otro señor armado me indicaron que subiera a un patrullero. Y dentro del patrullero se me esposa. Pregunté todo el tiempo ¿qué pasa? ¿por qué es esto?, no me respondieron”.

Interrogatorio

La docente fue llevada hasta la comisaría de la localidad. Una vez ahí la hicieron sentar y la encapucharon. Fue interrogada durante horas, hasta esa noche. “Me preguntaban –continuó el relato– sobre todo, la actividad que se realizaba en el colegio, si yo veía algo extraño, la verdad me sorprendió el tipo de preguntas porque no las comprendía. No sabía cuál era la intención. Me preguntaron sobre los contenidos de mis materias. Porque previamente había habido una inspección y evaluaron el programa de la materia, sobre todo de la materia Literatura y consideraron que eran contenidos peligrosos. Me limité a decir, debido a mi inexperiencia, que solamente me había limitado a copiar el índice de los manuales de estudio aprobados por el Ministerio de Educación”.

“En un momento se suspendió el interrogatorio y me encerraron en un calabozo, calculo que habrá pasado hora, hora y media. Me llevaron a ese otro cuarto que no puedo identificar y continuaron las preguntas acerca de varias personas. Del director, del señor Samprón, si yo conocía cuales eran sus ideas, sus actividades, acerca de gente del pueblo inclusive. La verdad, no sabía qué decir, porque trabajando y teniendo la mayor carga horaria, una vez concluidas las clases yo me limitaba a prepararlas para el día siguiente, a corregir. Es decir, no tenía una vida social en Jacinto Arauz era en general sobre las actividades, pero no sobre las escolares de las que yo podía dar fe. Fue, más que nada, de actividades extraescolares. Y a mí se me complicaba mucho aclarar, porque yo me volvía a Bahía Blanca, no participaba. No por desidia, sino por un tema horario. Además, los días viernes, cuando yo volvía, tenía el tiempo exacto para ingresar a otro colegio de las escuelas de la universidad. No tenía tiempo de sociabilizar. Así que no puedo decir nada, ni a favor ni en contra, de las actividades extraescolares”, dijo.

Cerca de la medianoche, concluyó el interrogatorio. “Cuando me sacaron la capucha, que ya era entrada la noche, porque vi a través de una ventana y estaba oscuro, luego tomo conciencia que serían aproximadamente las 23 o 23:30. Me sacaron la capucha y me presentaron un escrito que lo tenía que firmar. Por supuesto no lo leí y lo firmé...”, rememoró Estévez.



Estela Estévez, docente del Instituto “José Ingenieros” de Jacinto Arauz.

Sin trabajo

La docente fue liberada en ese momento y se dirigió hasta la casa de familia en la que vivía mientras estaba en la localidad. “Esa noche llegué en un estado de nervios tremendo. Llamé por teléfono a mi familia para que me vinieran a buscar y así lo hicieron. Posteriormente vinieron las vacaciones de invierno. Eso me sirvió para serenarme y aclarar un poco las ideas, si es que se podía entender esta sinrazón. Reinicié el ciclo lectivo como corresponde y a la semana, el apoderado legal, del establecimiento, me indicó que había sido declarada inhabilitada, cesante. No solo de ese establecimiento sino en todo el país. O sea, yo estuve sin poder trabajar diez años”, resaltó.

Antes de dejar de dar clases en el Instituto José Ingenieros, Estévez repasó que “fueron momentos muy duros, porque las personas que en cierta medida se mostraban inicialmente muy cálidas y solícitas, dejaron de saludarme directamente”.

Estévez, recién recibida, durante una década no pudo dar clases, y tampoco encontró trabajo. En marzo de 1977 fue convocada a declarar en Santa Rosa en el Juzgado Federal en la causa que se había iniciado

por supuesta “subversión” contra el rector Samprón y el resto de los docentes.

Angel Julián Alvarez

“Volví todo golpeado a la Colonia Penal, pero contento de estar vivo. Sabía que podía desaparecer”

Angel Julián Alvarez se recibió de ingeniero agrónomo en Bahía Blanca y llegó a Jacinto Arauz para dar clases. Fue detenido en 1976 por las denuncias que hicieron vecinos sobre los docentes de los que consideraban querían hacer “una pequeña Cuba” en el pueblo. Estuvo más de un año detenido y sufrió torturas en dos centros clandestinos de detención.

Angel Julián Alvarez es ingeniero agrónomo. En 1975 comenzó a dar clases de botánica y producción en el Instituto secundario José Ingenieros de Jacinto Arauz, donde se radicó, y también a ejercer su profesión.

“Yo llegué a Jacinto Arauz porque me había recibido en diciembre de 1974 y fui a buscar trabajo a la Escuela de Agricultura de Bahía Blanca y me encontré con una compañera, Delia Leguizamón, y me dijo ‘¿venís a buscar trabajo acá? ¿Sabés dónde hay trabajo? En Jacinto Arauz, en el Colegio José Ingenieros. Porque yo me vengo, no puedo estar más allá’. Entonces le dije a Samprón, que también estaba sin trabajo, él había estado en la Escuela de Agricultura y quedó sin trabajo. Ya había una persecución política e ideológica. Y juntos nos fuimos a Jacinto Arauz, donde yo tenía varios amigos o conocidos, porque mi abuelo vivió ahí, mi padre vivió ahí. La panadería La Espiga de Oro era del hermano de mi abuelo, la construyó él, la hizo él. Era una familia de Jacinto Arauz, los Alvarez. Julián Alvarez, mi abuelo, vivió en

Jacinto Arauz, tuvo una quinta. Trabajó en la panadería, murió en la panadería esa. Yo era el hijo de Antonio Alvarez, conocido, me resultó fácil habituarme”, recordó.

Pero el 14 de julio de 1976, su vida cambió. Ese día, luego de inspecciones de las autoridades escolares y de investigaciones de la Subzona 14 que señalaron al colegio como un lugar de enseñanza “del marxismo”, se realizó un operativo. Él fue uno de los blancos.

Alvarez recordó: “Ese día ingresé al colegio, a clase, iba a tomar un ejercicio de producción y, cuando habíamos empezado me llamaron para que salga al pasillo. En ese momento, cuando salí, vi que había personas de civil con armas y personas uniformadas, que no recuerdo qué tipo de uniformes tenían. El civil era un muchacho de pelo rubio, con un saco de invierno medio celeste con unos cuadros. Me comentaron que le decían ‘El Ruso’. Me identifiqué y me llevaron hacia un móvil de la policía. Después me esposaron, me encapucharon y hubo un recorrido que yo supuse fue a la comisaría. Ahí me tuvieron un tiempo. Luego comenzaron los interrogatorios que tenían que ver con mi actividad en el colegio. Interrogatorios que eran sobre mis compañeros de trabajo, sobre algunas personas del pueblo, pero sin demasiada precisión. Eso estuvo acompañado de golpes, patadas, golpes en el estómago y, más tarde, con algunas caricias y después golpes sucesivos. Con acomodarme la ropa y volverme a pegar y con algunos efectos de electricidad. Que fue por la ingle y por las partes más bajas de las axilas”.

“En determinado momento me dicen ‘vos mataste a esos tres tipos que aparecieron en Bahía’. Y yo dije ‘no señor, está loco, yo no maté a nadie’. Y ese ‘está loco’ me produjo un montón de golpes e insultos, porque le había dicho loco. Entonces me di cuenta que era una represión generalizada. Había una ‘presión’ para ver si aparecía algo”, dijo.

El docente indicó que “el interrogatorio estaba basado en cosas no muy precisas, porque no había un delito especificado ni evidenciado sobre el cual se pudiera preguntar. Sino sobre accionar, sobre pensamientos, sobre qué hacíamos y no hacíamos. Hubo una parte que recuerdo. Yo trabajaba en la cooperativa agrícola también, y junto con el INTA, habíamos establecido una campaña para combatir la plaga amarilla, que es una maleza por la que se pierde el 30% de la produc-

ción del trigo. Teníamos planos de la zona para aplicar otro herbicida donde había alfalfa y se aplicaba un herbicida selectivo para alfalfa. Entonces, para mostrarle al piloto los campos donde teníamos alfalfa, habíamos marcado con banderillas para que el avión lo pulverizara con herbicida. Y me preguntaban sobre esos planos, que esto, que el otro. Los interrogatorios fueron de ese tipo. Después me hicieron firmar. Yo leí en forma rápida, porque estaba totalmente atormentado por lo que había sucedido, y había cosas que no merecía volver a repetir porque había cosas puestas, nombres, y yo los reiteraba...”

“Terminó una sesión de tormentos y me sentaron en una habitación solo, estuve un rato ahí. Sentía olor a humo, entre ellos se reían. Me volvieron a sacar, yo no sabía dónde estaba, porque siempre estuve encapuchado. A veces veía por debajo de la capucha algún botín, alguna ropa de uniforme pero no vi el rostro de nadie. Después me llevaron de vuelta. Por algunos comentarios supe que me habían llevado a la Caminera. En un momento hubo una suerte de simulacro de fusilamiento, o sea ‘a este lo vamos a matar, lo vamos a fusilar’. En un momento sentí que estaba al lado de Samuel Bertón, porque sentía su mameluco, sentía olor a gasoil. Su mameluco de mecánico y además se sentía su voz, su susurro”, dijo.

Alvarez resaltó que en un determinado momento escucharon “unos gritos, decían ‘acá falta un gallo, acá falta un gallo’. Un revoloteo bárbaro otra vez, arriba todo el mundo, correr de aquí para allá. Después nosotros supimos que era el profesor Quartucci que había desaparecido del lugar donde estaba. Así transcurrió ese atardecer hasta la noche, donde hicimos un viaje muy largo. Nos dejaron orinar. Finalmente llegamos a un lugar, nos sacaron la capucha y estábamos en la Colonia Penal de Santa Rosa”.

Otra vez la tortura

“Nos hicieron la identificación, nos colocaron en una celda individual. Yo sabía que los que habían sido detenidos estaban conmigo, todos juntos en una celda. Trajeron una cena, asado frío y pan y así transcurrió la noche. Dormí. A la mañana estábamos en pleno régimen carcelario, me dijeron que estaba incomunicado, totalmente cerrado.

Así pasé varios días incomunicado. Vi algunos que estaban presos, pedían que nos identificáramos. Yo por la ventanilla me identificaba ‘soy un profesor de Jacinto Arauz’ y así estuvimos unos días hasta que, en un oportunidad, me dijeron que me preparara y al atardecer me volvieron a sacar de la Colonia Penal y me llevaron en una camioneta, creo que de la policía. Yo estaba totalmente asustado, les dije ‘¿a dónde me llevan?’ y me dijeron ‘no te va a pasar nada, te llevamos a un lugar, no te va a pasar nada’. Me encapucharon otra vez, me colocaron en una casa, desconozco dónde era, pero era cerca porque el viaje no fue largo. Y otra vez tormentos, el submarino, patadas, una bolsa de polietileno (en la cabeza). No podía respirar. Golpes en los oídos, patadas. Hasta que preguntaban otra vez. Reiterando las preguntas anteriores. Luego apareció una voz que dijo ‘bueno, paren, acá no hay nada’. Me secaron, me llevaron, me sacaron la capucha. Volvió este señor que no recuerdo, pedí un vaso de agua y me dijo ‘¿viste?, no te pasó nada’. Volví todo golpeado a la Colonia Penal, pero contento de estar vivo. Sabía que podía desaparecer. Después nunca más me sacaron para hacer una sesión de tormentos”.

Durante semanas Alvarez y los otros detenidos en Jacinto Arauz estuvieron presos en la Unidad 4 sin que sus familiares supieran sobre su paradero. “Mi padre era militar, era suboficial de Marina retirado en 1957. Toda mi familia estaba vinculada a la Base Puerto Belgrano. Y un tío mío, que era mi padrino, era personal civil de la Base Puerto Belgrano y fue con la credencial de las Fuerzas Armadas y dijo en la Penal ‘soy de las Fuerzas Armadas, quiero hablar’. Lo dejaron entrar y habló, no me acuerdo con quién, y ahí llevó el dato de que estábamos allí. Nosotros desesperadamente les decíamos a los presos políticos que conocimos en el Penal, como Covella, Accátoli, Roberto Gil, Maldonado... Cuando les pudimos decir algo, ellos les dijeron a sus familiares en la visita, que estaban los profesores de Jacinto Arauz y eso se fue transmitiendo. Hasta que un día tuvimos una visita y estaba mi mamá, mi tío. Nosotros le contamos en términos generales lo que había pasado a nuestros familiares”.

“Después vino la parte judicial, cuando nos tomó declaración el juez Lema que posteriormente dictó la prisión preventiva que nosotros objetamos, no íbamos a firmar por las cuestiones que decía el expediente.



Ángel Julián Álvarez fue torturado en los centros de detención de Jacinto Arauz y en Santa Rosa.

Nos parecía completamente absurdo. Pero igual lo tuvimos que hacer, nos dijeron que podíamos poner abogado, pero nadie quería ser abogado de un preso político. Yo me decidí por el defensor oficial. No teníamos delito, era la ley 20.840, con todo lo que decía, de seguridad nacional. El defensor oficial trabajó sin que nosotros prácticamente lo conociéramos. Un día nos hizo algunas preguntas, nos hizo dos o tres preguntas y siguió el proceso. Al año, el 11 de julio de 1977, fue y dijo ‘ustedes se van’. Por Pozo Grados y por mí. Estábamos ya en la Unidad 13 donde nos habían pasado, era la cárcel de encausados. A la semana nos dieron el sobreseimiento que está en el expediente y quedamos en libertad”. En total, Alvarez estuvo detenido 362 días.

La “pequeña Cuba”

Los detenidos en Jacinto Arauz pudieron saber que hubo personas de la localidad que ayudaron con sus comentarios a despertar sospechas sobre ellos y a alertar al Ejército. Por supuesto, con cuestiones infundadas y muchos rumores.

Alvarez indica sobre esta cuestión: “Yo tenía una vida social activa. Provenía de una universidad, de una vida estudiantil, del centro de es-

tudiantes, tenía participación en el centro de estudiantes. Una vida activa, practicaba deportes y había gente que tenía un prejuicio acerca de jóvenes que se expresan libremente, que quieren hacer las cosas, de la libertad, la participación social. Pero uno estaba tan seguro de que lo que estaba haciendo estaba bien. En mi casa mi padre, que había sido militar, hablaba de política. Se hablaba de todos los temas, un hogar libre, de pensamiento libre. Uno podía decir ‘estos hablan porque andan viendo brujas’. O sea, sospechábamos que había eso”.

“En ese marco, la mayoría de los productores agropecuarios de Jacinto Arauz, son en gran parte evangélicos valdenses, con una impronta de la preocupación social importante. Y que tiene una vida acrítica hacia una sociedad autoritaria. Rápidamente, hicimos amistad y convivencia con esa gente. Eso fue tomado, creo yo, como una asociación subversiva. Sabíamos que había algunos que decían ‘estos productores Vigna, Bertón, el Vasco Belcha, son de izquierda’. Uno estaba en la Federación Agraria Argentina, existía eso. Pero nunca pensamos que eso que creíamos que era una sociedad rural, que era una sociedad que se expresaba con sus distintas líneas religiosas y políticas, podía ser interpretado como una célula subversiva y como salió en La Nueva Provincia, un foco de subversión ideológica en el este de La Pampa y pueblos vecinos. Sabíamos que existía eso, lo que no sabíamos era la consecuencia de eso. Subestimamos esas consecuencias”.

“En un momento, una profesora de actividad práctica quedó embarazada y solicitaron un profesor de actividad práctica. Entonces me dijeron a mí, si podía hacerle alguna labor para que jueguen los chicos. Era jardinería. Como enfrente de la escuela había una casa abandonada, yo solicité la autorización para hacerlo ahí. Por intermedio de mi tía, que había ido a la escuela con la intendenta cuando eran chicas, se me puso una canilla, cogí la manguera y los chicos llevaron herramientas y, en la hora de actividad práctica, preparábamos el jardín de la plaza que está en frente de la escuela. Esto fue interpretado como ‘estos profesores quieren hacer del colegio una pequeña Cuba, los hacen trabajar’. Es tan absurdo ese pensamiento que nosotros nos reímos de eso. Los chicos estaban felices. Además estábamos seguros de que contribuíamos a otro tipo de formación, que es la formación de estar vinculados al ambiente agropecuario, al suelo, a la tierra, a la res-

ponsabilidad de mantener una plaza como debe mantenerse. Evidentemente, no fue interpretado así por algunos vecinos, que decían ‘tienen pensamiento de izquierda, quieren hacer una pequeña Cuba’. Eso es una anécdota”.

Pedido de perdón

Al recordar el caso y los días de la tortura, la víctima resalta: “Yo no podía magnificar las consecuencias que iba a tener ese operativo que, después supe, fue un operativo inmenso. Con la participación de muchísima gente. Después hablando con los que fueron detenidos conmigo, pensamos que íbamos a tener la libertad a los pocos días, uno por el interrogatorio que nos habían hecho, y por lo que habíamos declarado. Sabíamos que no habíamos cometido ningún delito. Pero después nos fue asombrando el camino que fue llevando todo eso. Uno empezó a tener otra visión de lo que realmente estaba sucediendo, de lo que habían pretendido hacer con uno. Después, cuando salí, fui a visitar, a saludar a algunas personas. Me encontré con un policía que me pidió perdón, en Jacinto Arauz, yo lo conocía. Y me pidió perdón. Yo valoré mucho esa actitud. “Nosotros no quisimos hacer esto, yo sólo te llevé hasta ahí”. Obviamente no dije absolutamente nada. Jugábamos al fútbol juntos. Yo entiendo perfectamente lo que fue esto y, en una oportunidad, no recuerdo por qué, tuve otra conversación con el juez Walter Lema y me dijo ‘¿vió que salió en libertad?’. Sí, pero con un proceso tortuoso y deficiente”.

Alvarez relató que fue a buscar al Juzgado Federal el expediente sobre su causa. “Quería saber cómo se había iniciado la causa. ¿Quién inició esa causa? Si se cometió tal delito, vamos a ver ese delito. Entonces leí muchas cosas, personas que informaron sobre nuestra forma de pensar, nuestra forma de actuar, sobre los modos de vida, incorporando toda esa cuestión de pensamiento/modo de vida a términos subversivos que produjo lo que produjo, sin razón e injustamente”.

“Después, no recuerdo si me lo dijeron o lo leí, la causa se inicia por la denuncia de un hombre del Centro de Información de la Marina, creo que el comandante Cora y de ahí se lo pasa al comando de la Sub-

zona 14. Y el comando empieza las investigaciones y deriva en investigar lo que decían los inspectores de Educación. Que detallaban qué libros se veía, qué había escrito en los bancos, si los alumnos tenían el pelo más corto o más largo, y por ahí se decía ‘no se encontraron elementos de propaganda subversiva, pero si el accionar tiene que ver’.

Juan Carlos Scheck

“Los militares estuvieron dos o tres días con el pueblo tomado”

Juan Carlos Scheck era estudiante de quinto año en Jacinto Arauz cuando el 14 de julio de 1976 el Ejército irrumpió en la localidad para detener a sus profesores.

Cómo vivió la sociedad local el operativo.

Juan Carlos Scheck estaba en el último año del secundario en 1976 cuando se produjo el golpe militar. El 14 de julio, mientras estaba en clase en el Instituto José Ingenieros de Jacinto Arauz, el Ejército irrumpió en la localidad y detuvo a sus profesores.

Scheck recordó sobre ese día: “Empezaron las clases como todos los días, creo que alrededor de las ocho menos cuarto era el horario de la primera hora de clase. Estábamos, si mal no recuerdo, con el ingeniero Álvarez que era profesor nuestro. En un momento alguien del colegio lo llama desde la puerta para que saliera y nosotros nos quedamos solos. Era bastante común porque en esa época había un solo teléfono en el colegio y, por ahí, lo podían llamar por alguna razón. Así que a nosotros no nos extrañó nada en ese momento. Estuvimos un rato esperando, hasta que un compañero intentó abrir la puerta para ir al pasillo y alguien le dijo que nos quedáramos adentro. Nos llamó la atención, no sabíamos qué pasaba. Abrimos una de las ventanas que daba a una pequeña plaza, a la calle que daba a una placita, y ahí vimos que estaba lleno de vehículos militares. Estaba rodeado el colegio por

el Ejército”.

“Había muchos militares, muchos vehículos. Y ese era el movimiento que había. Nosotros nos enteramos ese día lo que estaba pasando. Inclusive estuvieron, no recuerdo cuántos días, pero me parece que estuvieron dos o tres días con el pueblo tomado. Nos enteramos después, cuando nos habíamos ido del colegio, que los profesores habían sido detenidos y se los habían llevado. Y después no tuvimos más noticias de ellos, prácticamente”, precisó.

Scheck rememoró cómo el operativo se metió en la vida del pueblo y cómo casi allanaron su vivienda. “Hubo una noche –indicó– que fueron a mi casa, no revisaron porque mi mamá se asustó tanto que no les abrió. Golpearon la puerta, no les abrió y entraron por un costado a una habitación contigua que era otra casa en la que dormía mi hermano que conoció a uno de los que andaba en el operativo. Mi hermano había hecho el Servicio Militar un año antes o algo así, aquí en Toay, entonces lo conocía de ahí. Le preguntó quiénes estaban al lado y le dijo ‘mis padres’, que estaban durmiendo, y se fueron. No entraron a mi casa”.

El alumno fue llamado también durante esos días a la comisaría local, donde se había torturado a varios docentes. Scheck precisó que “un día de esos se acercó un agente, y le dijo a mi madre –yo no estaba–, que tenía que presentarme en la comisaría a llevar carpetas de literatura, de historia. Así que yo no sé si fue ese mismo día o al día siguiente que me presenté y las entregué...”.

“A mí me atendió un señor, que estaba de civil, que me hizo algunas preguntas. Me preguntó de qué se hablaba en la hora de clase, y yo le contesté ‘se habla de lo que dicen los programas de las materias, no se habla de otra cosa’. Fue muy cortita la charla que yo tuve con esta persona, no recuerdo que me haya preguntado alguna otra cosa”.

Scheck indicó que luego “fue difícil retomar las clases porque había mucho miedo. Vinieron unos profesores nuevos y, como pudimos, terminamos el año. Estábamos a esa altura a mitad de julio. En noviembre terminaban las clases. Los alumnos no sabíamos dónde estábamos parados. No podíamos entender lo que había pasado porque, para nos-



El ex coronel Omar Greppi, fue secretario general de la Gobernación en 1976 y oficial de Inteligencia del Ejército.

otros, era normal la forma de dictar las clases. Teníamos buena relación con los profesores, sin que nos significara que hubiera falta de respeto ni nada por el estilo. Imagino que sería similar en esa época en todos los colegios de la provincia, porque supuestamente tendríamos programas similares.

A mí me llamó mucho la atención todo esto que sucedió. Y lo que sucedió después y que nos enteramos después. Luego yo comencé a estudiar en Santa Rosa. Lo que se comentaba en esa época era que podíamos tener problemas con el título secundario, que no iba a servir y todas esas historias, pero realmente no sucedió nada. Yo no tuve problemas y creo que mis compañeros tampoco”.

Olga Edith Juárez

Los ausentes, presentes

En el juicio oral y público a los represores de la Subzona 14 declararon muchas de las víctimas del grupo de tareas que funcionó en La Pampa y de varios familiares. Después de 26 años de iniciada la investigación por los secuestros y torturas cometidos en la provincia durante la dictadura militar, algunos de los detenidos políticos que habían prestado su testimonio entonces habían fallecido al momento de reiniciado el proceso judicial. Es por ello necesario rescatar alguno de esos testimonios realizados ante la Justicia en los años 80.

Uno de los casos que se investigó y esclareció en la causa 13/09 que llegó a juicio en 2010 con la condena de los integrantes del grupo de tareas de la Subzona 14 fue el de Olga Edith Juárez, propuesto por la Fiscalía y las partes querellantes por privación ilegal de la libertad y torturas. Juárez fue detenida ilegalmente en la ciudad de General Pico el 22 de abril de 1978 y se la trasladó a la Brigada de Investigaciones de Santa Rosa, ubicada en Raúl B. Díaz y Río Negro, donde fue interrogada, golpeada y torturada. Fue en el marco de una investigación por el crimen de una mujer en Intendente Alvear, cuyo homicida fue descubierto poco después.

Ella había prestado declaración sobre su caso en 1984. Cuando se estaba por iniciar el juicio en 2010, la Secretaría de Derechos Humanos de La Pampa intentó contactar a Olga para notificarla que su caso se

trataría en el histórico proceso, y que tendría la oportunidad de prestar declaración testimonial en calidad de víctima. Desde el organismo se la buscó en la dirección indicada por el Tribunal Oral Federal de Santa Rosa en el barrio Villa Germinal de Santa Rosa, pero allí ya no vivía. Los vecinos no la conocían. Se realizaron consultas a la Policía de la Pampa, a la Policía Federal Argentina y a otras víctimas y testigos. Pero no se la pudo ubicar. El testigo policial Marcelo Cuadrado de General Pico, dijo que la recordaba como “una chica muy buena, de Intendente Alvear, que se había venido trabajar a Pico en el servicio domestico. A ella la acusaron injustamente de un crimen en el que nada tuvo que ver”. También comentó que él, como personal policial, la había notificado cuando la detuvieron y la trasladaron a la comisaría de General Pico. El entonces gobierno militar de La Pampa no podía permitir que se cometiera un crimen en la provincia sin su debido esclarecimiento. El Ejército habían llegado para “imponer el orden y la seguridad”, y a este hecho delictivo había que resolverlo de cualquier manera. Su caso fue tan absurdo como injusto, por lo que la Secretaría hizo todo el esfuerzo por encontrarla. Se supuso que podría estar en otra provincia y se buscó a sus familiares, pero tampoco fueron hallados. Finalmente se consultó a la Secretaría Electoral del Juzgado Federal de Santa Rosa, donde informaron que Olga Juárez figuraba en el Padrón electoral como fallecida, por lo que se solicitó al Registro Civil el Certificado de Fallecimiento respectivo. Olga había fallecido el 27 de mayo de 1987 en el Hospital Lucio Molas de la ciudad de Santa Rosa, víctima de una cruel enfermedad.

La Secretaría de DDHH consideró que su testimonio debía formar parte de este libro y así rendir un homenaje a esta victima que murió sin saber que 32 años después de haber sido secuestrada y torturada, sus victimarios serían condenados por el Estado democrático.

Historia que no debemos olvidar.

En su testimonio realizado en las Actuaciones Administrativas ante el Ejecutivo Provincial en el año 1984, Olga Juárez expresó que en el mes de abril de 1978 fue trasladada desde General Pico a Santa Rosa. Había sido detenida por personal policial perteneciente a la Subzona 14, específicamente por una comitiva integrada por Roberto Escalada,



Frente de la Seccional Primera en la actualidad. Allí funcionó el mayor centro clandestino de detención de la provincia.

Roberto Fiorucci y un agente de apellido Sosa. Llegó esposada con las manos a la espalda dentro de un Ford Falcon verde hasta arribar a la Rotonda del Avión de Santa Rosa, sobre la ruta 35. Allí sus captores la cambiaron a un Ford Falcon blanco, donde estaba encontraba Juan Carlos Hadad. Era el esposo de la mujer asesinada en Intendente Alvear y Juárez lo conocía de esa localidad y habían sido amigos. El hombre estaba en muy mal estado físico, esposado y con sus ojos vendados. De allí se dirigieron a la Brigada de Investigaciones, ubicada en la calle Raúl B. Díaz y Río Negro, donde fue alojada en una celda. A la media hora fueron Fiorucci y el mayor Luis Baraldini y le pidieron que confesara con qué elemento habían matado a la esposa de Hadad. También si conocía a Rubén Hugo Marín, ex vicegobernador de la provincia entre 1973 y 1976. Baraldini, además, la amenazaba con que iba a morir si no decía la verdad y que de todos modos después la diría.

Olga indicó en su testimonio que dos horas después fue llevada al interior del edificio y allí interrogada a golpes de puños en su cara y pecho y le aplicaron la “picana eléctrica”. Esa situación de castigos se prolongó por una hora y media, colocando los represores una radio a todo volumen para tapar sus gritos. Posteriormente fue llevada al calabozo que estaba al fondo del inmueble y fue atendida por los agentes

Sosa y Brizuela que incluso le dieron alimentos que llevaron desde sus domicilios. La víctima manifestó que a la celda concurría asiduamente Athos Retta, quien la interrogaba sobre el hecho de la muerte de la mujer de Intendente Alvear y la amenazaba continuamente con castigos físicos en caso de no hablar y colaborar con ellos. Se hallaba también el oficial Carlos Reinhart, quien manejaba la “picana eléctrica”, y en una oportunidad al llevarle los alimentos a la celda pretendió propasarse con ella. Manifestó que quien la incitaba a mantener relaciones sexuales con él, en forma asidua, era el oficial Fiorucci. Todos los mencionados participaban en los interrogatorios y las torturas a las que fue sometida. Desde su celda se escuchaban las voces de otras detenidas, pero los uniformados le decían que eran “locas”. Sosa y Brizuela le contaron además de los serios castigos a los que fue sometido Hadad.

Juárez fue luego trasladada a la Seccional Primera, ubicada en avenida Belgrano, y estando allí alojada, fue interrogada diariamente por Fiorucci. Esta situación se prolongó hasta el 1º de mayo de 1978 cuando fue liberada juntamente con Hadad. En 1984, durante la instrucción policial, ratificó íntegramente sus dichos, ampliando sus conceptos y agregó que Fiorucci la sometió durante su detención a “manoseos corporales”. Al salir en libertad le dio dinero, que posteriormente devolvió, para que viajara a General Pico, concurriendo días después al domicilio de ella, donde le volvió a proponer relaciones sexuales y ante su negativa, no lo volvió a ver más. Con respecto a Reinhart, dijo que él le aplicaba la picana ya que cuando se hacían las sesiones de torturas se llamaban por sus apodos y en una oportunidad a uno mencionó ese apellido. Explicó además que cuando pidió un abogado, Fiorucci le indicó que no podía porque estaba a disposición de la Subzona 14. Juárez ratificó además que fue golpeada, maltratada y “picaneada” en la Brigada Investigaciones y que en la Seccional Primera el trato fue correcto.

Finalmente, en el mes de mayo de 1978, Olga Edith Juárez recuperó su libertad al esclarecerse el crimen de la esposa de Hadad. En Intendente Alvear había sido detenido un peón rural, quien confesó el brutal asesinato.- Su caso fue un testimonio más de la falta de garantías legales y del avasallamiento de los derechos humanos fundamentales durante la vigencia del estado de facto.

El juicio y castigo

El juicio oral y público a los represores de la Subzona 14 se desarrolló entre el 2 de agosto y el 16 de noviembre, cuando se conoció la sentencia, de 2010 en la sede del Colegio de Abogados de Santa Rosa. Nueve ex oficiales del Ejército y de la Policía pampeana fueron juzgados.

El 19 de julio, días antes del inicio del juicio, los integrantes del Tribunal Oral Federal de Santa Rosa, los jueces José Mario Triputti, Eugenio Krom y Mario Armando Márquez, ordenaron la detención de los diez acusados. El tribunal decidió apartar de la causa 13/09 solamente a Iriart, que con detención domiciliaria en Buenos Aires no podía ser trasladado por razones de salud. Para entonces, se le había dictado la falta de mérito a Amarante. En tanto Escalada y Cobuta habían fallecido.

El juicio comenzó el 2 de agosto y hasta el 3 de noviembre transitó frente al tribunal para declarar parte de las 28 víctimas, testigos de las detenciones, familiares y ex policías. En total fueron 126 las declaraciones. Durante las audiencias se pudo escuchar cómo fueron los secuestros y las torturas a las víctimas, y surgieron nuevos casos que están siendo investigados en la instrucción de la causa 615/10, conocido como “Juicio de la Subzona 14 II”. Hubo varios ex policías a los que se acusó de falso testimonio y de complicidad con los hechos juzgados, y también hubo dos detenciones.

El 2 de noviembre fueron los alegatos y al día siguiente las réplicas. Los represores, finalmente, prestaron declaración indagatoria, intentando exculparse. En tanto, dos casos ocurridos antes del 24 de marzo de 1976 no fueron considerados por los jueces por haber ocurrido

antes de esa fecha.

Luego de tres meses de audiencia, todos los imputados fueron condenados por dos delitos: privación ilegal de la libertad, agravada por el uso de violencia y amenazas, en algunos casos doblemente agravada por duración de más de un mes; y aplicación de tormentos psíquicos y/o físicos agravados por resultar las víctimas perseguidos políticos.

El 16 de noviembre se conoció la sentencia. El único militar del grupo de represores pampeanos, Néstor Omar Greppi, fue condenado a 20 años de cárcel por cuatro privaciones (una doblemente agravada) y tormentos en dos oportunidades. El TOF lo consideró como el jefe máximo del grupo porque lo condenó en calidad de autor, mientras que al resto se los denominó coautores. Constantino a 20 años de prisión por 18 hechos de privación ilegítima y 6 de tormentos; Aguilera, recibió 20 años de prisión por 18 privaciones y 7 casos de torturas; Fiorucci, 20 años por 24 privaciones y 13 tormentos; Reinhart, 20 años por 23 detenciones ilegales y 10 casos de aplicación de tormentos; Cenizo, 14 años por 23 privaciones y 9 hechos de torturas; Reta, 12 años por 12 privaciones ilegales y 6 tormentos; Yorio, 12 años por 9 detenciones y 6 casos de torturas; y Marenchino, 8 años de prisión por 5 privaciones y 3 hechos de torturas. Todos quedaron alojados en el pabellón para detenidos por delitos de lesa humanidad en la Colonia Penal U.4 de Santa Rosa, del Servicio Penitenciario Federal.

En septiembre de 2013 la Corte Suprema de Justicia de la Nación, avaló lo actuado por el Tribunal Federal Oral de nuestra provincia, dejando firmes las históricas condenas dictadas el 16 de noviembre del año 2010.

Oficio n° 230/2010
SANTA ROSA, 2 de diciembre de 2010.
Señor Gobernador de la Provincia de La Pampa
C.P.N. Oscar Mario JORGE
S / D. CIUDAD.

Tengo el agrado de dirigirme a Ud. en mi carácter de Presidente de este Tribunal Oral, con el objeto de agradecer en mi nombre y en el de mis colegas integrantes de este Cuerpo, la colaboración prestada por el Gobierno de la Provincia de La Pampa, al facilitar recursos humanos y técnicos para llevar a cabo la audiencia de debate de la causa n° 13/09 que tratara sobre delitos de lesa humanidad.

Durante los cuatro meses y medio que se prolongo este histórico debate, desde el 2/08 hasta el 16 del actual mes y año, hemos contado con la colaboración permanente de la Secretaria de Derechos Humanos de la Provincia de La Pampa, que incluso con anterioridad al inicio del juicio, se ofreció a llevar a cabo tareas conjuntas para facilitar la notificación y traslado de los numerosos testigos que concurrieron a prestar declaración.

La presencia cotidiana, la buena voluntad y disposición de los integrantes de dicha Secretaria en todas las jornadas en las que se desarrollo este juicio, resulto un aporte por demás valiosos en la administración de justicia.

Por ello debe destacarse la labor del señor Rubén FUNES y del señor Oscar GATICA, de dicha Secretaria, quienes con un alto grado de compromiso, capacidad profesional y sin pausa, estuvieron siempre presentes dando respuesta inmediata a los requerimientos del Tribunal en sus labores respectivas.

Asimismo no debe soslayarse la delicada tarea que le cupo a la Licenciada Romina ERRO, Psicóloga asignada por la SDDHH para la asistencia de las víctimas y testigos que concurrieron a las audiencias; labor que llevo a cabo con un alto grado de idoneidad profesional, de manera cabal y comprometida.

También debe agradecerse la presencia y actuación del personal médico y de enfermería que concurrió y tuvo participación activa en el desarrollo de este juicio. Al hacerle llegar estas palabras, agradeceré se sirva hacerlas extensivas a todos y cada uno de quienes participaron.

Saludo al señor Gobernador muy atentamente.

JOSE MARIO TRIPUTTI
PRESIDENTE

